



**Noa Pascual**

# LOS IRWIN

**El gran nido**

**LOS IRWIN**  
**El gran nido**

Título: Los Irwin: El gran nido

Autora: Noa Pascual

Ilustradora: Verónica GM

Correctora: Mimi Romanz

Copyright ©2016 Noa Pascual

Todos los derechos reservados

Editorial: Createspace

Página oficial de la autora creada  
por las lectoras: Novelas románticas de  
Noa Pascual

Panter@sIncomprendid@s

<https://www.facebook.com/groups/40...>

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Capítulo 22**

**Capítulo 23**

**Capítulo 24**

**Capítulo 25**

**Capítulo 26**

**Capítulo 27**

**Capítulo 28**

**Capítulo 29**

**Capítulo 30**

**Capítulo 31**

**Capítulo 32**

**Capítulo 33**

**Capítulo 34**

**Capítulo 35**

**Capítulo 36**

**Capítulo 37**

**Capítulo 38**

**Capítulo 39**

**Capítulo 40**

**Capítulo 41**

**Capítulo 42**

**Capítulo 43**

**Capítulo 44**

**Capítulo 45**

**Capítulo 46**

**Capítulo 47**

**Capítulo 48**

**Epílogo**

**BIBLIOGRAFÍA**

# Agradecimientos

A Anais Abarca, por tu gran generosidad, por tu alegría, por ser tan especial y permitirme conocerte más. Mil gracias por convertirte en nuestro personaje de ficción siendo real. Eres una gran representación de las panteras incomprendidas. Siempre te estaré agradecida por brindarme tu amistad.

A mis p@nter@s incomprendid@s porque vuestra generosidad no tiene límites. Vuestro cariño y apoyo son mi mayor motivación para continuar esta locura.

Es imposible nombraros a todas,

aunque prometí que poco a poco intentaría hacerlo, pues aquí va mi agradecimiento en esta ocasión a Lili López, Carmen Fores, Rocío Morales Rísquez, Michelle Guzman, Mireia Sanchez, Carolina Francisco, Rocio Camuñez Naranjo, Gemita Checa, Raquel Blanco Luque, Carmen Framil Sánchez, Maty Encinas Egea, Mari Sierra Ruiz Hinojosa, Amparo Argibay, Ana Macias Sicilia, Naty Pereira, Noemi Garcia Sanchez, Evuki Sc, Susana Cruz Jourdain, Mónica Torres, Mireia Ortiz, Mari Diaz, Manoli Morcillo Ruiz, Ester Villarroel Prats, Beatriz Jimenez, Edith Vazquez, Rebeca Santiago Gomez, Francia Gomez Castro, Pilar Sielma, Elsa Maximiliano, Loli

Martínez López, Juani Plata Mena,  
Patricia Sánchez Salas, Marisa Lillo  
Berenguer, María Luisa Gaspar Alarcón,  
Iratxe Ortiz Carreño, Vicky Perez  
Castilla, Bethel Rivas, Betty Villasenin  
Noya, Meli Vega Emmanuil, Beatriz  
Mariscal, Myrna DeJesus, Magu Ojeda,  
Rita Monzon Santana, R Katherine S  
Alarcon, Leisi Franco, Maju Vicente,  
Denis Espino Diaz, Maria Gonzalez  
Garcia, Juani Caparros Oliva, Montse  
Barragan Cuadrado, Yaidamira  
Montefusco, Ana Romero, Ana Rosa  
Buenaposada Casas, Jhoseny Padron,  
Adyeri Bonilla Cubillo, Mary Arrebola  
Camuñas, Loreto Gonzalez, Camila  
Torres, Josefina Paulino, Alicia  
Martinez Jover, Elisa Armani, Pilar Del

Nuevo C, Lalys Jimenez, Yanise Contreras, Maria Elena Mendoza Alvares, Esmeralda Pantoja, Myrna DeJesus, Carmiña Insfran Arza, Lourdes Lopez Rojas, Monica Peran, Vanessa Trujillano Pérez y Susana Gladys Brun Pastor.

A mis panteras y pumas de El Ejido, por ser grandes anfitriones. Un trocito de mi corazón se quedó con vosotros para siempre.

Gracias a la segunda generación de panteras y pumas. Cuando un lector te dice: «Mis hijos me han robado el libro para leerlo primero», a mí me llega al alma. Por lo tanto, Maria Martínez Cobo, Diego Martínez Moragues y Carmen Gómez Arráez mil gracias por

robarles mis novelas. Os quiero.

Y en especial a Eva Marin Rueda, por convertirse en la imagen de nuestra portada. Sabes que siempre voy a agradecer que Facebook nos uniera, como tú dices: Somos almas gemelas.

**A todas las personas  
que con cariño,  
voluntad y esfuerzo**

**intentan mantener  
unido su gran nido.**



# Capítulo 1

## El pasado te persigue

La luna de miel había tocado a su fin. Felices y radiantes, Dallas y Estrella regresarían en dos días a su monotonía.

Él, para seguir estudiando, y ella, para reincorporarse a su nuevo puesto de trabajo, que, por cierto, iba a tener una alumna que ahora ya no la llamaba *seño*, sino *tía*.

Aunque todavía les quedaban dos días para disfrutar, y lo hacían en su lugar favorito: en Villa Paraíso, dentro del

jacuzzi.

—Igual se le escapa, tendrá que acostumbrarse ahora, otra vez, a llamarte *seño* —comentó Dallas, sonriente.

—No pasaría nada, son pequeños —reconoció Estrella.

—Por cierto, hablando de Nerea, mi hermano estaba algo nervioso.

—¿Por qué? —preguntó Estrella mientras se acercaba a su marido con coquetería.

—Porque... —se había olvidado por completo del motivo. Los pechos de su mujer delante de su boca tenían el don de hacerle perder la razón.

\*\*\*

—Rebeca, por favor, ayúdame —suplicó Javier porque quería hacer

algo especial con Nerea.

Amanda tenía una conferencia en Dublín. Seguramente, la última, porque había llegado a un acuerdo, daría charlas en la universidad siempre y cuando se lo pidieran, pero ya no saldría de Valencia. Era una de las mejores historiadoras de arte, por eso la había contratado el museo. Pero no estaba dispuesta a renunciar a su tiempo libre con su familia por estar cada dos por tres fuera.

—*Vale, ya sabía que acabarías pidiéndome ayuda* —bromeó, aunque sí lo había pensado y por ello tenía algo preparado.

—Eres muy lista —ironizó Javier.

—*No te pases de gracioso, o no te*

*ayudo* —amenazó.

—Vale, vale.

—*Bien, así me gusta. Esta noche a las nueve, ve al Oceanogràfic, hay dos boletos a tu nombre en la entrada.*

—¿Por la noche? —preguntó por si su hermana se había confundido.

—*Sí, eso he dicho, esta noche. Por si no lo sabes, en verano dejan dormir a los niños allí.*

Javier sonrió, Nerea adoraba los animales, y en su casa tenía un acuario, que compró expresamente porque la niña, al verlo en la tienda de animales, se maravilló.

—¡Eres la mejor, Beca!

—*Dime algo que no sepa* —guaseó y le lanzó un beso antes de colgar.

Y esa misma noche, mientras la pequeña, con su felicidad, conseguía hechizar todavía más a Javier, ocurrió lo que antes o después tenía que pasar.

Tumbados en los sacos de dormir, mirando como pasaban dos tiburones por encima, Nerea estiró su brazo para acariciar la barbita de Javier, se había convertido en su monotonía antes de dormir.

—Si eres el novio de mi mami, ¿también eres mi papá?

Javier sonrió.

—¿Tú quieres que lo sea? —preguntó susurrando.

—Sí —respondió con fuerza—. Quiero que seas mi papá.

—En ese caso, princesa, hablaremos con tu mamá y se lo diremos.

La niña lo abrazó y acabó dormida en esa posición.

Javier tenía el corazón acelerado. Adoraba a esa pequeña, daría la vida por ella. Entonces, ¿podía ser su padre, no?

Cuando Amanda llegó el domingo por la noche a casa, Javier quería hablar con ella, pero Nerea, que salió corriendo a recibir a su madre, informó:

—¡Mami, mami! —bramó y se lanzó a sus brazos—. ¡Javier va a ser mi papá!

—Cariño... —iba a recriminarle.

—¿A que sí Javier? —preguntó, mirándolo tan intensamente como lo estaba haciendo Amanda.

Javier se acercó y, acariciando la mejilla del amor de su vida, respondió:

—Sería un honor ser el padre de mi princesa.

A Amanda se le resbaló una lágrima.

—¿Ves?, voy a ser una Irwin como la tía Beca —sentenció Nerea, eufórica.

Cuando acostaron a la pequeña, hablaron con tranquilidad. Javier estaba deseoso de que ella fuese su esposa y que la niña pudiese llamarlo papá.

Amanda lloró, por fin su vida iba a ser como siempre había soñado. Junto a Javier y con su hija.

\*\*\*

Una semana había pasado desde que dieron la gran noticia. Hoy estaban celebrando el cumpleaños de Amanda.

Sonó el timbre de la puerta, y Javier fue a abrir.

—Hola, ¿está Amanda? —preguntó un hombre moreno, alto y con los ojos marrones.

—Sí, ¿de parte de quién? —se interesó porque no lo conocía.

—Del padre de su hija.

Javier levantó una ceja, ¿qué había dicho ese tipo? Iba a preguntar, cuando Amanda apareció justo detrás de él.

—¡Sebastián! —bramó eufórica, a la vez que lo abrazaba con fuerza, sin ser consciente de que Javier estaba con el semblante serio—. ¡Madre mía, cuánto tiempo!

—Casi cinco años, para ser exactos —respondió el hombre, con una sonrisa

estampada en la cara.

Amanda se soltó y miró a Javier.

—Voy a presentaros, Sebastián, este es Javier. —El hombre tendió la mano para saludar—. Javi, este es...

—El padre de tu hija —sentenció Javier.

Amanda agrandó los ojos, se quedó paralizada.

Sebastián, al ver la reacción poco entusiasta de Javier, participó en la conversación.

—Amanda, creo que es mejor que regrese en otro momento.

Apenas escuchó lo que había dicho, seguía perpleja, observando la mirada acusatoria de Javier.

—Perdón... ¿qué has dicho?

—preguntó intentando volver a la realidad. Aunque era difícil, pues la frase de Javier todavía estaba dando vueltas en su cabeza.

—Que vendré en otro momento. —El barullo de fondo avisaba de que había mucha gente—. Sigo teniendo el mismo número, llámame.

Javier prefirió darse la vuelta, no quería ni podía seguir mirando a ese hombre.

Amanda inspiró con fuerza, aquello no podía ser verdad, ¿cómo había llegado Javier a esa conclusión? Solo había una respuesta y la tenía delante. Así que preguntó rápida, antes de que Sebastián desapareciera.

—¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Nuestra hija...

Si llegan a pincharle, no le sale sangre.

—¿Nuestra? —preguntó sin poder creer lo que acababa de escuchar.

Sebastián la miró fijamente, vio el desconcierto en su rostro y sonrió como un canalla.

—Amanda, no creo que sea el momento de hablar de esto...

—No, claro que no, además, no hay nada que hablar.

—Sí, sé que dije en su día que no quería hacerme cargo, pero he pensado mucho en ello, y las cosas han cambiado.

A Amanda le recorrió un escalofrío por el cuerpo. No podía estar hablando

en serio. Aunque era cierto, ahora no era el momento, tenía la casa llena de invitados y no podía montar una escena.

—Mañana te llamo —dijo autoritaria.

—Bien, estaré esperando tu llamada —respondió, a la vez que se acercaba para darle un beso en la mejilla de despedida.

Al cerrar la puerta, se quedó mirándola fijamente. Debía ser una mala broma del destino, justo ahora que su vida empezaba a ser maravillosa.

Al darse la vuelta, se encontró con los ojos inyectados en rabia de Javier.

—¿Puedes explicarme por qué ese tipo dice que es el padre de Nerea? —preguntó cabreado.

Amanda tembló, no había escuchado a

Javier, en todos los años que lo conocía, usando ese tono de voz.

—Porque lo es —afirmó en un hilo de voz.

Javier se llevó las manos a las sienes, se las frotó, intentó mantener la calma, pero fue inútil.

—¡Me mentiste! —escupió las palabras con dolor.

—Javi... —pronunció con súplica, llevando una mano a su hombro, pero este se apartó rápido—. Por favor... escúchame.

—No me puedo creer que tuvieses el valor de mentirme a la cara...

—No te mentí.

—¡Claro que sí! —explotó, se puso a un palmo de Amanda—. Dijiste que

habías acudido a una clínica de inseminación... —Amanda lo interrumpió.

—¡Y así fue! —gritó porque estaba muy nerviosa.

Javier se quedó paralizado, por un lado intentando asimilar la información, y cuando por fin lo comprendió, apretó los labios, para volver a hablar con un tono de voz derrotado.

—Ya entiendo, fuiste con el esperma del hombre elegido. ¿Y ahora qué pinto yo? —preguntó con agonía, si ese hombre venía a por Nerea, él ya no era nadie para la pequeña.

—Escúchame, podemos hablarlo con tranquilidad esta noche.

—¡No tengo nada que hablar!

—pronunció fuera de sí—. Ahora mismo me siento un fracasado total.

Neill, que salía del baño, escuchó la última parte de la conversación, no sabía de qué hablaban, pero ver a su hermano en ese estado de derrota lo alertó.

Vio que la pequeña iba en busca de su madre y la interceptó para que no llegase a la pareja.

—¿Dónde va mi niña bonita?  
—preguntó mientras la cogía en brazos y la aupaba.

Nerea, que era incapaz de esconder a todos que su tío favorito era Neill, sonrió de oreja a oreja.

—¿Vas a bailar conmigo? —preguntó, acariciándole la cara.

Neill afirmó con la cabeza y se puso a dar vueltas por la estancia, sus hermanos y otros invitados sonreían.

David se acercó.

—Nerea, el tío Neill baila fatal, yo te voy a enseñar —dijo risueño, cogiendo a la pequeña y haciéndola girar y dar unos pasos junto a él.

Cuando la canción terminó, con una sonrisa triunfal, preguntó:

—¿Quién baila mejor?

Neill entrecerró los ojos, su hermano buscaba dejarlo en ridículo.

—El tío Neill —sentenció mientras corría de nuevo a los brazos de su tío favorito.

Rebeca y el resto de hermanos rieron con ganas al ver la cara de tonto que se

le había quedado a David.

—Eso te pasa por ir de listo  
—comentó Dallas muerto de risa.

Cuando Amanda se incorporó a la fiesta, todos notaron algo, de hecho, Rebeca giró la cabeza para buscar a su hermano mayor.

Víctor también hizo lo mismo, y al ver que él no estaba, prefirieron no preguntar, aunque tenían claro que habrían discutido por algo serio para que su hermano se hubiese marchado de la fiesta que él había organizado con tanto cariño.

Estrella y Susana se miraron, intentaron animar la fiesta para que la gente invitada no presionara a Amanda, que por mucho que intentaba disimular,

sus ojos rojizos la delataban.

Dallas estaba embobado mirando a su mujer, desde que se casaron, la vida para él era perfecta. Esa sonrisa lo tenía hechizado a todas horas.

—Hermanito, si sigues mirándola así, la vas a desgastar —bromeó Rubén.

Dallas lo acribilló con la mirada.

—El día que te vea a ti babear por una mujer, voy a echártelo en cara mucho... mucho... mucho tiempo.

Rubén se carcajeó, eso no lo verían los ojos de su hermano.

—Suerte que ese día no va a llegar.

—Yo que tú no lo diría muy alto...

—Que tú hayas caído en la marmita del amor no quiere decir que los demás tengamos que hacerlo —afirmó,

convencido en sus palabras.

Dallas sujetó el hombro de Rubén y con mofa, habló.

—Caerás, y estoy seguro de que lo harás a lo grande, y ese día... —apretó el hombro con fuerza—, estaré ahí para restregártelo en la cara.

Los dos rieron con ganas, y Estrella se dio la vuelta, ver a su *abogaducho* reír le hacía latir el corazón.

Dallas, echó un vistazo a su esposa, al ver que lo miraba con adoración, empezó a palparle el corazón con fuerza, y sin pensar en nadie, se acercó a ella para besarla con ganas y susurrarle al oído:

—Preciosa, cuando quieras, nos vamos.

Estrella sonrió encantada, era una invitación a pasar juntos el resto de la noche, solos.

—Tienes un minuto para sacarme de aquí —respondió risueña.

Dallas entrecerró los ojos, acababa de lanzarle un desafío, en un minuto no daba tiempo a despedirse de todos. Al ver que ella levantaba las cejas y se mordía el labio porque él había entendido su jugada, acabó riendo.

Y el abogado sonrió.

—Me sobran cuarenta segundos —dijo convencido y triunfador, se agachó para cogerla y echársela al hombro.

Todos los presentes se rieron, y Dallas se despidió.

—Hasta luego, tengo algo urgente entre manos.

Nerea miró a Rebeca, y esta todavía empezó a reír con más ganas al ver a su sobrina con cara de asombro.

Jaime cogió a la pequeña imitando a Dallas y la paseó por toda la estancia, consiguiendo que Nerea no parase de reír.

Ya se habían marchado el resto de invitados, solo quedaban en la fiesta Neill, Tara, Rebeca y Jaime.

—¿Quieres hablar de ello?  
—preguntó Neill.

Amanda negó con la cabeza.

—Prefiero esperar y poder hablar con Javier con tranquilidad —respondió sincera y agradecida porque Neill

quisiera ayudarla a desahogarse—. Os lo agradezco.

Y se despidieron para marcharse.

Cuando Amanda se quedó sola, fue al dormitorio de Nerea, al verla dormida, la besó en la frente y se fue directa a su habitación, se echó en la cama y lloró.



# Capítulo 2

## Pena en el alma

El domingo, Javier estaba en su casa, sentado en el sofá, con la mente ocupada, no había pegado ojo y se sentía morir.

A la una en punto llamaron a la puerta, se levantó y fue a abrir.

—¿Ocurre algo? —preguntó al ver a su hermano Neill allí.

—No lo sé, eso vengo a averiguar.

Javier asintió y le hizo un gesto para que pasase, fueron directos al comedor y se sentaron uno frente al otro.

—¿Y bien, qué ocurre? —preguntó directo.

Javier no sabía qué decir, las palabras se le agolpaban en la garganta, pero era incapaz de hablar.

Neill permaneció inmóvil, esperando con tranquilidad, cuando su hermano estuviese preparado, soltaría por su boca lo que lo estaba carcomiendo por dentro.

—Ayer apareció un tipo en casa de Amanda —dijo sin más.

—¿Y quién es?

—El padre de Nerea.

Neill trago con dificultad, ahora comprendía ese estado de su hermano. Las ojeras marcadas indicaban la mala noche que había pasado. Se miraron a

los ojos, y Javier estalló, algo que no era típico en él, pero también era una suerte que lo hiciese, o la rabia e impotencia que sentía dentro, de no sacarla a la luz, lo mataría.

—¡Por qué ahora! ¡Por qué me castiga Dios de esta manera! —Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro—. Tuve que alejarme de Amanda, ella quería ser madre a toda costa. La dejé libre para que cumpliera su sueño, ¡porque yo no podía dárselo! Y ahora que el destino me ofrece la oportunidad de volver a ser un hombre feliz... tranquilo... y poder ser padre, me lo arrebatan de las manos.

Neill apretó los labios, comprendía esa desesperación. Una semana antes,

todos reunidos en *el gran nido*, celebraron la gran noticia. Javier anunció que dentro de diez meses, Amanda y él darían el «sí, quiero», y que Nerea llevaría el apellido Irwin, así es como la consideraba, una hija.

—Javi, tranquilízate...

—¿Que me tranquilice? Eso es imposible —bramó, parándose en medio del comedor—. ¿Sabes lo que es que te arrebatan de las manos lo que más amas? ¿Tienes idea del dolor que siento ahora mismo? ¿Cómo voy a vivir sabiendo que Nerea ya no será mi hija? ¡Joder, Neill, esa niña para mí ya es mi hija! Tengo una pena el alma y no se curará nunca.

Neill se levantó, fue directo a su

hermano y lo abrazó.

—Javi, lo seguirá siendo, no permitiremos que te la arrebate nadie.

Javier, aferrado al abrazo de su hermano, intentó tranquilizarse, y en un susurro habló, para terminar llorando en el hombro del hombre que siempre había estado a su lado, su hermano Neill, quien desde pequeños había sido su mejor amigo.

—La voy a perder, y no puedo hacer nada para impedirlo.

\*\*\*

Amanda, con los nervios a flor de piel, había quedado en una cafetería cercana a su casa con Sebastián. Estaba sentada frente a él.

—No lo entiendes, Amanda

—pronunció con tranquilidad—. Llevo dos meses saliendo con una mujer maravillosa que por desgracia no puede tener hijos. Y ella me ha abierto los ojos. Ser padre es una bendición, un regalo divino, y yo no supe verlo a su debido tiempo, pero ahora... —Amanda lo interrumpió.

—¡Ahora nada! —exclamó mientras lo fulminaba con la mirada. Había escuchado a Sebastián durante una hora y todo lo que le había contado estaba fuera de lugar—. Mi hija no es el juguete de nadie. Ni tuyo ni el de tu novia.

Sebastián la atravesó con la mirada, pero Amanda no pensaba amilanarse; por lo que él había contado, esa mujer

parecía que estaba buscando más un juguete que un hijo.

—Te guste o no es mi hija —informó serio.

—Te equivocas... en el último minuto no usé tu esperma —comunicó con tranquilidad—. No sé por qué, algo me hizo pensar que esto podría suceder, y al final opté por un donante desconocido.

Sebastián la escrutó con la mirada, sin acabar de creerle.

—Amanda, dudo mucho que tú hicieses algo así.

—Pues así fue y, además —utilizó un tono de voz que descuadró a Sebastián, ella nunca había hablado con tanta solemnidad—, en caso de que hubiese llegado a usar tu esperma, te recuerdo

que tenemos un contrato firmado.

Sebastián pensó en ello y asintió, era cierto, Amanda redactó un contrato para que en un futuro él no pudiese reclamar ningún derecho legal.

Durante un par de minutos ambos permanecieron en silencio, Amanda con el corazón desbocado por los nervios, él analizando las palabras de Amanda, algo le decía que no era cierto.

—En fin, me alegra haberte visto de nuevo, pero tengo que marcharme —comunicó Amanda, poniéndose en pie.

Sebastián le sujetó la mano.

—Sé que es mi hija, y estoy dispuesto a *todo* para conseguir que nuestra hija esté en mi vida —aseveró, dejando

petrificada a Amanda.

—¿Qué parte de que no es tu hija no has entendido? —preguntó molesta.

—Amanda, no hagamos esto más difícil de lo que ya es... me gustaría que lo hiciésemos de la forma más cordial, no me obligues a recurrir a un juez.

Amanda sintió que se le contraía el estómago, se zafó de su agarre con un movimiento rápido.

—Te estoy diciendo que mi hija no es tuya, si quieres gastarte el dinero en abogados, es problema tuyo —pronunció con tranquilidad para no demostrar lo angustiada que estaba.

—En ese caso, nos veremos en los tribunales —amenazó.

Amanda se colgó el bolso en el

hombro con fuerza y salió a paso firme del local, al dar la vuelta a la esquina, lejos de los ojos del que había sido en un pasado un gran amigo, se apoyó en la pared y gritó con rabia. Su vida se acababa de convertir en un infierno.

Respiró con dificultad e intentó tranquilizarse, algo que estaba muy lejos de ocurrir, porque ahora tenía que hablar con el hombre que amaba y dar las explicaciones que él merecía.

Se dirigió al apartamento de Javier con mil pensamientos en la cabeza, intentando analizar la situación y cómo explicarse.

Al llegar, Neill se despidió, le dio un fuerte abrazo a Amanda y le susurró en el oído:

—Todo irá bien.

Amanda cerró los ojos, necesitaba creer en esas palabras, porque Javier junto a su hija eran las dos personas por las que daría la vida.

Cuando se quedaron a solas, Amanda habló con el corazón, pasara lo que pasase, no iba a ocultar nada.

—Cuando tomé la decisión de ser madre, no entraba en mis planes compartir mi vida con ningún hombre. Siempre fuiste el único que ocupó mi corazón. —Javier escuchaba atento—. Y a pesar de que era consciente de que tú eras un hombre casado, que no podría entrar en tu vida de nuevo, me fue imposible sacarte de aquí —se señaló el corazón—, nunca le ha pertenecido a

nadie excepto a ti.

Javier tragó con dificultad, aquello era una declaración de amor que no esperaba.

—No te mentí, pero sí te oculté que yo había elegido al donante. Sebastián era un gran amigo, se lo planteé y aceptó.

—¿Por qué? —interrumpió Javier.

—Pensé que si un día mi futuro hijo tenía algún problema de salud, podría recurrir a los genes del padre en caso de que los míos no fuesen suficientes. Nunca sabes que te depara el futuro, y yo quería, de alguna manera, que mi hijo... —se quedó callada, los nervios salieron a la luz, se echó a llorar.

Javier la abrazó con fuerza,

esperando que ella se desahogara.

—Lo lamento, nunca pensé que esto pudiera suceder —dijo con pena en la voz.

—¿Y qué es lo que quiere?  
—preguntó Javier, todavía abrazándola.

Amanda echó la cabeza un poco atrás para poder mirarlo a los ojos, pero sin apartarse de su abrazo, lo necesitaba tanto como respirar.

—Quiere a Nerea —sentenció.

Mirándose a los ojos, permanecieron casi un par de minutos, cada uno sumido en sus pensamientos, y al final Amanda habló de nuevo:

—Javi, le he dicho que Nerea no es suya, pero está convencido de ello y...

—¿Y qué?

—Está dispuesto a llegar a los tribunales para reclamar su paternidad.

Javier tragó con fuerza, una rabia se apoderó de él, y cerró los ojos para intentar calmarse, aquel hombre venía dispuesto a quitarle su puesto en la vida de Nerea; ya no podría darle su apellido y ser su padre.



# Capítulo 3

## Preocupaciones

Rebeca se puso como loca, dando saltos de alegría, mandó *WhatsApp* a sus hermanos. ¡Lo había conseguido! Era su oportunidad de demostrar que podía regresar al mundo de la moda y nada menos que por la puerta grande.

Había presentado sus bocetos a una productora cinematográfica, y acababa de ser seleccionada para encargarse del vestuario de una súper producción. Era un reto personal, además de demostrar

su valía, la película estaba ambientada en la época de los reyes católicos.

Tamara la abrazó y se pusieron a lanzar grititos de emoción, Jaime y David sonreían al verlas. Pero a ambos les abordó un sentimiento extraño; preocupación. Eso sintieron, conociendo a Beca, iba a volcarse como una posesa, y el pasado a pesar de parecer muy lejos, siempre estaba presente.

\*\*\*

Dallas y Estrella estaban en la puerta de un restaurante cuando el abogado recibió dos mensajes, uno de su hermano Javier, comunicándole que esa misma tarde pasaría por su casa para hablar de un tema legal. El segundo fue el de Beca, y sonrió con tristeza, algo que no

pasó desapercibido por su esposa, que lo observaba. Estaba a punto de preguntarle cuando el camarero llegó a ellos.

—Señorita... —pronunció el joven para que Estrella lo siguiera.

—Señora —corrigió, con fuerza, Dallas a su espalda.

Estrella agrandó los ojos, no esperaba una reacción así de su *abogaducho*. El camarero hizo un gesto de disculpa con la cabeza, y lo siguieron hasta la mesa.

Una vez solos, Dallas cogió la carta y escuchó a Estrella mientras leía con atención los platos que ofrecían.

—Señora me hace parecer mayor —comunicó, mirando fijamente a Dallas.

—*Señora* da a conocer tu estado civil  
—respondió sin apartar la mirada de la carta.

Estrella sonrió interiormente, ¿quién iba a decirle que Dallas iba a ser tan posesivo? Algo que a ella le encantaba, porque desde que se pusieron las alianzas, él parecía estar pendiente de ella y siempre dejaba constancia de que ellos eran un matrimonio delante de cualquiera.

—Creo que tomaré lubina  
—pronunció Dallas, cerrando la carta.

Estrella, que seguía observándolo, respondió:

—¿Y qué puede pedir una mujer mayor como yo? —preguntó con sorna.

Dallas aguantó la sonrisa y la miró

intensamente.

—No sé, mira a ver si hay algo que no destroce tu dentadura postiza.

Y entonces los dos rieron a la vez.

El camarero tomó nota y se alejó.

Estrella se inclinó un poco hacia delante para hablar.

—¿Qué te preocupa? ¿Por qué no te has alegrado de lo de Beca?

Dallas apretó los labios, y se complació al ver que su esposa lo conocía a la perfección sin siquiera tener que hablar.

—Sí que me alegro, estoy convencido de que será un gran éxito su trabajo, pero... —tomó aire—. Hubiese preferido que regresara poco a poco. Hemos vivido junto a ella, lo frenético y

estresante que puede ser su mundo... No sé si está preparada para regresar de nuevo. Y tengo miedo que... —se quedó en silencio.

Estrella sujetó su mano y la acarició.

—Está preparada, y todos estaremos ahí para apoyarla y ayudarla, para que no vuelva a recaer —dijo con voz cariñosa.

Dallas acercó su otra mano y la posó encima de la de Estrella, la acarició con mimo, la sujetó entre sus dos manos y se la llevó a la boca para darle un tierno beso.

—Gracias, gracias por estar en mi vida —agradeció de corazón, ya no se imaginaba su vida sin ella. Era la única persona en el mundo capaz de

tranquilizar su interior, con su voz, con su sonrisa, con su cariño...

Cuando terminaron de comer, decidieron pasarse por casa de su hermana pequeña, conociendo a sus hermanos, estarían todos allí celebrando la noticia con Rebeca.

Y al llegar sonrió, pues no se había equivocado, estaban todos demostrando a su *pequeñaja* que ahí los tenía para lo que ella necesitara.

Javier y Amanda aprovecharon que Nerea estaba bien acompañada para hablar con Dallas.

Al escuchar a su hermano, el abogado les pidió que lo acompañaran a su casa, era un tema delicado y mejor era tratarlo con la importancia que merecía.

—¿Y dices que tienes un contrato firmado? —preguntó, tomando notas.

—Sí, él se desentendía del bebé, sin poder reclamar la paternidad en un futuro.

Dallas torció el labio mientras escribía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier, porque conocía muy bien a su hermano.

Dallas soltó el bolígrafo en la mesa, juntó las manos y las dejó apoyadas sobre esta.

—El contrato es una buena baza a nuestro favor, podemos negarnos a todo cuanto él solicite, aunque... —intentó ser lo más suave posible, Amanda y su hermano no tenían ni idea de lo que les esperaba—. Me temo que si está

dispuesto a todo, vamos a batallar en cada paso que dé.

—¿Y eso qué quiere decir?

—preguntó Amanda alarmada.

—Que a partir de hoy, cada paso legal que Sebastián intente dar, tendremos que luchar para ir retrasando todo cuanto podamos el momento más temido.

—La prueba de paternidad

—sentenció Javier.

—Exacto —concluyó Dallas.

\*\*\*

Víctor y Neill estaban algo retirados, hablando de lo que todos tenían en mente desde que Beca mandó el mensaje.

—¿Crees que podrá con todo?

—preguntó Víctor preocupado.

Neill, antes de responder, miró a su hermana, que se encontraba en la otra punta del salón riendo y con Nerea en brazos.

—Espero que sí, porque no me imagino a Rebeca regresando al...

—Víctor lo interrumpió, no podía escuchar aquel lugar.

—¡No, no volverá a poner un pie allí!

Tara observó a Neill cuando vio que Víctor se alejaba de él, se acercó y lo abrazó con fuerza.

—¿Sabes lo que me ha dicho Nerea?

—comentó risueña para alejar la preocupación de Neill de su cabeza.

—De esa mocosa me espero cualquier cosa —respondió con una

sonrisa en los labios.

—Que de mayor quiere ser cocinera como su tío Neill, y que le darán muchos premios.

Los dos se carcajearon, esa niña los tenía locos a todos. La miró embobado y sintió un pinchazo en el corazón. Comprendía la pena del alma de su hermano, Nerea ya era para todos la hija de Javier. Si antes de dar la noticia, ya la consideraban una sobrina, desde hacía unas semanas, en el mismo momento que de la boca de la pequeña salieron las palabras «mi papá es Javier» ya no había vuelta a atrás.

Rebeca y Susana estaban brindando con dos copas de champán.

—¡Enhorabuena, *cari*! —celebró

Susana—. Aunque ahora será todo una locura, ¿no?

Beca sonrió y asintió, porque lo iba a ser, pero estaba tan entusiasmada que no se iba a rendir.

—Mañana a primera hora llamaré para que me traigan todo el material —dijo con voz soñadora—. Hace dos semanas estuve haciendo mis deberes —se carcajeó—, así que está todo controlado.

Era cierto, Rebeca no era una mujer que lo dejase todo al azar, desde que presentó sus bocetos a la productora, estuvo maquinando cada detalle por si tenía suerte y era la elegida. Y hacía dos semanas que ya había apalabrado la compra de todo cuanto iba a necesitar en

su nuevo estudio. Además, había concertado entrevistas de trabajo para tener su propio equipo. Mañana llamaría a las seleccionadas, y en una semana estaría todo dispuesto para ponerse a pleno rendimiento.

Jaime la observaba, la felicidad de su mujer era plena, y con eso le bastaba.

Javier, Amanda y Dallas regresaron a la casa de su hermana pequeña. Y Nerea, al verlos, fue corriendo para echarse en los brazos de Javier.

—¡Papi, papi! —gritó mientras corría hacia su encuentro.

Cuando este la cogió en brazos, cerró los ojos, embriagándose de la palabra, sintiendo que por ahora nadie le había desbancado de ese puesto tan especial.

Neill apretó a Tara sin ser consciente, ver a su hermano en aquella situación lo mataba por dentro. Solo de cavilar que a él le quisieran arrebatarse a *su pequeña* no podía ni imaginarlo, así que pensar en que intentasen en un futuro alejarlo de un hijo se le desgarraba el alma.



# Capítulo 4

## El corazón vuelve a latir con fuerza

Hacía cuatro días que habían estado juntos todos los hermanos y llegaron a un acuerdo antes de regresar cada uno a su casa; los domingos se iban a reunir en *el gran nido* para comer.

Era viernes, y Malcom bajó a desayunar, hoy iba a ser un día bastante más tranquilo que el anterior, que había intervenido en tres operaciones de urgencia. Si todo marchaba bien, solo

tendría una operación programada a las nueve de la mañana y pasaría visita para dar el alta a unos cuantos pacientes.

—Buenos días —saludó a su hermano Rubén, que era el único que se encontraba en la casa.

Al no obtener respuesta, se fijó en él, un día más estaba con el móvil en la mano, muy concentrado. Últimamente había observado que siempre estaba pendiente del teléfono.

—¿Con quién estás hablando?  
—preguntó muy curioso, porque de vez en cuando soltaba alguna que otra carcajada.

—Con mis panteras.

Malcom levantó una ceja, ¿qué había

dicho?

—¿Cómo dices? —pronunció un tanto extrañado por la respuesta.

Rubén guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón y se sirvió café mientras respondía a su hermano pequeño.

—Es un grupo de Facebook.

—¿Te has metido en un grupo para ligar? —preguntó atónito.

Rubén soltó una carcajada por la ocurrencia de Malcom.

—¡Qué tontería! —negó con la cabeza—. Es un grupo de lectoras que se hacen llamar las panteras incomprendidas.

Malcom cada vez entendía menos.

—¿Y qué pintas tú ahí?

—Que soy lector de la misma autora que ellas...

—¿Y te llaman pantera también?  
—preguntó con sorna.

—¡Mira que eres capullo!  
—pronunció molesto porque su hermano estuviese burlándose de él—. Para tu información, me han bautizado como puma.

Malcom no pudo aguantar la risa, es que su hermano tenía cada ocurrencia.

—Vaya... vaya... vaya... cuando se entere Dallas que te apodan *puma*, no quiero imaginar lo bien que se lo va a pasar a tu costa.

—¡Capullo! —protestó enfadado, sabía que Dallas iba a burlarse de lo

lindo.

Malcom, muerto de risa, se dirigió a la puerta trasera de la cocina que daba al garaje y antes de salir, se despidió.

—Que tengas un buen día, ¡Puma!

Rubén le lanzó un trapo de cocina que fue a estrellarse a la pared. Negó con la cabeza, maldita la hora que prometieron desde pequeños no guardar secretos, habría sido más sencillo no contar nada.

\*\*\*

Faltaban tres pacientes por visitar y podía dar el día por terminado. Malcom abrió la puerta de la habitación ciento dos y su corazón empezó a latir con fuerza.

Su paciente estaba semi tumbada con

un rostro angelical lleno de lágrimas. Se quedó impactado al ver la escena que tenía ante él. Quizás el hecho de que nunca veía sollozar a su melliza tuviese algo que ver a la hora de impresionarle ver llorar a una mujer.

La joven, al verlo aparecer, se limpió con celeridad las lágrimas de sus increíbles ojos color miel, tan similares a los suyos.

Malcom, que continuaba en shock total, no podía reaccionar. Sintió en ese momento que todo el universo se había paralizado y lo único que tenía movimiento era su corazón acelerado. Esa chica, sin ninguna duda, era la cosa más bonita que había visto nunca. Su pelo castaño descendía hasta acariciar

sus hombros; los rasgos tan dulces de su rostro: le recordaban a un ángel, que fue lo primero que pensó al verla.

Levantó la mano para disculparse.

—Un minuto —fue todo lo que pudo decir antes de salir de la habitación y permitir que su paciente se recompusiera. Claro que igual era él quien necesitaba tranquilizarse un poco.

Respiró con profundidad, no entendía qué demonios le había pasado y por qué su corazón seguía latiendo con tanta fuerza.

Se acercó al puesto de enfermeras.

—¿Hay algún pariente de la paciente de la ciento dos? —preguntó, porque la tarde anterior la operó de urgencia y al

salir no había nadie esperando.

—No, por lo visto, sus padres viven en el extranjero.

Malcom abrió el historial médico con celeridad, quería saber más de ella.

Sonrió encantado por el descubrimiento, se llamaba Blanca Ness, tenía veinte cinco años, hija de padre escocés y madre española. Algo que tenían en común. Y agrandó los ojos cuando vio que ella era de Sligachan.

—¿Ocurre algo, doctor? —preguntó una de las enfermeras.

—Mi paciente es del pueblo de al lado de donde vive mi padre —respondió entre risueño e incrédulo. Portree y Sligachan estaban muy cerca.

El pueblo de la joven era conocido por sus grandes leyendas y su panorámica de montañas, y muy famoso en Escocia por sus puestas de sol.

Isabel miró a Malcom, era la jefa de enfermeras, le faltaba un año para jubilarse y conocía a la perfección a todo el personal del hospital; la sonrisa del cirujano no le pasó desapercibida.

—Vaya, pues ya tenéis algo en común, ¿no crees? —preguntó risueña, porque Malcom era un hombre muy tímido, y a pesar de que era de los más solicitados por las féminas del lugar, él siempre había sido muy reservado, y desde que su relación con la cardióloga Miranda fracasó, se había vuelto mucho más reservado y esquivo con todo el

personal.

Malcom la miró y la señaló con un dedo.

—Isabel... Isabel... Isabel..., que nos conocemos muy bien —pronunció guasón, sabía que ese comentario lo había hecho con toda la intención de casamentera.

La enfermera subió los hombros, y los dos rieron.

Miró su reloj y decidió que era el momento de regresar a la habitación de su paciente.

—Buenas tardes —saludó afable, y observó que la muchacha ya no lloraba, aunque sus ojos rojizos la delataban.

—Buenas tardes —respondió con una

ligera sonrisa.

Malcom abrió de nuevo la carpeta, aunque no le hacía falta, se acercó a la cama y dio su diagnóstico.

—La operación fue un éxito. —La joven sintió un gran alivio y lo demostró con una amplia sonrisa, la misma que Malcom retuvo en su memoria—. Pero por desgracia ha habido una complicación, parece que algún punto se ha infectado, los análisis de esta mañana y la fiebre lo confirman.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó alarmada.

—Que debemos contrarrestar esa infección hasta que desaparezca.

La joven asimiló las palabras, respiró

con derrota y se pronunció con lástima:

—Entonces no me va a dar el alta médica, ¿verdad?

Malcom negó con la cabeza, la voz de ella lo había calado hasta lo más profundo, ¿qué la tenía tan triste?

La mujer se mordió los labios y negó con la cabeza.

—En ese caso tendré que pedir el alta voluntaria.

Si al cirujano lo pinchaban en ese momento, no le hubiese salido sangre, ¿qué estaba diciendo aquella mujer?

—No creo que esté hablando en serio —repuso Malcom, porque era una estupidez pedir algo así cuando podría empeorar la infección y correr un riesgo

enorme.

—Lo lamento, doctor, pero no tengo más remedio —habló con pesar y tristeza.

Malcom cerró la carpeta, la estudió con la mirada, ¿iba a llorar de nuevo?

Pensó que igual si le hablaba en gaélico, ella se sentiría más arropada, como si estuviese en su hogar.

—Dígame, ¿qué es tan importante como para poner su vida un juego? —preguntó con tranquilidad.

Blanca lo miró directamente a los ojos, un tanto sorprendida porque Malcom hablase su idioma natal, y la verdad, lo agradeció, se sentía más cómoda.

—La vida de alguien está en peligro, si no me da el alta... —se quedó callada, y Malcom levantó una ceja, había despertado todo su interés.

—¿La vida de quién? —preguntó rápido al ver que ella volvía a limpiarse una lágrima que se le escapó.

—De Fiera —concluyó la paciente.

Malcom no entendía nada.

—¿Quién es Fiera?

—Mi perro —afirmó—. Vine a urgencias hace dos días, me dejaron ingresada, ayer me operaron, y Fiera está ya tres días sin comer ni beber —comentó con lágrimas en los ojos, pensando que su perro estaba desamparado en su apartamento.

Malcom tragó saliva, ver a esa mujer llorando con tanta lástima lo dejó de nuevo sin habla.

—Así que, por favor, dígame qué tengo que rellenar para pedir el alta voluntaria, y lo haré.

El cirujano por fin reaccionó, no iba a permitir que esa mujer corriera ningún riesgo innecesario, bastante tenía con una infección que tratar ahora mismo.

—¿Y su novio no puede ir a socorrerlo?

«¿De verdad has sido capaz de preguntar algo así?», se recriminó mentalmente por la estupidez de la pregunta.

—No tengo novio.

Por alguna razón, la respuesta alegró a Malcom.

—¿Y alguna amiga, un familiar?

—Mis padres viven en Escocia —informó, aunque él ya lo sabía—. Llevo muy poco en España, un par de semanas, y todavía no he conocido a nadie como para haber entablado una amistad.

Malcom asintió despacio, lo entendía. Observó que otra lágrima se escapaba de sus ojos y sin pensarlo dos veces, habló:

—Está bien, haremos un trato.

Blanca lo miró sin entender.

—¿Un trato? —repitió para ver si el doctor se explicaba.

—Me quedan todavía dos pacientes por visitar, en media hora habré terminado mi turno, me cambiaré de ropa, iré a darle de comer y beber a su perro, y usted se dejará cuidar por las enfermeras.

La joven agrandó los ojos, ¿ese hombre de verdad iba a hacer algo así por ella?

—¿De verdad? —preguntó esperanzada de que no fuese una alucinación por la fiebre.

—Si te fías de mí como para darme las llaves de tu casa —pronunció Malcom risueño e invitándola a tutearse.

—Sí, sí, claro que me fío —respondió rápida.

—Está bien, en ese caso, en media hora regreso.

Blanca estuvo tentada de darle un fuerte abrazo, pero simplemente respondió con un «gracias» sincero.

Cincuenta minutos más tarde, el cirujano se encontraba metiendo la llave en la puerta de la casa de Blanca, no se escuchaba ningún ladrido, y lo abordó el pánico, a la vez que su mente trabajaba a toda velocidad. ¿Por qué no había preguntado qué raza era? Y si el perro estaba escondido y lo atacaba nada más entrar. Llegados a ese punto, ya no había vuelta atrás, abrió y empezó a llamar al animal.

—¿Fiera... Fiera... dónde estás?

Al no recibir respuesta, algo raro en un animal, se inquietó, y agudizó el oído, hasta que le pareció escuchar una respiración angustiosa que provenía del lado derecho del salón, justo la habitación que parecía ser la cocina. Se dirigió raudo y allí encontró al animal, respirando con agonía y desfallecido.

Se arrodilló y lo cogió sin esfuerzo, era una preciosidad, tan bonito como la dueña, un yorkshire terrier azulado y marrón que apenas medía dos palmos. Entre sus manos lo acercó al fregadero, abrió el grifo y lo mojó con cuidado, se llenó la mano de agua y la acercó al hocico del animal para que pudiese beber.

—¡Vamos, campeón, tú puedes!

—dijo sin dejar de mojar el hocico, hasta que Fiera, poco a poco, fue sacando la lengua para empaparse del agua que tanto necesitaba.

Durante una hora, con toda la calma del mundo, Malcom hizo todo lo posible para que el perro volviese en sí con normalidad. Aun así, antes de darle de comer más de lo que fuese necesario, porque le dio a probar un par de galletas de perro que habían en la lacena que Blanca le había indicado, se lo llevó a un veterinario de urgencia, que buscó a través de internet en su móvil.

Cuando salió con Fiera en los brazos, sonrió, todo había ido bien según el veterinario, había sufrido una gran deshidratación, pero con los primeros

auxilios de Malcom y la inyección de vitaminas que él le había puesto, ya estaba el animal preparado para seguir su ritmo normal. Así que regresó al apartamento de su paciente y dejó a Fiera tumbado en su cunita, o lo que fuese aquello que Blanca le había comprado para dormir. Negó con la cabeza, las mujeres tenían cada cosa en la cabeza a la hora de comprar complementos a sus mascotas... Se dirigió de nuevo a la cocina, buscó la fregona y el cubo de limpiar y recogió y limpió el apartamento, porque Fiera, a pesar de ser pequeño, durante tres días había hecho sus necesidades.

Estudió todo el apartamento, no era grande, pero sí muy acogedor, estaba

lleno de fotografías de ella con más personas, seguramente familiares y amigos, casi siempre salían los mismos.

Se despidió de Fiera, eso sí, dejándole el bebedero lleno de agua y el comedero con comida, aunque seguramente mañana tendría que regresar para sacarlo a pasear un rato. Y la verdad, no le importaba, últimamente su vida social era nula.

Cuando un par de enfermeras lo vieron pasar por el pasillo, sin su bata, dirigiéndose a la habitación ciento dos, se sorprendieron, y por supuesto, la especulación empezó en ese mismo instante. ¿Quién era esa mujer?, ¿un familiar de Escocia?, ¿una nueva novia?, ¿alguna amiga del cirujano?

Tres hora más tarde, estaba a punto de abandonar el hospital, no se lo podía creer, había pasado la tarde con Blanca, volando, los dos habían hablado de mil cosas, como si fuesen amigos de toda la vida.

—¡Malcom, espera! —lo llamó la doctora Miranda a diez pasos de él.

—¿Qué quieres? —preguntó molesto, porque de un mes a esta parte, la persecución de ella rozaba el acoso.

Hacía dos semanas, se enteró que Malcom había coincidido en la cafetería con una colega, otra cirujana que llevaba muy poco en el hospital, y habían comido juntos. Tardó diez minutos en presentarse delante de ella para dejarle claro que Malcom y ella

eran pareja, pero que lo llevaban en secreto porque hacía unos meses habían roto su relación y no querían que la gente hablase más de ellos.

—No has respondido a mi mensaje —comentó enfadada porque él no hubiese sido capaz de responder.

—¡A cuál de los cien mensajes te refieres! —respondió cabreado, su móvil echaba humo de tanto mensajito absurdo.

—Si me hubieses respondido, no tendría que haberte mandado tantos —alegó como si Malcom tuviese obligación de responder.

El cirujano se dio la vuelta por completo, para tenerla de cara, y espetó con fuerza:

—¡Ya basta, Miranda! Estoy cansado de tener que repetirte por activa y por pasiva que me dejes tranquilo.

—Miranda tragó saliva—. Quiero que me dejes en paz, que borres mi número de tu móvil, que te olvides de que existo en la faz de la tierra...

Miranda, como si no fuese con ella la conversación, lo interrumpió.

—¿Entonces quedamos para hablar con tranquilidad?

Malcom se llevó las manos a la cabeza. ¡Esa mujer podía con él!

—Miranda —pronunció, acercándose todavía más, y a un palmo de su cara habló—: Tú y yo no tenemos nada que hablar...

—Malcom, por favor, dame una oportunidad para poder explicarme, solo te pido eso...

—¡Bien, voy a dártela! —espetó con furia, Miranda sonrió, solo oía lo que le interesaba, sin escuchar realmente el cabreo en la voz del cirujano—. Muy bien, dime, ¿qué explicación tienes para follarte a otro cuando estabas todavía conmigo?

La sonrisa de Miranda desapareció, primero por el tono de voz, se había enterado todo el mundo que se encontraba en la planta baja. Segundo, porque Malcom no le estaba dando la oportunidad que ella creía merecer y que necesitaba.

Malcom, al ver que ella no respondía,

dio un paso atrás.

—Acabo de darte la oportunidad, Miranda, así que a partir de este mismo momento, he muerto para ti.

Se dio la vuelta y salió al exterior, necesitaba alejarse, era lamentable y doloroso haber estado enamorado de una mujer que, además de traicionarlo, ahora estaba convirtiéndose en todo un lastre.



# Capítulo 5

## Desconfianza

Dallas se encontraba en Madrid. Había tenido una reunión esa misma tarde para acabar con las especulaciones de que la empresa que había heredado iba a ser vendida.

Llevaba dos días allí y ya echaba de menos a su esposa.

Esa misma tarde, uno de los hermanos de Estrella había quedado con él para tomar un café, desde la boda, la relación entre sus hermanos parecía que había

mejorado, o por lo menos, con el más pequeño, que al darse cuenta, tras la charla con Amparo, de que no se habían portado bien con su hermana pequeña, día a día parecía que quería compensar la dejadez de los años anteriores.

El abogado estaba con el móvil en la mano y una sonrisa bobalicona al escuchar la voz de su mujer.

—*¿Y se han quedado tranquilos?*  
—se interesó por la reunión que había tendido hoy Dallas con los empleados.

—Sí, he borrado cualquier duda que pudiesen albergar...

Mientras respondía a Estrella, la voz de una mujer sonó por detrás del abogado.

—¿Cariño, puedo usar este albornoz?

Dallas se dio la vuelta y asintió con la cabeza.

—*¡Hay una mujer en tu habitación!*

—le recriminó Estrella, y no sonó a pregunta, era una total afirmación.

Dallas se apartó el móvil de la oreja, el tono de voz de su esposa casi lo deja sordo.

—*Tienes exactamente cinco segundos para darme una explicación coherente, más vale que tengas una muy buena razón para tener a una mujer ahí, y más a las once de la noche*  
—lo amenazó Estrella alterada.

El abogado se sintió molesto, ¿estaba su mujer desconfiando de él?

—Estrella, espero que no estés desconfiando de mí —anunció también con deje amenazador.

—*Cuatro.*

—Como estés hablando en serio, la vamos a tener...

—*Tres.*

No se lo podía creer, Estrella pensaba que estaba con otra mujer, cuando él solo tenía ojos para ella.

—Te estás pasando.

—*Dos.*

—Ahora mismo te estás comportando como una auténtica niñaata —comentó porque estaba muy enfadado con ella, por la desconfianza que mostraba en ese momento.

—*Uno.*

—Estrella, ya hablaremos... —pero su mujer fue tajante interrumpiéndolo.

—*Te he dado una oportunidad, cualquier explicación que quieras darme ya no me interesa* —sentenció y colgó, dejando a Dallas con un nudo en el estómago. La voz de Estrella no presagiaba nada bueno.

—¿Hay algún problema? —preguntó Beatriz al ver a Dallas mirar el móvil como si no pudiese creer que le hubiesen colgado.

—Ninguno —comentó y se acercó a la mesa donde tenía preparada toda la documentación que Beatriz precisaba.

—Era tu mujer, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y por qué no le has dicho que estaba yo aquí? —preguntó, escrutando con la mirada al abogado.

—Porque ella ha desconfiado, iba a decírselo, pero te ha escuchado, y su desconfianza me ha matado —se sinceró. Y era cierto, tenía previsto comentarle que había quedado con Beatriz para entregarle los papeles del divorcio.

—Dallas, eres un cabezota, no es que desconfiara de ti, es que tú acabas de conseguir que deje de hacerlo.

El abogado sintió una puñalada, prefirió cambiar de tema, si seguía descubriendo que Estrella ya no

confiaba en él, no sabía cómo iba a reaccionar.

—Aquí están los papeles, la demanda de divorcio favorable y todo lo que tu ex debe entregarte...

—Todo —aseveró Beatriz, porque su ex marido tenía que devolverle todo cuanto le había robado durante los meses de separación. Se había permitido el lujo de seguir viviendo a costa de ella y ahora iba a tener que pagar por ello.

Se puso en pie, guardó la documentación en su bolso y se quitó el albornoz que había usado porque tenía frío.

—Gracias, Dally, no lo hubiese conseguido sin ti —agradeció sincera.

—Lo que tienes que hacer es seguir sin tomar un trago, y tú misma podrás desplumar a sinvergüenzas como tu ex.

Beatriz sonrió, era cierto, llevaba tres meses sin haber bebido una sola gota de alcohol.

Cuando se quedó a solas, lo primero que hizo fue coger su móvil y llamar a Estrella. Estaba apagado, y marcó el número de casa, pero saltó el contestador, cinco intentos y lo mismo, así que se dirigió al armario, sacó su ropa y la metió en la maleta sin prestar atención, no estaba dispuesto a permanecer un segundo más allí mientras su esposa no era capaz de atender sus llamadas.

Tenía un billete de tren con destino a

Valencia a las ocho y media de la mañana, pero no podía esperar, así que le pidió al recepcionista del hotel que le consiguieran un vehículo de alquiler.

Entró a las cuatro y media de la madrugada en su casa, y fue directo a su dormitorio sin perder un segundo. Subió las escaleras de tres en tres. Al abrir la puerta, encendió la luz con celeridad, no parecía estar su mujer en la cama, y no era que no lo pareciese, es que definitivamente no estaba allí.

Se dirigió al baño y tampoco, con el corazón desbocado, tanto por el esfuerzo físico como por la sensación de abandono, se puso a gritar por toda la casa.

—¡Estrella... Estrella!

Divisó el móvil de su mujer encima de la cama. Sin pensar en la hora que era, sacó el suyo de su bolsillo y llamó a Ariadna, la mejor amiga de Estrella. En cuanto escuchó que descolgaban, no esperó siquiera a oír su voz.

—¡Dime que Estrella está ahí contigo!

—¿Dallas? —preguntó Ariadna todavía adormilada.

—Sí, soy yo, dile a mi mujer que quiero hablar con ella...

—¿Estrella? —interrogó preocupada—. ¿Ha ocurrido algo?

—Ariadna, si Estrella está ahí contigo... —La muchacha lo interrumpió.

—Dallas, aquí no está, ¿os habéis

peleado? —comentó muy seria, y el abogado sintió que se ahogaba por no saber dónde estaba su mujer.

—No..., sí..., bueno, no... ¿Está ahí? No me mientas, Ariadna, no iré a buscarla si ella no quiere, pero por lo que más quieras, dime la verdad.

—Te juro, Dallas, que aquí no está.

El abogado apretó los labios con fuerza, la respuesta de ella era sincera, lo malo que si no estaba con Ariadna, ¿dónde demonios estaba su mujer?

—Si te llama, por favor, avísame —suplicó y colgó sin esperar una respuesta por parte de la muchacha.

Fue directo al vestidor, abrió la puerta con tanto ímpetu que por poco la

arranca, los nervios se apoderaron de su ser. Al mirar el interior y fijarse que todas las maletas estaban en su sitio, pudo respirar con un poco más de calma, aunque, la verdad, cada vez parecía que le faltaba más el aire.

Bajó al salón, se sentó en el sofá e intentó tranquilizarse para poder pensar con calma y averiguar dónde podía haber ido Estrella.

A las siete menos cuarto de la mañana, Dallas ya no podía permanecer un segundo más en casa, se estaba volviendo loco, así que se levantó y fue a buscar a la persona que, después de su esposa, era el que mejor lo conocía.

Entró en *el gran nido*, subió a su antiguo dormitorio y despertó a su

hermano Rubén.

—Rubén... Rubén... —pronunció al tiempo que le daba un par de golpecitos en el hombro para despertarlo.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó al abrir los ojos y ver a Dallas frente a él.

—Necesito tu ayuda... Estrella no está en casa.

Rubén, que todavía no se había despertado del todo, se incorporó, quedándose sentado en la cama, miró el despertador y al ver la hora, se llevó las manos a la cara para frotarse los ojos y centrarse en la conversación.

—Vale, dame un minuto.

Se puso en pie, fue al baño y se lavó la cara con agua fría, necesitaba

despejarse, Dallas parecía realmente preocupado.

Al regresar a la habitación, se fijó en su hermano, que estaba sentado en su antigua cama, con los brazos apoyados en las rodillas, el cuerpo inclinado hacia delante y tapándose la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó.

Dallas le narró toda la conversación sin dejarse nada en el tintero, y cuando terminó, miró a su hermano con la esperanza de que este le dijese que no era para tanto. Pero no fue esa la respuesta, simplemente escuchó...

—Necesitamos a Rebeca —pronunció con lógica, ya que las mujeres siempre tenían otro punto de vista, igual su hermana pequeña podía ayudarlos, e

incluso saber dónde estaba Estrella.

Dallas, sin preguntarse si era la mejor opción, se puso en pie y salió a toda prisa. Rubén intentaba seguirle el paso, pero era casi imposible.

—¡Por lo que más quieras, Dallas, tranquilízate! —bramó Rubén al tiempo que le ponía una mano en el hombro para que dejase de llamar al timbre de su hermana como un poseído. Eran las siete de la mañana, Jaime y Rebeca estarían durmiendo, y su forma de llamar solo podría preocuparlos. Como así fue, ya que Jaime bajó como un galgo, en calzoncillos y con el pelo despeinado.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Nada, no te asustes, pelea de

enamorados —comentó Rubén, intentado calmar el ánimo y que Jaime y su hermana, que bajaba, abrochándose una bata de seda blanca, por las escaleras, no se alarmasen.

Dallas miró a su hermana a los ojos y sin hablar, se entendieron.

—Vamos a la cocina, tomemos un café —comentó Rebeca a sabiendas de que Dallas iba a tener que contarle la historia.

—A Dallas mejor dale una tila —argumentó Rubén, porque su hermano estaba demasiado nervioso.

En cuanto Beca analizó las palabras de su hermano, pegó un tragó del café, miró a Dallas y aunque lo veía sufriendo, tenía que ser totalmente

sincera.

—Desde luego, te has cubierto de gloria... —Negó con la cabeza, no podía creer que fuese tan estúpido—. No sé ni por dónde empezar...

—Por decirme dónde puede estar mi mujer —sentenció Dallas.

—Eso no lo sé, lo que sí sé, es que eres un *idiota* de marca mayor.

—Beca —pronunció Jaime para que midiese las palabras, ya que Dallas parecía muy afectado.

—¡Ni Beca ni Beco! —explotó—. Es que no me lo puedo creer. ¡Joder, Dallas, que eres un hombre casado! —acusó a su hermano, y este se ofendió por lo que estaba insinuando.

—¡Era Beatriz! Estábamos tratando su divorcio...

—¡Y qué! Eso me da lo mismo, Dallas. Me da igual que fuese la reina de Saba. Tú eres un hombre casado, que tiene una esposa en casa, y eso quiere decir que no puedes meter en tu habitación de hotel a ninguna otra mujer... ¡Mucho menos a esas horas de la noche!

Dallas se llevó las manos a la cara y se la frotó con brío, no entendía a las mujeres.

—¿Ves?, esa es la desconfianza que mostró ella, y yo no soporto la desconfianza —argumentó el abogado.

—No es desconfianza, es falta de

respeto.

—¡Lo que faltaba! —bramó fuera de sí, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

Rubén y Jaime se miraban entre ellos, aquello no pintaba bien.

—Mira, Dallas... —pronunció Rebeca con un tono de voz calmado e intentando que su hermano se tranquilizara—. Sé que tú no querías faltar el respeto a Estrella, y que tampoco tenías a Beatriz allí para nada más que trabajo —Dallas se paró y la miró—, pero da la casualidad que tu mujer se ha pasado la vida pensando que nadie la quería. Que por mucho que hiciese, nunca estaba a la altura, y su inseguridad es cien veces mayor a la de

cualquier otra mujer.

Dallas tragó con fuerza, eso era cierto, tan cierto como que él ya no podía vivir sin ella.

—Estrella confía en ti, pero al negarte a decirle quién era la mujer que estaba allí contigo, todo lo que habías conseguido se ha esfumado en un segundo...

—En cinco —interrumpió el abogado al recordar a Estrella dando la cuenta atrás de cinco malditos segundos. Se acercó de nuevo a donde se encontraba su hermana, se sentó en el taburete justo enfrente de ella y mirándola a los ojos, preguntó con temor:

—¿Y qué puedo hacer ahora?

—Esperar que regrese a casa. —Él cerró los ojos, y Beca alargó la mano para sujetar la de su hermano—. Volverá, te ama demasiado, Dallas, si tú estás mal, imagina cómo está ella.

Ese era el problema, que la imaginaba tan destrozada como él, pero sin saber dónde.

—¿Y cuando regrese? —volvió a preguntar, entre esperanzado porque su hermana le diese la solución y miedo a que Estrella no pudiese perdonarlo.

—Le hablarás con el corazón —sentenció tajante—. Solo así podrás recuperar de nuevo su confianza.

Dallas se levantó y se dirigió a su casa con la esperanza de que Estrella no tardase mucho en regresar y poder

aclarar las cosas.

A las nueve en punto, la puerta se abrió, y Estrella entró sin darse cuenta de que Dallas estaba allí, sentado en un sillón, mirándola.

—¿Se puede saber dónde estabas? — preguntó algo más rudo de lo que esperaba, pero los nervios le jugaron una mala pasada.

Estrella se sobresaltó, lo miró y continuó caminando mientras respondía:

—No pretenderás que te dé ninguna explicación, cuando tú eres incapaz de darlas.

Dallas se puso en pie para cortarle el paso, ya que ella se dirigía a las escaleras para subir a la habitación.

—Estrella —pronunció con más calma—, por favor, hablemos.

La reacción de su esposa no la esperaba, lo hizo a un lado con un brazo y gritó:

—¡Hablar! ¡Debes pensar que soy idiota! No necesito hablar de nada... es más. —Lo miró directamente a los ojos—. ¡Me importa un bledo lo que hagas o dejes de hacer a partir de ahora!

Dallas no esperaba que nada más entrar todo fuese bien, pero tampoco que Estrella se lo pusiese tan difícil.

—Ambos sabemos que eso no es cierto...

—¿Ambos? Solo hay una cosa en la que tú y yo podemos estar de acuerdo —

comentó con un tono cínico—. ¡Que nuestro matrimonio fue un maldito error! No debimos casarnos —escupió las palabras dejando a Dallas paralizado—. A ti te dio un arrebató, y yo acepté tu propuesta porque... —Se quedó callada, no podía seguir hablando, porque su siguiente frase él no merecía escucharla... «Porque yo te amaba con toda mi alma».

Y se dio la vuelta para subir las escaleras, sin que él pudiese ver que tenía los ojos llenos de lágrimas...

Dallas reaccionó, y cuando Estrella puso el pie en el último escalón, la mano de él la alcanzó. Sujetándola con fuerza, la hizo girar y pegó su frente a la de ella.

—Sé que anoche metí la pata... sé

que estás muy cabreada... sé que merezco tu enfado..., pero no voy a permitir que digas, y menos aún que creas, que nuestro matrimonio fue un maldito error. Lo único que he hecho bien en esta vida es haberme casado contigo.

Estrella no quería abrir los ojos, e incluso cerrados sabía que él también los tenía como ella. Antes de cerrar los suyos, lo último que vio fue a Dallas pegado a su cara, con los párpados apretados, porque no soportaba mirarla llorando.

—Dime qué tengo que hacer para que me perdones y lo haré... qué tengo que decir y lo diré... qué tengo que demostrarte y me dejaré la vida en ello

hasta que vuelvas a confiar en mí y querermme como yo te quiero.

—Dallas... —pronunció en un hilo de voz.

—Dímelo, dime qué necesitas y te juro, Estrella, que me dejaré la piel para conseguir que sigamos siendo el matrimonio que hemos sido hasta ayer. —Iba a hablar con el corazón, si esa era la solución, lo dejaría al desnudo—. Jamás fuiste un arrebatado. Nadie ha entrado aquí —llevó la mano de ella hasta su corazón—, excepto tú. Y no puedo dejar que salgas, si lo haces, mi vida no tendrá sentido. Te juré amor eterno ante Dios, mi familia y mis amigos, si eso no es suficiente, dime qué necesitas para creer en mí y lo haré.

Estrella abrió los ojos, echó la cabeza un poco atrás para mirarlo. Él los tenía abiertos, observándola. Y entonces ella levantó su mano y le acarició la mejilla.

—¿Crees que mis abrazos son un error? —preguntó susurrante a la vez que la abrazaba—, ¿que mis besos lo son? —Y la besó con ternura—. ¿Que mis caricias no son sinceras? —Y metió sus manos por dentro de la blusa que ella llevaba, acariciando su espalda— ... Dime, mi amor, ¿de verdad piensas que nuestro matrimonio fue un error?

Y Estrella negó con la cabeza, sin poder articular palabra, porque estaba emocionada.

—Entonces déjame hacerte el amor, necesito que me sientas, que compruebes

en tu propia piel lo que me haces sentir y por qué no puedo soportar que te alejes de mi lado en lo que me queda de vida.

Y Estrella, con lágrimas en la cara, no lo dudó, acercó sus labios a los de él y unieron sus bocas, sus deseos y sus almas.

—Demuéstrame cuánto me amas — pronunció Estrella, con las emociones a flor de piel y totalmente enamorada.

Dallas la tomó en brazos y la llevó hasta su dormitorio, nada más dejarla en la cama, suspiró tranquilo, por fin su esposa estaba allí, junto a él, y estaba dispuesto a demostrarle que ella era lo que más amaba.

Hicieron el amor con la ternura y

desesperación que sentían y necesitaban. Y al terminar, Dallas la sujetó con fuerza para que no se alejara.

—Estrella, prométeme que cada vez que nos enfademos, intentaremos solucionar las cosas hablando. Pero que no volverás a desaparecer, porque te juro, mi vida, que no podré soportarlo, no soy tan fuerte —se sinceró. Era cierto, desde que su corazón y su mente habían aceptado que estaba enamorado, perder a Estrella no podía soportarlo.

—Lo prometo —pronunció con una ligera sonrisa en la cara.

Dallas asintió y respiró tranquilo, esa sonrisa era su medicina diaria.

—Mejor, así no tendré que movilizar a nadie de madrugada.

—¿A quién has movilizado? —  
preguntó ella curiosa.

—A Ariadna a las cuatro de la  
madrugada —confesó, haciendo una  
mueca, porque sentía haber molestado a  
la muchacha—. Y a Rubén, a Jaime y a  
Rebeca.

Estrella se quedó observando y al  
final sonrió plena, su marido era el  
mejor. Vale que la noche anterior se  
había cabreado con él, pero ahí estaba  
su *abogaducho*, movilizando a la gente  
sin importarle tener que contar sus  
problemas a los demás, porque ella era  
lo primero para él. Y consciente de que  
él siempre había sido el más reservado,  
lo confirmaba.

—Estuve en casa de Carmen —

confesó susurrante, y Dallas sonrió.



# Capítulo 6

## Domingo en familia

El domingo, todos los Irwin, junto a sus parejas, parecían disfrutar en *el gran nido*.

Neill sonreía al ver a su pequeña reír, desde que ella se había trasladado, no había tenido tiempo para hacer amistades nuevas. Y al chef le preocupaba, necesitaba sentir a Tara feliz. Ahora viéndola a carcajada limpia junto a Malcom, Víctor y Dallas, se sintió pleno.

—No tiene gracia —protestó Rubén porque sus hermanos acababan de enterarse por Malcom que lo apodaban *puma*.

Dallas y Víctor, que se estaban desternillando de risa, querían aprovechar el momento, ya que Rubén siempre aprovechaba la mínima oportunidad para tomar el pelo a todos.

—¿Te lo puedes creer? —comentó Víctor a Dallas como si Rubén no estuviese presente—. ¡Puma!

—Esas mujeres sí que saben —respondió Dallas, que estaba disfrutando a lo lindo junto a Víctor—, están convencidas de que no puede hacer el *salto del tigre*.

Las mofas y risas de sus dos hermanos despertaron el interés del resto de los presentes, y se acercaron todos, aprovechando que a Nerea acababa de dejarla su madre en el antiguo dormitorio de Rebeca para hacer la siesta.

—Podríais contar el chiste —dijo David curioso.

—Que a nuestro hermano Rubén... alias *el puma* —explicó con mofa Dallas —, en un grupo de Facebook lo tienen como el semental de la manada.

Las risas por parte de todos fueron la gotita que colmó el vaso, Rubén estalló.

—¡Ya vale! Para vuestra información, no es un grupo cualquiera. Esas mujeres no andan buscando un semental... —

razonaba muy enfadado Rubén, y Víctor lo interrumpió.

—Sí, de eso estamos seguros, de buscar uno, tú no estarías en ese grupo.

—Y no serías el puma, más bien el tigre —remató Dallas.

—Yo conozco ese grupo de Facebook, además estoy en él, pero entro poco —reconoció Susana, consiguiendo una mirada furibunda por parte de Víctor.

—¿Ves, hermanito? —ironizó Rubén—. Si fuese como tú dices, Susana estaría buscando a otro porque tú no llegarías ni a ratón.

David y Jaime se rieron con ganas porque la cara de Víctor no tenía

nombre.

Víctor miró a Susana y preguntó:

—¿Y puedes explicarnos por qué lo han apodado puma? Me gustaría saberlo.

—Es un grupo de lectoras —miró a Rubén y rectificó rápido—, y lectores también, aunque los chicos hablan menos. Y como nosotras nos llamamos *panteras incomprendidas*, por los protagonistas de dos novelas, a los chicos se les apoda, leones... tigres... o pumas.

—Vaya tela, Rubén, te han dejado solo en puma —guaseó Neill.

—No, no, eso es que Rubén es muy querido —afirmó rápida Susana.

—¿Por qué? —preguntó intrigado

Jaime.

—En una de las novelas, a uno de los protagonistas lo apodaron puma, de ahí que a Rubén lo llamen así.

—Pero no lo consideran un buen semental, lo han dejado en puma — comentó Víctor de nuevo para molestar a su hermano.

—En realidad, yo diría todo lo contrario. Los tigres normalmente los asociamos a los que van de chulitos, como si solo supiesen hacer el salto del tigre. Y, sin embargo, a Rubén lo han llamado puma, y teniendo en cuenta que lo hacen por asociarlo a un hombre que fue capaz de hacer gozar a una mujer durante seis asaltos... —y lo dejó en el aire para poder apoyar a Rubén, que

parecía estar incómodo con las mofas de todos.

—¡Es que sois idiotas! —dijo Rubén, que gracias a la intervención de Susana, consiguió que sus hermanos se quedasen callados.

—Por cierto, dentro de poco van a organizar una quedada, ¿acudirás? —preguntó Susana a Rubén.

Todos lo miraron, esperando la respuesta. Lo más sencillo hubiese sido mentir para que lo dejaran tranquilo. Pero en esa familia no había cabida para los secretos y las mentiras.

—Por supuesto que iré, estoy loco por conocer a mis panteras incomprendidas —reconoció sincero.

Dallas, que estaba a su lado, le dio un toque en el hombro.

—Me parece estupendo, quién sabe si una pantera acaba entrando en tu vida.

—Dallas... Dallas... Dallas... que tú te pasases al bando de los enamorados

—Estrella miró a Dallas, y sus miradas se encontraron—, no quiere decir que los demás vayamos a hacerlo.

—¿Sabes una cosa? —comentó el abogado mientras se acercaba a su mujer y la rodeaba con sus brazos—. ¡Bendito el día que me pasé de bando!

Estrella, enamorada perdida de su marido, levantó la cabeza, invitándolo a que la besara sin importarle que estuviesen todos delante de ellos.

—¡Madre mía, quién te ha visto y quién te ve! —se quejó Rubén, aunque estaba encantado de ver a su hermano enamorado y feliz junto a su cuñada.

Todos rieron por el comentario.

Javier observaba atento a todos, le encantaba ver a toda su familia reunida. Y tan observador como siempre, quiso averiguar algo.

—¿Y tú, Malcom, no tienes nada que contarnos?

El aludido se giró y con una sonrisa de oreja a oreja, negó con la cabeza. Aunque miró a su melliza y le guiñó un ojo. Puesto que, como por costumbre, ella era su confesora, la única que conocía todos sus problemas y alegrías.

Rebeca no dijo nada, aunque sabía por qué preguntaba Javier, de hecho, todos los hermanos habían comentado, antes de sentarse a comer, que a Malcom volvía a brillarle la mirada y se lo veía optimista.

Media hora más tarde, Beca y Malcom hablaban un poco apartados.

—¿Y no ha mejorado nada? — preguntó Rebeca mientras hablaban de Blanca.

—Un poco, pero la fiebre continúa, la infección sigue latente.

Beca torció el labio, estaba pensando. Su hermano le había pedido consejo para poder animar un poco a Blanca, esa chica lo había calado hondo, y en los días que llevaba visitándola y

ayudándola a cuidar a Fiera, parecía que había surgido una gran conexión entre ellos, quizá solo fuese amistad, pero para él era más que suficiente si con eso podía seguir compartiendo su tiempo libre con ella.

—¡Tengo una idea! —se expresó jovial, contagiando de entusiasmo a su hermano.

—¿Cuál?

—Lleva varios días en el hospital, y la verdad, Malcom —pronunció, alertando a este de que lo iba a reñir por algo—, estos días podías haberle llevado ropa.

—Está en la cama, Beca —se defendió.

—Sí, pero hay ratos en los que se levanta para caminar un poco, ¿no? — Malcom asintió—. No te hubiese costado nada llevarle ropa interior...

—¡Qué dices! —interrumpió alarmado. Su hermana se había vuelto loca de remate.

Rebeca gruñó, desde luego, los hombres tenían muy poco sentido común.

—No me voy a molestar ni en responderte, lo que vamos a hacer es lo siguiente: Nos dirigimos a su apartamento, Nerea, tú y yo. Recogemos ropa interior y algún camisón que tenga...

—¿Quieres registrar su armario? — preguntó sin dar crédito.

—Te lo juro, Malcom, a veces pienso que tú y yo no somos hermanos —reconoció honesta porque no entendía que fuesen mellizos muchas veces. Lo dicho, los hombres no tenían sentido común.

—¿Y qué pinta Nerea?

Soltó aire con resignación, es que no había manera de que su hermano pillase las cosas.

—Jugará con Fiera mientras tú subes a ver a Blanca, y le dices que se asome a la ventana para ver a su perro. Dudo que nos dejen meter al animal en el hospital.

Malcom abrazó a Rebeca con fuerza. ¿Cómo no se le había ocurrido a él

llevarle a su perro?

—¡Eres la mejor!

—Dime algo que no sepa.

A las seis de la tarde, Nerea estaba jugando con Fiera en el comedor del apartamento de Blanca mientras Rebeca y Malcom registraban armarios y cajones.

—¡Joder! —No pudo reprimirse Malcom cuando al abrir el cajón de la lencería, allí había una colección de tangas increíbles. Y para su asombro, unos cuantos ligueros. Sonrió como un tonto al imaginarla con ellos puestos. Cerró los ojos porque la visión que estaba formándose en su mente era digna de cualquier película erótica.

Rebeca le dio un capón por detrás.

—Deja de fantasear y mételos en la bolsa... —Al ver que Malcom cogía con una mano un par de tangas, volvió a darle un capón—. ¡Espabila, Malcom!

—¿Pero qué haces? —protestó, frotándose la cabeza.

—¿Un tanga? ¿En serio? —pronunció muy molesta—. Está en un hospital, *idiota*, lo que necesita son braguitas.

Malcom se quedó pensativo, tenía razón, no era un lugar para ir con los tangas más *sexys* que había visto en su vida.

Abrió otro cajón, y allí estaban las braguitas, y ojo, tampoco es que fuese a hacerles ascos Malcom. Esa mujer tenía

un gusto exquisito a la hora de comprar ropa interior.

Alzó cinco braguitas, de colores distintos, y se las enseñó a Rebeca.

—¿Da la señora su aprobación? — preguntó con sorna.

—Sí, ahora sí.

Malcom sonrió, su hermana siempre acababa siendo su salvación, a él no se le hubiese ocurrido nunca llevarle ropa interior ni llevar a Fiera.

—Toma, pon esto también en la bolsa —ordenó Beca, que había encontrado tres camisones monísimos—. Seguro que se alegra cuando tenga estas cosas, te guste o no, para nosotras es importante tener nuestra propia ropa en

un hospital.

Salieron del dormitorio, y Rebeca vio una fotografía.

—¿Es ella?

—Sí.

—Vaya, tenías razón, es muy bonita.

—Es preciosa.

Rebeca sonrió, su hermano era auténtico, no le importaba reconocer que estaba colado por ella.

—¡Conozco a sus padres! —exclamó al ver otra foto donde posaba con ellos —. Son los dueños del hotel.

—¿Cuándo has estado tú en ese hotel? —preguntó porque la foto en cuestión estaba tomada en la puerta del hotel y salía el nombre.

—Ah... —Se sintió pillada—. Hace años.

Malcom levantó una ceja, esperando una aclaración mejor. Pero ella no pensaba darla. Era algo muy personal, allí, Jaime y ella habían consumado su amor en secreto, en uno de sus viajes a Portree, cuando le tocaba pasar el verano en Escocia. Y teniendo en cuenta que era menor de edad por entonces, prefería no decir nada, tampoco era cuestión de que sus hermanos supiesen cuándo perdió la virginidad.

Una hora más tarde, Malcom entraba en la habitación ciento dos. La jefa de enfermeras, al cruzarse con él, le guiñó un ojo, y este sonrió tímido.

Cuando le entregó la bolsa con sus

efectos personales, ya que Beca había pensado en todo y también añadió cepillo de dientes, zapatillas, espejo de mano y su neceser... Blanca abrió los ojos con alegría.

—Lamento haber tenido que rebuscar en tus cajones, pero...

—¡No, no! Gracias, muchas gracias, Malcom.

El cirujano sonrió, la carita de felicidad de Blanca no tenía precio. Le debía una muy gorda a su hermana por conseguir la visión que tenía delante.

—Y tengo otra sorpresa —informó con voz cariñosa—. Si eres tan amable de ponerte en pie —sugirió.

Blanca no lo dudó, se incorporó

aprovechando para estirar las piernas un poco, la fiebre había bajado y le apetecía caminar un rato.

—¿Y bien? —preguntó curiosa.

Malcom la asió de la mano y la llevó junto a él hasta la ventana.

—Hay alguien ahí fuera —comunicó mientras hacía un movimiento de cabeza.

Cuando Blanca miró a través del cristal, con la mano que tenía libre —ya que la otra no se la había soltado Malcom, y para ser justos, a ella tampoco le apetecía dejar de sentir su contacto—, se tapó la boca para no gritar. ¡Estaba su perro allí! Saltando y jugando con una niña pequeña.

Malcom la observaba, se le había

iluminado la mirada, y ese gesto consiguió que a él se le acelerara el corazón.

Blanca reaccionó, abrazó a Malcom con fuerza. Justo cuando Isabel entró a tomarle la temperatura.

El cirujano, que no quería separarse de ella, hizo un comentario, y la enfermera asintió.

—Ya se la tomo yo.

Para asombro de Malcom, Blanca, al separarse de él, se quedó justo a su lado, apoyada en su cuerpo, dejando su cabeza recostada en el hombro. Y entonces, como si hubiese una conexión especial entre ellos, la rodeó con un brazo por la cintura. Daba la sensación de haberlo hecho mil veces antes.

—¿Quién es? —preguntó Blanca, con los ojos fijos en su mascota.

—Es Nerea —informó, ya que habían hablado durante estos días de la pequeña y de toda su familia—. Y la que está junto a ellos es mi hermana Rebeca.

Al ver que la niña se tiraba al césped y Fiera se echaba encima, se rio con ganas.

—Creo que Fiera ya no va a querer volver conmigo —comentó risueña.

—Estaría loco, nadie que te conozca querría vivir lejos de ti —reconoció con valentía porque él daría cualquier cosa por estar cerca de ella siempre.

Blanca notó que su estómago se removía, ojalá fueran ciertas esas

palabras. De ser así, no hubiese vivido tanta angustia el día que pilló a su novio con otra. Algo que tenían en común Malcom y ella. Puesto que el cirujano confesó que él también había vivido ese momento de asco y rabia al pillar a la doctora Miranda con otro colega de profesión.

Mientras sus ojos seguían clavados en la pequeña y en Fiera, su mente trabajaba rápida. ¿Cómo había llegado a confesar tantas cosas privadas a Malcom en tan poco tiempo? Ella siempre había sido muy reservada. Y volvió a sonreír porque sin saber el motivo, una cosa estaba clara; se sentía bien junto a él, y además, Malcom justo en ese mismo instante, acababa de

rodearla completamente con sus dos brazos. Consiguiendo que ella se sintiera protegida... valorada... querida... y mimada. No se sentía nada incómoda, todo lo contrario. Tenía la extraña sensación de que esos gestos entre ellos dos fuesen habituales, una familiaridad asombrosa.

Malcom notó que Blanca se estremecía entre sus brazos, así que su lado profesional lo hizo reaccionar.

—Voy a comprobar si tienes fiebre —susurró en su oído.

Al separarse de ella, Blanca suspiró, no era fiebre, era lo que él le hacía sentir con su contacto.

Al acercarse de nuevo a ella, vio que esta levantaba la mano y saludaba.

—¡Tu hermana me está saludando!  
—pronunció jovial. No la conocía, pero Malcom le había hablado tanto de ella, que ya la sentía parte de su vida.

Diez minutos más tarde, Rebeca le mandaba un mensaje para avisarle de que se marchaban, que le dejaría las llaves de Blanca en *el gran nido*.

Blanca miró a Malcom y le preguntó un poco avergonzada.

—¿Te importaría quedarte un rato más y acompañarme a dar una vuelta?

Malcom sonrió, ¿que si le importaba? Estaba encantado de poder compartir su tiempo junto a ella.

Se metió en el baño para cambiarse de ropa, se puso uno de los camiones

que le había elegido Rebeca, y salió con una amplia sonrisa.

Malcom se sintió satisfecho, desde luego las mujeres sabían perfectamente lo que necesitaban, la muestra era que su hermana había dado en el clavo, puesto que Blanca, con sus zapatillas y su camisón, se notaba que estaba realmente cómoda. Se acercó a ella y le tendió el brazo, un gesto simple que a la joven le pareció maravilloso. Así que enredó su brazo al de Malcom y salieron al pasillo para poder mover las piernas.

Al regresar a la habitación, sonó el móvil de Blanca, y el cirujano se reía, la conversación que mantenía con su madre le era muy familiar, algo le decía que la madre de ella y la suya tenían mucho en

común.

—Mamá, por favor... —se quejó, cerrando los ojos—. No me pidas eso.

Malcom, que no había hablado hasta ese momento, en voz baja comentó.

—No pasa nada.

Blanca suspiró y puso los ojos en blanco, totalmente avergonzada porque su madre quisiera hablar con él directamente.

—Vale, tú ganas, ahora le paso el móvil.

Cuando alargó la mano y él lo cogió, ella pronunció un «lo lamento, sin voz», y Malcom negó con la cabeza.

—Hola, soy Malcom —saludó sin apartar la mirada de los ojos de ella.

—*¡Ay, hijo, mil gracias por todo lo que estás haciendo por mi hija!*

—No tiene que dar las gracias, es mi deber...

—*¡Por supuesto que tengo que darte las gracias! Esta hija mía es una cabezota, ¿te puedes creer que no nos dijo nada hasta ayer?* —recriminó muy alterada.

Blanca puso los ojos en blanco de nuevo, Malcom sonrió, comprendía la vergüenza que estaba pasando, si fuese el caso contrario, querría amordazar a su madre para que se callara.

—Bueno, no se preocupe, está recuperándose y muy pronto le daré el alta.

—*¿Entonces puedo estar tranquila?*

—preguntó la mujer preocupada.

—Sí, puede estar tranquila.

—*Gracias, doctor, gracias.*

—De nada, le paso a su hija.

Malcom le devolvió el móvil a Blanca y cinco minutos después, los dos reían por la ocurrencia de su madre.

A las diez de la noche, dio por terminada la visita, aunque le encantaría quedarse más. Pero al día siguiente su turno comenzaba a las siete de la mañana.



# Capítulo 7

## Favor con favor se paga

Miranda estaba en la sala de descanso, faltaba muy poco para acabar su guardia y por fin tenía un rato para relajarse, ya que había sido una tarde muy movidita. Y mientras se tomaba el café que había sacado de la máquina expendedora, escuchó a una enfermera.

—Pues ya está confirmado, el doctor Irwin ya está pillado.

Se giró rápida y sin pensarlo, preguntó:

—¿Cómo has dicho?

La enfermera miró a Miranda y se encogió de hombros.

—Que Malcom Irwin tiene novia.

—¿Y eso quién lo dice? —inquirió con mucha soberbia.

—Lo han visto en la primera planta paseando con la paciente de la ciento dos... pensábamos que era una paciente más, pero no, está claro que debe ser la novia porque la ha visitado todos los días, y además hoy es domingo, no creo que pierda su tiempo libre aquí de visita sin... —No la dejó terminar.

—¡Pues te equivocas! —sentenció y se puso en pie.

Se dirigió a la salida con paso firme,

subió a la primera planta y fue al puesto de enfermeras.

—Quiero el historial de la paciente de la habitación ciento dos —ordenó.

Isabel levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—Lo lamento, pero esa paciente es del doctor Irwin.

—Me parece que no me has entendido, y te recuerdo que soy... —La enfermera, que conocía la historia de Malcom y la doctora que tenía delante, no se amilanó, todo lo contrario, sentía aprecio por Malcom y estaba cansada de ver el acoso al que Miranda lo estaba sometiendo de un tiempo a esta parte.

—Disculpe, doctora, pero me parece

que se está extralimitando.

Miranda se sintió ofendida y así se lo hizo saber.

—Mañana tendrá noticias del director —la amenazó.

—Me parece bien, será un placer comentarle que una cardióloga quiere mirar el historial de un paciente que no le corresponde por motivos personales.

Miranda se irguió y se dio media vuelta con un pensamiento en mente, dejarle claro a la paciente de la ciento dos quién era ella. Fue directa a la habitación y entró sin llamar.

Blanca se sobresaltó, no esperaba a nadie. Aunque nada más verla, supo quién era, Malcom la había descrito muy

bien.

—Hola, soy Miranda —saludó con tono áspero—. Supongo que Malcom te habrá hablado de mí.

Blanca se tensó, aunque pensó en el hombre que había pasado toda la tarde con ella e iba siendo hora de devolverle el favor. Como decía su madre muchas veces: «favor con favor se paga». Él no merecía que la mujer que estaba delante, consiguiera amargarle la vida. Le había contado el acoso que recibía y que ya no sabía qué hacer para que Miranda lo dejase tranquilo.

—Sí, al igual que imagino que sabes quién soy yo. —Al ver que la doctora estaba algo desconcertada, aprovechó el momento—. Me parece de muy mal

gusto por tu parte presentarte aquí... aunque aprovecho para darte las gracias.

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender.

—De no ser por ti, yo no podría estar con Malcom.

A Miranda se le revolvieron las entrañas. Y quiso hacer algo que hasta ahora le había funcionado con el resto de féminas del hospital; mentir para salirse con la suya.

—No pensaba venir, pero hay ciertas cosas que es mejor aclararlas —dijo muy seria, acercándose a la cama—. Sé que lo que te voy a decir te va a doler, pero me siento de alguna manera obligada a hacerlo.

Blanca sospechó lo que tramaba, y de pensar que si ella de verdad estuviese con Malcom, como acababa de hacerle ver a Miranda, y tuviese que escuchar semejante sarta de mentiras, hoy dormiría destrozada. Y se le encendió la sangre porque Malcom era un gran hombre que no merecía sufrir por esa mujer.

—La verdad es que me interesa muy poco lo que puedas venir a contarme, Miranda.

—Pues no debería, a pesar de que me siento avergonzada por esto —comentó intentando parecer azorada—, Malcom y yo hemos vuelto a vernos.

A Blanca cada vez le ardía más la sangre, hoy le subiría la fiebre, estaba

convencida de ello. Su paciencia con esa mujer se había agotado.

—Debes tomarme por tonta...

—No se me ocurriría, simplemente te estoy informando.

—¿En serio? ¿Cuándo? —preguntó altiva, para bajarle los humos a la doctora—. ¿Dime cuándo ocurrió?

La doctora, sin pensar, respondió rápida.

—Ayer.

Blanca empezó a reírse con ganas, descuadrando a Miranda por completo.

—¡Hay que ser mentirosa!  
—exclamó.

Miranda explotó.

—¿Mentirosa? ¡Qué patética eres!

Una mujer desesperada que por cazar a un cirujano es capaz de aguantar que se burlen de ella. —Al ver que Blanca dejaba de reír, sentenció casi gritando—: ¡Encima de cornuda, arrastrada!

Y esa fue la gotita que colmó el vaso. Perdiendo las formas, Blanca dejó muy clara su postura. Estaba asqueada por lo que insinuaba. Si Malcom y ella hubiesen empezado una relación, esa mujer estaba intentando acabar de golpe con ella. Algo que el doctor no merecía, puesto que ese hombre ya había sufrido por culpa de Miranda.

—Y tú, ¡encima de puta, mentirosa!  
—Miranda agrandó los ojos—. ¿Crees que puedes joderle la vida a un hombre

como Malcom? Puede que en tu cabeza retorcida, donde no hay espacio para las palabras fidelidad... sinceridad... honestidad... y amistad, llegues a creer que él y tú habéis vuelto a estar juntos. Pero en el mundo real, donde nos encontramos, un hombre decente como él es incapaz de volver a tener nada con una descerebrada con tú, Miranda. Así que coge tu cabeza enfermiza, tus mentiras, tu cólera y tu mala conciencia, y sal antes de que te diga lo que un hombre educado como Malcom es incapaz de decir en voz alta.

Miranda se quedó helada, no esperaba una respuesta así. Y por si no fuese suficiente, Blanca remató:

—Hay que tener dignidad, y ya que tú

la perdiste en el momento en que te metiste en la cama con otro cuando todavía estabas con Malcom, intenta a partir de ahora, alejarte de nosotros, porque te aseguro que él y yo no vamos a romper nuestra relación por tus falsas mentiras —dijo del tirón—. ... Por cierto, ayer dudo que estuvieses con él, puesto que estuvo conmigo todo el día. Así que teniendo en cuenta que es tu cabeza la que vive una historia imaginaria, te aconsejo que pidas cita al psiquiatra porque de verdad lo necesitas.

Miranda, entre rabiosa e indignada porque esa mujer supiese lo que había sucedido entre Malcom y ella, se dio la vuelta y salió dando un portazo.

Blanca suspiró nada más verla desaparecer. Cerró los ojos e intentó relajarse. En su mente apareció Malcom, y sonrió porque ese hombre tenía algo especial que conseguía que ella se sintiera tranquila.



# Capítulo 8

## Comienza el infierno

El martes por la tarde, Amanda estaba en la puerta del colegio esperando a que saliera su hija Nerea. Justo cuando una voz altiva la sorprendió. Al darse la vuelta, tenía delante de ella a Alicia, la exmujer de Javier, con una sonrisa falsa en la cara.

—Vaya, me alegra verte —comentó con desgana—. Tú y yo deberíamos mantener una conversación...

—Me temo que no tenemos nada que

decirnos —respondió Amanda sin comprender qué demonios hacía esa mujer allí.

—Yo creo que sí, para empezar —utilizó un tono de voz triunfal—, estaría bien que fueses poniéndome al día de los horarios de Nerea; para cuando tenga que venir a recogerla.

Amanda no entendía nada, ¿qué pretendía Alicia?

—Alicia, estoy ocupada...

Alicia estalló en risas, algo que desconcertó a Amanda porque esas risas eran falsas, y eso no anunciaba nada bueno.

—Bueno, cuando Sebastián consiga la custodia compartida, será un placer

llevar a Nerea a casa y escuchar de su boca como me llamará «mamá».

Amanda se quedó petrificada y, al ver la sonrisa maliciosa en los labios de Alicia, sintió náuseas. Y para rematar, la pelirroja se acercó y susurró en su oído.

—Cómo voy a disfrutar al saber que cada fin de semana que tu pequeña *bastarda* tenga que venir a mi casa, tú te quedarás llorando. Javier y tú no vais a vivir un solo día de vuestras vidas tranquilos.

Amanda estuvo tentada en darle un guantazo, pero en el último momento, se contuvo. Esa mujer iba a aprovechar ese arrebato para salirse con la suya, y teniendo en cuenta que iban a vivir un

infierno a partir de ahora, para impedir que Sebastián pidiera la paternidad, era mejor mantenerse con la cabeza fría.

—Me parece, Alicia, que Sebastián no te ha puesto al corriente de la situación —razonó, intentando parecer tranquila—: Nerea no es hija suya.

—Eso lo dictaminará un juez —sentenció, dando a entender que Sebastián iba a llevar a cabo acciones legales.

Amanda tembló, pero supo mantener el tipo. Con desprecio comentó:

—Puede hacer lo que quiera, gastarse el dinero, y al final seré yo quien disfrute cuando todo acabe.

Alicia por un momento se quedó

pensativa, parecía que Amanda no estaba asustada ni preocupada, algo con lo que no contaba. Por lo tanto se dio media vuelta y se alejó.

Amanda se abrazó a sí misma, ya no podía controlar más sus nervios, se apoderó de ella el pánico. Cuando Nerea se echó a sus brazos, notó los temblores.

—¿Tienes frío, mami?

—Sí, mi vida, mucho frío.

—Claro, no te has puesto la bufanda —reconoció mientras se tocaba la que ella llevaba alrededor del cuello.

Amanda sonrió y la abrazó con fuerza. Cerró los ojos por no llorar. Daría lo que fuera para que su pequeña no

tuviese que pasar por nada de lo que se les venía encima.

\*\*\*

Tara observaba divertida la escena que tenía delante. Estaba en la cocina, donde Neill y la pequeña Nerea se encontraban cada uno a un lado de la isla. Estaban juntos preparando galletas. Amanda y Javier les habían pedido el favor de cuidar a la pequeña, ya que tenían que hablar con Dallas de un tema legal.

—¿¿Cómooooo?! —exageró Neill para que Nerea se sintiera más importante—. ¿Que un niño ha pegado a mi *sirenita*?

Nerea asentía enérgica para que Neill supiese que no mentía. Tara intentó no reírse, pero la escena era digna de ver.

Aquel grandullón poniendo cara de lobo feroz y la niña gesticulando a todas horas.

—¿Sabes una cosa? —comentó el chef mirando fijamente a Nerea—. Ese niño acabará en mi cazuela —sentenció fingiendo estar furioso.

—Sí —respondió Nerea convencida.

Tara negó con la cabeza, ¡menudos eran los dos! Se notaba que Nerea adoraba a Neill, y ahora más, desde que la apodaba *sirenita*, porque se había disfrazado hacía poco de *Ariel*, su personaje favorito de Disney. Y el chef no podía negarlo, se sentía especial por recibir ese trato tan cariñoso de la niña.

Llamaron al timbre, y Tara aprovechó para poder reírse a gusto. Cuando abrió

la puerta, Rubén se contagió y sonrió.

—¿A qué viene esa alegría?

Cuando le contó el motivo, Rubén también se carcajeó, conociendo a su hermano mayor, estaba convencido del numerito que había presenciado Tara.

Entraron juntos y sonrieron de nuevo. Nerea estaba espolvoreando las galletas que acababan de sacar del horno y su cara de felicidad lo decía todo. Sin embargo, el rostro de Neill era un poema, estaba acostumbrado a tenerlo todo impoluto.

\*\*\*

Amanda se desmoronó mientras contaba lo que había sucedido. Javier la abrazó con fuerza, y Dallas prefirió

dejarlos a solas, esa pareja necesitaba intimidad. Además era doloroso ver a su cuñada llorar.

—¿Por qué, Javier? ¿Por qué se empeñan en destrozarme la vida?  
—preguntó con llanto desgarrador.

El mayor de los Irwin tragó costándole la vida. Esa pregunta se la hacía él una y otra vez desde que apareció Sebastián en sus vidas. Aunque ahora la rabia que sentía era mucho mayor. Alicia estaba actuando por despecho y rencor, esa mujer no tenía límites, y por desgracia, él se sentía en parte culpable de lo que estaba sucediendo.

—Lo solucionaremos, Dallas se encargará de todo —dijo con una calma

que no sentía.

—Mi hija no es un juguete, y Alicia quiere usarla como un trapo entre sus manos para destrozarnos la vida.

Ahí estaba el problema real. En cuanto Amanda había comentado que era Alicia la mujer que había convencido a Sebastián, todo había cambiado, incluso Dallas se quedó paralizado. Por un segundo, Javier pareció tener la solución a ese problema, y a pesar de que no era agradable, algo en su interior bramaba que no había más solución.

—Y no se lo vamos a permitir —sentenció rabioso.

—Si el juez aprueba llevar a cabo su petición, cuando pidan la prueba de pater...

—Cuando llegue ese momento, veremos qué hacer, hasta entonces no debemos anticiparnos. Para ello queda mucho, y Dallas conseguirá que no lleguemos tan lejos —informó para que Amanda se quedase más tranquila. Aunque no había nada que pudiese tranquilizar a esa mujer cuando estaba en juego la felicidad de su hija.

En cuanto se repuso, Javier asió la mano de Amanda para salir juntos del despacho de su hermano. Una vez fuera, Dallas se acercó, le pidió a su hermano mayor que entrara de nuevo, necesitaba hablar con él a solas.

Mientras Amanda y Estrella se saludaban en el salón, Dallas miraba fijamente a Javier. Conocía tanto a su

hermano mayor, que incluso podía leerle la mente.

—Javi, ve quitándote de la cabeza lo que estás pensando. A partir de hoy, no vas a volver a tener contacto de ningún tipo con tu ex —ordenó. Consciente que Javier estaba dándole vueltas a la cabeza—. Y por supuesto ¡No vas a alejarte ni de tu mujer ni de tu hija!

Javier se mordió los labios. Dallas había entrado en su mente, ahí ya estaba maquinando la solución.

—¿Y si no hay más solución? —preguntó angustiado.

—¿Crees que la solución es alejarte y vivir amargado y hundido el resto de tu vida?

—Si con ello Amanda y mi hija pueden continuar sus vidas sin pasar un solo día...

Dallas lo interrumpió:

—Javier, te necesitan tanto como tú a ellas. Amanda y tú estáis hechos el uno para el otro, por eso vais a casaros. Y además, tú lo has dicho: *Tu hija*. Ya sois una familia.

Javier se sentía inútil y agobiado. Respiró con fuerza.

—¡Maldita sea, Dallas! Un padre debe proteger a su hija... ¡Y yo no puedo hacer nada para evitar lo que está pasando! ¿Cómo quieres que mire a los ojos a Amanda sin sentirme un maldito inútil? No he podido darle hijos —razonó agonizando de dolor—. Y

ahora no soy capaz de evitar que quieran quitárnosla.

Dallas apretó el hombro de Javier para transmitirle calma y apoyo.

—Nadie os va a quitar a Nerea, lucharemos cuanto haga falta.

Javier necesitaba aferrarse a esa pequeña esperanza. Y al final, en un hilo de voz, admitió una verdad que lo hacía sentirse más culpable porque de poder alejarse de ellas, cabría la posibilidad de que todo acabase.

—No sé vivir sin ellas.

Dallas lo abrazó.

—Y pase lo que pase, no tendrás que hacerlo.

Se reunieron con las dos mujeres.

Estrella, al ver el rostro de su marido, no necesitó preguntar; esa pareja iba a vivir un infierno.

El domingo anterior, mientras la niña hacía la siesta, Javier y Amanda pusieron al corriente a todos los hermanos. En esa familia nunca había secretos, y este tema afectaba a todos. Nerea ya era parte de la familia, su hermano Javier la consideraba su hija, por lo tanto, la niña ya era una Irwin para todos.

Se despidieron y regresaron a la casa de Neill. Nada más entrar, al ver los ojos rojizos de Amanda, Tara le pidió que la acompañara al baño, no era bueno que su hija la viese de esa guisa.

Rubén, al percatarse de la situación,

actuó rápido.

—Nerea, ¿qué te parece si le llevamos a la tía Beca esas galletas tan deliciosas que has hecho para merendar?

La niña asintió enérgica. Neill sacó un tuper de plástico y metió unas cuantas, mientras Javier, con un movimiento de cabeza, daba las gracias a su hermano Rubén por el detalle.

Una vez preparada, con una mano agarraba con fuerza las galletas, con la otra se asió de la mano de su tío Rubén. Y con una enorme sonrisa de oreja a oreja se pronunció.

—Vamos, tío, que la tía Beca seguro que tiene hambre.



# Capítulo 9

## La ayudante de Beca

Llamaron al timbre de la puerta y esperaron sonrientes, la pequeña estaba nerviosa, eran sus primeras galletas. Una mujer morena abrió, y Rubén se quedó hechizado. ¿Quién era esa morenaza tan escultural? Una pregunta que pronto tendría respuesta. Aunque antes de obtenerla, no quiso perderse el más mínimo detalle; la recorrió con la mirada, de arriba abajo, sin avergonzarse por el escaneo que estaba dedicándole.

«¡Madre del amor hermoso!», se expresó al contemplar la maravilla que tenía delante. Sonrió como un bobo, hacía tiempo que no veía una mujer con ese porte. Su curvilíneo cuerpo le hizo desear haber aprendido a tocar la guitarra española.

«Me estoy poniendo malo», se dijo a sí mismo al notar el calor que recorrió todo su cuerpo. Se fijó en los ojazos oscuros de ella, en la piel dorada y suave de su rostro, que incitaba a acariciarlo para comprobar si de verdad era tal como parecía. Y ya, lo que lo dejó trastocado total fue cuando ella pronunció unas palabras y se movieron esos labios carnosos y apetecibles, que ahora mismo tenían a Rubén fantaseando

con probarlos.

—Hola, ¿queríais algo? —preguntó con voz dulce. Aunque al darse cuenta del escaneo al que la estaba sometiendo Rubén, no se amilanó, más bien, todo lo contrario. Con un descaro que dejó al profesor casi sin aliento, lo estudió tal y como él había hecho.

—Le traemos la merienda a la tía Beca —respondió Nerea, consiguiendo que tanto Rubén como la mujer morena reaccionasen.

—Vale, pues voy a avisarle.

Y se alejó, aunque Rubén la persiguió con la mirada, algo que no debió hacer, puesto que los andares seductores de ella acabaron por calentarlo del todo.

Al entrar de nuevo en el estudio, Rebeca la miró.

—¿Quién era?

—¡Ay, Beca! Tu sobrina y... —se quedó callada, y al final explotó—: ¡El papacito más tremendo que he visto en mi vida!

Rebeca levantó una ceja. Había contratado a Anais como su ayudante personal. Era costarricense y su manera de expresarse siempre conseguía sacarle una sonrisa.

—¿Quién? —preguntó, aguantando la risa, porque Anais estaba haciendo aspavientos con las manos para abanicarse.

—Supongo que uno de tus

hermanos... ¡El más guapo de todos!  
—aseguró enérgica.

Rebeca sonrió y negó con la cabeza.

—Entonces será Víctor.

—No sé quién es, pero si Víctor es el papacito más tremendo del planeta, ¡sí, es él!

La pequeña de los Irwin se levantó de su taburete de trabajo, le dio una palmadita en el hombro a Anais y antes de salir al salón para encontrarse con su hermano y su sobrina, comentó:

—Tiene novia, Anais, y el papacito más guapo del planeta no es Víctor...

—La ayudante la miró—. ¡Es mi Jaime!

Las dos rieron. El ambiente de trabajo era bueno. Había contratado a diez

modistas y a su ayudante. A pesar de que todas vieron que Rebeca era una persona muy exigente, también comprobaron que con ella se podía trabajar en un ambiente cordial y divertido.

Nada más verla aparecer, Nerea corrió para lanzarse a sus brazos.

—Tía Becaaaa.

—Mi niña, qué alegría verte —comentó con una gran sonrisa al ver que su sobrina la abrazaba con fuerza.

—He hecho galletas con el tío Neill, y dice que son las mejores del mundo mundial.

Rebeca se carcajeó, la felicidad y entusiasmo de la pequeña eran

contagiosos.

—Si el tío Neill lo dice..., habrá que probarlas.

La niña asintió y se dirigieron a la cocina; en el corto recorrido, observó que su hermano giraba la cabeza, como si estuviese buscando a alguien. Y eso la hizo sonreír.

—Veo que has conocido a Anais.

—¿Tu ayudante? —preguntó rápido.

—Sí. —Destapó el tuper y se llevó una galleta a la boca—. ¡Madre mía, están buenísimas!

—Claro, tía, ¿no ves que el tío Neill ha dicho que son las mejores del mundo mundial?

Rubén y Rebeca se rieron, nadie

podía llevarle la contraria al chef delante de la pequeña. Lo que él decía era ley.

Justo en ese mismo momento entró Jaime, que lo primero que hizo fue besar a Rebeca y, seguidamente, achuchar con fuerza a Nerea.

—¿Para mí también hay galletas?  
—preguntó divertido porque Nerea se lo estaba comiendo a besos.

—Sí, pero me tienes que poner *La sirenita*.

Jaime asintió, cogió el tuper de galletas, se lo pasó a Nerea para que lo sujetara y se la aupó a los hombros.

—Nos vamos a ver *La sirenita*  
—comentó mientras le guiñaba un ojo a

Rebeca.

Se había convertido en una tradición, cuando visitaba la pequeña a sus tíos, Jaime y ella subían a la buhardilla, donde Nerea, repantigada en uno de los sofás, miraba atenta una película de Disney, y él o bien jugaba a la *play*, o se entretenía con sus revistas de coches.

—¿Qué te ha parecido Anais?  
—preguntó curiosa, una vez que se quedó a solas con su hermano.

Rubén torció los labios, ¿pensaba hacer de casamentera?

—Bien, no puedo hablar de ella, solo nos ha abierto la puerta —respondió, guardándose de soltar lo que su interior gritaba.

—Ahh... pensé que igual te habías fijado en ella.

—Beca, no empieces, lo de casamentera lo dejas para Malcom.

Rebeca se carcajeó, Rubén podría decir misa, ella tonta no era, y él, sin darse cuenta, cada dos por tres miraba hacia el salón por si su ayudante salía.

—¿Quieres un refresco? —preguntó mientras se dirigía a la nevera.

—No, he tomado un café en casa de Neill.

Observó a su hermana y esperó a que ella tomase asiento para preguntar algo que tenía preocupados a todos desde el domingo.

—Beca, ¿cuánto hace que no duermes

bien?

Rebeca agrandó los ojos. Era cierto que desde hacía dos semanas se había volcado mucho en el proyecto que tenía entre manos. Ya había discutido una vez con Jaime por eso, pero no había por qué preocuparse.

—¿Quién dice que no duermo?  
—preguntó a la defensiva.

—Tus ojeras marcadas.

—Vale, Rubén, puede que esté algo cansada, pero no hay nada por que preocuparse —reconoció en vista que su hermano no iba a salir de allí sin una respuesta.

—No me preocuparé cuando esos surcos que tienes bajo los ojos

desaparezcan.

Rebeca no quería discutir, ya había tenido bastante dos noches atrás cuando Jaime hizo un comentario al respecto. Por lo tanto, quiso dejar el tema zanjado.

—Por favor, confía en mí. Estoy bien, simplemente duermo un poco menos. —Levantó la mano cuando él iba a interrumpir—. Lo que no significa que no esté durmiendo. Así que quédate tranquilo, estoy bien, con fuerzas y con ganas de trabajar.

Rubén estudió el rostro de su hermana. Podía ser cierto lo que contaba, pero en vista de que, en el pasado, ninguno de ellos pudo hacer nada hasta que fue tarde, no quería ni

imaginar volver a pasar por eso.

—Beca —pronunció con cariño—, comprendo que tengas ganas de trabajar, que quieras tenerlo todo perfecto..., pero vas a tener que organizar tus horas de otra manera. El descanso es primordial, y tú más que nadie sabes que eso es cierto.

Rebeca sonrió con tristeza, claro que lo sabía mejor que nadie. Y aunque estaba encantada porque su hermano se preocupase por ella, también estaba enfadada ya que todos pensaban que acabaría volviendo a pasar lo mismo.

—Lo sé, y te aseguro que todo está controlado. Puedo con este reto, Rubén. Estoy capacitada para hacerlo...

—Nadie está diciendo lo contrario.

—No, no lo decís, pero estáis convencidos de que acabaré enfermado —dijo con pesar.

Rubén suspiró, no era cierto.

—Eso no es verdad. Lo único que queremos es que tú estés bien. Sabemos que puedes con ese trabajo, que llegarás de nuevo muy lejos, pero no queremos que sea a costa de tu salud, Beca. Solo te pedimos que trabajes con calma. Poco importa lo que logres si no puedes disfrutarlo —aseguró con convicción.

Rebeca asintió y se acercó a su hermano.

—Te prometo que lo haré.

Rubén la abrazó, las promesas eran sagradas.

—Perdonad —se disculpó Anais justo detrás de ellos—. Nosotras ya nos vamos.

Los hermanos se separaron, y Rebeca sonrió.

—Anais, te presento a mi hermano Rubén.

La ayudante la miró y las dos sonrieron cómplices porque aquel que tenía delante no era Víctor.

—Encantada, Rubén —comentó mientras se acercaba para darle dos besos.

—Lo mismo digo —respondió el profesor, ya que estaba más que encantado de poder besar, aunque fuese en las mejillas, a la morena que lo había

calentado hacía un rato.

Los dos tuvieron el mismo gesto, cerraron los ojos y aspiraron con fuerza al tomar contacto. A ella le pareció que el aroma de Rubén era masculino y seductor. Él comprobó que la piel de ella era suave, tanto como el perfume que emanaba su cuerpo; suave, fresco y sensual.

Rebeca, como espectadora, observó la escena en silencio. Era la primera vez que veía a su hermano tener un comportamiento así. Nunca antes al presentarle a una mujer, había dado muestras de querer memorizar el momento.

—He oído hablar mucho de ti —reconoció Rubén, y era cierto. Su

hermana había hablado de sus empleadas y su proyecto el domingo pasado en la comida.

Anais, al escuchar que era Rubén, su mente trabajó con rapidez. Pasaban muchas horas juntas, y Beca la había puesto al corriente cómo eran sus hermanos, claro que del que más había hablado era de él. Igual porque era el único que quedaba soltero y sin compromiso.

—Ah... pues perdóname, pero de ti no había oído hablar.

Rebeca se mordió la lengua; al ver la cara de su hermano, tuvo que aguantar la risa. Estaba ofendido porque ella no hubiese hablado a su ayudante de él.

—Ya veo lo que me quiere mi

hermana —comentó con burla.

—Igual te quiere demasiado y prefiere no decir nada —ironizó Anais—. Muchas veces lo mejor es el silencio.

Rebeca cada vez disfrutaba más de la conversación. Anais era fantástica, y después de haber visto la reacción de ella al entrar al estudio, ahora se estaba comportando como si él le fuese indiferente. Una buena táctica, ya que Rubén estaba por primera vez descolocado.

—Bueno, ha sido un placer, pero tengo que irme —se despidió Anais con una sonrisa en los labios, dejando a Rubén allí, mirándola como un bobo fantaseando.

En cuanto desapareció, Rubén se giró y se encaró a su hermana.

—¿Así que no hablas de mí, eh?  
—preguntó ofendido.

—Si me dejases hacer de casamentera, te aseguro que Anais conocería hasta tu color favorito  
—respondió, y los dos se echaron a reír.

En la buhardilla, Nerea, sin apartar la mirada de la pantalla de la televisión, sorprendió a Jaime.

—Tío Jaime, ¿cuándo tengas un bebé, me vas a querer igual?

El aludido cerró la revista, se acercó a la pequeña, se sentó en el mismo sofá y le acarició la mejilla.

—Claro que sí —respondió tajante—.

¿Y tú vas a querer a mi bebé?

La pequeña desvió la mirada y buscó los ojos de Jaime. Este sonrió y continuó:

—Además, tú vas a ser la prima mayor.

—¿Cómo mi papá? —preguntó emocionada.

—Sí, como tu papá.

—Entonces voy a tener que cuidar mucho a tu bebé porque seré la mayor y no dejaré que nadie le haga daño.

Jaime sonrió con cariño, la niña se incorporó y lo abrazó con fuerza.

—Vas a ser la mejor prima del mundo.

—Del mundo mundial —aseguró ella

encantada de la vida.

Jaime, mientras la tenía entre sus brazos, suspiró. Esa niña, a pesar de su corta edad, había estado muy falta de cariño; no es que su madre no se lo hubiese dado, pero ambas, hasta reencontrarse con Javier, habían llevado una vida solitaria. Él más que nadie sabía lo que era estar solo, pues a pesar de haber tenido a sus padres, la falta de hermanos sí la había sentido. Por ello, a los seis años de edad, adoptó a David como hermano, y hasta día de hoy daba gracias a la vida por haber puesto a todos los Irwin en su camino. Por lo tanto, su mayor deseo era ser padre y, de ser posible, mínimo un par de hijos.

Y así encontró Amanda a su hija

cuando la fue a buscar, acurrucada por su tío Jaime.

—Mi vida, despídete ya, que nos vamos a casa.

—¡Jo, mami, aún no ha terminado *La sirenita*! —protestó.

Jaime la miró, pero no dijo nada.

—Ya la verás otro día, tenemos que ir a casa, hay que ducharte y cenar, mañana, jovencita, hay cole y tienes que madrugar —intentó razonar Amanda.

—Puedo quedarme y la tía Estrella me llevará.

Jaime sonrió, ¡qué lista era! Sabiendo que la mujer de Dallas era su profesora, podía llevarla al colegio.

—De eso nada, ¡venga, que se hace

tarde!

—¿Y si mi papá me deja quedarme?

Jaime soltó una carcajada, ¡menuda lianta estaba hecha la pequeña! Sabía que Javier se deshacía en atenciones con ella.

—Nerea, no hagas que me enfade, levántate ahora mismo, he dicho que nos vamos y se acabó —dijo tajante.

La pequeña la miró con desafío y al final, de mala gana, se incorporó.

—Tío Jaime, dame un beso fuerte, que me voy —anunció su partida.

—¡Ven aquí, *bicho*! —La aupó y besó con fuerza.

Nerea se carcajeó, le encantaban los besos y cosquillas que siempre le hacía

su tío Jaime.

Diez minutos más tarde, mientras Javier, Amanda y la pequeña se dirigían a su casa, comentó en el coche.

—Papi, ¿sabías que tengo mucho nombres?

—¿Muchos? —preguntó Javier sin apartar la mirada de la carretera y emocionado cada vez que escuchaba de la boca de Nerea como lo llamaba «papi».

—Sí, el tío Neill me llama «sirenita». El tío Víctor, «renacuaja». El tío Malcom, «pitufa». El tío David, «chiquitina». El tío Rubén, «ratona» o «ratoncilla». El tío Jaime, «bicho». Y el tío Dallas siempre me llama «pequeñaja», igual que a la tía Beca.

Javier sonrió, y Amanda tanto de lo mismo.

—Ahh... ¿y a ti te gusta que te llamen así? —preguntó risueño.

—Sí —fue tajante—. Aunque no soy una ratona, no me gusta mucho el queso.

Javier y Amanda se carcajearon, desde luego, tenía cada cosa. Y el mayor de los Irwin recordó a su hermana porque, de pequeños, Rubén también la llamaba cariñosamente así, y ella se enfadaba.

Cuando aparcaron, Nerea estaba durmiéndose, Javier la sacó y la llevó en brazos, encantado de compartir esos momentos con Nerea y Amanda. Como dijo Dallas: «Eran su mujer y su hija».





# Capítulo 10

## Preocupaciones y comienzos

Susana se despertó y nada más moverse, los brazos de Víctor la sujetaron con fuerza. Ella sonrió, él estaba dormido, pero las noches que se quedaba a dormir con ella, después de hacer el amor, él la rodeaba en un abrazo hasta que se quedaban dormidos. Se estaba acostumbrando y, la verdad, era una sensación muy placentera. Aunque había algo que no lo era tanto y,

por miedo a que Víctor no la entendiera, lo estaba callando.

Con sumo cuidado, se zafó de entre sus brazos, se dirigió a la ducha y se metió. Dos minutos habían pasado cuando, de nuevo, los brazos de él la rodeaban.

—Buenos días, preciosa —pronunció con voz adormilada.

Susana se dio la vuelta y se miraron a los ojos.

—Buenos días, *amore* —respondió con una sonrisa antes de que él inclinara la cabeza para buscar sus labios.

Desde la boda de Dallas, Susana, de forma cariñosa y en la intimidad, lo llamaba *amore*. En referencia a la

canción que él cantó para demostrarle su amor.

El beso, que comenzó siendo un simple roce de labios, abrió paso a uno con más intensidad, ambos empezaron a respirar con dificultad, hasta que Víctor se separó para tomar aire. Al respirar, continuó, aunque no fue la boca de Susana lo que fue a buscar la suya, fue su cuello quien recibió las atenciones que el monitor de deportes estaba dispuesto a entregar. Lánguidamente, trazó un reguero de besos hasta llegar a sus pechos, que recibieron toda la atención de Víctor durante un buen rato. No conforme y saciado con eso, siguió descendiendo hasta alcanzar la zona más deseada y vibrante de Su; ella estaba ya

cardiaca por culminar.

—Víctor... —gimió cuando él se arrodilló y posó sus labios donde ella deseaba—. No puedo más —suplicó porque lo necesitaba dentro de ella.

—Shhhsss... las cosas han de hacerse bien y con calma —pronunció antes de atacar de nuevo.

Susana gritó, la lengua de Víctor estaba volviéndola loca. En un acto reflejo, llevó sus manos a la cabeza de él. Agarró el pelo con fuerza, y Víctor sonrió satisfecho, sabía que ella estaba al límite, la forma en que su cuerpo vibraba anunciaba el momento. Y así fue, Susana se corrió sin control, y él disfrutó cuanto pudo de ese momento. Cinco minutos después, mientras el agua

empapaba sus cuerpos, la asió por las axilas y la empotró en la pared, y de nuevo ambos disfrutaron a lo grande, sin prisas, como a Víctor le gustaba, para poder disfrutar con calma.

—Me vas a matar, preciosa —pronunció jadeante porque ella acababa de correrse y apretaba con fuerza el pene de él, que todavía no había corrido la misma suerte. Y esa sensación placentera fue el toque justo para que, en una embestida más, se uniera a ella.

No recibió respuesta, Susana, aferrada al cuello de él y con la cabeza ladeada y apoyada en los hombros, mantenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, se miraron y se besaron de nuevo.

—Esto sí es empezar bien la mañana —reconoció Víctor, consiguiendo que Susana se carcajeara.

Mientras Su preparaba el desayuno, él la observaba; se había convertido en toda una adicción. La piel de ella era su debilidad. «¿Podía un hombre hacerse adicto a la piel?», se preguntaba, y la respuesta era sí, él ya lo era desde hacía un tiempo.

—Me mandó, anoche, un mensaje Neill, para preguntarnos si el viernes nos apetece quedar con ellos.

Susana sirvió el café y asintió con la cabeza.

—Sí, Estrella también me lo comentó ayer.

Víctor sonrió sin que ella se diese cuenta. Su cuñada y Susana se habían hecho amigas y quedaban muy a menudo, eso le gustaba, y comprendía la preocupación de Neill, su mujer apenas tenía amigas en Valencia todavía. Rebeca era la única y últimamente estaba muy liada y no quedaba para salir de fiesta con Tara.

—¿Crees que Tara se ha adaptado a Valencia? —preguntó preocupado.

Su levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—A mí me parece que sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque mi hermano no lo tiene tan claro —se sinceró. Neill le había

contado sus temores—. Está preocupado, eso es todo.

Susana asintió.

—Es lógico que se preocupe, pero las pocas veces que hemos coincidido, ella no ha mostrado ningún signo de estar mal... si te soy sincera, estoy convencida de que le encanta vivir aquí. O eso me pareció cuando hablamos.

Víctor hizo un gesto, dando a entender que *ojalá*, conociendo a Neill, sería capaz de dejarlo todo por su *pequeña*. Era muy capaz de marcharse a Escocia y abrir allí otro restaurante y empezar de nuevo.

\*\*\*

David recibió dos mensajes, uno era

el de Neill, para salir el viernes por la noche juntos, y otro el que más estaba deseando.

—¡Por fin! ¡Ahora sí, ahora sí soy un hombre feliz! —bramó en la oficina del taller.

Jaime, que estaba cogiendo las llaves de su moto, lo miró extrañado.

—¿Qué pasa?

David, que estaba eufórico por la noticia, se acercó y abrazó a su amigo.

—Ya está mi casa terminada.

Jaime se carcajeó. Era un tozudo su amigo. Cuando empezaron las obras, Rebeca había invitado a Tamara a vivir con ellos hasta que terminasen. Pero como él había impuesto una sencilla

norma, la misma que había sufrido en *el gran nido*, no podía acostarse con Tamara en su casa. David había alquilado un pequeño apartamento.

—Me alegro, sé lo que se siente —aseguró porque él, hacía unos meses, también pasó por lo mismo.

\*\*\*

Malcom estaba nervioso, hoy tenía que entregarle el alta médica a Blanca. Ahora ya no tenía una excusa para verla todos los días. Llevaba varios días preocupado, no quería que llegara el momento, pero había llegado.

Entró en la habitación, y ella lo recibió con una enorme sonrisa, un gesto que al cirujano alegró en demasía.

—Pues aquí está lo que tanto esperabas —pronunció, tendiendo los papeles.

—Gracias, sí, ya estaba desquiciada.

—De todas formas, Blanca, durante unos días no es aconsejable que realices ningún tipo de esfuerzo físico —informó porque ella era *personal training*. Aunque su especialización era el Yoga.

—No hay problema por eso. Todavía no están las obras terminadas.

Malcom asintió. Blanca había heredado dos propiedades de su abuelo materno. Una era un local céntrico, y ella lo estaba reformando para que fuese un gimnasio. La otra era una casa en la zona del marítimo, frente al mar. Tenía planes para ese lugar, en un futuro,

usarlo como residencia habitual. Aunque con la inversión del gimnasio, no podía en ese momento asumir más gastos.

Los dos se miraron, y Malcom, a pesar de ser un hombre tímido, sabía que no quería, ni podía, alejarse de ella. En un arrebato preguntó sin pensar.

—¿Te gustaría acompañarme este viernes a cenar con mis hermanos?

Blanca lo miró sorprendida, ¿esa invitación era una cita? Sonrió encantada porque se había pasado la noche pensando si al salir del hospital volvería a tener contacto con Malcom.

—Por mí no hay problema, ¿no les importará a ellos?

—¿Por qué tendría que importarles?

Blanca se encogió de hombros y asintió.

—De acuerdo, me encantará salir a cenar con vosotros... después de tantos días aquí metida, y aunque no me quejo de la comida que me han dado —los dos sonrieron porque la comida de hospital no era mala, pero tampoco había mucha variedad—, estoy deseosa de poder comer de todo. Y si le sumamos salir de fiesta... ¡Estoy encantada!

Malcom se carcajeó, se había expresado con tanto ímpetu que, contagiado por su alegría, estuvo a punto de besarla.

—Vale, pues mientras voy a anotar unas cosas al ordenador, puedes ir cambiándote, espérame aquí y paso a

recogerte.

—Malcom, puedo pedir un taxi...

—¡Ni hablar! —sentenció—. Voy a llevarte a tu casa... además, tengo que despedirme de Fiera —razonó risueño.

Al escuchar la palabra «despedirse», a Blanca se le puso un nudo en el estómago, no quería escucharla en los labios del cirujano, y al igual que él tuvo un arrebato, ella también se expresó sin pensar en las palabras.

—Me encantaría que vinieses a visitarnos, estoy segura que Fiera te va a echar mucho de menos.

Malcom la miró fijamente.

—¿Solo Fiera? —preguntó curioso y a la vez preocupado por la respuesta.

—Yo también voy a echarte de menos, me he acostumbrado a tu compañía —se sinceró, para qué negarlo.

A Malcom, la sinceridad y ver las mejillas encarnadas de ella, por la respuesta que había dado, lo hechizaron por completo. Y sin pensar en nada, alargó su brazo hasta que su mano acarició la mejilla de ella.

—Pues mientras no te canses de mí, vas a tener Malcom para mucho rato.

Blanca, al notar la caricia, se estremeció, fue honesta, para que a él no le quedase ninguna duda de lo que sentía.

—Si dependiese de mí, ese rato me

gustaría que fuesen años.

Al comprender el significado de esa frase, Malcom actuó como dictaba su corazón. Se acercó lentamente y la besó con ternura.

Blanca tembló por la emoción ¡La estaba besando! Cuando separaron sus labios, ella sonrió tímida, pero encantada de la vida.

—Creo que esto es el comienzo de esos años —aseguró Malcom con una gran sonrisa.

—Sí, yo también lo creo.

Y volvieron a besarse.

Veinte minutos después de aquel primer beso, el cirujano, con la felicidad estampada en su rostro, asió

las asas de la bolsa que unos días atrás había llevado a Blanca. Con el otro brazo, rodeó por los hombros a la muchacha que había conseguido que su corazón volviese a latir con fuerza.

—¿Nos vamos? —preguntó, y ella respondió rápida.

—Sí, salgamos cuánto antes de aquí.

Al pasar por el puesto de enfermeras, algunas sonrieron, otras se sorprendieron cuando, al llegar al ascensor, Blanca ladeó la cabeza para besar con ternura al pequeño de los Irwin.

Un par de ojos los atravesó a ambos con rabia. Y no dispuesta a dejarse vencer, dio un paso para salir al encuentro de aquellos que parecían estar

burlándose de ella. Pero un brazo extendido le impidió dar ese paso.

—¿Qué haces, Miranda? —preguntó Pedro, el jefe de ginecología, que, bajando por las escaleras, vio a Miranda y observó su reacción.

—Apártate —exigió enfadada porque Malcom y Blanca desaparecían al entrar en el ascensor.

El ginecólogo, que también se había dado cuenta de que la pareja había desaparecido, apartó el brazo, pero la retuvo allí.

—La gente comenta por los pasillos, y tu nombre últimamente no para de sonar en la boca de todos.

—¿Desde cuándo te han importado a

ti los chismes? —preguntó molesta.

—Desde que eres tú el centro de atención de todos los comentarios —reconoció con tranquilidad—. Y no para bien, la verdad.

Miranda respiró con fuerza para aplacar la rabia que llevaba todavía por haber visto a Malcom con otra mujer.

—Me importa bien poco lo que digan de mí.

—¡Pues debería! —se expresó indignado porque Miranda no se diese cuenta de lo que estaba haciendo.

—Apártate, tengo cosas que hacer.

—Ni lo sueñes, preciosa. De aquí no me muevo hasta que te queden claras las cosas —pronuncio autoritario, algo que

molestó a Miranda.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—El único capaz de decirte a la cara lo que todo el mundo piensa y prefiere hacerlo a las espaldas —alegó porque esa mujer le importaba, y estaba enfadado por su comportamiento.

—Te repito que no me importa lo que digan.

Pedro la miró con intensidad, negó con la cabeza y siseó:

—¿Por qué te haces esto? ¿Por qué estás echando a perder tu reputación? ¿Qué te ha pasado para convertirte en una mujer fría y avasalladora?

—¡Tú! Eso me ha pasado —reprochó.

—¿Yo? —preguntó incrédulo—. ¿Yo he hecho que tú intentes amargar la vida a otro hombre? ¿Acaso no ves que eres tú la que está fuera de sí? —despotricó, un tanto apenado, al ver que ella no asumía la realidad—. Miranda, puedes acusarme de muchas cosas, pero mira dentro de ti y verás que la única que está actuando mal eres tú.

—Fue por tu culpa...

—Dos no se acuestan si uno no quiere.

—¡Eres un cerdo! —rugió, indignada por lo que acaba de escuchar.

—Seré todo lo que tú quieras..., pero recuerda que soy el único que lo ha dejado todo por ti —espetó y se marchó,

dejándola pensativa. Había confesado más de lo que él mismo quería admitir en voz alta.

Al llegar a su despacho, cerró con un portazo y al quitarse la bata, la lanzó con toda la rabia que tenía acumulada. Había dejado su puesto en otro hospital, donde estaba muy bien considerado, algo que en este nuevo no tenía; porque la gente parecía admirar demasiado al cirujano. Y aunque a él eso le daba lo mismo, que Miranda no fuese capaz de ver la verdad, lo estaba matando por dentro. Puede que ella pensara que él había vuelto a las andadas con sus líos de faldas, pero no era cierto, si se había acostado con otras mujeres, fue porque Miranda no se entregó a él como

merecía. Lo utilizaba como excusa por mala conciencia. Y cuando se acostaban podía ver en ella la culpa, y eso no lo podía soportar. O estaba con él al mil por mil, o prefería alejarse de Miranda, aunque lo hubiese dejado todo para poder estar cerca de ella.



# Capítulo 11

## Confidencias

El viernes por la noche, exceptuando al hermano mayor, los Irwin habían acudido, después de cenar todos juntos, a un local de moda en la *zona del Carmen*. Estaban divirtiéndose, hasta que tres mujeres conocidas por Víctor se acercaron a él y acapararon toda su atención.

Susana, sin quitar ojo a Víctor, se sintió molesta (una vez más), este tipo de situaciones eran las que odiaba y no

sabía cuánto tiempo más podría seguir soportándolo.

—No te preocupes, solo están hablando —comentó Estrella.

—¿Sabes? No desconfío de él, pero estas situaciones me molestan... me duelen —confesó, porque Estrella y ella se entendían a la perfección.

—Deberías comentárselo...

—¿Por qué? ¿Acaso él no puede verlo con sus propios ojos? —preguntó dolida—. Fíjate bien en la escena.

Estrella se dio la vuelta y observó.

—Neill apenas se despega de Tara. Ha organizado la velada para que ella se divierta y se sienta rodeada de gente —cuchicheó con orgullo porque el chef

fuese capaz de hacer algo así por su novia—. David se desvive por alabar y estar junto a Tamara. Jaime se ha marchado a casa, a pesar de que estaba pasándolo bien, porque Rebeca estaba cansada. Y tu marido, sin ir más lejos —Estrella miró a Dallas—, en cuanto una mujer se ha acercado a él para ligar, la ha dejado plantada sin importarle quedar como un grosero.

Estrella sonrió divertida, era cierto, tuvo una reacción rápida dejando plantada a la mujer en cuestión, con el cuello estirado para darle dos besos.

—¿Y Víctor? ¿Crees que le importa que yo esté aquí mirando como una tonta mientras él les sigue el juego a esas tres?

—Supongo que... —Susana la interrumpió, estaba nerviosa... enfadada... dolida... y celosa.

—Duele, Estrella. No le pido que esté pendiente de mí a todas horas, lo único que quiero es que se dé cuenta que ya no está solo. Puede saludar, pero sin tener la obligación de estar pendiente, como si al llegar el final de la noche, una de ellas fuese a tener la suerte de marcharse con él, como imagino harían antes de estar conmigo.

—Te comprendo, Susana —explicó—. Estoy convencida que él no se da cuenta porque han sido muchos años actuando de esa manera. Reconozcámoslo, es un hombre muy atractivo, y desde luego ha debido ligar

continuamente —razonó con un tono de voz conciliador—. Y ahora al tener pareja, no se da cuenta que a ti estas cosas te molestan, y te repito, si actúa así es porque no se da cuenta. Él da por hecho que está contigo, y eso ya lo dice todo.

Susana, al ver que una de esas mujeres al reírse apoyaba su cabeza en el pecho de Víctor, como si tal cosa, se dio la vuelta, no podía seguir mirando.

—*Cari*, voy al baño, no puedo seguir mirando o acabaré montando una escena.

Y se alejó a paso firme, necesitaba refrescar las ideas.

Dallas, al ver que su mujer se quedaba a solas en la pista de baile, se acercó a ella.

—¿Ya has tenido suficiente fiesta?  
—preguntó mientras la rodeaba por la cintura con sus dos brazos.

—Mmmm... déjame pensar —bromeó coqueta—. No sé, me lo estoy pasando muy bien.

El abogado la miró con intensidad, inclinó la cabeza y susurró en su oído.

—¿Y si te digo que puedo llevarte a otra fiesta?

—¿En serio?

—Sí, una muy... muy privada.

Estrella lo miró a los ojos, notó el deseo en ellos y sonrió de esa manera tan especial que conseguía llenar el alma a su marido.

—¿Sabes, *abogaducho*? Me encantan

las fiestas privadas.

Y se besaron con pasión.

Cuando la interiorista salió del baño, desde la distancia observó con detenimiento: Dallas y Estrella, juntos. Neill y Tara, juntos. David y Tamara, juntos. Malcom y Blanca saliendo al exterior, juntos. Rubén junto a una mujer que había conocido hacía una hora. Víctor junto a tres mujeres que conocía desde hacía... ni quería saberlo. Y ella, sola.

Suspiró frustrada, y sus pies empezaron a moverse, aunque no lo hicieron hacia él, habían decidido marcharse lejos de allí.

Al salir a la calle, Malcom y Blanca estaban riéndose y la miraron.

—¿Tú también necesitabas aire fresco? —preguntó Blanca con una sonrisa.

—Sí —respondió rápida—. Estoy muy cansada y he decidido dar por terminada la noche.

Malcom miró la puerta y al no ver a su hermano, preguntó:

—¿Y Víctor?

Susana se encogió de hombros, y el cirujano reaccionó rápido.

—Te acompañaremos...

—No, no, no es necesario...

—Sí que lo es. No voy a permitir que vayas sola a estas horas.

Blanca le hizo un gesto con la cabeza, y Susana claudicó.

Mientras Susana caminaba junto a Malcom y a Blanca, Estrella, que la había visto marcharse, se acercó a Víctor para despedirse, le esperaba una fiesta privada junto a su *abogaducho*, pero antes tenía algo que hacer.

—Nos marchamos. Ahh... por cierto —musitó en el oído de su cuñado—, cuando te canses de tontear con tus amigas, no busques a Susana porque ya llevará una hora durmiendo en su casa.

Víctor hizo un movimiento rápido, buscando a su alrededor.

—¿Se ha marchado? —indagó incrédulo.

—Sí.

—¿Cómo se le ocurre marcharse sin

decirme nada! —rugió.

—No sé... igual ha pensado que no te importaría, total, ni siquiera te has dado cuenta de que estaba aquí, ¿no?  
—replicó porque estaba molesta con el comportamiento de Víctor.

Se dio media vuelta, asió la mano de Dallas y se marcharon.

Víctor se cabreó, no se podía creer que Susana lo hubiese dejado allí tirado.

\*\*\*

El domingo, a las tres y media de la madrugada, Jaime notó un vacío en la cama y abrió los ojos. Al ver que Rebeca no estaba allí, se levantó y bajó directo al estudio.

Antes de entrar la observó; sentada

frente a su mesa de trabajo, muy concentrada. Vestida con la camisa de él, la misma que ella le había quitado hacía unas horas antes de hacer el amor.

Negó con la cabeza, habían discutido una semana antes por esa misma situación: No descansaba lo suficiente.

Se acercó, y ella estaba tan inmersa en su trabajo, que no notó su presencia, hasta que él la sujetó por los hombros. Con cuidado, la hizo girar en su taburete y se quedaron mirando a los ojos.

Jaime apoyó su frente en la de ella y ordenó en voz baja.

—Apaga la luz.

Rebeca, sin separarse un ápice, alargó el brazo y buscó a tientas el

flexo. En cuanto se quedaron a oscuras, él la rodeó por la cadera con fuerza, y ella hizo lo mismo, pero por el cuello, mientras sus piernas se aferraban a la cintura de Jaime.

En esa posición, él regresó a su dormitorio, la dejó en la cama y se tumbó detrás de ella, la rodeó con un brazo y se quedaron ambos callados en posición fetal, hasta que Rebeca susurró rompiendo aquel silencio:

—No puedo fracasar de nuevo.

Jaime, que tenía la cabeza de ella pegada a su cara, sin cambiar de posición, respondió con tranquilidad:

—Tú nunca has fracasado.

—Claro que sí —se lamentó—.

Cuando conseguí la cima, lo eché todo a perder. ¿Sabes cuánta gente se pasa la vida intentando conseguir llegar a dónde yo llegué? Toda una vida. Incluso hay quién no lo consigue, y yo lo eché a perder. Todo mi trabajo, mis sueños, mi futuro, mi prestigio —sollozó—. Era la promesa del año... Y ahora me ofrecen la oportunidad de demostrar, con este proyecto, que puedo regresar al mismo lugar donde lo dejé. Dios está brindándome la oportunidad de resarcir todos los años perdidos: Puedo demostrar que valgo.

Jaime escuchaba atento y emotivo, se notaba el pesar en su voz.

—No tienes que demostrar nada a nadie, Beca. Tienes talento. Llegaste a

la cima porque lo valías —dijo honesto—. Y si te han dado este trabajo, es porque lo mereces. Esas personas que tú dices, puede que hayan trabajado mucho, que sean buenos..., pero con el talento se nace. No le debes nada a nadie.

Con lágrimas en los ojos, porque estaba confesando a Jaime todo lo que su interior sentía, continuó.

—Te equivocas, me lo debo a mí misma. Once años sintiéndome una fracasada. Tengo que demostrarme que puedo, que esta vez no lo voy a estropear, que por una vez, voy a terminar lo que he empezado porque es todo cuanto sé hacer bien.

—Y lo conseguirás —aseguró—.

Iremos a recoger tu Goya. —Beca sonrió con tristeza, ¡cuánta fe tenía en ella!—. Pero no puedes conseguir las cosas que deseas a costa de tu salud.

—Solo será un tiempo...

—¡No! Después de este proyecto, llegarán otros —explicó convencido—. Y tienes que buscar la forma de hacerlo sin renunciar a tu vida. El trabajo no lo es todo Beca, y si te vuelcas en cada proyecto, dejas todo lo demás a un lado... incluyéndome a mí.

Rebeca tragó saliva, comprendía lo que estaba diciendo, y ella tampoco quería ni podía renunciar a Jaime... a su familia... a su tiempo libre... Pero todavía no había dado con la solución.

—Estoy en ello, Jaime. Te prometo

que encontraré el modo de compaginarlo todo. Solo te pido paciencia —susurró porque estaba llorando y no quería que él lo notara en su voz.

—Sé que lo encontrarás. Si alguien puede conseguirlo todo en este mundo, eres tú. Pero no pidas que sea paciente cuando veo que te alejas de mí. Y menos todavía cuando tu salud me preocupa.

—Que me volviese loca una vez...

Jaime le dio la vuelta, al ver sus mejillas mojadas, las secó con sus manos mientras aclaraba sus palabras.

—No me refiero a eso —se sinceró, porque no se refería al pasado—. Pero últimamente no comes ni duermes bien. Y si enfermas estando a mi lado, no me lo podría perdonar.

Se quedaron ambos en silencio, mirándose a los ojos durante unos segundos. Y fue Jaime quien terminó con aquella conversación, que había permitido que Rebeca confesara todo lo que guardaba en su interior.

—Te amo, Beca. Y cuando se ama a alguien con tanto amor, ya no vives tu propia vida, es la tuya la que estoy viviendo, y con ello también sufro lo que tu sufres.

A Rebeca le volvió a salir una lágrima. Tenía razón, Jaime la amaba tanto, que si ella no descansaba, él no lo hacía. Estaban tan unidos y se querían tanto, que el alma de uno la sentía el otro.

Lo besó y susurró antes de intentar

quedarse dormidos.

—Sé que voy a conseguirlo, porque nos espera una eternidad juntos.



# Capítulo 12

El orgullo y EL rencor no SON para gente enamorada

Habían pasado dos semanas, y Susana continuaba sin recibir un mensaje de Víctor. Estaba sentada en su despacho, comprobando su móvil (una vez más). Cada dos por tres lo hacía y siempre pasaba lo mismo; suspiraba resignada.

Se centró en el trabajo, era la única manera de no pensar en él. Y cuando se dio cuenta, ya eran las nueve de la noche

y todavía seguía en la galería.

Al entrar en su ático, nada más cerrar la puerta, se quedó apoyada en esta. Hasta ahora la soledad no había sido un problema, pero eso era antes de Víctor. Él lo cambió todo. Ya no podía imaginar su vida sin ese hombre. ¿Cómo podría conseguir sacarlo de su corazón? Una pregunta que se hacía cada dos por tres, y la respuesta siempre era la misma: Imposible.

Comprobó el móvil de nuevo, se mordió los labios; Víctor era un maldito cabezón. Por desgracia, un cabezón que ella amaba a pesar de todo. Negó con la cabeza y se fue directa a la cocina, necesitaba preparar algo de cena porque apenas había comido. Mientras se

preparaba un sándwich, una lágrima le rodó por la mejilla al recordar que, una semana atrás, Víctor le había hecho el amor en ese mismo lugar, donde se encontraba ahora.

Sonó el teléfono, y su corazón se aceleró, fue corriendo al salón a cogerlo y contestó rápida.

—¿Sí?

—*Hola, Su* —saludó Estrella.

—*Hola, cari,* ¿qué tal? —pronunció contenta, aunque desilusionada.

—*Bien, aunque me gustaría saber qué tal estás tú.*

Susana sonrió con tristeza, era una buena amiga Estrella.

—¿Qué quieres que responda, la

verdad o algo que te deje tranquila?

Escuchó el sonido de un suspiro, ambas se conocían bien, y Estrella habló con voz cariñosa.

—*He hablado con Dallas, por lo visto Víctor está enfadado contigo...*

—¿Cómo? —preguntó sin dar crédito—. ¿Él? No me lo puedo creer.

—*Ni tú ni nadie, pero se siente ofendido porque lo dejaste tirado. Y por lo que comenta Dallas, Víctor es muy rencoroso.*

Susana todavía estaba conmocionada, ¿no tendría que ser ella la que estuviese enfadada?

—Sí, lo sé, incluso él me lo reconoció una vez.

Cierto, un día, comentando sus defectos, el monitor de deportes reconoció que su gran defecto era ser rencoroso. Algo que por mucho que quisiera cambiar, le era imposible. Pero ahora no tenía motivos, al fin y al cabo, fue él quien se había portado mal. No era ella, y desde luego no estaba dispuesta a llamarlo, porque se merecía que Víctor se disculpara.

—Eso quiere decir que lo nuestro se acabó, ¿no? —preguntó dolida.

—*No mujer, está enfadado, pero si tú hablas con él, esto se puede solucionar...*

—¿Yo? ¡Ni muerta! Ni hablar, Estrella. No he sido yo la que estuvo con tres hombres ignorándolo toda la

noche.

—*Lo sé, Su, pero tendréis que hablarlo, ¿no?* —comentó esperanzada de que su amiga pensara en la posibilidad de llamar a Víctor para hablar las cosas.

—Si Víctor no me llama, te aseguro que yo no tengo intención de hacerlo —sentenció.

—*Sois los dos muy orgullosos...*

—Sí, pero el rencoroso es él —adujo con dolor—. Y desde luego yo no he hecho nada para que me trate como lo está haciendo ahora mismo; pasando de mí sin el menor problema.

—*Eso no es así. Te aseguro que no está pasándolo bien.*

No mentía, Dallas se lo había confesado, que estaba preocupado por su hermano, puesto que era siempre alegre y llevaba dos semanas con un humor de perros y bastante triste.

—Si eso fuese cierto, ya me habría buscado, ¿no te parece?

Estrella no sabía qué responder porque los dos eran muy testarudos, aunque comprendía que Susana tenía razón, debía ser él quien diera el paso.

—*Hazme caso, Su, por una vez, trágate el orgullo y llámalo. Si quieres que esto se solucione, hablad con tranquilidad, expón tus sentimientos, y estoy convencida de que Víctor se dará cuenta que ha actuado mal.*

—No puedo, estoy cansada de ser la que siempre acaba cediendo —respondió con pesar, ya que en sus antiguas relaciones, siempre acababa siendo ella la que cedía. Esta vez ya no pensaba dar su brazo a torcer.

Estrella permaneció en silencio un rato, al final intentó animarla, porque la voz que había escuchado demostraba dolor.

—*Bueno, pues mientras él se lo piensa, el viernes es noche de chicas, llamaré a Tara, a Beca y a Tamy.*

Sin dar tiempo a responder a Susana, colgó, para no darle la oportunidad de negarse.

\*\*\*

Neill sonreía, Tara estaba contenta. Su cuñada Estrella acaba de llamarla para informarle de que el viernes tenían noche de chicas.

—No sé si me gusta —comentó haciéndose el ofendido—. Parece que prefieres estar con ellas antes que conmigo.

Tara soltó una carcajada que llenó el alma del chef.

—No seas tonto, sabes de sobra que no te cambio por nadie —gorjeó mimosa—. Pero hace tanto que no paso una noche de chicas, que me hace sentir una adolescente.

Y era cierto, por su profesión, se pasaba la vida viajando de un lugar a otro, siempre sola. El poco tiempo que

tenía para estar en su casa de Portree, sus amigas, la mayoría casadas ya, no podían quedar para salir de fiesta, como habían hecho cuando todavía eran todas solteras.

Neill fue el que se carcajeó al escuchar la respuesta.

—Me hubiese encantado conocerte cuando eras una adolescente.

—Créeme, prefiero que no lo hicieras, dudo mucho que, de haberlo hecho, hoy estuviésemos juntos —reconoció sonriente—. Estaba muy loca, y llevaba el pelo verde.

—¡¿Verde?!

—Sí, se lo vi en una revista a una famosa y dije: mira, ese color a mí me

favorecería mucho.

Neill no pudo retener la risa, su *pequeña* era única.

Sonó el timbre, y Tara lo dejó en la cocina carcajeando, fue a abrir la puerta y recibió a su cuñado Víctor con una gran sonrisa.

—Hola, pasa, Neill está en la cocina —informó—. Os dejo un rato, que voy a ducharme antes de ir trabajar.

Víctor se dirigió sin vacilar, observó a su hermano y sonrió.

—¿Ahora te ríes solo? —preguntó encantado de ver a su hermano feliz.

—Es que acabo de enterarme que mi *pequeña* tuvo una etapa marciana —respondió sin parar de reír, porque

cada vez que pensaba en Tara con el pelo verde, no podía creérselo.

Víctor levantó una ceja sin comprender a su hermano. Neill se percató e hizo un gesto con la mano para que no preguntara.

—¿Qué te trae por aquí? —se interesó, ya tranquilo.

Víctor no sabía realmente qué hacía allí. Había pasado media tarde tumbado, pensando en Susana. Al mirar en su habitación la cama vacía de Neill, un impulso le hizo ir a verlo.

—Quería ver si todo marcha bien por aquí —comentó, mirando fijamente a su hermano.

Neill se acercó a la cafetera y puso

dos cafés, cortó un trozo de tarta de limón que había preparado esa misma mañana y se la ofreció a Víctor. Se sentó justo enfrente y asintió con la cabeza.

—De maravilla. Mi mujer cada día está más integrada; en el trabajo se ha adaptado a las mil maravillas y ahora, además, parece que con las chicas también.

Víctor admiró la sinceridad de Neill. No le importaba admitir en voz alta que todo su mundo ahora era Tara. Lo acababa de reconocer, si ella estaba feliz, él todavía más.

—Me alegro.

Neill estudió el rostro de su hermano pequeño.

—¿Y tú? No te veo muy contento.

Víctor tragó el bocado de tarta que tenía en la boca y se encogió de hombros.

—¿Todavía no has hablado con Susana? —indagó, aunque estaba convencido de la respuesta.

—No. Parece que no tiene intención de llamarme.

—¿Y a qué estás esperando para llamarla tú?

Víctor agrandó los ojos, ¿él? Ni borracho haría tal cosa.

—Fue Susana la que se marchó dejándome como a un perro abandonado —reprochó por si su hermano no se había enterado.

Neill sorbió café y cuando dejó la taza, clavó su mirada en Víctor.

—La mente femenina es muy compleja —apuntó, y los dos estaban de acuerdo—. Nuestros actos está confirmado, no se ven igual desde nuestro punto de vista al de ellas.

Desde luego, porque su hermana Rebeca siempre les demostraba lo que estaba asegurando.

—No hice nada malo. Si desconfía de mí, no tengo la culpa —se defendió—. No pienso tolerar su desconfianza, eso me mata. Soy un hombre leal...

—Sé cómo eres, Víctor. Pero tendrás que hablar con Susana para que ella sepa lo que te afecta.

—Le expliqué una vez que podría soportar muchas cosas, pero jamás la desconfianza —gruñó porque le dolía ese trato de Susana—. Soy un hombre de palabra. ¡Y ella lo sabe! —explotó porque no podía más con aquello dentro—. ¿Qué clase de relación sobrevive a la desconfianza? Hablar con otras mujeres no es motivo para que me abandone.

Neill estaba atento, nunca había visto a su hermano tan alterado, descolocado... y rabioso. Quería ayudarlo, pero no sabía exactamente qué responder a aquello porque, como había comentado, él comprendía el punto de vista de Víctor, pero no alcanzaba a dar el de Susana y poder darle la solución.

—No, no es motivo para dejarte abandonado, pero sí para darte un toque de atención —comunicó Tara a su espalda.

Neill y Víctor la miraron, ella se acercó y tomó asiento justo a su lado.

—¿Un toque de atención por qué? —preguntó sin comprender.

—No creo que Susana desconfíe de ti —reconoció—. Pero debes entender que si estás con ella, no puedes pasarte casi una hora con otras mujeres como si Susana fuese una más.

Víctor levantó las dos cejas, ¿qué estaba insinuando?

—¡Cómo va a ser ella una más! —espetó—. ¡Maldita sea, Susana es la

única!

Neill sintió un ramalazo de orgullo, su hermano por fin reconocía que la interiorista era la única mujer que le importaba, a voz en grito y sin avergonzarse por ello.

—Pues tendrás que decírselo porque Susana está esperando oírlo de tu boca —comentó Tara—. Que para ti sea normal hablar con otras mujeres, no quiere decir que para tu novia no sea molesto. Debéis quedar, sed sinceros y hablad con tranquilidad lo que necesitáis el uno del otro, para que esto no vuelva a suceder.

Víctor se quedó pensativo. Neill le guiñó un ojo a Tara, encantado de que su *pequeña* estuviese ayudando a su

hermano. Era la primera vez que una mujer que no era Rebeca los ayudaba a ver las cosas de otra manera.

—Tendrá que llamarme para que eso suceda —sentenció.

Neill miró a los ojos a Víctor y muy serio habló:

—Víctor, siempre has sido el rencoroso de la familia. Pues tendrás que comprender una cosa; el orgullo y el rencor hay que dejarlos a un lado cuando estás enamorado.

Víctor se puso en pie.

—Entonces mi relación con Su ha terminado.

Y se alejó a pasos agigantados. Neill y Tara se miraron preocupados.

—No puede hablar en serio, ¿verdad?  
—preguntó Tara.

—Si es la única, te aseguro que reaccionará y no la dejará escapar.

—¿De verdad lo crees?

Neill, risueño, se acercó a Tara y acunando su rostro, respondió tajante:

—Sí, porque yo bajaría al mismo infierno para no perderte. Y mi hermano hará lo mismo, se ha pasado la vida buscándola, ahora que la ha encontrado no la dejará marchar.

Y Tara lo besó, con todo el amor que podía entregar.



# Capítulo 13

## Noche de chicas

El viernes a las ocho de la tarde, Amanda estaba hablando con Susana en la galería mientras esperaba a Javier.

—¿Entonces no vienes? —preguntó la interiorista.

—¿Ir a dónde? —se interesó Javier detrás de ellas.

—Hemos programado una noche de chicas hoy. Dentro de hora y media, para ir a cenar y luego a tomarnos algo —informó Susana.

Javier miró a Amanda, luego a su hija y sonrió.

—Ahh... noche de chicas, ¿eh?  
—comentó risueño, y le hizo gracia la idea—. Me parece perfecto porque mi princesa y yo tenemos un plan fantástico para esta noche. —Miró a Nerea—. ¿A que sí?

La niña abrió los ojos y preguntó rápida.

—¿Cuál, papi?

Se acercó a ella, la cogió en brazos y respondió mirando a Amanda.

—Hoy nos toca sesión de Disney: *Frozen*.

—¡Y palomitas dulces! —se expresó entusiasmada Nerea.

Amanda y Susana se rieron.

—Y palomitas dulces —repitió Javier para que la pequeña se quedara tranquila.

—En ese caso, paso a recogerte a tu casa —se despidió Susana que se marchaba corriendo a cambiarse de ropa.

Amanda se acercó a Javier y le dio un beso en la mejilla. Ese hombre era maravilloso, se desvivía por hacerlas felices, y eso era el mejor regalo que le había dado la vida.

Javier, con su hija en un brazo y rodeando con el otro a su mujer, salió de la galería sintiéndose el hombre más afortunado del planeta.

—Pienso hablar muy seriamente con Rebeca —amenazó Dallas—. ¿Por qué tiene que diseñar los vestidos más provocativos y *sexys*?

Estrella soltó una carcajada. Era cierto que el vestido creado por su cuñada era precioso, pero de ahí a que fuese provocativo había un abismo.

—No digas tonterías, este vestido no es...

—¡Cómo que no! ¡Joder, Estrella, es verte y querer follarte!

Estrella se lanzó a los brazos del abogado, le lamió los labios y, con mucha picardía, habló:

—Mmm... en ese caso, me lo voy a

tener que poner todos los días.

Dallas sonrió y la besó como un lobo hambriento.

—No es necesario, con ir desnuda me vale —aseguró porque su mujer lo tenía loco perdido. Le daba igual la ropa que llevase, con mirarla tenía suficiente para querer llevarla a la cama y no sacarla de allí.

El timbre sonó, y Dallas soltó un gruñido que consiguió arrancar otra carcajada a Estrella.

En la puerta estaban sus cuñadas Tamara y Tara.

Cuando las dos mujeres se desprendieron de los abrigos, el abogado sonrió, era un consuelo saber

que no iba a ser el único Irwin martirizado; su cuñada Tamy llevaba puesto un vestido que dejaba poco para la imaginación. David debía estar dándose cabezazos. Y no quería ni imaginar a Neill; conociéndolo, había hecho un esfuerzo sobrehumano para no cerrar la puerta de su casa con candado. Tara, desde que había recuperado los kilitos que perdió al hacer régimen, tenía una sensualidad extraordinaria, su hermano Neill no mentía, su *pequeña* estaba perfecta.

—¿Y Rebeca? —preguntó Dallas.

—No viene —respondió tajante Tamy. Y a Dallas no le pasó desapercibido el tono de voz. Iba a preguntar si les ocurría algo, pero su

mujer llegó a su lado justo en el mismo momento en que un taxi frenó en la puerta.

—¿Vais a ir en taxi?

—Sí, no te preocupes, regresaremos juntas —respondió Estrella y le dio un beso para despedirse. Pero el abogado la retuvo del brazo.

—Te quiero sana y salva, Estrella. No te metas en problemas.

Estrella negó con la cabeza y sonrió.

—Qué poca fe tienes en mí —pronunció, haciéndose la ofendida.

—No me hagas hablar —dijo mirándola a los ojos porque su mujer tenía una locura que a él le fascinaba, pero no pensaba reconocerlo en voz

alta.

Ella lanzó un beso al aire y se dirigió al taxi sin parar de reír. Su *abogaducho* seguía pensando que era una loca.

A la una de la madrugada, Amanda, Estrella, Tamara, Susana, Tara y Blanca estaban en un pub divirtiéndose.

—¡Ahora una ronda de golpeaditos!  
—Aplaudió Tamy.

—¿Qué son golpeaditos? —preguntó Blanca, que también estaba contenta, los mojitos que habían bebido ya empezaban a hacer efecto en ellas.

—Es tónica con tequila. Tienes que golpear el chupito y beberlo corriendo porque la tónica hace que se desborde el contenido rápido.

Tara y Blanca se miraron y tuvieron la misma reacción.

—¡Camarero! —gritaron al unísono.

Una vez que tuvieron los chupitos delante, contaron a la de tres y golpearon al mismo tiempo.

Las risas eran imparables, se lo estaban pasando a lo grande. Susana y Estrella se lanzaron a la pista de baile. Tara y Blanca no podían parar de reír porque unos hombres habían intentado ligar con Tamy, y no se podían creer la cantidad de ridiculeces que habían hecho para llamar la atención de la peluquera.

—¿Es que no quedan hombres normales? —preguntó, desplomándose

justo al lado de sus cuñadas.

—Parece ser que no —respondió Amanda, que también tomó asiento.

—Si David me llega a decir lo que me ha dicho uno de ellos... —comentó con asco—, os juro que seguiría soltera de por vida.

Blanca se carcajeó, ¡qué graciosa era Tamara! Tenía una gracia natural que le fascinaba.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó Amanda.

—No os lo vais a creer. —Puso los ojos en blanco para que supiesen que era intolerable—. Va y me suelta: «Si me das un minuto, te hago gozar como a una perra. Ya verás lo que soy capaz de

hacer en un minuto»).

Tara agrandó los ojos, ¿podía alguien ser tan asqueroso?

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó risueña Amanda de nuevo.

—Puagggg... chico, para un minuto no me bajo ni las bragas. ¡Qué pereza!

Amanda, Blanca y Tara estallaron en risas. Es que Tamy era la mejor, lo había dejado descolocado total.

—¡Madre mía! —gritó Blanca, señalando hacia donde estaban Estrella y Susana—. ¡Y ese de dónde ha salido!

Todas miraron en la misma dirección y se sorprendieron. Un hombre moreno, que parecía sacado de un anuncio de colonia, estaba saludando a Susana con

dos besos.

—¿Sabes qué? —comentó jovial Tamara—. Con ese, igual sí que me las bajaba.

Todas rieron de nuevo, es que ese hombre era un Adonis.

Diez minutos más tarde, Estrella se acercaba a sus cuñadas, con los ojos agrandados y ganas de poner al corriente a todas ellas.

—Es italiano —dijo sin esperar a que la interrogaran—. Está en la ciudad por negocios, yyyyyy... —alargó para dar más énfasis—. ¡Le ha pedido a Susana que sea su guía turística!

—¿En serio? —preguntó alarmada Tara.

—Sí, no se ha cortado para pedírselo, te digo más —se acercó como si fuesen a cuchichear algo que estaban haciendo en voz alta—. ¡Le ha dicho que él cree en el amor a primera vista!

—¡No! —exclamó alucinada Blanca.

—¡Ohhh, qué mono! —bramó con voz algodonada Tamy.

—Estoy segura que este no se conforma con un minuto —bromeó Amanda, y todas rieron.

Llegó otra ronda de golpeaditos y brindaron antes de beberlo, gritando todas a la vez.

—¡Viva Italia!

A las tres y media de la madrugada dieron por terminada la fiesta. Susana,

Blanca y Amanda decidieron compartir taxi, iban algo perjudicadas como para coger el coche. Ya se acercaría Susana al día siguiente para recogerlo.

Tamy, Estrella y Tara, que ya habían pensado en ello, también tomaron un taxi juntas, total, vivían en la misma urbanización, era lo más cómodo.

Cuando Amanda llegó a casa, despertó a Javier.

—Javi, mi amor, despierta —pronunció con un tono de voz más elevado de lo que debería.

—¿Amanda? —preguntó somnoliento.

Sin decir una palabra más, lo besó como si se fuese a acabar el mundo. Necesitaba a Javier con urgencia.

—¡Te deseo! —exclamó sincera.

—Cariño, no grites, nuestra hija está... —Amanda lo interrumpió

—Shhhh... no, hoy no hay hijas, hoy no vas a mirarme como a una madre —pronunció con voz grave—. Hoy vas a mirarme como a una mujer. Una mujer que está desesperada por tenerte dentro.

Javier sonrió, él siempre la veía como una mujer. No sabía qué había pasado ni si era efecto del alcohol, que se notaba que llevaba en el cuerpo, lo que reclamaba tanta urgencia, pero estaba encantado de complacerla. Si por él fuera, le encantaría que lo despertase así todos los días del resto de su vida.

—Ven aquí, vamos a saciar ese deseo

—ordenó, y Amanda se tiró encima de él.

\*\*\*

Tara, nada más entrar en su casa, lanzó los zapatos sin mirar ni importarle dónde iban a parar. Solo tenía una cosa en la cabeza, besar a Neill con todas sus fuerzas. Después de lo que habían visto esa noche, era un milagro que un hombre como él estuviese enamorado de ella.

Subió las escaleras casi a trompicones, no es que fuese borracha del todo, pero tampoco es que su equilibrio permaneciese intacto.

Al entrar con más brío del que pensaba, la puerta fue a dar a la pared, despertando a Neill de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras buscaba el interruptor de la luz.

—¡No la enciendas! —ordenó Tara.

Neill se dio la vuelta para buscarla en la oscuridad, aunque al no estar del todo bajada la persiana, esa poca luz que entraba fue suficiente.

—Esta noche me he dado cuenta de que soy una chica muy... muyyyy... muyyyy afortunada —pronunció con voz seductora, aunque a Neill le saltaron las alarmas.

—¿Vas bebida?

—Es muy posible —respondió sin darle importancia. Y se encaminó a la cama mientras el chef observaba con expectación los movimientos de su

chica, que estaba desprendiéndose de la ropa con una sensualidad extraordinaria.

—¿A sí que te has dado cuenta de que eres una chica muy afortunada?

Tara sonrió y se mordió el labio, casi a un palmo de Neill, y a él se le reseco la boca al apreciarlo, más cuando al mismo tiempo, el sujetador se descolgaba por completo, cayendo al suelo y dejándola totalmente desnuda ante él.

—Muy afortunada —sentenció. Y se arrodilló en la cama. Pegando sus pechos justo en la cara de Neill porque este se había incorporado y estaba con la espalda apoyada al cabecero—. Porque tú estás aquí esperándome.

Neill sonrió y sin pedir permiso,

lamió uno de los pezones, provocando un gemido de placer y sorpresa en Tara. Para no dejar al otro seno sin atenciones, antes de dedicarle el tiempo que merecía, atrapó con sus dientes el pezón y le dio el bocado justo para no hacer daño y sí placer.

Tara, al notar aquella sensación placentera, de un tirón apartó el nórdico y se sentó a horcajadas sobre Neill. Lo agarró del pelo y lo miró a los ojos.

—¿Te he dicho que me encanta que te hayas dejado el pelo largo? —pronunció con la respiración agitada.

Era cierto, el chef se había dejado crecer el pelo y era el único de los Irwin que lo tenía ondulado.

—No —respondió, encantado de ver

a su *pequeña* tan lanzada y sincera esa noche.

—Pues no se te ocurra cortártelo —amenazó, justo antes de agachar la cabeza para morderle el cuello.

«Chica lista», pensó Neill porque era su punto débil. Ese pequeño bocado consiguió que su pene se excitara y se empalmara.

Tara, al notar en su trasero, lo que ansiaba tener dentro, sonrió y fue besando todo el torso del chef, descendiendo para ir provocándolo.

—*Pequeña*, no sé qué has bebido —se interrumpió porque justo la boca de ella alcanzó lo que estaba vibrando—... Ufff... —resopló al notar la lengua caliente de Tara—. Pero

mañana llenaré la despensa de esta casa de botellas de lo que hayas tomado.

Y ya no pudo hablar más porque su mujer lo estaba matando de placer.

\*\*\*

Estrella, al contrario que Tara, fue encendiendo las luces, la oscuridad no era su fuerte y tenía intención de ver a su *abogaducho*. Al encender la luz del dormitorio, Dallas se despertó y se cubrió con el antebrazo para adaptar sus ojos.

—No me he quitado el vestido —pronunció con una gran sonrisa en la cara.

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender a su mujer.

—Antes de marcharme esta noche, dijiste: «es verte y querer follarte».

Al abogado se le pasó el sueño de golpe.

—Cierto, lo dije.

—¡Y a qué estás esperando! —bramó para hacer reaccionar a su marido.

Dallas soltó una carcajada. «Con que esas tenemos», sospesó y le encantó el ofrecimiento de su mujer.

—¿Sabes una cosa? —pronunció mientras se incorporaba—. Creo recordar que también comenté que con ir desnuda me bastaba.

Y sin pensarlo dos veces, se apoderó de la boca de Estrella mientras sus manos hábiles la despojaban de aquel

vestido.

—*Abogaducho*, más vale que me quieras el resto de tu vida porque no estoy dispuesta a dejarte escapar.

Dallas, con sonrisa lobuna, la alzó en brazos y la llevó a la cama.

—No te preocupes, no tengo intención de dejarte marchar.

Y ambos se entregaron a la pasión, como tanto les gustaba.

\*\*\*

David todavía no se había dormido, estaba a punto de marcharse a la cama cuando Tamara entró por la puerta.

—¿Todavía estás levantado?  
—preguntó con una risita que la delataba.

—Madre mía, ¿has bebido?

—Tesoro, no importa si he bebido o no, solo hay una cosa importante por averiguar.

David se acercó hasta ella, no estaba muy convencido de que Tamy pudiera mantenerse recta mucho rato.

—¿Qué hay que averiguar?

—Mírame bien —mandó al tiempo que daba una vuelta entera y perdía el equilibrio. Suerte que David la sujetó por la cintura—. ¿Si tuvieses que disfrutar de mi cuerpo, cuánto tiempo querrías dedicarle?

David no entendía nada, pero respondió rápido.

—Toda la eternidad.

—¿No te conformarías con un minuto?

—No, un minuto no es suficiente.

Tamara acunó el rostro y lo miró a los ojos.

—Por eso eres el único hombre para mí. Los otros solo quieren disfrutar un minuto.

—¡Qué otros! —exigió molesto.

—Buaaa, idiotas que nunca me tendrán porque solo quiero que seas tú el que disfrute de mi cuerpo.

A David, la respuesta le gustó, aunque mañana, cuando se le pasara la melopea que llevaba, tendría que explicarle quiénes eran esos otros.

—¡Más te vale, porque mataré al que quiera disfrutar de tu cuerpo!

A Tamy, esa respuesta le aleteó el corazón y de un empujón, empotró a David en la pared, se pegó a él y de un tirón certero, le bajó el pantalón junto a los calzoncillos. Bajando ella al pilón sin previo aviso.

—¡Madre mía, Tamy! ¿Qué has bebido?

—Tequila... —respondió justo cuando se arrodillaba—. Verás, chupas con delicadeza —pronunció al tiempo que lamía toda la longitud de su miembro—. Colocas sal. —Movié las manos como si echase de un salero—. Y te lo bebes de un trago. —Y se llevó aquel miembro ya excitado y erecto a la boca.

—Solo puedo decir una cosa

—pronunció David al límite—: ¡Viva México!



# Capítulo 14

## Hay fiestas que no acaban bien

Al día siguiente, estaban todos invitados a la fiesta de inauguración que habían preparado David y Tamara.

Tamy fue a abrir la puerta. Los primeros en acudir fueron Malcom y Blanca. Nada más entrar, la mirada y risa cómplice de ambas despertó la curiosidad del cirujano.

—¿Ocurre algo?

Las dos se miraron. Y Tamy

respondió jovial.

—Que estamos muy contentas, ¿te parece poco?

Malcom se encogió de hombros, aunque para ser sinceros, estaba encantado de ver a su novia risueña. Y, además, que ahora tuviese nuevas amigas, sus cuñadas para ser más exactos, lo llenaba de dicha.

Diez minutos más tarde, dos parejas se unían a la fiesta, Dallas y su esposa, Neill y Tara.

Empezaron a preparar mojitos, y las risas de ellas eran constantes. Neill y Dallas se miraron y estaban convencidos que la noche anterior terminó para todos de la misma forma.

Amanda y Javier, que habían dejado a Nerea con la canguro, entraron cogidos de la mano.

—¿Las noches de chicas las vais a repetir muy a menudo? —preguntó Javier con una ceja levantada.

Las mujeres se sorprendieron, pero Tara, que estaba muy animada, respondió rápida.

—Lo más seguro. ¿Lo preguntas por algo en concreto?

—No, no. Por hacerme a una idea.

—¿No te parece bien? —preguntó Tamy sonriente porque Amanda se había sonrojado.

—¡Me parece estupendo! —aulló. Y todos rieron, ahora sí que no había duda,

el fin de fiesta fue perfecto para todos. Claro que Malcom no tuvo esa suerte.

Víctor y Rubén acudieron juntos, pensando que eran los últimos en llegar. Por lo visto se equivocaban, faltaban tres personas todavía, y eso que la casa ya estaba llena de gente. Habían invitados casi a treinta personas.

Nada más entrar, un taxi dejaba en la puerta a Susana, que estaba nerviosa porque sabía que hoy vería a Víctor. Se acercó decidida y abrazándose con sus propios brazos. Era una noche muy fría. Ese invierno estaba siendo el más gélido desde hacía muchos años.

—Hola —saludó Jaime detrás de ella.

—Hola. —Se dieron dos besos—.

¡Qué frío hace!

—Sí, demasiado —respondió el mecánico.

Susana se dio cuenta de que Jaime acudía solo. Y se notaba que no estaba tan alegre como en otras ocasiones. Iba a interesarse por Rebeca, pero abrieron la puerta y Tamy los recibió.

—¿Dónde está Beca? —preguntó algo mosqueada.

—Vendrá un poco más tarde —avisó Jaime.

Tamara apretó los labios y levantó las cejas. Susana la observó y supo que estaba enfadada.

—¿Hoy tendremos golpeaditos? —preguntó risueña para que Tamy se

relajase.

—Faltaría más —bromeó—. Que a mis chicas no les falte de nada.

Ambas rieron y se encaminaron a la parte del jardín, que esa noche estaba cubierto para no pasar frío.

David, a medida que avanzaba la noche, también se iba cabreando. «¿Dónde cojones está mi hermana?», se preguntaba. Porque Tamy no paraba de mirar la puerta, y por mucho que estuviese poniendo buena cara, se notaba que estaba disgustada.

—¿Y Rebeca? —preguntó a Jaime.

—Me aseguró que vendría en una hora —comentó, mirando el reloj—. Hace ya cuatro de esto.

Ambos se quedaron mirando y, a pesar de que estaba cabreado con Rebeca, prefirió no decir nada porque se veía a Jaime muy molesto. Así que decidió permanecer en silencio porque su hermana y su cuñado últimamente no parecían estar pasando por un buen momento.

Víctor no había hecho ningún intento por acercarse a Susana, y ella tanto de lo mismo. Neill, muy observador, pensó que estaban los dos actuando como niños. No dejaban de buscarse con la mirada. Llevaban toda la noche pendientes el uno del otro.

La fiesta llegaba a su fin, solo quedaban en la casa los más íntimos; la familia Irwin y parejas.

Susana fue al baño antes de despedirse. Al salir, Víctor la estaba esperando apoyado en la pared.

—¿Es a esto a lo que hemos llegado?  
—preguntó Víctor—. ¿A evitarnos el uno al otro?

—Eso parece —respondió con tranquilidad, aunque estaba temblando por tenerlo delante.

—Increíble —criticó ofendido.

A Susana no le gustó ese tonito de queja. Y respiró con fuerza para sacar valor.

—Lo que es increíble es que no hayas sido capaz de llamarme en todo este tiempo.

—¡Yo! —bramó y se irguió.

El volumen usado alertó al resto, que los escucharon y se callaron.

—¡Sí, tú!

—Te recuerdo que fuiste tú la que me abandonó... —ambos gritaban sin ser conscientes de ello.

—Cómo si te importara que yo estuviese allí —reprochó, totalmente fuera de sí.

A Víctor se le encendió la sangre. ¿Qué no le importaba? Eso ya fue el colmo.

Tara y Blanca se miraron, ambas hicieron un gesto con la boca, confirmando que aquello acabaría mal.

—¿Quieres saber cuál es tu problema? —comentó con cinismo.

—¿Ahora resulta que soy yo la que lo tiene?

La respuesta de Susana, con sarcasmo y desprecio, hizo estallar a Víctor.

—¡Tu maldita inseguridad! ¡Ese es el puto problema! E intentas hacerme creer que yo soy el culpable.

Susana sintió una puñalada, ¿cómo se atrevía?

—Muy bien, pues quédate tranquilo, que mi inseguridad y yo no vamos a volver a molestarte.

—¡Estupendo! —escupió furioso—. Muchas gracias, Susana. Me has ayudado a aprender la lección: Las mujeres cuanto más lejos mejor.

Y se dio la vuelta y salió de allí como

alma que lleva el diablo.

Susana tragó saliva, iba a llorar y no estaba dispuesta a hacerlo sabiendo que a unos metros había gente que desde luego los había escuchado.

Se acercó a la entrada, se puso el abrigo y se dio la vuelta para despedirse.

Estrella quiso ayudarla para que no pasara un mal trago, que bastante estaba aguantando sin derrumbarse. Se acercó a ella, la sujetó del brazo y la sacó rápido gritando un «hasta luego».

Una vez fuera, las dos se abrazaron, y entonces la interiorista se derrumbó. Lloró y agradeció a Estrella el detalle.

Una vez repuesta, Estrella le pidió a

Dallas que fuese a por el coche, iban a llevar a Susana a su casa.

\*\*\*

Jaime entró en su casa con un cabreo monumental. Al ver la luz del estudio de Rebeca encendida, se dirigió raudo. Abrió la puerta y la encontró con la cabeza en la mesa, totalmente dormida.

Respiró con frustración, Rebeca llevaba un tiempo muy extraña. Apenas se podía hablar con ella. Saltaba a la mínima y a todas horas parecía cansada. Para colmo, sin ton ni son, se ponía a llorar por cualquier discusión tonta, que eran casi a diario desde hacía un mes.

Después de observarla un buen rato, optó por cogerla en brazos y llevarla a la cama. Mañana hablarían, aunque ya se

imaginaba el final, ella gritando y llorando. Y él cabreado un día más.



# Capítulo 15

## Las amigas también se pelean

El lunes por la mañana, Rebeca no estaba teniendo su mejor día. Una suerte que Anais fuese eficiente. Había demostrado que tenía un carácter abrumador a la hora de plantar cara. Uno de los proveedores les había fallado y llevaban dos días dando largas. Anais agarró al toro por los cuernos, como se suele decir, y dejándole las cosas bien claritas,

prometieron tener el pedido en un par de horas. Y aunque así fue, ya llevaban varios días de retraso. Que podía no ser mucho, pero Rebeca lo tenía todo organizado de tal manera, que cualquier contratiempo conseguía alterarla demasiado.

David entró como una bala, fue directo a donde su hermana y el resto de empleadas estaban trabajando.

—¡Rebeca, tenemos que hablar!  
—berreó con tanta rotundidad que todas se asustaron.

Beca salió, cerró la puerta y, preocupada, preguntó.

—¿Qué ocurre?

—¡Que eres una maldita

desagradecida! —reprochó, dejando a su hermana descolocada.

—No me grites.

—No te gritaría si tuvieses conocimiento —criticó—. No me puedo creer que hayas sido capaz de hacerle un feo a Tamara.

Rebeca iba a interrumpirlo, pero David estaba muy alterado.

—¡A Tamara, joder! La mujer que ha estado a tu lado para todo. Que te ha considerado una hermana. ¡Es que no me lo puedo creer!

—Me quedé dormida... —se disculpó—. No es que no pensara acudir.

—Te quedaste dormida —repitió

intentando mantener la calma—. Podría perdonarte muchas cosas, Beca, pero que le hayas hecho daño a Tamy, eso no te lo voy a perdonar nunca.

—David, he intentado hablar con ella para disculparme, le he dejado mil mensajes...

—¿Y qué esperabas? Le pegas una patada en el culo y encima querrás que...

—¡No quiero nada! —lo interrumpió, poniéndose a la defensiva—. Me quedé dormida, no le he dado la patada a nadie. Lamento no haber ido a la fiesta, pero creo que no estás siendo justo conmigo.

David se mordió el labio inferior por no soltar una barbaridad.

—Uno no se queda dormido cuando lo están esperando para celebrar el principio de una nueva vida.

Rebeca torció el cuello, un gesto que a David lo alertó, pero no estaba dispuesto a consentir a su hermana ni una sola tontería.

—Te he dicho...

—¡Me tienes sin cuidado lo que has dicho! Lo único que me importa es Tamara. Le has fallado, y eso es lo que cuenta —escupió con rabia. Porque su novia se quedó tocada al no ver a Rebeca en la fiesta.

Y sin más, se dio la vuelta y se marchó pegando un portazo.

Rebeca resopló y se apretó las sienes,

la cabeza le iba a estallar. Al girarse, se encontró con la mirada acusadora de Jaime, que no necesitó abrir la boca para que entendiera que estaba del lado de David. El día anterior habían discutido y ya había dejado claro que se estaba cansando de sus desplantes.

Sin decir una palabra, se alejó, saliendo de la casa por la puerta de la cocina que daba al garaje.

Rebeca subió a su dormitorio, se sentó en la cama y se puso a llorar. «¿Es que no era capaz de hacer nada bien?». No es que ella no hubiese querido acudir a esa fiesta. Ni siquiera sabía cómo ocurrió, pero se durmió. ¿Por qué no la entendía nadie?

A las nueve de la noche, decidió ir a

hablar con Tamara, sabía que estaba enfadada con ella, lo que no esperaba fue ser recibida con tanta hostilidad.

—Hola... —saludó, pero Tamara la interrumpió enseguida.

—¿Qué quieres, Rebeca?

David, que había escuchado el timbre, bajaba las escaleras, al ver a su hermana en la puerta, se mantuvo apartado, semi escondido.

—Quería hablar contigo.

—Un poco tarde —respondió tajante.

Beca miró fijamente a su amiga, intentó mantener la calma porque ella tampoco había hecho nada malo para ser tratada con tanta frialdad.

—Tamy —pronunció con súplica—.

Te juro que me quedé dormida...

—Me da igual, si te soy sincera...

—pronunció con desgana, como si le importara muy poco lo que Rebeca dijera o dijese de decir—. No me importa. Así que puedes marcharte por dónde has venido.

—Me parece que estás sacando las cosas de quicio —se pronunció ya cansada de ver el trato que le estaba dando Tamara.

—Y a mí me parece que deberías madurar —escupió con voz elevada—. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? Puede que puedas engañar a los demás, Rebeca, pero a mí no. Todo esto de mantenerte alejada, como si estuvieses ocupada en mil

cosas, no es más que una estratagema para que estén pendientes de ti.

Rebeca levantó una ceja. ¿Qué estaba diciendo?

—Por favor —pronunció sarcástica—. Te has pasado la vida protestando porque tus hermanos no te dejaban respirar y, ahora que ya no los tienes a tu alrededor, no lo puedes soportar.

—¡Cómo te atreves! —bramó con los ojos brillantes.

—¡No, cómo te atreves tú! ¿Qué va a ser lo próximo, Rebeca? ¿Fingir que estás enferma?, ¿llorar para descuadrar a todos?, ¿poner al mundo en mi contra por decirte la verdad?

—¡Se acabó! No tengo porqué escuchar más tonterías.

—Eso, márchate y no vuelvas, ya has demostrado que no me necesitas. Te lo agradezco porque yo a ti tampoco.

—No me lo puedo creer —respondió aguantando las lágrimas. Era doloroso que Tamara, la que había sido hasta hoy su mejor amiga, casi una hermana, estuviese diciendo todo aquello con tanto rencor.

—Pues créetelo... Y, por favor, si piensas visitar a tu hermano algún día, ten la decencia de avisarme, para que me dé tiempo a marcharme; esta es su casa también y no se lo voy a poder impedir, pero a mí no se te ocurra visitarme más.

—No te preocupes, no te creas que me gusta acudir donde no soy bien recibida.

Y sin más, Tamy cerró la puerta, dándole con ella en las narices a Rebeca, ni tan siquiera la había invitado a entrar.

Se fue a la cocina y al agarrarse al fregadero, lloró. Se sintió tan desplazada y abandonada por parte de Rebeca, que llegó a dolerle incluso el alma. Y no era justo que ella sufriera tanto y que Rebeca viviera su vida como si ella no le importara.

Los celos no eran buenos, nunca pensó que se podría encelar, pero así estaba desde hacía semanas; encelada hasta las trancas de Anais. Sabía que era

su ayudante, pero a la vez estaba viviendo y compartiendo experiencias con Rebeca que ella deseaba y anhelaba. Cualquier detalle, una simple conversación, una confidencia, una sonrisa... se lo estaba perdiendo. ¿Por qué ahora Rebeca no compartía todos esos pequeños momentos con ella? ¿Acaso otra persona acabaría siendo más importante para Beca? Respiró con fuerza, era incapaz de reconocerse a sí misma, la rabia seguía hablando, como había hecho minutos antes.

David se tapó la cara con las dos manos. No podía creer que estuviese viviendo una realidad, debía tratarse de un mal sueño. Su novia, la mujer que era todo para él, echando de su casa y de su

vida a Rebeca: su hermana.

Respiró varias veces, por primera vez en su vida no iba a poder defender a su hermana pequeña. Esta vez no podía tomar partido, y eso dolía.

Trató de mantener la calma, quería aclarar cosas con Tamara.

—Tamy, ¿qué ocurre? —preguntó con aparente tranquilidad para ocultar que lo había oído todo.

—No tengo un buen día, eso es todo —respondió sin ser sincera.

—Esta tarde hablé con Rebeca.

—No quiero saber nada, estoy enfadada con ella —reconoció.

—Sé que lo estás —afirmó, mirándola fijamente—. Al igual que sé

que Rebeca está apenada por haberse quedado dormida.

—Eso es lo que dice ella —pronunció enfadada.

—Si Beca lo dice, sabes que es verdad —intentó razonar.

—David, si vas a ponerte de su parte —lo amenazó—, ya puedes marcharte. —Señaló con un dedo la puerta de la cocina, para que la dejase tranquila.

—Deberíais hablar...

—No tengo nada que hablar con ella —sentenció alterada—. Ya tiene con quién hacerlo, no me necesita para nada.

Al terminar la frase y dejar claro que no quería seguir con aquella conversación, ya que sabía que

acabarían discutiendo, se marchó a su dormitorio. Necesitaba ducharse y refrescar sus ideas.

David la observó alejarse. Su última frase dejaba al descubierto lo que realmente le pasaba; estaba celosa.

«Los celos no son buenos», se preocupó. Intentó dejar su mente en blanco para no seguir pensando, pero era imposible. ¿Cuántas tonterías se hacían por celos? ¿No eran en realidad los culpables de muchas rupturas entre parejas? Beca y ella no eran pareja, pero nadie dijo que cuando los celos llaman a la puerta, sea obligatorio entre hombre y mujer, también las amigas podían pelearse por estas cosas.

Después de pensar en ello, solo llegó

a una conclusión; de momento no tomaría partido, pero estaría apoyando a Tamara, que era su novia.

Rebeca, por su parte, llegó a la casa hecha una furia y se topó con cinco personas que la estaban esperando. Dallas, Neill, Estrella, Tara y Jaime.

—Te estábamos esperando —comentó Neill, aunque sonó a reproche.

Rebeca se encontraba mal, le dolía mucho la cabeza, el estómago incluso lo tenía revuelto por culpa de la discusión, y estaba demasiado alterada como para aguantar más quejas.

—Pues ya estoy aquí —sentenció con un tono de voz que dejaba claro que si querían guerra la iban a tener.

Dallas levantó una ceja, aparte de que su hermana no parecía estar bien, ya que esas ojeras lo confirmaban, se la notaba muy alterada, demasiado como para comentar con ella el tema al que habían venido a tratar. Pero Neill no se dio cuenta como el abogado y, por su contestación, fue tajante.

—¿Qué demonios te pasa, Rebeca! ¿Se puede saber que estás haciendo? No te vemos el pelo...

—¿Quieres saber lo que me pasa, eh? —pronunció ya fuera de sí—. ¡Que estoy cansada! Eso me pasa. ¡Harta!

Jaime echó la cabeza atrás, era imposible hablar con Rebeca.

—Vale, relájate —comentó Dallas,

pero fue inútil.

—¿Relajarme? —Y soltó una risotada nerviosa—. ¡Esta sí que es buena!

—Cuidado, Beca... —la amenazó Neill, que la veía venir.

Tara y Estrella permanecieron calladas.

—Cuidado, ¿por qué? ¿Es que ahora voy a tener que medir mis palabras en mi propia casa?

Neill se quedó helado, se hermana se echó a llorar.

—Dejadme vivir en paz. ¡Es tanto pedir! —escupió las palabras como si estuviese poseída—. Estoy cansada de todo... Agobiada de vuestro control..., asqueada de sentirme una inútil...,

rabiosa de no ser comprendida...,  
humillada por mi mejor amiga...,  
aburrida de dar explicaciones...

Jaime sintió que se le salía el corazón  
por la boca.

Tara agarró la mano de Estrella,  
nadie esperaba ver a Rebeca así.

Neill quiso morir por haber sido tan  
bruto al hablar un minuto antes.

Y Dallas pensó que el pasado  
regresaba cuando su hermana sufrió  
aquella crisis nerviosa. Cerró los ojos y  
rezó porque necesitaban un milagro para  
no volver a pasar lo mismo.

—Solo... —pronunció a golpes—...  
quiero... vivir... en paz.

Y con lágrimas en los ojos, se dio la

vuelta y se dirigió corriendo a la puerta, salió de la casa y los dejó a todos conmocionados.

Una hora después, las dos parejas decidieron marcharse, Jaime los tranquilizó; si Rebeca, cuando regresara, continuaba en ese estado, los llamaría.

Hacía un frío de mil demonios, aun así, Rebeca estaba en el cenador, recostada sobre los cojines que habían tapizado hacía poco y mirando el cielo.

Durante una hora, la misma que llevaba allí, solo podía pensar y pensar... Tragó con dificultad al llegar a una conclusión: Estaba recayendo.

Trajo el pasado a su memoria, analizó aquellos recuerdos amargos. Todo empezó igual: Alterada, rabiosa,

asqueada... lo único que cambiaba era que lloraba a escondidas, y ahora ni siquiera eso podía hacerlo. Estaba viendo que algo no iba bien, comenzó a tener miedo al recordar todo lo que le ocurrió en su pasado. Cerró los ojos y al abrirlos, mirando al cielo, habló en voz alta.

—Por favor, Dios, otra vez no... no me dejes pasar por lo mismo. Ayúdame, no podré soportarlo de nuevo. Esta vez no.

Y lloró sin consuelo.

Jaime, preocupado porque ella no entraba en la casa, salió a buscarla; acabaría congelada. Al llegar al cenador, la encontró enroscada, durmiendo. La entró en la casa y la dejó

en el sofá tapada con una manta.

Acarició la mejilla con cuidado para no despertarla y susurró con miedo.

—¿Qué te está pasando, Beca? Siento que te estoy perdiendo.



# Capítulo 16

## Afrontar el destino no es fácil

Un ruido despertó a Rebeca, al abrir los ojos y ver a Jaime poniéndose la chaqueta, recordó lo que se había prometido la noche anterior; iba a afrontar el destino, aunque no fuese fácil.

Se incorporó y miró al hombre que amaba a los ojos.

—Jaime, quería pedirte disculpas...

—Una vez más —le reprochó porque

llevaba muchos días escuchando lo mismo.

Rebeca tragó saliva, era lógico que él estuviese enfadado.

—Sé que merezco tus reproches —reconoció con honestidad—. Pero esta vez voy a...

—No, no sigas, las palabras ya no me valen —comentó cansado de escuchar siempre lo mismo—. Si de verdad hablas en serio, vas a tener que demostrarlo con hechos.

Y se marchó, dejándola allí con un pesar en el corazón. Beca se frotó la cara y subió a su dormitorio, necesitaba una ducha caliente y cambiarse de ropa.

Al bajar, antes de entrar en su estudio,

observó a través de la ranura de la puerta, que no estaba cerrada del todo, a las mujeres que tenía contratadas. Sonrió con tristeza y a la vez sintió alegría, ni siquiera ella se entendía. Ahí estaban, trabajando sin ella, como si no la necesitaran. Todas sabían qué tenían que hacer, Anais acababa de dar las órdenes oportunas.

«No se acaba el mundo por no estar encima de todo», se dijo a sí misma.

Y abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días —respondieron las once mujeres.

—Anais, ¿todo controlado?

—preguntó sin necesidad, pues ya la

había observado y lo sabía de sobra.

—Por supuesto —respondió la morena y la miró fijamente—. ¿Beca, estás bien? No tienes buena cara.

Sonrió agradecida por el interés que mostraba su ayudante.

—La verdad es que no, no me encuentro bien —respondió sincera. Estaba cansada de aparentar que lo estaba, para qué negar lo evidente, ya no tenía fuerzas para seguir fingiendo.

—Deberías descansar, los diseños que dejaste terminados los tengo controlados, las chicas van a buen ritmo y por dos días no va a pasar nada.

Rebeca asintió, era cierto, dentro de dos días se marcharía a Portree, como

todos los años. Ya había dejado todo preparado, para que en su ausencia no se quedaran sin trabajo. Por eso había dedicado tantas horas, para poder alejarse de allí desde el día veintidós de diciembre hasta el siete de enero.

—De acuerdo —afirmó con una ligera sonrisa en la cara, iba siendo hora de delegar trabajo en Anais, quien había demostrado estar a la altura—. Cualquiera cosa, estaré en casa o puedes llamarme al móvil.

—No te preocupes, mi reina, márchate y descansa.

Cerró la puerta y pensó en Rubén. Su hermano todos los días por la tarde se pasaba por allí para coincidir con Anais. Sonrió y negó con la cabeza; otro

cabezota.

Se sentó en el sofá y miró el reloj, ahora venía la parte más complicada del día, pero no iba a echarse atrás. La decisión estaba tomada; tocaba afrontar la vida de cara.

Fue al *gran nido*, necesitaba hablar con su hermano Malcom. Debía estar a punto de llegar, y no falló, justo en ese mismo momento entraba por la puerta.

—Hola, ¿una guardia difícil?  
—saludó afable porque sabía que llevaba veinticuatro horas de guardia.

—No ha sido de las peores, aunque estoy agotado —informó y, al mirar a su hermana más de cerca, abrió los ojos—. ¿Qué tienes, Rebeca?

Por algo eran mellizos, había una conexión muy especial.

A Rebeca se le iluminaron los ojos, intentó ser fuerte, pero una lágrima salió, recorriendo su mejilla.

—Necesito que me ayudes —titubeó—. Creo que estoy recayendo, voy a perder la cabeza otra vez.

Malcom la abrazó y, mientras su hermana lloraba sin consuelo, la consolaba.

—No puedo pararlo, Malcom. No sé cómo detenerlo —reconoció en llanto—. Se escapa de mi ser.

Víctor se apoyó en la pared, faltándole el aire, estaba en la cocina y los estaba escuchando.

—Todo va a ir bien... —susurró el cirujano—. Voy a llamar al doctor Cebrián.

Rebeca asintió, era el jefe de psiquiatría del hospital donde trabaja. Una vez, hablando con él, se ofreció a tratar a Rebeca cuando ella sintiera que lo necesitaba.

—¿Y si ya es tarde? ¿Y si ya no hay vuelta atrás? —preguntó con miedo.

—No, el que estés pidiendo ayuda, significa que todavía no es tarde —aseveró con rotundidad, para que a Rebeca no le quedase duda—. En el pasado no tuvimos esta oportunidad.

Beca analizó las palabras de su hermano. Igual todavía estaba a tiempo

de no enloquecer como la otra vez.

Le dio un beso a Malcom y quedaron que, mañana por la mañana, él mismo la acompañaría a ver a Cebrián.

Víctor salió y miró a Malcom.

—Por favor, dime que no vamos a vivir de nuevo la misma pesadilla —imploró.

—No, estoy convencido.

\*\*\*

David y Jaime estaban cambiándose de ropa, ambos se marchaban a casa a comer.

—¿Te comentó Rebeca que Tamy y ella han discutido? —lo interrogó, por si su amigo podía contarle cómo estaba su hermana.

—No —respondió conciso.

—¿Qué ocurre, Jaime? —se interesó, al ver que su socio parecía muy decaído.

—Nada —aseguró porque no quería hablar de Rebeca—. Nos vemos luego.

David se quedó allí, preocupado, esa tarde intentaría hablar con Jaime y averiguar qué lo tenía en ese estado.

Cuando Jaime entró en la casa, fue directo a la cocina, se sorprendió al ver la mesa preparada para dos. Rebeca hacía tiempo que no le hacía compañía en las comidas.

Beca se dio la vuelta y sonrió, hizo el amago de acercarse para besarlo, pero se quedó a mitad de camino. No sabía si debía. Jaime esa misma mañana se había

marchado sin siquiera decir «hasta luego». Por lo tanto, era mejor darle su espacio, para que la perdonase sin que se sintiese obligado a dar un afecto que ella misma reconocía que no se merecía por su comportamiento de estos días.

Jaime se percató y le dolió en lo más profundo. Quería abrazarla y besarla sin parar, pero merecía una lección.

—Huele bien —comentó.

—He hecho lasaña —informó, sabiendo que era la comida favorita de él.

Jaime sonrió y fue a lavarse las manos. Necesitaba con todas sus fuerzas que Rebeca no estuviese haciendo esto como algo provisional. Era vital para él que por fin las cosas volviesen a la

normalidad.

Se sentaron a comer, y mientras él comía como un autómatas, observaba a Rebeca. Apenas pegaba bocado y se la veía tan triste...

—¿No tienes hambre?

Rebeca levantó la cabeza, lo miró y negó.

—No mucho —respondió sincera—. Tengo el estómago un poco revuelto.

Jaime supo el motivo. Desde jóvenes, cada vez que algo le afectaba mucho a Rebeca, cuando estaba nerviosa, se le revolvía el estómago.

—No te preocupes, haréis las paces —comentó, dando a entender que estaba al tanto de su discusión con Tamara.

Rebeca bajó de nuevo la cabeza, con pesar, por no poder hablar abiertamente con Jaime, como había hecho siempre. Necesitaba que la comprendiera, que de todas las cosas que había hecho mal, justamente esa —quedarse dormida— no era su culpa. Y dolía, mucho, no poder contar con su apoyo. El único con el que siempre había contado, porque esta vez, él dejó claro que estaba del lado de David, por haberlos dejado plantados.

A Jaime, la comida se le estaba atragantando. Ver a Rebeca a su lado, tan decaída, tan apenada, tan ausente, lo estaba matando.

Rebeca se mordió el labio, hizo un gesto que a Jaime lo alertó, estaba

intentando sacar valor para contarle algo.

—Esta mañana he hablado con Malcom... —anunció, iba a confesar a Jaime la verdad.

El móvil del mecánico sonó, y Rebeca vio el nombre de Cintia.

—¿Sí? —atendió la llamada.

Beca se levantó y recogió la mesa, puso los cubiertos en el lavavajillas y escuchó la conversación... la parte que él hablaba.

—Sí, no te preocupes. A las ocho me va bien. De acuerdo, nos vemos, hasta luego.

Jaime buscó con la mirada a Rebeca, estaba dándole la espalda, se levantó y

se acercó a ella.

—Es posible que hoy llegue tarde.

—Bien, no te preocupes —pronunció tranquila. No podía reprocharle nada, cuando ella había estado haciendo las cosas mal y dejándolo a un lado todos esos días atrás.

Jaime no se podía creer que Rebeca no se alterase ni preguntara siquiera. Se dio media vuelta y se alejó.

Había llegado la hora de regresar al trabajo, y se cruzaron en el comedor.

—Me voy —anunció, mirándola a los ojos.

Y de nuevo, esa sensación angustiosa de querer besarlo y no poder hacerlo. Era la primera vez en su vida que se

sentía atrapada en un abismo. Necesitaba que él la perdonara de corazón. Y, sin embargo, Jaime estaba esperando que fuese ella de nuevo. No sabía que Rebeca estaba sintiéndose culpable.

Al cerrarse la puerta, Rebeca se apoyó en el sofá, por la parte trasera, agachó la cabeza y se le iluminó de nuevo la mirada, las lágrimas parecían estar instalándose allí una vez más.

Cuando Jaime llegó al garaje, revivió los dos momentos más estúpidos de su vida: tener a Beca delante y no besarla como ambos querían.

Soltó el casco sin miramiento, sin importarle que cayera al suelo, y fue directo a la casa, abrió y entró con brío.

Al verla allí, con una pose de rendición, se enfadó consigo mismo. Así, de sopetón, comprendió lo que sucedía.

Llegó hasta ella, la rodeó con un brazo por la cintura y la alzó. Cuando Rebeca lo miró, acercó sus labios a los de ella y la besó con ansias.

—Este... —pronunció contundente, refiriéndose al beso—. Por el que nos hemos negado hace una hora.

Rebeca sonrió, y Jaime volvió a besarla.

—Y este, por el que nos hemos perdido hace un minuto.

Rebeca lo abrazó con fuerza y, sin querer, le salió una lágrima.

—No quiero perder más besos

—susurró ronroneando con la nariz, ese gesto tan de ellos.

—Entonces no nos los volveremos a negar —sentenció, dándole a Rebeca lo que necesitaba; él la había perdonado.



## Capítulo 17

La vida puede cambiarte en un segundo

Rebeca, algo más animada, decidió preparar una cena romántica. Se arregló y se preparó para ir a comprar.

Al salir vio a Malcom, tocó el claxon y este se acercó a ella.

—¿Pensé que estarías durmiendo?

—Sí, pero tuve que hacer unos encargos, pasado mañana nos vamos y no los podía dejar para más tarde.

Rebeca sonrió, pronto estarían en

Portree.

—Voy a comprar, ¿necesitas algo?

—Dormir —sentenció cómico—.  
Creo que en cuanto pille la cama, no me despierta ni una bomba.

Rebeca se carcajeó, le dio un beso y subió la ventanilla, hacía mucho frío.

A las ocho regresaba Rebeca en su coche, al llegar a la altura de la entrada de la urbanización se inquietó. Había coches de policía y entraban bomberos. Aceleró y le hicieron el alto.

—Disculpe, señorita, no se puede pasar —informó un policía.

—Agente, yo vivo aquí —comentó rápida.

—Hasta que no esté el fuego

extinguído no puede entrar nadie, retire el vehículo.

«¡Fuego!».

Se bajó del coche, y el agente la amonestó, pero ella necesitaba saber más. Lo único que averiguó fue que una de las viviendas estaba en llamas.

—¡Agente, mi hermano Malcom está ahí...!

No hubo forma, estaba prohibido pasar y los agentes que se encargaban de la entrada no sabían en que calle de la urbanización se había producido el incendio.

Rebeca sacó el móvil del bolso y llamó al *gran nido*. Al no recibir respuesta, se empezó a angustiar. Solo

pensaba en Malcom dormido.

Cerró los ojos y trató de buscar una solución. Al abrirlos, se montó en su vehículo y salió chirriando ruedas; a quinientos metros, hizo un cambio de sentido brusco. Estacionó sin ningún miramiento en el arcén y se bajó del coche. Su corazón iba a mil por hora, Malcom seguía sin responder. Lanzó el móvil al asiento del copiloto, cogió los zapatos y arrancó los tacones, sin importarle que fuesen de marca. Sacó una linterna de la guantera y salió corriendo, por un camino salvaje lleno de árboles, en plena oscuridad, sin importarle nada excepto llegar al *gran nido*.

El camino que había elegido iba

directo al lago que daba a su casa. Era la única entrada que la llevaría hasta su destino. Corría sin parar, apenas veía y se iba tropezando con la maleza, pero nada la detenía, su corazón estaba desbocado.

Al llegar al lago, sabía que a pesar de hacer mucho frío, esa pequeña capa de hielo que lo cubría no sería suficiente como para aguantar su peso. Aun así, ella no paró, siguió corriendo, hasta que nada más pisar el hielo, este se rasgó y ella fue engullida por la calmada y fría agua. Notó que su cuerpo ardía. La solución más sencilla era intentar recorrer ese trecho buceando, porque nadar con la capa de hielo, solo haría retrasarla y además podía acabar herida.

Cuando notó que sus pulmones necesitaban oxígeno, con el puño dio un golpe para romper la corteza helada y sacó la cabeza. Solo faltaba medio lago por recorrer, pero sus fuerzas empezaban a menguar, entre la ropa y la congelación de sus extremidades, se le estaba haciendo eterno.

Solo faltaba un par de metros y alcanzaría la orilla que daba a su jardín trasero. Dio el golpe con el puño y se puso nerviosa, se había enganchado seguramente con alguna rama y no podía emerger. Estaba aterrada, casi sin fuerzas, podía incluso escuchar los latidos de su corazón. Por más que forcejeaba, no había forma de soltarse. En un último intento desesperado, se

deshizo de la chaqueta y el jersey de lana que llevaba puesto, quedándose con una camiseta de tirantes interior.

—Ahhhhh... —inhaló por la boca, casi al borde del ahogamiento.

Se arrastró con los brazos porque las piernas parecían estar paralizadas. El humo era espeso, y eso le dio fuerzas para seguir reptando hasta la valla, necesitaba saber si su mellizo estaba bien.

Al llegar a la altura de la verja principal, haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió ponerse en pie. Pudo ver que no era *el gran nido* el que estaba ardiendo, el humo provenía de la parte trasera, seguramente la casa de atrás, la que daba a la otra calle. Y vio a

Malcom.

—Malcom... —gritó, pero no tenía fuerzas, apenas se escuchó el sonido. Aunque su mellizo la vio porque estaba cerca.

—¡Beca! —bramó al verla empapada, con la ropa desgarrada por haberse arrastrado y sucia.

Al llegar junto a ella, la abrazó.

—Beca, ¡estás congelada! —se expresó con desesperación.

—No... no sabía... si estabas bien —tartamudeaba, y su hermano la cogió en brazos y la llevó corriendo al *gran nido*.

La subió a su antiguo dormitorio.

—Quítate la ropa —le ordenó

mientras salía corriendo a su dormitorio a buscar una manta isotérmica que tenía de emergencia.

Rebeca se desprendió de todo, abrió un cajón y sacó ropa interior, que aún guardaba allí, y, con manos torpes, se la colocó, iba a intentar sacar más ropa porque estaba muerta de frío, pero Malcom llegó en ese momento, justo en el que ella se desplomaba en la cama.

La tapó con la manta que había traído y le puso otra colcha por encima, mientras conectaba el secador de pelo.

\*\*\*

Jaime le pidió a David que esperara, hacía mucho frío y regresarían juntos a la urbanización, la moto la dejaría en el taller.

David intuía que no era por el frío, sino por no quedarse a solas con Cintia, que había pedido el favor de que la esperasen a las ocho, cuando ella sabía que era la hora de cierre. Conociendo a Rebeca, no le haría mucha gracia si se enterara.

Tamy estaba también allí, esperando que ellos cerraran, mientras tanto se entretenía en la oficina mirando las fotos que tenían colgadas.

—Ya está, ya podemos irnos —anunció David.

Hicieron el camino charlando de cosas sin importancia, ni Jaime preguntó, ni Tamara quiso nombrar nada.

—¿Qué hace ahí el coche de Beca?  
—se extrañó David al ver el lugar  
dónde se encontraba.

Jaime se inclinó hacia delante,  
rápido, y una sensación de pánico lo  
abordó.

La puerta del vehículo estaba abierta;  
las luces, encendidas, y ella no estaba.

Bajaron raudos los tres, y todavía se  
inquietaron más al ver el bolso, el móvil  
y los tacones de los zapatos allí tirados  
de cualquier forma.

—¡Becaaaa! —bramó Jaime, mirando  
en todas direcciones.

Mientras los tres gritaban el nombre  
de Rebeca, escucharon sirenas, vieron  
que varios coches de bomberos, policía

y ambulancias pasaban por su lado, en dirección contraria a la urbanización.

Malcom llamó a David al móvil.

—Rebeca está en *el gran nido* con Malcom. Hubo un incendio en una casa y no la dejaron entrar, así que vino hasta aquí para cruzar el lago. —Jaime agrandó los ojos, y David lo entendió—. Malcom está tratándola de hipotermia.

Sin pensarlo dos veces, Jaime se montó en el coche de Rebeca y se dirigió a toda velocidad. En esta ocasión no les prohibieron la entrada, ya se había extinguido el fuego y podían pasar.

Subió las escaleras a una velocidad récord y, sin pedir permiso ni preguntar a Malcom, se metió en la cama con ella,

rodeándola con su cuerpo para darle más calor.

Rebeca no paraba de tiritar y sus ojos los notaba pesados, un efecto de la hipotermia. En sus labios estaba apoyado el colgante de oro blanco, con forma de labios, que él le regaló.

Jaime, con un movimiento de barbilla porque no quería soltarla, apartó el colgante para mirarle los labios, que estaban bastante morados.

—No permitas que se duerma —decretó Malcom, consciente de que esa pareja debía estar a solas.

Salió y cerró la puerta, para que su hermana y su cuñado pudiesen estar lo más cómodos posible. Sin gente alrededor que alterara a Rebeca.

Se miraron a los ojos durante un buen rato, sin hablar, aunque se decían muchas cosas.

—¿Recuerdas la primera vez que nos besamos? —susurró Jaime, consiguiendo que Beca no cerrara los ojos.

—Sí... —respondió en un hilo de voz.

—Estaba enfadado y nervioso —reconoció, intentando que ella sintiera curiosidad, y lo consiguió.

—¿Enfa... enfadado? —titubeó porque su cuerpo todavía temblaba demasiado.

—Sí. David me había dicho que un idiota de tu clase te había invitado a ir

al cine.

Rebeca, a pesar del estado en el que se encontraba, hizo un gesto muy de ella, levantó una ceja.

Jaime sintió alivio, ver alguna expresión era bueno.

—Y tú habías dicho que ese idiota era guapo.

Rebeca no se lo podía creer, ¿Jaime recordaba aquello?

—¿Más... más que tú? —preguntó ella.

—Supongo que no, o ese día no me habrías besado.

—Me besa... besaste tú —reconoció ella.

Jaime asintió, ronroneó con la nariz

de Beca y susurró.

—Y fue la mejor decisión de toda mi vida.

Rebeca se emocionó, y él lo notó.

—Salí corriendo para ir a buscarte. Cuando saliste de clase, te estaba esperando en la esquina, te cogí de la mano y te llevé hasta el parque, y una vez allí, ya no pude más.

Rebeca sonrió, y ese pequeño gesto animó a Jaime. Su mujer se estaba recuperando.

—Y yo me sentí especial —confesó Rebeca, que ya empezaba a temblar con menos intensidad.

—Ese mismo día supe que nada nos separaría —adujo con sentimiento

Jaime.

En la planta baja *del gran nido*, dos horas y media después, estaban todos los Irwin.

Neill todavía se sentía mal, quería haberse disculpado con Rebeca por la forma en que le habló la noche anterior.

Malcom bajó con una sonrisa en el rostro.

—Rebeca puede con todo —dijo con satisfacción, consiguiendo que todos los presentes se relajasen—. Aun así, para quedarnos tranquilos, vamos a llevarla al hospital, que le hagan un chequeo rápido.

—El que haga falta —aseguró Rubén,

porque lo de rápido a él no le parecía suficiente.

Malcom negó con la cabeza, rápido no significaba que no fuese completo.

Agarrada del brazo de Jaime, Rebeca bajaba las escaleras. Al ver a Tamy allí escrutándola con la mirada, se sintió morir. Y al pasar por delante de ella, espetó:

—Lo creas o no, esto no lo he hecho adrede.

Jaime miró a Tamara, ¿qué habría insinuado para que Beca se pronunciara así?

Tamy tragó saliva, ¡claro que no! Pero no podía responder, no era ni el momento ni el lugar.

Y aunque Rebeca había intentado que nadie más la escuchase, Dallas y David sí lo habían hecho.

Malcom se cruzó con el médico que estaba atendiendo a su hermana, y antes de que entrara a hablar con ella, fue a interesarse.

—¿Todo bien?

Miralles asintió y le dio una palmadita en el hombro, para que se relajase.

—Deberías irte a casa.

Negó con la cabeza, no se marcharía de allí sin su hermana.

—No, pero voy a tomarme un café.

El doctor entró en la habitación dónde estaba Rebeca, tumbada en la cama con

unos monitores controlando las constantes vitales. Una ventaja que su hermano fuese cirujano en aquel lugar. Así no tuvo que estar en un bóxer y podía acompañarla Jaime todo ese tiempo.

El mecánico, nada más verlo entrar, se puso en pie, estaba nervioso.

—¿Todo bien, doctor? —preguntó intentando parecer tranquilo.

Rebeca sonrió, Jaime estaba atacado por mucho que lo intentase ocultar. Ya el hecho de haber estado allí era una muestra de amor inmensa, porque él no pisaba un hospital a no ser que se tratase de vida o muerte.

—Sí, todo bien, aunque... —miró el informe que llevaba en las manos.

—¿Aunque qué?

—Vamos a tener que hacer unas pruebas más.

—¿Pero no ha dicho que está bien?

—Ahora sí que no ocultó su nerviosismo.

El doctor sonrió, asintió y respondió.

—Pero está embarazada e imagino que querrán marcharse de aquí totalmente convencidos de que todo está perfecto.

Jaime se sentó de golpe.

Rebeca abrió la boca y la cerró.

—Imagino que no estaban al corriente de esto —comentó al ver la reacción de ambos.

Los dos negaron con la cabeza, y el

hombre quiso tranquilizarlos.

—Con las pruebas que hemos hecho, no se ha visto nada fuera de lo normal, lo que significa que el bebé debe estar bien..., pero así nos quedaremos más tranquilos.

Rebeca por fin reaccionó.

—¿Lo sabe Malcom?

—No.

—Por favor, no se lo diga —suplicó.

—No se preocupe..., aunque está fuera esperando... —quiso comentar porque vería extraño que quisieran dejar a su hermana más tiempo allí sin sospechar.

—De eso me encargo yo. Gracias, doctor.

—En diez minutos le harán una ecografía.

Nada más salir, Rebeca y Jaime se miraron.

—Vamos a ser padres —comentó incrédulo.

Beca notó el miedo en la voz de Jaime; con lo que había pasado esa noche, estaba asustado de que ahora fuesen a decirles algo malo.

Alargó la mano y acarició la mejilla del hombre que amaba.

—El doctor ha dicho que no hay por qué preocuparse. —Sonrió para que él notara que no mentía—. Todo está bien, te lo garantizo.

Y entonces él reaccionó, se inclinó y

la besó. Dejó la frente apoyada en la de ella.

—Jamás pensé que podría llegar a ser tan feliz.

Rebeca iba a responder, pero una enfermera entró, iban a prepararla.

—Dame el móvil —dijo porque tenía que hacer una llamada urgente.

Cinco minutos después, Malcom se despedía de ellos.

Los dos se miraron, y Rebeca sonrió.

—Sabía que la única que podría sacarlo de aquí era Blanca.

Entró en la habitación Pedro Jiménez, jefe de ginecología, enemigo declarado de Malcom y el que estaba de guardia. Ante todo era un gran profesional, él

mismo se ofreció a hacer las pruebas cuando Miralles comentó lo ocurrido.

—Parece, Rebeca, que todo va bien —comentó al mirar la analítica que le habían entregado.

Beca apretó la mano de Jaime y notó que este se relajaba.

—Solo nos falta mirar la ecografía, pero antes necesito hacer unas cuantas preguntas. ¿Ha notado algún síntoma extraño? Cambio de humor, irascibilidad, cansancio, somnolencia, piernas cansadas, fatiga, alguna alteración hormonal...

Rebeca lo interrumpió.

—¿Me está diciendo que ponerme a llorar por todo, pasar de estar normal a

parecer la niña del exorcista, tener sueño a todas horas y el estómago revuelto... son síntomas del embarazo? —preguntó casi llorando.

Tanto Jiménez como Jaime se sorprendieron.

—Sí, eso mismo estoy diciendo.

—¿Entonces no me estoy volviendo loca otra vez? —preguntó, esta vez, con lágrimas en los ojos.

Jaime la escrutó con la mirada, se notaba tanto el alivio en sus palabras que no era una pregunta, más bien una afirmación.

—No, pueden ser algo molestos, más que nada para los que están a su alrededor —intentó bromear porque

notaba a Rebeca muy afectada—. Pero no está volviéndose loca... Simplemente, está embarazada.

Y Rebeca se puso a llorar de nuevo sin control. Jiménez, como profesional, supo que además de una alteración hormonal, esa mujer estaba desahogándose, por lo tanto, intentó darle su espacio.

—Regreso en un momento.

Y salió de allí, dejándolos a solas.

—Rebeca, ¿qué...? —no lo dejó continuar, necesitaba confesarle la verdad.

—Esta mañana hablé con Malcom pensando que estaba enloqueciendo de nuevo —dijo mientras las lágrimas

brotaban—. Y habíamos acordado en ir a visitar a Cebrián.

Jaime se quedó atónito.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque ayer me di cuenta de que algo no iba bien en mí. Y todos estos síntomas, pensé que... y yo... no podía... —Estaba llorando con sentimiento, pero a la vez aliviada—. No podía volver a ingresar de nuevo; sería perderte, y no podía soportarlo.

Jaime la abrazó, cerró los ojos, ¿su mujer pensaba que estaba recayendo, y él reprochándole que su comportamiento no era bueno?

Cuando Jiménez regresó, Rebeca ya estaba tranquila y, además, sonriente.

—Bueno, vamos a ello.

Miraron los tres el monitor mientras Jiménez movía por encima del vientre de Rebeca.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa...

—Jaime no quitaba ojo del monitor, pero a él no le parecía que hubiese nada especial.

Aunque se sobresaltó cuando escuchó un ruido fuerte que no esperaba.

Jiménez sonrió, solía pasarle a muchos padres primerizos.

—Ese sonido es el latido del corazón de tu bebé.

El mecánico cerró los ojos para prestar más atención, Rebeca lo observó con auténtica devoción.

—Aunque si escuchas bien, en este momento, estás escuchando dos.

Jaime abrió los ojos de golpe.

—¿Cómo dos?

Señaló la pantalla con un dedo, y tanto Beca como Jaime siguieron el movimiento.

—Aquí está uno... —Movié unos centímetros la posición del dedo índice—. Y aquí está el otro.

—¿Está seguro? —preguntó Jaime.

—Sí. Enhorabuena, está casi de once semanas. Y puedo garantizar que están bien. Lo de esta noche no ha afectado a estos bebés.

Rebeca sonrió y por fin respiró aliviada.

Jaime, en un arrebato, abrazó a Jiménez.

—Gracias, gracias, gracias.

El ginecólogo sonrió, se notaba que ese hombre, además de primerizo, acababa de sentirse vivo y tranquilo.

—De todas formas, a partir de hoy deberá llevar una vida más relajada —comentó porque Rebeca, en las muchísimas preguntas que le habían realizado, fue sincera con el ritmo frenético que llevaba últimamente—. Totalmente prohibido conducir hasta que la somnolencia desaparezca.

—No se preocupe, yo me encargaré personalmente —afirmó contundente Jaime.

—Bien, las enfermeras le informarán de los días de visitas y revisiones. Por mi parte ya está todo. En cuanto esté lista, puede marcharse a casa.

—Gracias, muchas gracias.

Una hora más tarde, Rebeca y Jaime estaban en su casa, tumbados en la cama.

—¡Dios, Beca, vamos a ser padres!  
—gritó eufórico.

Rebeca se carcajeó, ¡cómo era la vida! Te podía cambiar en un segundo. Pensaba que se estaba volviendo loca y resulta que estaba embarazada.

—Ya verás cuando se lo cuente mañana a David.

—Jaime, no puedes contarle nada.

El mecánico apoyó el codo en la

almohada y su cabeza en la mano para mirarla.

—¿Por qué no?

—Tendrás que esperar dos días.

—No me pidas eso, Rebeca, no me pidas que guarde esto dentro.

Jaime llevaba años soñando con ese instante. Su meta en la vida era estar con Rebeca y tener familia. Por mucho que todos pensaran que él podría arrepentirse de haber dejado escapar la oportunidad de trabajar en la *Fórmula 1*, se equivocaban de lleno: Todo cuanto quería lo tenía justo en ese momento.

Rebeca, con una sonrisa que hechizó a Jaime, le acarició la cara.

—Te quiero a mi lado, Jaime

—pronunció con cariño y risueña—. Si mi madre se entera la última, me dejará viuda, y tus hijos nacerán huérfanos.

Jaime enterró la cabeza en la almohada, gruñó y se incorporó rápido, se inclinó al vientre de Rebeca, lo acarició y habló rozando con sus labios la piel de ella.

—Hijos míos, el sacrificio que voy a hacer por vosotros, para que no os quedéis sin padre. —Rebeca aguantaba la risa—. Pero una cosa os digo... cuando os cuide vuestra abuela, ¡llorad como si no hubiese un mañana!

Rebeca ya no pudo reprimirse, se echó a reír, consiguiendo que a Jaime le aleteara el corazón. Su mujer estaba en la cama, sana, embarazada... y feliz.





# Capítulo 18

## Cena de empresa

El día 21 de diciembre se celebraba la cena de empresa de la Galería Irwin, y este año se unían a la fiesta las once trabajadoras que Beca tenía contratadas. Una idea que tuvo Javier, y que a Beca le pareció fantástica.

A las doce del mediodía, Jaime abrió los ojos, hoy no había ido a trabajar. Después de pasar media noche en el hospital, decidió quedarse durmiendo y acudir por la tarde al taller. Al fin y al

cabo, era el propietario junto a su socio David, y teniendo en cuenta que cerraban por vacaciones navideñas, tenía poco que hacer.

Lo primero que hizo al ver a Rebeca dormida plácidamente fue sonreír. Suspiró con alegría y se levantó sin hacer ruido, no quería por nada el mundo despertarla. Fue al baño, se duchó y bajó a la planta baja, eso sí, con la sonrisa instalada en su rostro. Hacía muchos días que no sonreía y por fin su vida parecía que volvería a la normalidad: Lo que siempre había deseado.

—Hola, no sabía que estabais en casa —comentó Anais, que estaba en la cocina preparándose un café.

—Sí, Rebeca está durmiendo todavía —respondió Jaime.

Anais se sorprendió.

—Lo necesitaba —aseguró convencida—. Ayer, cuando dijo que estaba muy cansada y que lo dejaba todo en mis manos, fue la mejor opción. Necesitaba ese descanso. Ha trabajado muy duro para poder permitirse el lujo de estar unos cuantos días fuera de casa.

Jaime sintió una espinita en el corazón. Su mujer, conociéndola, que el día anterior hubiese delegado el control en Anais, para arreglar las cosas con él, decía mucho más de lo que esperaba. Más cuando todavía no sabía que estaba embarazada.

Asintió con la cabeza y se preparó un café también.

—¿Va todo bien? —preguntó por sacar conversación.

—Sí, todo va de maravilla. Además, esta tarde nos dio libre Rebeca para que podamos descansar y acudir a la cena navideña con ganas de fiesta —informó la ayudante muy contenta porque Rebeca hubiese tenido ese detalle con todas ellas.

Y justo detrás de ellos, apareció Rebeca, en camisión de seda negro. El que tanto le gustaba a Jaime, aunque, como siempre, la prefería desnuda.

—Sí, la noche es joven y vosotras necesitáis mucha juerga —bromeó Beca porque las chicas siempre decían que

necesitaban salir de marcha.

Anais, riéndose por la broma de su jefa, regresó al taller para continuar su trabajo.

Jaime se acercó y la besó con cariño.

—¿Quieres un café?

—No, no tengo hambre, el estómago lo tengo revuelto —respondió haciendo una mueca de asco porque no tenía muy claro si acabaría vomitando.

—Aun así, deberías tomar algo, Beca —comentó Jaime porque no debía ser bueno que ella no comiera nada.

—Cuando tenga hambre comeré, ya me conoces —argumentó porque nunca había sido una mujer de poco apetito.

Se sentaron uno frente al otro, como

cada mañana que solían desayunar juntos, y hablaron con tranquilidad de muchas cosas. Además, Jaime, que se sentía culpable de no haber apoyado a Rebeca, necesitaba saber algo y preguntó.

—¿Qué ha pasado con Tamy?

Beca lo miró fijamente, negó con la cabeza y respondió con pena.

—Hemos discutido... En realidad, no sé por qué me habló con tanta rabia. Te juro, Jaime, que me dolieron mucho sus palabras. Sé que podía estar enfadada por haberme dormido, pero llegar a acusarme de... —se quedó callada, era doloroso pensar que su mejor amiga la hubiese acusado de estar montando numeritos para llamar la atención de sus

hermanos.

Jaime esperó, y cuando por fin Rebeca le narró todo cuanto se dijeron, la abrazó con fuerza.

—Se le pasará, estaba muy enfadada contigo, eso es todo.

—Pero no me merezco sus acusaciones, ni el enfado de David tampoco.

A las cuatro de la tarde, Jaime entraba en el taller. David nada más verlo fue a interesarse.

—¿Cómo está Rebeca?

—Si quieres saber de ella, tendrás que preguntárselo tú mismo —respondió tajante. A su parecer, David debería llamar a Rebeca, y así ella poder estar

más tranquila, sabía la pena que estaba sintiendo porque su hermano, con el que más afinidad tenía, hubiese afirmado que jamás la perdonaría.

—Vale, pero ahora te lo estoy preguntando a ti.

Jaime se dio la vuelta, se posicionó justo delante de David y con rotundidad sentenció;

—Comprendo que estés en una posición complicada, pero al igual que tú miras por Tamara, recuerda que yo siempre voy a estar del lado de Rebeca.

—Al ver que David no decía nada, continuó—: Es tu hermana pequeña, tú verás si quieres continuar con esta guerra estúpida.

Y se alejó, dejando a David allí

parado con la boca abierta.

Tenía razón Jaime, por una estupidez estaban ahora Tamy y Beca enfadadas. Su novia se sentía abandonada por Rebeca, y ese sentimiento dolía, más de lo que nadie imaginaba; nadie excepto él, que había escuchado a Tamy llorar a escondidas.

\*\*\*

Rubén, nada más entrar en el restaurante que habían elegido para celebrar la cena navideña de la empresa, buscó con la mirada a cierta morena que hoy estaría allí. Cuando la localizó, se acercó hasta ella.

—Vaya, mi *Tica* favorita —saludó con simpatía. Utilizando el apelativo de Tica porque así se llamaba con cariño a

las mujeres de Costa Rica.

—Ah... ¿pero conoces a más?

—guaseó Anais, fijándose que él se la comía con la mirada.

—No, por eso eres mi favorita

—respondió, y los dos rieron. Se saludaron con dos besos cordiales, y Rubén aprovechó para piropearla. Además, todas las tardes habían coincidido, desde que la vio por primera vez, y parecía que el tonto entre ellos cada vez iba a más.

—Estás preciosa, has sabido elegir bien el vestido —se sinceró porque ella llevaba un vestido de noche, color perla, que resaltaba su moreno natural.

—Gracias, ahora me alegro de haberme puesto mi mejor vestido.

—Ese no es tu mejor vestido —adujo sin apartar la mirada de ella.

—¿No?, ¿acaso sabes cuál es?

—Sí, tu mejor vestido es tu piel —sentenció sin más. Y no mentía, era lo que pensaba.

A Anais le subió un calor por el cuerpo de golpe. La rotundidad de sus palabras la dejaron algo descuadrada; por primera vez, no sabía qué responder.

Rubén, que la observaba, sonrió con picardía, por fin la había descolocado, y aprovechó para rematar.

—No me importaría contemplarte con tu mejor vestido. De hecho, lo ansío.

Anais agrandó los ojos, ese descaro

de él le gustaba demasiado y no iba a negar lo evidente, ella también deseaba estar desnuda, al igual que él.

Susana se acercó y, con una gran sonrisa, se expresó.

—¿Anais? ¡No me lo puedo creer!

La ayudante de Beca se giró y al ver a la interiorista, se fundieron en un abrazo.

—¡Susana, qué alegría!

Rubén no les quitaba ojo, ¿de qué se conocían? Tanto daba, le gustaba la emoción y el cariño que esas dos mujeres demostraban, ese abrazo era auténtico.

Cuando se separaron, Susana preguntó rápida.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo como ayudante personal de Beca Irwin —informó porque el nombre que la diseñadora utilizaba para su firma de ropa era Beca Irwin.

—¿En serio? Yo trabajo de interiorista en la Galería Irwin.

Al percatarse de que Rubén estaba allí, Susana lo saludó con dos besos.

—¿Conoces a Rubén?

—Sí, nos conocemos —respondió Anais, pero Susana los sorprendió a los dos.

—¡Uiss... qué tonta soy! Claro que os conocéis, os he leído mucho esta semana. —Tanto Rubén como Anais levantaron las cejas porque no entendían nada—. Estuvisteis muy graciosos

cuando Rubén te dijo que podría demostrarte que era mucho mejor que Rober.

—¿Cómo dices? —preguntó Rubén sin comprender nada.

—Ya sabes, en el grupo de las p@nter@s incomprendid@s —comunicó con una amplia sonrisa.

Anais rápidamente miró a Rubén.

—¿Tú eres R.I? —preguntó alarmada, pues era el nombre que él tenía en Facebook.

—¿Y tú Anais Abarca? —sonaba incrédulo.

Los dos asintieron y se echaron a reír. ¡Qué pequeño era el mundo! Llevaban hablando entre sí desde hacía meses, y

ninguno de los dos sabía quién era el otro.

—¿Y por qué nunca te vemos decir nada, Susana? —preguntó Rubén.

—Entro muy poco, pero de vez en cuando me paso a leerlos —confesó, era cierto.

—¿Y cómo has reconocido a Anais? —se interesó porque él hablaba mucho con ella y nunca había visto una foto suya.

—Porque solemos hablar por privado bastante... —matizó—. Bueno, solíamos, que hace mucho que ni eso, no he tenido tiempo para nada; demasiado trabajo últimamente.

Anais asintió, no mentía la

interiorista. Cuando entró en el grupo de Facebook, hizo muy buena amistad con Susana, y hasta hace unos meses, hablaban a diario. Un día se mandaron fotos entre ellas, por eso la interiorista la había reconocido.

Susana, de golpe, se quedó seria, con la mirada fija en el hombre que acababa de entrar; acompañado.

Rubén, con rapidez, echó un vistazo y sintió lástima por Susana. Su hermano Víctor estaba cogido del brazo de una mujer morena.

—Es una amiga de toda la vida —informó a Susana, para que no pensara algo que no era.

Susana hizo un gesto con los hombros, dando a entender que le daba lo mismo,

claro que no era cierto. Se sintió hundida, hoy había acudido a la cena con la esperanza de poder pedirle a Víctor hablar a solas y con más calma que el otro día. Pero ahora, al verlo allí sonriente y con otra mujer a su lado, se dio cuenta de que había pasado a la historia para él.

Rebeca, desde la distancia, observó a su hermano Víctor. Negó con la cabeza y apretó los labios. Esa misma tarde, Estrella y Tara, que habían pasado por su casa para interesarse por ella, la pusieron al corriente de lo que se había perdido, tanto en la noche de chicas, como en la fiesta de inauguración de David y Tamara.

Dallas también observaba, una

cualidad que tenía desde que era pequeño. Aunque no era a Víctor, él estaba pendiente del alejamiento que se notaba entre David, Tamara y Rebeca. No se habían saludado. Era raro que Tamy y Beca se hubiesen peleado, aunque bueno, los amigos también se peleaban de vez en cuando. Lo que no entendía era que su hermano no hubiese sido capaz de ir a darle dos besos a su hermana pequeña, más cuando Rebeca sí había intentado un acercamiento al entrar, y él se había alejado dejándola allí plantada.

Dejó la copa que tenía en la mano y fue a buscar a David.

—¿Vas a decirme por qué te estás comportando así con Rebeca?

—¿Comportando cómo? —preguntó enojado porque Dallas fuese a llamarle la atención.

—Como un extraño.

David se tensó, no podía mentirle al abogado, eso era impensable entre hermanos, pero tampoco estaba por la labor de exponer sus razones.

—Estoy enfadado con ella, eso es todo —aseguró y miró a su hermana, que estaba en la barra, sentada en un taburete, junto a sus cuñadas Tara y Blanca.

—¿Tú o Tamara? —preguntó para saber la verdad.

David se puso nervioso. No le apetecía seguir manteniendo esa

conversación.

—Estamos en una fiesta, Dallas, así que dejemos el tema...

—Responde a mi pregunta y te dejaré tranquilo —aseguró el abogado, sin dar su brazo a torcer.

—Para el caso es lo mismo, ¿no crees? —comentó rotundo.

—No, no lo creo...

—¿En serio? —ironizó—. ¿Vas a decirme que si tu mujercita se cabrea con Rebeca, tú no vas a ponerte de su lado?

Dallas miró a Estrella por unos segundos, luego fijó su mirada en su hermano pequeño y se puso serio.

—Algo muy gordo tendría que

sucedier, para que yo le dé la espalda a mi hermana pequeña. —David lo acribilló con la mirada—. Está claro que es mi mujer y, como tal, siempre voy a apoyarla. Aunque hay una verdad universal, David. —Y se irguió delante de él—. En esta vida solo hay una cosa clara: Los únicos que estarán a tu lado son tus hermanos. Si mi mujer se pelea con Rebeca, serán ellas las que tendrán que solucionarlo, pero yo no daré la espalda a mi hermana porque si un día Estrella me deja, la que lleva mi misma sangre será la que me ayude a levantarme.

Y sin dar opción de réplica a David, se alejó para llegar hasta su esposa porque acababan de avisar que podían

entrar al salón, ya que estaban a punto de servir la cena.

Víctor no quitaba ojo a Susana y cada vez se sentía más rabioso. Esa rubia, que lo traía por la calle de la amargura, no lo había mirado ni una sola vez.

Acababan de anunciar que podían pasar a la sala contigua, donde estaba todo preparado para comenzar la fiesta; barra libre, un Dj esperándolos para amenizar el baile y, sobre todo, muchas ganas de diversión, como solía ser habitual en ese tipo de cenas de empresa.

Anais fue al baño con el móvil en la mano, tenía que mandar un WhatsApp urgentemente a su grupo de Panteras Ticas.

**Anais:** ¡No os lo vais a creer,  
Rubén es R.I!

**Alexandra:** ¿¿¿Nuestro  
puma???

**Lindsay:** ¡Foto, foto, foto!

**Anais:** Ya os mandé una foto,  
¡y os revolucionasteis!

No mentía, había hablado tanto a sus amigas de Rubén, que le sacó una foto con el móvil a la que él estaba vestido de escocés y sin camisa. Fue una noche muy divertida porque se revolucionaron soltando toda clase de piropos habidos y por haber.

**Sughey:** Pero ahora la queremos con ropa... ¿porque va con ropa, no?

**Anais:** ¡Claro que va vestido!

**Fernanda:** Mamacita, por poco tiempo, que esta noche algo me dice que acaba desnudo.

**Anais:** Dijo que mi mejor vestido es mi piel.

**Estefany:** ¿En serio? ¡¡¡¡¡¡¡¡Para comérseloooooooooo!!!!!! ¡A qué estás esperando!

**Anais:** Mis niñas, estoy nerviosa, este hombre me pone cardiaca.

**Alexandra:** Anais, reina, aprovecha el momento, no pienses en nada más.

**Lindsay:** Él es un puma; tú, una pantera. Imagina lo que podéis

gozar cuando llegue la primavera.

**Anais:** Sé lo que tengo que hacer. Rebeca me dijo que Rubén no cree en el amor, y no estoy dispuesta a que sea un tío de una noche.

**Laura:** ¿Qué piensas hacer? Miedo me das cuando te pones a pensar.

**Anais:** Si quiero que sea mío, y os aseguro que lo estoy deseando... voy a conseguir que no deje de pensar en mí.

**Sughey:** ¡Madre mía, reina! Que te veo venir: Vas a ponerle el dulce en la boca y se lo vas a quitar, ¿a que sí?

**Anais:** Chica lista.

**Fernanda:** ¿Podrás soportarlo tú?

**Anais:** Veremos, de momento, creo que no me queda otra alternativa, este papacito me gusta demasiado.

Cerró el móvil. Salió con decisión. Algo le decía que Rubén, esa noche, querría dar un paso.

Mientras, en la fiesta que parecía estar teniendo un gran ambiente, Rebeca fue a la barra a por una tónica, no había cenado mucho y continuaba con esa molestia en el estómago, que ahora ya sabía que era a causa de su embarazo. Al llegar, vio la oportunidad de hablar

con Víctor.

—¿No crees que estás comportándote como un adolescente? —comentó cómica, para que Víctor no se mosqueara.

—No —respondió tajante.

—Ah... Traer como acompañante a Silvia para dar celos a Su, a mí me parece de los más infantil... —guaseó—. Aunque bueno, cuando uno está enamorado hace muchas tonterías.

Víctor miró a Rebeca, molesto, ¿lo estaba llamando niño?

—Beca, Susana y yo, por si nadie te ha informado, ya no estamos juntos.

Rebeca dio un trago, volvió a mirar a su hermano y pensó: «con que esas

tenemos, ¿eh? Muy bien, vamos a tener que espabilarte, hermanito».

—Ahh... vaya. —Se hizo la despistada—. ¿Entonces ya no hay nada entre vosotros? ¿No tienes intención de solucionar las cosas?

Víctor negó con la cabeza.

—No, se acabó. Por lo tanto, te agradecería que a partir de ahora no hagas más de casamentera. No sea cosa que vayas a pagar los platos rotos.

Rebeca asintió, se encogió de hombros, dando a entender que no pensaba inmiscuirse, y así, como si tal cosa, aprovechó para que su hermano espabilara o perdería de verdad a Susana.

—Pues mira, me quitas un peso de encima. Ahora que no tengo que hacer de casamentera, voy a tener que alegrarme por Susana.

Víctor levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, ahora que ya no te interesa Susana —comentó sin darle importancia—, me alegraré por Míster Italia.

—¿Por quién?

Rebeca intentó no dar muestras de interés, con un movimiento de mano, como si a él no le importase, despertó la curiosidad de Víctor, algo que ella sabía de sobra que ocurriría, porque a ese cabezón y su estúpido rencor, que le

nublaba la razón, había que darle una lección.

—Bua... nada. Tú diviértete, que Susana ya se divertirá con el hombre más guapo de Italia.

—Rebeca, ¿de qué estás hablando?  
—preguntó más alterado de lo que pretendía.

—Víctor, ¿qué más te da? Has dicho que lo tuyo con Susana se acabó, ¿no?

—Sí, eso he dicho.

—Entonces, si otro hombre quiere intentar probar suerte, por si él y Su pueden llegar a ser pareja formal, a ti no debe molestarte, ¿verdad?

Víctor se quedó helado. ¿Cómo que había un tío que quería intentar estar con

Susana?

Rebeca, sin quitar ojo a su hermano, sonrió interiormente. «Con que acabado, ¿eh? Hermanito, estás enamorado hasta las trancas». Se decía a sí misma, porque a Víctor se le demudó el semblante de imaginar a Susana con otro hombre.

—¿Quieres saber lo que me hizo pensar que ese hombre se merece estar con Susana mucho más que tú?

Víctor prestó atención, ¡y tanto que quería!

—A él no le ha importado decir que si ella es el amor de su vida, sería capaz de trasladarse a vivir aquí. Y entonces yo he pensado, ¡eso sí es un hombre enamorado! Dejarlo todo por amor. Me

alegraré por Susana porque he visto que mi hermano, que está aquí, es incapaz de dar dos pasos para pedir perdón.

Se levantó del taburete y se alejó, dejando a Víctor sumido en sus propios pensamientos.

Cinco minutos habían pasado desde que Rebeca lo dejó allí, dándole vueltas a todo. ¿Cuándo había conocido a ese italiano? ¿Por qué estaba tan segura su hermana que Susana sería más feliz con el mister de los cojones antes que con él? ¿Por qué iba a tener que disculparse cuando fue Susana la que lo dejó aquella noche tirado?... Sus preguntas quedaron en el aire porque Silvia, la amiga que lo había acompañado, se apoyó en él.

—No parece divertirse.

—No, lo cierto es que se me acaba de joder la noche —respondió sincero. Entre Silvia y él había una gran amistad, además, era la única mujer, aparte de su hermana Rebeca, con la que podía hablar de todo sin medir las palabras.

—¿Y eso por qué?

—Porque, según Rebeca, míster Italia quiere levantarme a la novia —confesó ofuscado.

Silvia se carcajeó, le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído.

—Es que eres tonto de remate. ¿Vas a permitirlo?

Susana, que había intentado permanecer serena, evitando mirar a Víctor y su acompañante toda la noche,

al ver ese gesto íntimo se sintió desfallecer. No podía soportarlo. Por más que se mentalizaba que entre ellos ya no había nada, se sentía traicionada.

Cerró los ojos e inspiró fuerte. ¡Se acabó! Eso fue lo que pensó, no podía permitir que Víctor se burlase de ella delante de sus narices. Si él estaba pasándolo a lo grande con su nueva amiga, ella iba a tener que intentar rehacer su vida y olvidarse definitivamente de él.

Con dolor en el corazón, porque hasta esa misma noche ella había albergado todavía esperanzas en que podrían reconciliarse, se dirigió con paso firme a guardarropía, recogería su abrigo y se marcharía, así no seguiría sufriendo un

segundo más.

Rebeca, que se cruzó con ella y vio el semblante de la interiorista, se enfadó con su hermano. Lo buscó con la mirada y se encaminó hasta él. Apartó a Silvia a un lado y explotó.

—¡Espabila, maldita sea! —bramó, consiguiendo atrapar toda la atención de su hermano.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Quieres saber lo que me pasa? Que acabo de ver a una mujer abatida. Una mujer enamorada, que en cuanto salga por esa puerta, no volverá a darle una oportunidad a mi hermano: Si permites que salga de este lugar, hazte a la idea de que no tendrás ninguna otra oportunidad.

Fue tan contundente, tan franca y tan seria, que Víctor sintió que el corazón se le aceleraba. Al mirar a su alrededor, vio a Susana recogiendo su abrigo con la intención de marcharse.

«No tendrás ninguna otra oportunidad», retumbó en su cabeza. Y por fin vio la luz: Estaba enamorado de esa mujer, no podía perderla.

En cuanto Susana cruzó la puerta de salida, los brazos de Víctor la rodearon por detrás.

—Por favor, Su, no te marches —suplicó en un hilo de voz.

Se pegó a ella, apoyando la barbilla en su hombro, necesitaba sentirla, olerla, acariciarla.

—Me he comportado como un...  
—pronunció y buscó la palabra adecuada, por mucho que le jodiera admitirlo— auténtico niño.

Al ver que Susana no decía nada, continuó:

—No sé qué hice mal. Quisiera entender qué pasó para que tú te marcharas dejándome solo —susurró en el oído de ella—. Me sentí abandonado, me cabré y...

Se quedó callado porque se sentía roto. Susana terminó la frase por él.

—Y quisiste vengarte de mí porque eres rencoroso.

—No quise vengarme, solo quería que tú reaccionaras. ¡Su, todavía no

entiendo qué pasó! Lo único que yo veo es que pensaba que estábamos bien juntos. Que, conociéndome, no deberías haber dudado de mí, y de golpe todo cambió.

Susana se dio la vuelta con lentitud, aunque Víctor no la soltó, por lo tanto quedaron cara a cara, rodeando a la interiorista con sus brazos.

—Que no desconfíe de ti, no significa que no me duela cuando sigues tratando al resto de mujeres como si yo no existiera.

—Eso no es verdad...

—¡Claro que sí! Esa noche, cuando me marché de allí —comentó con lástima—, tú ni te diste cuenta de que yo no estaba.

—Que no estuviese pendiente de ti durante media hora, no significa que...

—Significa que me hizo daño —adujo sincera—. Tú te divertías con tus amigas, y yo sufría al ver que ni te dabas cuenta de que me habías hecho a un lado.

Víctor por fin entendió las razones de Susana para haberlo dejado aquella noche solo.

Aflojó el agarre. La soltó. Se había comportado como un miserable. Cierto era que no lo había hecho a conciencia, pero ahora, al entender el motivo y saber que le había hecho daño, se culpó de haber echado a perder la única relación auténtica que había vivido en su vida.

Dio un paso atrás, y la interiorista tragó saliva. La reacción de Víctor no la esperaba.

—Si te sirve de consuelo —pronunció derrotado—, me siento como un auténtico desgraciado. Yo enfadado contigo, y tú sufriendo por mi estúpido comportamiento.

Susana tembló, escuchar aquella voz, tan llena de tristeza, la alertó; Víctor iba a decir algo que no le gustaría escuchar.

—No te merezco, Su. Mereces un hombre que esté a tu altura —reconoció con dolor porque él no era ese hombre—. Ojalá me hubiese dado cuenta, antes de hacerte daño.

Hizo el amago de alejarse, pero

Susana lo agarró por el brazo.

—Entonces no lo hagas —pronunció con voz emotiva, Víctor estaba demostrando que la amaba—. No me hagas más daño. No me dejes marchar porque estar lejos de ti es lo único que me está matando.

Víctor la miró. Al ver que los ojos de ella se llenaban de lágrimas, la abrazó. No podía verla llorar.

—Voy a compensar todo el dolor que te he causado. Te lo prometo, preciosa. Te doy mi palabra.

Y Susana se aferró a ese abrazo, Víctor era un hombre de palabra, y ahora ya había entendido que ciertas actitudes, cuando tienes pareja, podían acabar haciendo daño. Y sabiendo que

él estaba demostrando que la amaba porque había sido capaz de pensar incluso en alejarse para no seguir dañándola, esta vez todo iba a salir bien. Porque ya habían puesto las cartas sobre la mesa.

—Lo sé, *amore*, sé que me vas a compensar —comentó risueña, para que Víctor se relajase.

Cuando el monitor escuchó el «*amore*», que tanto había echado de menos, respiró tranquilo; por fin estaba con Susana, y nadie los iba a separar. Ya había aprendido la lección.



# Capítulo 19

## Su propia medicina

Rebeca sonrió al ver salir a su hermano Víctor y Susana juntos y abrazados.

—Mmm... esa sonrisita tuya —comentó Jaime a su lado—, confirma que has hecho de casamentera.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no te parece? —dijo sonriente y apoyó su cabeza en el hombro de él.

—¿Estás bien? —se interesó porque estaba algo pálida.

Iba a responder, miró que su hermano Dallas estaba demasiado cerca, y prefirió que no la escuchara, por lo tanto, cuchicheó en su oído.

—Tus futuros hijos se han empeñado en mantenerme revolucionada. Mi estómago no para de dar vueltas.

Jaime besó la frente de Rebeca. Escuchar de su boca «tus futuros hijos» lo llenaban de dicha.

—Entonces serán niñas —bromeó—, porque es así como me siento yo cada vez que te tengo cerca. Han pasado muchos años, y sigues siendo la única capaz de que esto —cogió la mano de Rebeca y se la llevó al corazón— siga latiendo con fuerza.

La pequeña de los Irwin pegó su frente a la de Jaime, ronroneó con su nariz y, antes de besarlo, pronunció unas palabras con mucho sentimiento:

—Te amo, Jaime. Y sé que nuestros hijos te amarán tanto como yo porque es imposible que, estando en mi interior, no sientan ese amor tan grande.

Neill, que se acercaba a la barra para hablar con Rebeca, se quedó parado. Aquella pareja estaba demasiado ocupada como para ser molestados. Y le gustaba, sí. Ver a su hermana y su cuñado profesándose amor era maravilloso. Hoy había algo especial entre ellos. No sabría describir con exactitud qué era, pero radiaban cariño y ternura a raudales. Imaginaba que

después de unos días en los que se los veía bastante enfadados, por fin habían hecho las paces.

Cuando dejaron de besarse, Jaime entrelazó sus dedos con los de Rebeca, era hora de marcharse a casa. Ella no estaba para fiestas con el estómago revuelto, y él solo quería tenerla a solas, en la cama, entre sus brazos.

—¿Ya os vais? —preguntó Neill.

—Sí, estamos cansados —respondió Jaime.

—Por favor, dadme un minuto —suplicó—. Me gustaría disculparme, Beca.

Rebeca miró a su hermano, le acarició la mejilla y le dio un beso.

—No hay nada que disculpar, Neill. Yo tampoco me comporté muy bien la otra noche.

Neill iba a replicar, pero ella lo abrazó y le susurró al oído.

—Te quiero, Neill. Olvidemos lo pasado.

El chef se sorprendió, su hermana pocas veces había dicho esas dos palabras, igual porque ellos no le habían dado la oportunidad de hacerlo. Fuera lo que fuese, tanto daba porque esa declaración de cariño le había llegado al alma.

—Yo también te quiero —se sinceró porque iba siendo hora de que su hermana se sintiese querida. Y hoy con

más motivo, ya que su hermano David parecía estar muy alejado de Rebeca, y conociéndola, aunque no dijese nada, estaba dolida.

Tamara, que intentaba hacer ver a los demás que se lo estaba pasando a lo grande, sentía mucha opresión en el pecho. Estar cerca de Rebeca y no poder sincerarse era lo peor que le había pasado en mucho tiempo.

Cuando le cerró la puerta a Rebeca, en las narices para ser más exactos, después de haber soltado por su boca cosas que ni quería ni pensaba, se sintió hundida y malvada. Se encerró en su dormitorio y lloró; por no poder controlar el dolor que sentía al pensar que Rebeca ya no la necesitaba.

Hoy había pasado todo el día preguntándose si su amiga estaría bien. Hubiese dado la vida por abrazarla cuando la vio bajar por las escaleras. Aunque se quedó paralizada cuando Rebeca le echó en cara que no se había tirado al lago para llamar la atención. Esa frase la hirió, demostraba que Beca no la había perdonado al haberla acusado de algo que realmente no pensaba, pero que, por rabia, había escupido con maldad, consiguiendo que Rebeca ahora la odiara.

Al ver que Rebeca y Jaime se marchaban, apretó los labios. Quería gritar: «¡Beca, no te vayas!».

David, que sí estaba atento a su chica, se acercó a ella.

—¿Ocurre algo?

—Beca y Jaime se han marchado —respondió sin apartar la mirada de la puerta.

—Sí, supongo que después de lo que pasó anoche, Rebeca estará molida.

—Sí, supongo que sí —respondió pensativa.

—Deberías hablar con ella —dijo estudiando su reacción.

—No. Dudo que... —se quedó callada, ¿qué podía decir? «Rebeca debe odiarme por haberme comportado como una arpía. Fui capaz de echarla de nuestra casa como si fuese una desconocida...». Dudaba mucho que David pudiese comprenderla. Y

tampoco sabía que él las había escuchado.

David permaneció callado, esperando que Tamy continuara, pero no obtuvo lo que esperaba escuchar.

—Yo también estoy cansada, me gustaría irme a casa.

Y se quedó con ganas de escuchar la confesión de Tamara. Aunque no dudó en marcharse de la fiesta porque ella lo necesitaba.

Rubén sí lo estaba pasando a lo grande. Las empleadas de Rebeca eran jóvenes y divertidas. Además, Anais y él no se habían separado en toda la noche.

—Me estoy preguntando, ¿habrá

alguna posibilidad de que esta noche te vea con tu mejor vestido? —adujo con la voz más seductora que había utilizado nunca.

Anais, antes de responder, dio un trago a su bebida, con mucha tranquilidad, mientras pensaba bien lo que iba a responder.

«Tienes que darle de su propia medicina», «¿estás preparada para jugar a algo tan peligroso?».

—Existe un problema, Rubén —comentó con coquetería, acercándose a él—. Mi piel puede ser adictiva...

—De eso estoy seguro —confirmó porque no le quedaba duda.

—Y tú no eres de esos hombres que

repiten después de haber probado una piel femenina.

Rubén levantó una ceja.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque un hombre como tú —cuchicheó cerca de su boca, mientras con el dedo índice recorría todo su hombro—, no estaría soltero si yo no estuviese en lo cierto.

Rubén sintió el fresco aliento de Anais en sus labios, y eso lo volvió loco de deseo.

—Igual el problema es que no he encontrado todavía una piel que me haga desearla probar de nuevo.

Anais sonrió, notó el deseo en la voz y en sus ojos, que se escurecieron.

—Y ahí llega el segundo problema  
—murmuró muy cerca de su oído.

—¿Por qué?

—Como ya te he explicado, mi piel es adictiva, tú querías probar más, y yo no estoy dispuesta a repetir con alguien que sé desde un principio que solo me ha buscado para pasar un buen rato.

Rubén cerró los ojos con frustración, ¡en fin, no todas las mujeres son liberales!

—Comprendo. Para que alguien deguste tu piel, debe querer ser tu novio.

Anais se echó a reír. Ese hombre le gustaba, mucho... muchísimo, por lo tanto, como había dicho: Darle de su propia medicina.

—No me has entendido. No quiero un novio, el amor no está hecho para todo el mundo.

—¿Entonces cuál es el problema?  
—preguntó, mirándola fijamente.

—Que si me acuesto contigo, querrás repetir, y yo no repito con nadie.

Rubén en parte se sintió aliviado porque le hacía poca gracia que Anais estuviese buscando novio. Por otro lado, ¿pensaba acostarse con otros ahora que él le estaba echando los trastos?

—Anais, si estás intentando volverme loco, he de confesarte que lo estás consiguiendo.

—¿Yo? —preguntó, intentando parecer inocente.

—Sí, tú —respondió tajante—. Si tú no buscas novio, y está claro que te atraigo, tanto como tú me atraes a mí, ¿por qué no vamos a disfrutar juntos esta noche?

—Porque si quieres que volvamos a hacerlo en un futuro, yo no voy a darte esa oportunidad. Menos cuando trabajo para tu hermana y acabaría siendo muy violento por parte de ambos, ¿no crees?

Rubén no creía nada, solo que quería a esa mujer en la cama, desnuda y gozando junto a él.

«¿Está intentado volverme loco?», se preguntaba porque no entendía nada.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó para no perder la razón.

—Te juro por lo más sagrado que no te comprendo —señaló sincero.

—Te lo explicaré para que me entiendas a la perfección —aseguró, mirándolo a los ojos—. Cuando tú te acuestas con una mujer, dudo que vuelvas a repetir con ella, ¿cierto?

—Cierto.

—Pues entonces hazte a la idea de que yo soy como tú.

Rubén lo comprendió al instante, ¡ahora sí! Aunque algo se apoderó de él... Por desgracia, no sabía identificar qué era exactamente.

Y una idea le vino a la mente, alargó su brazo para llevarle un mechón de pelo tras la oreja.

—Si lo piensas bien —alabó, consiguiendo que Anais se sorprendiera de ese cambio de actitud, ahora parecía muy contento—, sería una estupidez por nuestra parte —bromeó—, que dejásemos escapar esta oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Como has dicho, tú y yo somos iguales. —Ella asintió—. Si ambos pensamos lo mismo, y no somos de los que repetimos para que la otra persona no se obceque con que pueda llegar a haber algo más... teniéndolo claro como lo tenemos: Somos perfectos para follar sin tenernos que agobiar.

Anais sintió un chispazo que le recorrió todo el cuerpo. El argumento de él la dejaba a ella K.O. Era más listo de

lo que imaginaba, se había metido solita en la boca el lobo. ¡Y qué lobo!

—Es un riesgo muy elevado —reconoció honesta—. Porque si uno de los dos acabase sintiendo algo —«yo ya estoy coladita hasta las trancas»—, sería un gran problema.

Rubén analizó la respuesta, ella tenía razón, se notaba que ambos se atraían demasiado, eso no lo habían escondido ninguno de los dos, lo que significaba que no era como cualquier otra noche, donde se conocía a alguien, se follaba y si te he visto no me acuerdo.

—¿Y si acabásemos sintiendo los dos? —preguntó él de sopetón.

«¿De verdad has podido llegar a esa conclusión?», no daba crédito. ¿Cuándo

se le había pasado a él por la cabeza que una mujer pudiese llegar a importarle de verdad? El amor no estaba hecho para él, ¿verdad?

—Ahí erradicaría el gran problema. Que tú no crees en el amor, y yo no sé si llegaría a creerte.

—¿Y tú sí crees en el amor?  
—preguntó realmente interesado en la respuesta.

—Una vez creí en él, y lo único que conseguí fue que acabasen haciéndome daño —se sinceró—. Por eso, si un hombre declara abiertamente que cree en el amor, me llegaría a plantear si quiero arriesgarme a pasar por ello. En alguien como tú, dudaría que llegases a hablar en serio.

Rubén se quedó petrificado, ¿no se fiaría de él en caso de enamorarse?

—¿Por qué?

—Tú no crees en el amor, por lo tanto, no podrás enamorarte.

Esa afirmación, lógica desde luego, a Rubén no le hizo gracia. Extraño y absurdo porque ella tenía razón, no creía en el amor, por eso no se había enamorado, ni tenía intención de hacerlo. Ahora, escucharlo con tal convicción por la boca de Anais, le sentó como una patada en los mismísimos.

—Bien, ya sabes cómo soy y lo que pienso al respecto, la pregunta es —se acercó y le susurró al oído—: ¿Te

quieres arriesgar y acabar la noche juntos?

Anais se estremeció, pensó la respuesta que más jugaría a su favor, en vista de que Rubén parecía tenerlo todo muy claro.

Lo besó en los labios, un beso tierno, dulce y directo.

—Que pases buenas fiestas en Portree. Cuando regreses, veremos.

Y lo dejó allí, con las mismas ganas que ella sentía por llevarlo a la cama y disfrutar como nunca.

Rubén, al llegar a la casa, nada más tumbarse, empezó a pensar en la conversación con Anais. ¿Qué tenía esa mujer que conseguía acaparar su

pensamiento? Intentó llegar a la conclusión de que todo se debía a la atracción que sentía por ella, nada más.

Pensó en la definición de amor: *Sentimiento de intensa atracción emocional y sexual hacia una persona con la que se desea compartir una vida en común.* Sonrió y negó con la cabeza, esa definición era cierta, claro que desear una vida en común era llegar muy lejos y, por su parte, no entraba en sus planes compartir su vida con nadie, más allá de la cama.

Mientras Rubén llegaba a esa conclusión, Anais estaba tumbada en su cama pensando lo mismo.

«Es mejor olvidarte de Rubén, al final acabarás sufriendo», se dijo para

mentalizarse.

Después de un par de vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, abrió los ojos.

—No seas tonta, disfruta del momento si se presenta la ocasión —pronunció en voz alta.

Su intención era darle a Rubén de su medicina, pero la pregunta era, ¿ella podría continuar ese juego? No, no podría. Por lo tanto, en vista de que lo deseaba y más de lo que le gustaría, cuando surgiese la oportunidad, disfrutaría de las atenciones del profesor, aunque luego buscaría la manera de alejarlo de su pensamiento. Ese hombre nunca se ataría a ella, vamos, ni a ella ni a ninguna.





# Capítulo 20

## Declaración de amor

Exceptuando a Javier, que viajaría al día siguiente junto a Amanda y su hija Nerea, toda la familia Irwin estaba volando camino a Escocia.

Rebeca fue tres veces al baño a vomitar, aunque nadie, exceptuando Jaime, estaba al tanto.

—Rebeca tiene mala cara —comentó Tamara a David.

—Sí, está pálida.

—¿Seguro que todo fue bien, o nos

dijeron eso para que nos quedásemos tranquilos?

A David le gustaría poder responder a esa pregunta, pero como no se había acercado a su hermana para interrogarla, no sabía si ella y Jaime les estaban ocultando algo.

—No nos mentirían, menos cuando se trata de su salud —aseguró para que Tamy no le diera más vueltas.

Víctor escuchó lo que habían hablado y se mordió los labios. No quería preocupar a nadie, aunque quería hablar con Malcom para ver si ya había pedido cita con el psiquiatra. Con el accidente del lago no habían llamado como lo tenían previsto.

Cuando llegaron al cruce donde

Blanca y Malcom debían separarse, les dejaron su espacio. Un coche fue a recogerla al lugar indicado.

—¿Vendrás a verme? —preguntó esperanzada.

—Sabes que sería imposible que eso no sucediera —argumentó mientras la abrazaba.

—Mañana llamaré para ver cómo está Fiera —comentó porque habían dejado a su mascota en una guardería de perros.

—Estará perfectamente —aseguró el cirujano para que ella se quedase tranquila.

Neill cuchicheó a su mujer:

—Esa muchachita es perfecta para Malcom.

—Por eso están juntos.

—No, eso no tiene nada que ver —aseguró convencido—. Cuando salía con Miranda, se lo veía contento y enamorado... Pero desde que está con Blanca, es como si hubiese descubierto que el amor es algo único. Míralos, parecen tan compenetrados, que podrías asegurar que llevan mil años juntos.

Tara sonrió. En la noche de chicas, Blanca había asegurado algo parecido. Que a pesar de haber creído amar a su ex, desde que estaba con Malcom, era como si hubiese descubierto que el amor era más grande e intenso que nada que hubiese sentido con ningún otro. Que parecería una locura a vista de los demás, por el poco tiempo que llevaban

saliendo juntos, pero que estaba convencida que eran almas gemelas que se habían encontrado.

Al llegar a la casa, sus padres, como siempre, salieron a recibirlos con gran alegría.

—Mamá, esta vez, mi esposa y yo sí dormiremos juntos —comentó Dallas para fastidiar a sus hermanos—. Somos los únicos con derecho a ese privilegio.

David agrandó los ojos.

Jaime apretó la mano de Rebeca sin darse cuenta, esta vez no estaba dispuesto a dormir en habitaciones separadas.

Rubén se carcajeó, su hermano Dallas había estado fantástico.

La madre, que asintió con la cabeza dando a entender que tenía razón, sonriente, también respondió:

—Bueno, las habitaciones están preparadas para todos —miró a Jaime—. Tú dormirás en la de Rebeca, ya está todo organizado.

Rebeca le dio un beso en la mejilla a su madre. Estaba convencida que al entrar en su dormitorio, ya no estaría su vieja cama, más bien una de matrimonio.

Y no se equivocó. Al dejar las maletas, ambos sonrieron.

Dallas, David y Javier ocuparían los dormitorios, que reformaron el año pasado, en la parte baja de la casa. Rubén, Malcom y Víctor, al no ir

acompañados, usarían los de siempre.

Neill y Tara no se quedarían a dormir, habían decidido pasar el día de Noche Buena con la familia Irwin, y el día de Navidad con la familia Campbell. Aunque las noches las pasarían en la casa de Tara, una ventaja que ella tuviese esa propiedad para disfrutar de su intimidad.

Pasó la mañana volando, como siempre que disfrutaban en familia, aunque había algo extraño en sus padres. Era muy posible que estuviesen enfadados, porque Amparo se comportaba muy distante y fría con Corey. Aun así, ninguno hizo comentarios.

Nada más servir los cafés, Jaime no

pudo esperar más, le sabía mal porque no estaba Javier, pero su ansia por dar la noticia de ser padre era muy fuerte.

Se puso en pie y enlazó la mano con la de Rebeca, que se vio obligada a levantarse junto a él.

—Quiero aprovechar que estamos con la familia —expuso, mirando fijamente a Rebeca, consiguiendo que todos se quedasen callados y expectantes—. Beca, ahora que ya no hay un tú, ni un yo —llevó la mano enlazada al vientre de ella—, sino un nosotros.

Amparo notó un encogimiento en el estómago, ¿iba a pedirle matrimonio a su pequeña?

—Quiero preguntarte si... —se quedó callado, provocando que a Rebeca se le

acelerase el corazón. Sacó una cajita de su bolsillo, donde al abrirla, mostraba una sortija de compromiso—. ¿Me aceptáis como esposo y padre?

Amparo se llevó las manos a la boca.

Tara enroscó sus dos brazos al de Neill.

Estrella sintió que los ojos se le empañaban. ¡Era la pedida más bonita que jamás hubiese imaginado de alguien!

Tamara aguantó la respiración porque Rebeca se había quedado paralizada.

—¿Y bien? —preguntó Jaime, mirando los ojos brillantes de la mujer a la que había pedido matrimonio.

Rebeca estaba emocionada. Jaime acababa de hacerle una declaración de

amor sin igual. No solo le estaba pidiendo a ella matrimonio; había incluido a sus futuros hijos. ¿Acaso habría en el mundo un padre y marido mejor?

—Sí, te aceptamos —respondió en un hilo de voz, y se lanzó a sus brazos.

Nada más besarla, cuando se separaron, por fin Jaime pudo dar la gran noticia.

—En ese caso, tendremos que celebrar que vamos a casarnos —comentó con una sonrisa que nadie podría olvidar—. Y que dentro de seis meses y medio, dos bebés aumentarán la familia *Duque-Irwin*.

La algarabía fue tremenda. Víctor fue el más rápido, le dio un buen abrazo a

Jaime, casi dejándolo sin aliento, aunque no importó. El mecánico se sintió el hombre más afortunado y querido del planeta.

David, que la noticia lo hizo reaccionar, no pensaba permitir que nadie se le adelantara. Con una ternura sin igual, acunó el rostro de su hermana pequeña, se miraron a los ojos, y susurró para que no fuesen escuchados; aprovechando que todos estaban como locos felicitando al futuro padre.

—Beca, lamento haberte hecho daño —Rebeca negó con la cabeza—. Estaba enfadado, pero tú sabes que jamás me vas a perder.

Rebeca lo abrazó y susurró con los ojos cerrados:

—No hay nada que perdonar, David. Eres mi hermano, sé que, incluso enfadados, tú siempre estarás a mi lado.

David sintió que una carga muy pesada desaparecía. Por mucho que amaba a Tamara, Rebeca seguía siendo su hermana pequeña; lo que hubiese entre ellas, ya se solucionaría, pero él no iba a apartarse de la vida de Beca.

Cuando llegó Malcom a Rebeca, la cogió en brazos y empezó a dar vueltas con ella. Estaba pletórico.

Corey no paraba de reír, siempre imaginó que llegado ese momento, lo celebrarían, pero la alegría que estaban mostrando todos sus hijos estaba muy lejos de lo que él había imaginado, y eso le gustó; una familia unida.

—¡Para, Malcom, vas a marear a tu hermana! —ordenó Amparo.

—¡Voy a ser tío! —bramó, besando a su hermana con fuerza.

La risa de Rebeca era contagiosa. Sus hermanos se habían vuelto locos, y luego era ella la que pensaba que estaba mal de la cabeza.

—Además de tío, vas a ser el padrino de uno de ellos —informó, Jaime.

—¿¿Qué?! ¿En serio? —exclamó alucinado.

Se arrodilló y habló encarado a la barriga de Rebeca.

—¡Eh, pequeñín, soy tu padrino Malcom!

Neill estalló en risas, ¿de verdad su

hermano era capaz de haber hecho algo así?

—No te rías tanto, Neill —bromeó Rebeca—. Porque tú serás el padrino del otro.

Habían elegido a Neill, puesto que David sería el padrino de la boda. Y teniendo en cuenta que para Beca su hermano siempre había permanecido a la sombra de Javier, quería demostrarle que era igual de importante para ella.

Tara agrandó los ojos, sabía que acababan de hacer a su chico un hombre feliz y emocionado.

Dio un tirón a Malcom, que acabó en el suelo, se puso también de rodillas y, con las manos en el vientre de su hermana, habló:

—Yo soy el tío Neill, el padrino de uno de vosotros.

Y toda la familia volvió a carcajearse.

Cuando se calmaron, tomaron de nuevo asiento y hablaron con tranquilidad. Les informaron que todavía no sabían si serían mellizos o gemelos. Pero que todo iba bien, que el susto del lago no había afectado al embarazo.

Víctor estaba nervioso, contento, pero muy preocupado, hasta que Rebeca, poniéndose algo más seria, informó sobre lo que a él lo estaba torturando.

—Os tengo que advertir. Vais a sufrir conmigo los síntomas de mi embarazo: las náuseas, los cambios de humor, mi

nueva faceta de mujer llorona y la somnolencia que tanto me está afectando.

—Algunos de esos síntomas desaparecerán pronto —aseguró su madre.

—Eso espero, porque por un momento pensé —confesó porque su familia merecía saberlo—, que estaba recayendo. Incluso le pedí a Malcom que me pidiera cita con el psiquiatra.

Dallas tragó saliva, Neill cerró los ojos, Corey por un segundo sintió que se le helaba la sangre. Amparo, que observó a todos, supo que debía decir algo para que su hija se quedara tranquila y que el resto de la familia no volviera a sufrir pensando en el pasado.

—Aquello fue un caso aislado. Los médicos dijeron que no había ningún motivo por el que pensar que pudieses recaer. Nunca has sido una mujer con desequilibrio mental, cariño. Solo sufriste un ataque de nervios. Así que no pienses en eso porque no volverás a pasar por lo mismo.

Rebeca agradeció a su madre las palabras. Las había dicho tan convencida, que sintió un gran alivio.

Jaime le cogió la mano.

—A mí me da que esos cambios de humor tuyos —bromeó Rubén—, nos van a volver locos a todos.

—De eso estoy segura, hermanito.

Todos rieron y continuaron con

bromas, ahora ya no había nada en Víctor que no le permitiese disfrutar tranquilo de la felicidad que su familia estaba viviendo por ver a la niña de sus ojos embarazada.

A las cuatro de la tarde, Rebeca, que estaba sentada encima de Jaime, con la cabeza apoyada en su hombro, se quedó dormida.

Amparo, que estaba hablando con Malcom, miraba la escena y se emocionó. Jaime, al notar que su mujer estaba dormida, con una mano acariciaba su mejilla, ronroneó con su nariz, y le dio un beso tierno, tanto, que apenas si llegó a rozar los labios. Se levantó con cuidado y subió las escaleras para dejarla tumbada en la

cama, no quería que se despertara y sí que descansara.

Al ver que él regresaba de nuevo junto al resto de la familia, sonrió. Ese hombre amaba a su hija por encima de todo.

Esa tarde, como todos los años, algunos de ellos habían quedado en el pueblo para saludar a sus conocidos. En casa solo quedaron Rebeca, Jaime, Dallas y Estrella.

—Qué raro que Víctor haya ido al pueblo —comentó Amparo, porque no era de los que solía quedar con antiguos conocidos.

—Aquí no hay internet, y quería llamar a Susana —respondió Dallas.

—Tenemos teléfono —aseguró Amparo.

—Mamá —comentó con tono cómico—. No creo que a Víctor le apetezca que escuchemos lo que tengan que decirse.

Amparo levantó una ceja y señaló a su hijo con tono amenazante.

—No te burles de mí, jovencito... —le guiñó un ojo a Estrella—. Si tú hubieses sido más listo el año pasado, en vez de haber puesto cara de tonto cuando te mandó un mensaje tu mujer, podrías haber hablado con ella como deseabas.

Y desapareció por la puerta de la cocina, dejando allí a Estrella y a Jaime muertos de risa y a Dallas con los ojos

agrandados.

\*\*\*

Rubén estaba apartado de todos en el pub, con el móvil en la mano.

Llevaba un buen rato pensando en llamar a Anais.

«¿Para qué quieres llamarla, qué vas a decirle?», indagó en su interior, pues no lo tenía claro.

Después de pensarlo bien, se guardó el móvil en el bolsillo, había sido una estupidez por su parte estar pensando en la morena cuando podría estar disfrutando de la gente que tenía a su alrededor.

Se levantó con intención de socializar, pero una imagen le vino a la

mente: Anais sonriendo y disfrutando con otro hombre. Volvió a sacar el móvil y sin más, marcó su número.

—*Hola* —saludó cordial Anais.

—Hola, ¿qué tal la resaca? —bromeó Rubén, y escuchó una risita al otro lado.

—*No bebí tanto* —se defendió.

—Lo sé —reconoció sincero—. Pero me he acostumbrado a hablar contigo todos los días y, al llegar esta hora que es cuando nos vemos, no he podido evitar llamarte para escuchar tu voz.

A Anais le gustó la confesión, para ser sincera, a ella le pasaba lo mismo, pero no estaba dispuesta a admitirlo, así que bromeó.

—*Además de mi piel, mi voz también*

*es adictiva por lo que veo.*

Rubén se carcajeó, esa mujer, sin pretenderlo, conseguía tocar algunas teclas de él por dentro. Algo extraño, ya que no creía estar enamorándose; eso no era para él.

Hablaron durante hora y media. Cuando colgó, se quedó pensativo.

«¿Qué demonios estás haciendo?», se recriminó al recordar lo último que le había dicho a Anais: «No te olvides de mí». No era la frase en sí, más bien lo que sintió al decirlo; deseaba de corazón que no se olvidara de él, puesto que él no dejaba de pensar en ella.



# Capítulo 21

## Lecciones de moral

Víctor y Dallas estaban en el establo comentando que sus padres parecían enojados. Ninguno había averiguado el motivo, pero saltaba a la vista.

Entraron en la casa y sus sospechas se confirmaron.

—Mañana después de ir a misa, ¿necesitas pasar por el pueblo?  
—preguntó Corey.

—Yo no iré, no volveré a pisar la iglesia mientras Maddy McAllen y

*otros...* —matizó la palabra, dando a entender que se refería a su esposo— tengan la poca vergüenza de usar la casa de Dios sin importarles seguir pecando.

Se levantó y se retiró a su dormitorio.

Víctor miró a su padre, Dallas tanto de lo mismo, y Malcom, preguntó.

—¿Qué ha querido decir?

Corey negó con la cabeza, pero si algo había claro en esa familia, es que los secretos no estaban permitidos.

—Papá, no vas a marcharte sin darnos una aclaración —aseguró Dallas.

—No sé qué le pasa a vuestra madre. Hace tres semanas, me pidió Maddy que le arreglara la caldera —confesó, mientras se sentaba delante de sus

hijos—. Cuando regresé a casa, vuestra madre... —se quedó callado.

—Nuestra madre, ¿qué? —se interesó el abogado porque querían la razón exacta de ese enfado que parecía tener la matriarca de la familia.

—Me acusó de haber tenido algo con Maddy.

Los Irwin se quedaron pasmados.

—Eso es absurdo —aseguró Rubén porque era imposible pensar que su padre hiciese algo semejante.

—¡Por supuesto que lo es! ¿Qué clase de hombre haría algo así? —estalló, muy enojado, porque su mujer hubiese siquiera insinuado que él era un hombre adúltero.

—Tienes que aclarar esto cuanto antes —se pronunció Víctor.

—Es imposible hablar con ella —reconoció, porque cada vez que intentaba aclarar las cosas, se ponía hecha una furia.

—Pues sea como sea, tendrás que hacerlo —ordenó Rubén.

Una hora más tarde, Corey entraba en el dormitorio. Sus hijos tenían razón, esto ya había llegado demasiado lejos.

—Amparo, tenemos que hablar —decretó contundente. Al ver que ella no decía nada, continuó—: No voy a consentir una insinuación más con respecto a Maddy.

Escuchar ese tono ofendido consiguió

que Amparo se levantase de la cama, se pusiera frente a él y se irguiera.

—¿Que tú no me vas a consentir?  
—se molestó—. Tienes la poca vergüenza, después de cuarenta y cuatro años de casados. De haberte dado una familia. De entregarte mi vida... ¡A serme infiel y escupirme en la cara que no ve me vas a consentir! —explotó de tal manera, que todos sus hijos, excepto Rebeca, la escucharon.

Dallas, que estaba mirando el techo, se incorporó, quedándose sentado. Estrella alargó un brazo y lo sujetó por el hombro. Se miraron, y ella negó, no podía entrar en el dormitorio de sus padres. Esa discusión no les competía.

—¿Qué yo te he sido infiel?! Cómo

puedes siquiera pensarlo —bramó sin importarle el resto del mundo. Ya no se acordaban que tenían la casa llena de gente. En ese dormitorio solo existían ellos dos.

—Te voy a decir cómo —aseguró con la rabia instalada en su ser—. ¡Porque os vi!

Corey se quedó petrificado.

—Toda la vida enamorada de un hombre al que respetaba porque creía en sus valores, en su integridad... y resulta que todo aquello que has sido capaz de inculcar a nuestros hijos, ¡tú te lo has pasado por el forro!

Jaime respiró con profundidad, agradeciendo que Rebeca no estuviese despierta.

Rubén y Víctor se miraron, no podía ser cierto lo que estaba diciendo su madre.

—¿Qué mi madre los ha visto?  
—murmuró incrédulo David.

—David —imploró Tamy—. No pienses ni tomes decisiones. Deja que tus padres lo aclaren.

Era una situación incómoda, sabía que David, al igual que sus hermanos, hubiese puesto la mano en el fuego por su padre. Ahora, escuchar de la boca de su madre que había visto a Corey con otra mujer, lo dejaba confundido y rabioso.

—Amparo, yo no he estado con Maddy.

—No vuelvas a pronunciar el nombre de esa fulana en mi casa —lo amenazó Amparo.

—Cómo has dicho, si después de cuarenta y cuatro años juntos, eres capaz de acusarme de adulterio, este matrimonio ha sido un fracaso rotundo —sentenció.

—No será por mí, no he sido yo la que se ha lanzado a los brazos de otro hombre.

—¡Maldita sea, Amparo! Yo no me he lanzado a los brazos de nadie —gritó fuera de sí.

—¿Ahora también vas a mentirme? —lo acusó, porque en esa familia *jamás* se habían permitido las mentiras—. Vi

como os besabais con estos ojos. —Se llevó los dedos índices a la cara— ¡Con estos! No me lo ha dicho nadie, yo os he visto.

Corey cerró los ojos, por fin comprendía todo.

—Yo no la besé. Fue ella la que se acercó... —intentó confesar lo que sucedió.

—Me da igual quién se acercara a quién, lo único que cuenta es que os besasteis, y eso es todo cuanto necesito para saber que al hombre al que he admirado ya no voy a poder guardarle ningún respeto... porque tú has faltado al mío.

Corey se sintió morir, su mujer estaba llorando.

—Yo no te he faltado el respeto, Amparo. Solo por ser la madre de mis hijos, sería incapaz de hacerlo —comentó honesto—. Mi único pecado ha sido quedarme paralizado. No esperaba que ella fuera a hacer algo así. Me aparté, pero no me dio tiempo a evitar que lo hiciera, fue todo muy rápido.

Amparo, con lágrimas en los ojos, el corazón roto y rabiosa por los celos, se dio la vuelta y se marchó a otro dormitorio. No podía seguir mirando a su marido, se sentía engañada, celosa, humillada y triste. Porque al escuchar la confesión de Corey, sabía que él no le estaba mintiendo.

El desayuno no fue como siempre, el

silencio reinaba en la casa. Ninguno sabía qué decir, prefirieron permanecer en silencio, hasta que su madre o su padre se manifestasen.

Jaime, antes de que Rebeca pudiese meter la pata, al ver a todos extraños, habló con ella en el dormitorio.

Faltaban dos horas para la misa, y Amparo, fiel a su palabra, sacó patatas y se puso a pelarlas, confirmando que no acudiría.

Rebeca tranquilizó a sus hermanos, convencería a su madre, y se reunirían todos en la puerta de la iglesia para entrar juntos a misa.

Se sentó al lado de Amparo, cogió un cuchillo y empezó a pelar patatas. Al ver que su madre no hablaba, y teniendo

en cuenta que les quedaba poco tiempo, quiso ir al grano.

—Supongo que tu autismo será por una buena causa —dijo sin dejar de pelar y sin mirar a su madre—. Y estoy convencida que la lección que vas a darle será la merecida.

Amparo sonrió de medio lado, su hija la conocía a la perfección.

—Tuvo el valor de besar a tu padre.

Ninguna se miraba, seguían allí con sus quehaceres.

—Y tú te encelaste a lo tonto —aseguró—. Conoces a papá mejor que nadie. Es igual que Dallas. —Paró de pelar y levantó la cabeza—. No podría serte infiel, eso sería faltar a sus

principios, y faltarse el respeto a sí mismo.

La madre soltó el tubérculo que tenía en la mano encima del plato. Fijó la mirada en Rebeca, que continuó:

—Papá siempre ha destacado por su honestidad. No iba a pasarse la vida dándonos lecciones de moral si él fuese incapaz de predicar con el ejemplo.

—Pero lo vi besándose —se justificó.

—La viste a ella dándole un beso —informó para dejar clara la situación. Mientras, su madre cogía otra patata—. Sabes que papá solo tiene ojos para ti. Ninguna mujer ha tenido la mínima posibilidad de poder tener algo con él.

Observó que su madre sonreía como

una tonta.

—Y estoy convencida que muchas mujeres lo habrán intentado —afirmó, porque su padre siempre había sido atractivo—. Al igual que él es consciente que más de uno ha deseado también estar contigo.

Amparo agrandó los ojos.

—¡Rebeca! —recriminó, consiguiendo que su hija soltara una carcajada.

—Mamá, ¿lo ves? Estás tan enamorada de papá, que nunca te has fijado en otros hombres. Aunque ellos te hayan insinuado algo, no has sido capaz de reconocer esos gestos.

—Por supuesto que no me he fijado

en ningún otro hombre. Conocí a tu padre con diecisiete años, al año nos casamos, y con veinte tuve a mi primer hijo. Ningún hombre podría llegarle a la suela de los zapatos a tu padre. ¡Ha sido un marido y padre ejemplar! —puntualizó, por si su hija no lo tuviese claro.

—A mí no tienes que convencerme, sé perfectamente cómo es mi padre. Lo que quiero saber es qué lección vas a darle a Maddy para demostrarle que a Amparo Rivas, señora de Irwin —pronunció con una sonrisa en los labios—, nadie se atreve a intentar quitarle el marido.

—Que bien me conoces, hija —pronunció con cariño. Porque desde que Corey, la noche anterior, dejó claro

que él no la había besado, su mente estaba maquinando sin parar.

—Bueno, tú siempre has sido la que ha dicho que somos *una familia unida* —imitó a su madre—. Y no podemos permitir que papá continúe sufriendo porque una mujer encaprichada con él esté dispuesta a intentar que esta familia se separe.

Amparo se puso en pie, muy erguida. Con la cabeza bien alta, miró a su hija, que la imitó.

—Todavía no ha nacido la mujer, ni el hombre, en este mundo —aseveró con fuerza—, que sea capaz de desmoronar nuestra familia. Maddy tiene que volver a nacer para que Corey deje de quererme y que consiga echar por tierra

sus principios morales o verse avergonzado delante de sus hijos.

Rebeca se sintió orgullosa de su madre. Sabía que por su padre haría lo que fuera, dejando a un lado su orgullo de mujer dolida, con tal de que sus hijos no pusiesen en duda la hombría y la moralidad intachable de Corey.

Se encaminaron juntas a las escaleras.

—¿Sabes, hija? Los años pueden pasar... Si consigues mantener el cariño, respeto y fidelidad, envejecerás conociendo el amor verdadero.

Rebeca besó en la mejilla a su madre.

—Deberías ponerte el traje chaqueta blanco —le aconsejó Rebeca—. Con ese luces muy bien tu tipo, y papá

siempre babea cuando te ve con él. Así rabiará Maddy. Todos sabemos que siempre te ha envidiado tanto por tu físico como por tu inteligencia.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cínica? —bromeó Amparo.

—Tengo una madre que me ha enseñado.

Y las dos rieron.

Faltaba un cuarto de hora para que comenzara la misa. Corey estaba nervioso, su esposa todavía no había llegado. Aunque no era eso lo que más le preocupaba, sino que sus hijos pudiesen pensar que él había engañado a su madre. Eso sí que no lo soportaba.

Mientras sus pensamientos estaban en

otra parte, Maddy McAllen se acercó hasta él y lo saludó con demasiada coquetería, a vista de sus hijos.

—Siempre tan elegante y guapo, Corey.

Estaba a punto de responder cuando la voz de Amparo, justo detrás de él, se escuchó a la perfección.

—Una cualidad que no puedo decir de tu esposo.

Los Irwin miraron a su madre. Conociendo el carácter que se gastaba, podría arder Troya antes de entrar a la iglesia.

Maddy se quedó paralizada, eso había sido una grosería.

—Amparo, ¿nos hemos olvidado hoy

los modales en casa? —ironizó. Y por fin la matriarca de los Irwin iba a dejar las cosas claras.

Se situó justo al lado de Corey, enlazó un brazo con el de él, y respondió.

—Siempre he sido una persona educada. Aunque la sinceridad también ha sido mi fuerte. Por ello, no voy a pedir disculpas —pronunció con rotundidad—. Comprendo que encuentres a mi marido elegante y guapo porque lo es.

Corey sonrió, conocía a su mujer mejor que nadie, el que lo hubiese cogido del brazo demostraba que lo había perdonado y que confiaba en él.

—Pero atiende bien, Maddy McAllen

—la amenazó, y la susodicha se sorprendió—. Estamos delante de la iglesia, donde Corey y yo nos casamos, prometiendo delante de Dios: *amor, respeto y fidelidad* —pronunció recalcando las palabras—. Algo que es sagrado en *nuestro matrimonio*. Por muy guapo y elegante que se vea a mi esposo, solo yo tengo derecho a disfrutarlo.

Rebeca sonrió. ¡Sí señor! Esa era su madre.

—Por supuesto —atinó a decir Maddy, que se había sentido pillada por lo que había intentado hacer el otro día.

—Bien, una vez aclaradas las cosas, mi familia y yo vamos a asistir a una misa. Porque para nosotros la fe es una

creencia, y lo que aprendemos de ella, nos guía en la vida con nuestros actos. No somos de los que al salir de ahí olvidamos lo que hemos aprendido o prometido.

Y sin más, el padre dio un paso al frente, con su mujer del brazo, sus hijos detrás, dándole una gran lección a Maddy: Los Irwin eran gente de ley y convicciones morales.



## Capítulo 22

### Planes que no siempre salen bien

Al salir de misa, Neill se acercó a su cuñada, la hermana de Tara. Cuchichearon, y ella asintió con una gran sonrisa.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó Tara.

—Nada, estaba felicitando a Neill, porque Rebeca y Jaime van a casarse.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó curiosa, porque ella no había dicho

nada.

La hermana se echó a reír.

—Porque están hablando con nuestro padre. Por lo visto, quieren casarse antes de regresar a España.

Era cierto, aprovecharon para hablar con el señor Campbell, quien además de padre de Tara, era juez y tenía poderes para casarlos.

—Tengo que dejaros —se despidió—. Nos vemos mañana en casa de los papás para comer.

Tara le dio un abrazo a su hermana y, mientras, le guiñaba un ojo al chef.

Neill sonrió y suspiró, su cuñada había sido su cómplice para darle una sorpresa a Tara. Había maquinado el

plan, desde hacía meses, para que nada saliese mal.

—¿Nos vamos? —preguntó Neill, aunque fue una afirmación porque enlazó su mano con la de ella.

—¿Dónde vamos? —preguntó porque él no se dirigía hacia la granja de los Irwin.

—Tengo que pasar por casa para cambiarme de ropa —informó, y Tara no sospechó, ya que él, había comentado, al llegar a la iglesia, que se había abrigado poco.

Como buen caballero, dejó entrar a Tara delante, y ella pegó un grito.

—¡Ahhhhhhhh!

Neill sonrió encantado, la expresión

de Tara no la olvidaría mientras viviera.

Tara empezó a caminar despacio observando en todas direcciones. Al darse la vuelta, con los ojos brillantes por la emoción, se quedaron mirando.

—¡Feliz aniversario!

Tara se lanzó a sus brazos, lo rodeó del cuello y se quedó elevada porque el chef no la había soltado.

—Neill... esto es... —titubeaba—... nunca pensé...

—¿Sorprendida? —preguntó rozando sus labios.

—¡Mucho! —aseguró. Y no mentía.

La casa estaba llena de ramos de flores, parecía un invernadero. Rosas rojas, blancas, amarillas, rosas. Lirios,

margaritas, y un centro enorme de tulipanes rojos, por ser sus favoritas.

—Pensaba que nuestro aniversario era ayer —reconoció Tara, que se quedó un poco despagada el día anterior porque él no se hubiese acordado.

—No, pequeña, cuando acordamos que íbamos a intentar que esta relación funcionase, ya era pasada la media noche.

Tara acunó el rostro de Neill. No podía ser un sueño, ese hombre era real.

—Te quiero —susurró antes de besarlo.

Hicieron el amor, y cuando estaban recuperándose del orgasmo, Tara apoyó la cabeza en el pecho de él.

—¿Qué estás pensando? —se interesó, porque lo notaba pensativo y distante.

—En lo estúpido que he sido toda mi vida —se sinceró. Agradecido y conmovido, porque Tara sin siquiera decir él una palabra, llegase a notar que él estaba pensando.

—No creo que hayas sido...

—¡Ya lo creo que sí! —la interrumpió—. He pasado treinta y ocho años de mi vida negándome al amor.

Tara se movió, apoyó la cabeza en la mano y el codo en la almohada para verlo mejor.

—Y yo me alegro que lo hicieras —reconoció—. Porque si no lo hubieses

hecho, hoy no estarías aquí conmigo.

El chef asimiló las palabras, tenía razón.

Se dio media vuelta y usó la misma posición que ella. Se miraron a los ojos, y Tara notó algo especial en la mirada de Neill. Alargó la mano y volvió acariciar su mejilla.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando por esa cabecita?

Neill, sin moverse, totalmente hechizado por ella, abrió su alma.

—Anoche estuve pensando —comentó con tranquilidad—. Este año cumpliré cuarenta años, y siento que necesito recuperar todos esos años que me negué a creer que había una mujer

que pudiera llenar mi vida.

Tara permaneció callada, escuchando su confesión.

—Sé que puede sonar precipitado... incluso una locura, pero me gustaría saber si has pensado en tener familia.

Tara sintió que había llegado el gran momento. ¿Qué si lo había pensado? Junto a Neill no había nada que pensar, con él lo quería todo.

—¿Me estás preguntando si quiero tener hijos? —interrogó por si ella lo había entendido mal.

Neill cogió la mano que Tara le estaba acariciando, besó los nudillos con cariño y volvió a fijar su mirada en ella.

—Te estoy preguntando si quieres tenerlos conmigo.

—Neill —susurró emocionada—. Pensaba que nunca sacarías el tema. No sabía si tú... —se interrumpió.

—¿Si yo qué?

—Si tú querías dar ese paso tan importante conmigo —afirmó.

Era cierto, a pesar de estar enamorada de él como nunca antes lo había estado de nadie. Bien por su pasado, o porque nunca se había sentido especial para ningún otro hombre, su inseguridad le hacía creer que, a pesar de que Neill estaba con ella, solo debía vivir el presente, porque igual el chef, acabaría viendo sus defectos y no

llegarían a envejecer juntos.

Neill se incorporó, apoyó su espalda en el respaldo de la cama. Sin esfuerzo, agarró a Tara y la sentó en su regazo.

—Tara Campbell —pronunció rotundo—. Si después de pasar treinta y ocho años sin conocer el amor, hasta que tú me lo has enseñado, piensas que podría querer tener hijos con otra mujer... ¡Estaría loco perdido!

Tara tembló, ese hombre la amaba de verdad. Y estaba confesándolo.

El chef entendió en ese mismo momento que igual no había dicho nunca lo que ella quería escuchar.

—*Pequeña*, te amo con toda mi alma. Pensé que ya te habías dado cuenta de

eso. Y no voy a dejar que salgas de aquí hasta que estés segura de lo que te estoy diciendo.

Tara sonrió, conociendo a Neill, y que él no hablaba por hablar, sería capaz de raptarla hasta que ella se convenciera de que hablaba en serio.

Al notar la sonrisita de ella, el chef respiró con profundidad, por fin *su pequeña* estaba convencida de sus sentimientos.

—No has respondido a mi pregunta—susurró y la besó en el cuello.

—Neill, mírame a los ojos—pronunció en un hilo voz—. Ahí encontrarás mi respuesta.

El chef la miró y a los diez segundos,

la besó con amor puro.

—Intentaré ser un buen padre.

—No me cabe duda que serás el mejor del mundo —aseguró con el corazón en la mano. No tenía ninguna duda al respecto.

Y volvieron a besarse. Justo cuando Tara pensaba que ese beso los iba a dejar sin aliento, Neill apartó los labios para preguntar algo que la dejó totalmente descolocada.

—¿Quieres casarte conmigo?

Al notar el desconcierto en ella, sonrió como un tonto. Comprendía que no esperase esa pregunta, más que nada porque él también se había sorprendido al hacerla. No lo había pensado, salió

sin más porque es lo que le pedía su corazón en ese momento.

—Supongo que no es la pedida de mano más romántica de la historia —bromeó Neill.

—No, no... para mí sí lo es —aseguró emocionada—. Porque es la que tú me has hecho. Y es lo único que me importa. Que es nuestro momento. Solo por eso, para mí será la mejor de todas.

Neill la abrazó. ¡Dios, cuánto quería a esa mujer!

—*Pequeña*, me gustaría pedirte algo, sé que puede ser demasiado, pero lo necesito.

—¿Qué necesitas? —preguntó

alarmada porque él parecía muy nervioso.

—Que sea una boda relámpago. Que cuando regresemos a Valencia, ya estemos casados.

Tara agrandó los ojos, y Neill se carcajeó al ver su reacción.

—¿Por qué tanta prisa?

—Cómo te he dicho, siento que debo recuperar el tiempo perdido.

Tara se quedó pensativa, iba a ser franca con él.

—No quiero una boda por todo lo alto como Dallas y Estrella. —Neill asintió—. Pero tampoco una tan íntima como la de Rebeca y Jaime.

—Tendrás la boda que desees, por

eso estate tranquila —afirmó el chef. Nada en el mundo le quitaría a su *pequeña* la boda que desease.

—Regresamos el día siete de enero, estamos a veinticuatro de diciembre, ¿se puede preparar una boda con tan poco tiempo?

Neill se carcajeó, y Tara lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Con la madre y hermana que tengo? —pronunció muerto de risa—. Y no te olvides de mi suegra... —volvió a reír—. Son capaces de casarnos mañana mismo con todo cuanto necesitamos.

Tara acabó riendo también. Tenía razón, Amparo y su madre eran muy capaces de movilizar el planeta entero con tal de verlos casados.

—Yo también tengo una petición —comunicó seria—. Nos casaremos como tú has pedido, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó rápido.

—Bailarás conmigo.

Neill la abrazó fuerte. Haría lo que fuese con tal de casarse cuanto antes.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, Tara Campbell.

—Y yo espero que esta felicidad no sea un sueño de un día, Neill Irwin.

El chef la miró fijamente.

—Juraré ante Dios para que sea testigo de que esto no es un capricho, sino que será el comienzo de una larga vida juntos.

\*\*\*

David también tenía un plan, se lo había comentado a Jaime, y aunque este no estaba convencido, sabía que no quedaba más opción.

En el coche iban David, Tamara, Rebeca y Jaime. Ellas no hablaban, eran ellos los que rompían aquel silencio incómodo.

Rebeca se sentía desfallecer, el estómago estaba matándola, pero intentaba hacerse la fuerte, no quería que Tamara pensara que era otro numerito para llamar la atención.

—¡Joder, ha saltado la señal del aceite! —exclamó David.

Retiró el vehículo, justo a un lado,

enfrente de un refugio abandonado que habían utilizado muchos turistas en otro tiempo.

Jaime y David bajaron. Tamara, que tampoco se sentía cómoda junto a Rebeca sin poder hablar con ella, también descendió del coche.

—¿Se ha estropeado? —preguntó, mirando el motor, aunque tanto le daba, pues no entendía de coches, ellos eran los mecánicos.

—No te preocupes, en unos minutos lo tendremos solucionado.

Rebeca, a pesar del frío que hacía, necesitaba aire, una arcada hizo aparición, pero pudo controlarla.

Se alejó hasta el antiguo refugio, así,

si vomitaba, no se preocuparía nadie.

Tamara, que había caminado hasta allí también porque desde ese lugar había unas vistas preciosas, se dio la vuelta al escuchar que el coche arrancaba de nuevo.

—¡Enseguida volvemos! —informó David.

Rebeca y Tamara se miraron, ¡pretendían dejarlas allí!

—¡No se te ocurra marcharte, Jaime! —explotó Rebeca, que se acercaba a grandes zancadas—. No me encuentro bien, ¡así que ni se te ocurra dejarme aquí tirada! O te juro que lo lamentarás.

Tamara también iba amenazando a David, y este avanzó para no seguir

escuchándolas y que por una maldita vez hiciesen las paces.

—David, no creo que esté bien dejarlas aquí —se preocupó el mecánico—. Además, Rebeca está muy pálida.

—Solo una hora. Necesitan estar a solas, las dos se echan de menos y sabemos que la una sin la otra no pueden estar.

Jaime miró por el retrovisor y vio la expresión de enfado de Rebeca. Más valía que David tuviese razón, o le iba a traer consecuencias.

—¡No me lo puedo creer, maldita sea, no me lo puedo creer! —berreó Tamara.

Rebeca salió corriendo hacia la parte

trasera del refugio. Tamy se preocupó, el rostro de Rebeca anunciaba que estaba mal. Fue a acercarse, pero Beca gritó.

—¡No te acerques!

Tamy se sintió morir. No podía ver a Rebeca en ese estado y no podía hacer nada para ayudarla. Y si a eso le sumaba que su mejor amiga ya no la quería cerca... Se derrumbó moralmente.

Rebeca estaba vomitando, se sentía desgana y no estaba muy segura de si aguantaría de pie mucho tiempo.

Un coche, que pasaba por la zona, paró al verlas.

Rebeca respiró profundamente, por fin Dios la había escuchado para que

alguien las llevara a casa.

—Gracias, Scott —agradeció Rebeca al veterinario con el que mantenía contacto a través de Facebook.

Mientras Rebeca y el hombre que un día sus hermanos quisieron asesinar —por recibirla sin camisa— se despedían, Tamara fue directa a la casa como un vendaval. Abrió la puerta con tanto brío, que todos los que allí estaban palidecieron al escuchar su voz.

—¿Dónde está David!

Dallas iba a responder, pero lo interrumpió su hermana, que entró corriendo y fue directa al baño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Víctor.

—¿Que tienes un hermano

descerebrado! —aseguró y se sentó en un sillón.

Rebeca salió del baño, subió las escaleras y se cruzó con su hermano Víctor, que al verla tan alterada, fue tras ella.

—¿Qué haces, Beca? —preguntó incrédulo al ver que estaba metiendo la ropa de Jaime en la maleta sin ningún miramiento.

No respondió, estaba demasiado cabreada y mareada como para abrir la boca, eso sí, agarró la maleta con fuerza, salió de su habitación, recorrió el pasillo y entró en el último dormitorio, donde lanzó la maleta y regresó al suyo cerrando de un portazo.

Víctor informó de lo que acababa de

hacer su hermana. Dallas silbó, dando a entender que hoy a su hermana mejor ni acercarse.

Tamara resopló y, cuando Amparó se interesó para saber qué les pasaba, les contó lo que esos dos idiotas habían hecho.

\*\*\*

Jaime, que estaba inquieto, le arrebató las llaves a David. Se encontraban en una taberna del pueblo. Apenas había pasado media hora y ya no podía esperar más.

—Este plan nos va a traer consecuencias. Me voy a por ella, no debí dejar a Rebeca en su estado.

David lo sujetó del hombro.

—Jaime, no nos quedaba otra.

El mecánico acribilló con la mirada a su amigo.

—He dejado a mi mujer... embarazada... en un lugar abandonado —escupió las palabras con ira. Y para mal de males, con una extraña sensación de pánico—. Algo me dice que esto nos va a traer consecuencias, y lo peor de todo es que nos las vamos a merecer.

Al llegar allí y no verlas, se preocuparon, no era un lugar de paso.

Esta vez, fue David quién no esperó más, después de comprobar que dentro del refugio no estaban y haberlas llamado a voz en grito, le quitó las llaves a Jaime.

—¡No podemos esperar! Hay que avisar en casa, ¡ya!

Sabían que la bronca venidera iba a batir un récord en la familia. Pero era mejor eso que perder el tiempo sin buscar a las chicas.

Nada más bajar del coche, corriendo entraron en la casa.

—¡Tenemos un problema...!

¡Plas...! El guantazo que Tamy le dio en la cara a David fue el recibimiento que se encontraron. A pesar de la humillación, de haberlo recibido delante de su familia, se sintió tranquilo: Estaban en casa.

Jaime, al mirar y no ver a Rebeca, preguntó nervioso:

—¿Dónde está Beca?

—En su dormitorio —informó Estrella porque vio al muchacho muy preocupado.

Apenas entró, Rebeca, desde la cama, lo señaló con un dedo.

—¡Fuera de aquí!

—Beca...

—¡Ni Beca ni Beco! Si has tenido el valor de dejarme abandonada como a un perro, no pretenderás dormir a mi lado.

—Yo... —intentó disculparse, pero fue inútil.

—¡Largo! —bramó tan alto, que incluso en el pueblo debieron escucharla.

Amparo se metió en la cocina, y dos

minutos después, entró Corey. Se miraron y se rieron, intentando que no los escucharan.

—Menudo guantazo le ha dado —bromeó Corey.

—Se lo tiene merecido, por descerebrado —respondió, aguantando la risa—. Así aprenderá.

—¡Ay... juventud, divino tesoro! —pronunció Corey, y los dos rieron.

Ambos sabían a qué venía esa risa, al igual que esa bofetada, les había recordado algo del pasado.

Durante la comida, nadie sacó el tema. De hecho, Amparo consiguió que sus hijos se rieran con anécdotas que el día anterior, por haber estado enfadada

con su marido, no había comentado.

Rebeca fue la única que no bajó a comer, se había tomado una manzanilla para ver si así se le asentaba el estómago.

Neill y Tara se miraban cómplices, pero el chef quería dar la noticia cuando llegara su hermano mayor. Algo tan especial necesitaba celebrarlo junto al hombre que más adoraba.

Tamara se disculpó con todos, iba a tumbarse un rato.

David apretó los labios, no podía ir detrás de ella porque, al igual que Rebeca, lo había echado de su dormitorio.

Llevaba cinco minutos en la cama y se

levantó como un resorte; necesitaba a Rebeca y no podía permanecer un minuto más sin decírselo.

Dio dos golpes a la puerta y no esperó siquiera a ser invitada, abrió y cerró despacio.

Rebeca se incorporó y se quedó sentada. Al ver los ojos brillantes de Tamara y lo nerviosa que se la notaba, sintió alivio. Su amiga estaba allí, junto a ella.

—He oído que le has dado un buen tortazo a mi hermano —pronunció con una sonrisa en los labios.

—Se lo merecía.

—Desde luego que sí —afirmó—. Aunque la próxima vez, por favor, hazlo

cuando yo esté delante.

Tamara notó que Rebeca la estaba tratando como siempre. Con la complicidad de dos amigas. Por lo tanto, se acercó rápida, se subió a la cama y la abrazó.

—Lo siento mucho, Beca, no sé por qué dije todo aquello —pronunció llorando—. Bueno, sí lo sé. Estaba muy enfadada. Me sentí abandonada... Tú te has criado con siete hermanos. Yo solo te he tenido a ti.

Rebeca, aferrada a ese abrazo que tanto necesitaba, la apretó con fuerza.

—Yo también lo siento. Sé que he estado algo alejada, pero no encontraba la forma de tener tiempo para todo.

—Hoy me sentí morir, no podía ayudarte —se sinceró—. Y tú me has echado de tu lado, creí que se me partía el alma.

Rebeca la cogió de los hombros y la separó para mirarla.

—¿Piensas que te he echado de mi lado?

—Me has gritado que no me acercara.  
Rebeca asintió.

—Tamy... ¡Iba a vomitar! Tú eres muy aprensiva, hubieses acabado vomitando igual que yo —reconoció. Porque cuando vio a su amiga acercarse, se preocupó por ella. Tamara no soportaba ver a la gente cuando devolvía.

Las dos se quedaron mirándose, y al final rieron. ¡Qué tontas habían sido!

—No vuelves a dejarme a un lado, Beca. Aparte de David, eres la única persona que necesito en el mundo.

Rebeca se emocionó, no había dicho que necesitaba a su padre, sino a ella.

—Y yo a ti, Tamy, mis hijos no pueden criarse sin su tía, ¿quién los va a consentir más que tú? —ironizó.

Se tumbaron las dos, y Rebeca reveló algo que solo a su mejor amiga podría confesar.

—Estoy asustada —pronunció en un hilo de voz. Tamy sujetó su mano—. Voy a tener dos bebés, ¿cómo sabes si vas a ser una buena madre? Es que no

será uno, serán dos.

—Beca, serás una madre ejemplar —adujo sincera—. Además, ya tienes algo de experiencia —comentó risueña para animar a su amiga y que no se preocupase.

—¿Yo?

—Sí, a pesar de ser la pequeña, has sabido criar a tus hermanos. —Beca se rió—. A día de hoy, sigues enseñándoles muchas cosas. Así que no te preocupes por nada, que lo peor será cambiar pañales.

—Ah... para eso ya estarán sus tíos —guaseó, y las dos rieron.

Rebeca giró la cabeza, le dio un beso en la mejilla a Tamy y pronunció con

cariño.

—Te quiero, Tamy. No me dejes nunca.

La peluquera, sin poderlo evitar, lloró. Después de tantos días sin Rebeca, al escuchar esa frase, todo el mal que sentía se evaporó, su contención fue nula. Aunque esta vez eran lágrimas de felicidad.

—No llores, Tamy —suplicó Rebeca.

—No puedo evitarlo —se sinceró.

—¡Ay, madre! Me veo en la obligación de informarte que es muy posible que estés embarazada.

Las dos rieron, a pesar de que Tamara continuaba llorando.

La peluquera se sintió especial, por

fin estaba donde tenía que estar. Junto a la mujer que había compartido con ella toda su vida. Reclinó la cabeza en el hombro de Rebeca, y cuando esta la rodeó con un brazo, cerró los ojos, feliz.

Y así las encontró Amparo cuando subió a interesarse por su hija: Las dos en la cama, dormidas.

David y Jaime, que salían del dormitorio que iban a tener que compartir otra vez, vieron a Amparo que les hacía señas para que se acercasen.

Los dos se quedaron como tontos mirando a aquellas dos muchachitas que los volvían locos.

—Al final ha merecido la pena el sopapo que me ha dado —susurró para no despertarlas.

Amparo le dio un capón.

—Como dice tu hermana: No eres más tonto porque no te entrenas.

Y se marchó, dejando a David frotándose la nuca, y a Jaime muerto de risa.

\*\*\*

Rubén de nuevo se acercó al pueblo para hablar con Anais.

—Feliz Noche Buena —felicitó las fiestas el profesor.

—*Igualmente, ¿todo bien por Portree?* —se interesó la ayudante de Beca.

—Sí, como siempre. ¿Y por ahí, todo bien?

—*De maravilla, esta noche he*

*quedado con dos amigas, me han preparado una especie de cita a ciegas* —comunicó contenta.

Rubén frunció el ceño, ¿una cita a ciegas? Por alguna razón, la información le sentó como una puñalada en el estómago.

—Pensé que no te gustaban esas cosas.

—¿*Por qué?* —preguntó ella rápida.

Rubén apretó los labios antes de responder, era mejor no expresarse sin pensar, o ella creería más de lo que él deseaba.

—Para empezar —pronunció serio—, pensaba que eras una mujer que no buscaba algo serio. Una cita a ciegas me

parece absurdo —recriminó—. Tú no necesitas hacer ese tipo de cosas para conseguir a un hombre.

—*Dicho así, suena mal* —se molestó Anais—. *No pretendo conseguir a nadie.*

—Para no pretenderlo, bien que vas a ir a una cita a ciegas —la acusó sin pretenderlo, pero estaba molesto y era incapaz de controlarse.

—*No sé por qué te molesta tanto* —se interesó, sinceramente no entendía ese mosqueo que parecía tener Rubén.

—¡Porque me parece absurdo! —explotó—. Eres una mujer preciosa, Anais —reconoció—. ¿Qué necesidad tienes de que te organicen una cita a ciegas?

La costarricense no respondió, se quedó callada un buen rato, tanto, que Rubén miró su móvil por si se había cortado la llamada.

—¿Sigues ahí? —preguntó algo más calmado.

—*Sí, aquí sigo* —pronunció seria—. *Todavía no sé muy bien por qué.*

Rubén cerró los ojos y negó con la cabeza, comprendía que ella se enfadara por su comentario, aunque a él le había molestado saber que iba a verse con un hombre esa noche.

«Rubén, ¿qué demonios te pasa?», se cabreó consigo mismo. No entendía su actitud, a él qué más le daba lo que hiciese o dejase de hacer Anais.

—Te has molestado, ¿verdad?  
—indagó preocupado.

—*Ya sabes la respuesta, no es necesario que te lo diga.*

—Anais, lo que trato de decirte es que no tienes ninguna necesidad de hacer esas cosas. Eres una mujer fantástica... —No pudo terminar la frase, Anais lo interrumpió.

—*Rubén, por más que me esfuerzo, no te comprendo —reconoció—. ¿Por qué te pones así? Parece que te desagrada que mis amigas me organicen una cita a ciegas.*

Rubén respiró con fuerza.

«¡Eso quisiera saber yo!», se respondió él mismo.

—Porque tú no tienes necesidad de algo así. Puedes tener al hombre que quieras —sentenció—. Además, para pasar una noche...

—*¿Quién ha dicho que es para una noche? Puede que ese hombre me interese para algo más* —volvió a interrumpirlo Anais.

Si Rubén estaba molesto, ese comentario ya lo dejó cabreado total, y era absurdo, pero así era.

—Dijiste que no repetías —la acusó por haberle mentido.

—*No me escuchas cuando hablo, Rubén* —se quejó—. *No repito con hombres que sé desde un principio que no tienen intención de tener pareja.*

*Eso sería perder el tiempo y acabar haciéndome daño a mí misma.*

El profesor cerró los ojos, él sí se estaba volviendo loco, esa mujer podía con él.

—Entonces, si esta noche ves que ese hombre está interesado en algo más que sexo —intentó averiguar—, ¿volverás a verlo?

—*Sí, es lo que se suele hacer cuando alguien te interesa, ¿no crees?*

Él no creía nada, lo único que sabía es que necesitaba poner su mente en orden porque ya no se reconocía.

—No lo sé, nunca he quedado con una mujer después de un encuentro.

—*Una lástima* —declaró—. *Estoy*

*convencida de que alguna mujer hubiese deseado hacerlo.*

—¿A ti te gustaría? —preguntó sin pensar.

—*Y de qué serviría, cuando tú no estás dispuesto...*

—Si no recuerdo mal, yo sí estaba dispuesto, fuiste tú quién se negó. —Esta vez fue Rubén quien la interrumpió.

—*Por supuesto* —contestó—. *Lo único que me ofrecías era sexo, Rubén. Aunque sea tentador, solo sería eso.*

El profesor sabía que ella tenía razón, aunque algo dentro de él bramaba que necesitaba esa oportunidad, ellos dos juntos podían ser una bomba de relojería

en la cama. Muchas parejas desearían tener la mitad que eso.

—Por algo se empieza, ¿no crees?

—*Empezar algo que no tiene futuro, no tiene mucho sentido* —comunicó, dejando a Rubén pensativo.

«Futuro», pronunció interiormente. Una palabra que él no había pronunciado nunca cuando pensaba en una mujer. Claro que ahora, ahí sentado, escuchando a Anais decir que esa noche un tipo podría ser el afortunado de tener un futuro con ella, a él lo estaba carcomiendo.

—Y el hombre de esta noche, ¿tendrá futuro? —indagó preocupado.

—*No lo sé* —reconoció honesta—.

*Es una cita a ciegas, cuando lo conozca y vea como es y lo que está buscando, veremos si me interesa o no.*

Rubén asintió, haciendo una mueca.

—Está bien —pronunció derrotado—. Ya me contarás qué tal te ha ido.

—¿De verdad quieres que te cuente cómo me ha ido con mi cita? —preguntó incrédula.

—Sí, eso he dicho —respondió más serio de lo que pretendía.

Al escuchar la carcajada de Anais, Rubén levantó una ceja.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—*Hombre* —pronunció riéndose—. *No te lo tomes a mal* —se disculpó por

lo que iba a decir—. *Pero ese tipo de confesiones y explicaciones, normalmente se les da a los amigos.*

—¿Y no somos amigos?

—¡Gais! —sentenció muerta de risa—. *Y hasta ahora a ti no te había tomado por uno.*

Rubén abrió los ojos.

—No me puedo creer lo que acabas de decir —se quejó.

—*Tengo razón, y lo sabes, ¿cuándo le has pedido a una amiga que te cuente cómo le ha ido con sus citas?*

Rubén hizo una mueca, ella tenía razón, a ninguna amiga le había pedido algo así, de hecho, cuando alguna comentaba algo, él intentaba salir del

paso, esos temas, en particular las confesiones de índole amorosa o sexual, se las dejaba a otras amigas porque a él no le interesaban lo más mínimo.

Volvió a negar con la cabeza, una cosa más que estaba cambiando en él. En realidad no era eso; Anais era la causante de todos esos cambios.

—No te estoy pidiendo eso —comentó molesto por ver a Anais burlándose de él—. Simplemente que ya me contarás si te ha ido bien o mal.

—*Vale, vale* —se apiadó de él porque lo notaba irritado—. *Ya te contaré. Que pases una buena noche* —auguró y le lanzó un beso.

Al colgar, Rubén dio varios cabezazos a la mesa, y así lo encontró su

hermano Neill, que había quedado en pasar a recogerlo.

—¿Hay algún clavo suelto?  
—bromeó.

Rubén lo miró y comentó poniendo los ojos en blanco:

—¿Por qué las mujeres tienen que ser tan complicadas?

Neill se carcajeó.

—De no serlo, nuestras vidas serían demasiado aburridas.



## Capítulo 23

### Los padres siempre sorprenden

A las siete de la tarde, Javier, Amanda y Nerea, entraban en la casa.

—¡Yayo, yayo! —bramó Nerea, lanzándose a los brazos del orgulloso abuelo.

Desde que había decidido ser la hija de Javier, pues esa decisión la tomó ella, a Corey y a Amparo los había adoptado como sus abuelos, o yayos, como ella los llamaba. Y todas las

tardes, los felices abuelos hablaban con la niña por teléfono.

Neill se carcajeó, la pequeña tenía a su padre comiendo de la mano. Le dio un abrazo a su hermano mayor para saludarlo y comentó.

—Esa mocosa es más lista que el hambre.

—Ya lo puedes jurar —sentenció orgulloso de su hija.

Mientras en la planta baja todos saludaban a los recién llegados, Jaime llamaba a la puerta de la habitación de Rebeca, necesitaba verla.

—Adelante.

Se miraron a los ojos, ninguno dijo nada durante un buen rato.

—No debí dejarte allí.

—No, no debiste —pronunció Rebeca sin apartar la mirada. Un gesto que ayudó a Jaime a sentirse más tranquilo.

—Tan solo pretendíamos que Tamara y tú...

—Pues lo hicisteis mal.

—Lo sé... —Y Rebeca lo interrumpió de nuevo.

—La próxima vez que mi hermano tenga una idea, procura pensártelo dos veces antes de ayudarlo —ironizó, danto a entender que sabía de sobra que él no había tenido nada que ver.

Jaime respiró tranquilo, por fin su mujer sonreía.

—¡Te has perdido el momentazo del

año! —guaseó mientras se acercaba a ella para abrazarla.

—Y eso sí que no te lo voy a perdonar —comentó, ya entre los brazos del hombre que amaba. Y a pesar del cabreo inicial, siendo justos, porque Jaime seguramente era el que peor lo estaba pasando, decidió dar por zanjado ese momento estúpido que a su hermano David se le había ocurrido planear.

Javier interrumpió a la pareja, entró raudo y apartó a Jaime sin ningún miramiento.

—¡Mi pequeña va a ser mamá! —exclamó entre emocionado e incrédulo porque su hermana fuese a ser madre de dos futuros bebés.

Rebeca se carcajeó.

Javier se dio la vuelta y abrazó a Jaime.

—¡Enhorabuena, papá! —se expresó con júbilo.

Amanda y Nerea también entraron en la habitación.

—Tía Beca, ¿dónde están mis primos? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Aquí dentro. —Señaló con un dedo su barriga.

La niña torció el labio.

—¿Y yo puedo verlos?

Amanda se rió, comprendía que para su hija iba a ser muy difícil entender que Rebeca llevase dos bebés.

—Todavía no, dentro de unos meses

los veremos todos —comentó Javier, rodeando a Rebeca con un brazo por los hombros.

Nerea se giró y miró fijamente a Jaime.

—Tío, ¿cómo has metido dos bebés ahí?

Al ver la cara que puso Jaime, todos se echaron a reír, excepto Nerea, que esperaba una respuesta.

Rubén, que se había incorporado a la reunión, cogió a Nerea en brazos y la sacó de allí.

—Porque el tío Jaime hace magia.

David estaba en el establo, acababa de cepillar al poni que al día siguiente

sería el regalo de Papá Noel para Nerea.

—De todas las estupideces que podrías haber hecho, ¿se te ocurre elegir la peor de todas! —le recriminó Tamara a su espalda.

Se dio la vuelta y la miró enfadado.

—La próxima vez que te pelees con mi hermana, ten por seguro que yo me quedaré al margen —sentenció—. Esto me pasa, por intentar ayudarte.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Estaba cansado de verte triste —reconoció—. Habré metido la pata, pero desde luego todo lo que he hecho ha sido por ti. ¡Para que dejases de sufrir!

Tamy sonrió interiormente. ¡Cuánto quería a David!

—Y yo te lo he pagado con una bofetada —musitó, poniendo ojitos para que la perdonara.

—La que por cierto, todavía me duele —comentó, frotándose la mejilla.

Tamara se acercó y le quitó la mano, empezó a besarle la mejilla con besos cortos y provocadores.

—¿Mejor?

—No... pero vas por buen camino —pronunció alegre.

Tres horas después, estaban todos sentados a la mesa, excepto Nerea, que ya estaba acostada. Rebeca, a pesar de

no haber pegado casi bocado, estaba contenta por poder celebrar la Noche Buena juntos.

—Javi, ¿te quedarás hasta el día siete? —preguntó Neill a su hermano mayor al tiempo que apretaba la mano de Tara por debajo de la mesa.

—Sí, pasaremos todas las fiestas aquí en Portree, ¿por qué?

—Estupendo, vas a ser nuestro padrino —sentenció con voz fuerte para que todos se enteraran—. Tara y yo también vamos a casarnos.

Y de nuevo, los Irwin celebraron la noticia.

Javier se emocionó, su hermano le pedía ser el padrino, y la hermana de

Tara sería la madrina. Una decisión que a todos les pareció la más acertada. Claro que, cuando dijeron que querían hablar con el padre Conrad para que los casase antes del día siete, Rebeca se puso en pie.

—¡Cómo voy a tener preparado el vestido de novia en tan poco tiempo!  
—recriminó a su hermano, debían pensar que ella hacía magia.

—Beca, tranquilízate, tú puedes —comentó con tranquilidad Neill—. Eso lo habláis Tara y tú con calma, a mí no me va a dejar escuchar cómo lo quiere.

Tara lo fulminó con la mirada.

—¡Por supuesto que no!

Los hombres se rieron, todas dieron la razón a Tara. El novio no podía estar al tanto de cómo llevaría el vestido. Algo que los hombres no comprendían, les parecía absurdo tanto secretismo.

—Esto me lo dicen hace un año y medio y no me lo creo —comentó Amparo.

—Al final van a batir nuestro récord —bromeó Corey—. En realidad, Dallas y Estrella ya lo hicieron.

Los aludidos se miraron con cariño y sonrieron.

—¿Te refieres a casaros después de un año saliendo juntos? —preguntó Rebeca risueña.

—Sí, un año, tres meses y veinte días

—informó el patriarca, consiguiendo que Amparo lo mirase con adoración.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Tara.

Y los Irwin se sorprendieron de la pregunta. Nunca se lo habían preguntado a sus padres.

El matrimonio se carcajeó, y eso gustó a sus hijos, seguro que les iba a encantar la anécdota. Ese matrimonio siempre acababa sorprendiéndolos.

—Si os digo que la primera vez que vi a vuestra madre, lo primero que hizo fue darme un guantazo, ¿me creeríais?

Bueno... bueno... bueno... aquello pintaba bien, ya estaban deseosos de conocer el resto de la historia.

—¿En serio? ¿Qué pasó? —preguntó Rubén, que apoyó el codo en la mesa y sujetó su cabeza, expectante.

—Le pegué porque era un fresco —adujo la madre, intentando hacerse la ofendida.

—¡Pero si yo no hice nada! —exclamó el padre, que después de cuarenta y cuatro años juntos, su mujer todavía no le creía.

—Eso dice él, pero me metió mano al trasero.

Las risas de sus hijos los llenó de gozo. Después de tantos años, seguían unidos, con ocho hijos, más los allegados, y felices.

—Madre mía, papá, solo a ti se te

ocurre meterle mano —ironizó Rebeca, conociendo el carácter de su madre.

—Yo no hice tal cosa, aunque debo decir —pronunció con ternura—, que le estaré eternamente agradecido al que tuvo la osadía.

Amparo sonrió como una tonta. Un gesto que no pasó desapercibido ni para sus hijos ni para su marido.

—Vale, vamos a darte el voto de confianza —dijo Dallas, que deseaba saber más—. ¿Y cómo pensó mamá que fuiste tú?

—Eran las fiestas falleras —comunicó para que sus hijos se pusiesen en situación—. Ya sabéis que se llena de gente para ver los fuegos artificiales.

Todos asintieron, en Fallas, que son las fiestas valencianas, por las noches, la tradición es acudir al antiguo cauce del río Turia para disfrutar de los fuegos artificiales.

—Alguien tuvo la osadía de pellizcar el culo de vuestra madre —comentó y la miró—. Y como mujer decente y de carácter, sin averiguar quién había sido, directamente me lanzó a mí la bofetada.

Todos estallaron en risas, su padre hizo el gesto de echarse hacia atrás, como si el golpe de su madre casi lo hubiese tumbado.

—Menuda fuerza tenía.

—¡Y la tengo! —afirmó, por si no lo tenían claro.

—Le aseguré una y mil veces que yo no había sido.

—Las mismas que no te creí —matizó, aunque los dos se miraban con adoración y cariño.

—¿Y si no le creíste, por qué acabasteis juntos? —preguntó de nuevo Rubén.

—Porque mientras discutíamos, hubo una pequeña avalancha de gente, y tu padre me cogió de la cintura —sus ojos conectaron—, me arrastró unos metros, sin importar pegar codazos ni puntapiés a nadie, hasta que consiguió llevarme hasta la esquina, donde usó su cuerpo como escudo e impidió que nadie pudiera tocarme ni dañarme.

—¡Qué bonito! —halagó Estrella.

—¡Y ahí volvió a pegarme!  
—exclamó Corey, eso sí, encantado.

—¡Porque tú te atreviste a besarme!  
—recriminó su comportamiento. Y sus hijos los observaban divertidos y contentos.

—Por supuesto, un Irwin no es tonto ni ciego, cariño —pronunció orgulloso, y sus hijos más—. Supe en ese mismo instante que serías la madre de mis hijos.

—En eso estás muy equivocado —corrigió como mujer fuerte—. Fui yo quien tomó la decisión de que tú acabarías siendo mío.

De nuevo risas, estaba siendo una

Noche Buena perfecta, a pesar de cómo había empezado la mañana.

—Fuera como fuese, al año yo no podía esperar más y le pedí matrimonio.

Rebeca miró a su padre y sonrió, apoyó la cabeza en el hombro de Jaime y deseó que su matrimonio y su vida juntos fuese la milésima parte de feliz de lo que habían sido sus padres.

—¿Y qué dijeron los abuelos?  
—preguntó Javier, que era el único que guardaba algún recuerdo de ellos.

—Pusieron el grito en el cielo. Tu madre solo tenía dieciocho años, y yo, recién cumplidos los veintiuno.

—Y aun así se casaron —pronunció Tara.

—Hija, entonces las mujeres llegaban vírgenes... —quiso puntualizar—. Bueno, vuestra madre por lo menos.

—¡Corey! —le recriminó Amparo, avergonzada de que sus hijos supiesen que sus prisas por casarse se debían a que estaban deseosos de mantener relaciones sexuales.

De nuevo las risas inundaron la estancia.

—Oye, estos no han esperado al matrimonio —intentó dejar clara su postura—. De haberlo hecho, habrían batido nuestro récord.

Y la verdad, todos sus hijos pensaron que estaba en lo cierto.

Neill miró a Tara y no lo dudó. De

haber sido así, a la semana de haber probado sus labios le habría pedido matrimonio.



# Capítulo 24

## Dios nos guarde de las suegras

El día veintiséis, Rebeca y Jaime, a las once de la mañana, estaban hablando y firmando los documentos que necesitaban para contraer matrimonio, en el despacho del padre de Tara. El que ya formaba parte de la familia también, puesto que su hija, el día anterior, dio la noticia de su inminente boda.

—Muy bien, muchachos, pues el día

treinta, a las diez, seréis marido y mujer.

Rebeca miró a Jaime, y este le guiñó un ojo. Le hubiese encantado besarla, pero no era apropiado.

Al salir, Jaime la sujetó por la cintura.

—Beca, si quieres una boda por la iglesia —cedió, pero ella lo interrumpió.

—No. —Acarició las manos de él—. No podemos hacer un juramento porque tú no lo harías de corazón —explicó—. Pero sí lo harás ante la ley, y ese juramente sincero es el que yo aceptaré.

Jaime la besó. Él perdió su fe el mismo día que murieron sus padres. Aunque no había sido tan devoto como

los Irwin, tampoco es que hubiese sido ateo. Por lo tanto, si su mujer quería una boda por la iglesia, la tendría. Pero al darle ella esa respuesta, si había algo dentro de él que no hubiese sido tocado por la magia de Rebeca, acababa de hacerlo. Ella quería estar con él, aceptando que el juramento sagrado ante el altar no sería auténtico, y no por no amarla, sino porque, para él, entrar allí no significaba nada.

\*\*\*

Neill y Tara comentaban en la comida que el padre Conrad les había dado la fecha del cuatro de enero, haciendo un favor especial por tratarse del hijo de Corey.

—El cuatro de enero —repitió

Amparo—. No nos queda casi tiempo.

—¿Tenéis ya la lista de invitados?  
—se interesó Javier, que era el padrino orgulloso.

—Sí. Seremos un total de cincuenta comensales.

—Bien, en ese caso, y como imagino que no vais a poder repartir las invitaciones de boda... —comunicó, y asintieron—. Vosotros, a partir de este momento, dedicaos a visitar o llamar a los que queréis invitar. Y los demás nos encargaremos del resto.

—Tenemos que hablar con los padres de Blanca. ¡Ya! —aseguró Amparo.

Malcom levantó una ceja.

—¿Cómo que a los padres de Blanca?

—preguntó un tanto alucinado. Y el resto de la familia tanto de lo mismo, ¿de qué conocía su madre a la familia de Blanca?

—Son los propietarios del hotel, y allí se celebran bodas maravillosas —informó, como si esa fuera la respuesta que ellos esperaban.

—Mamá, ¿de qué conoces a los padres de Blanca?

Corey fue el que respondió, ya que su mujer estaba buscando la agenda, donde tenía anotado el teléfono de Noelia, la madre de la novia de Malcom.

—Porque vinieron a visitarnos.

—¿¿Aquí?! —se expresó sorprendiendo a su padre.

—Sí, hijo, aquí. Es lógico, ¿no te parece? —comentó el padre, convencido.

—¿Lógico? —preguntó Víctor, que tampoco comprendía nada.

—Blanca es hija única —informó, como si ellos no lo supiesen—. Sus padres hicieron lo que nosotros hubiésemos hecho; ir a visitar a los padres del hombre que estaba cuidando a su hija.

Malcom se carcajeó, y Beca lo miró rápida. Ambos se entendieron y acabó riéndose también.

—Podíais contar el chiste —se quejó Rubén, que no entendía nada.

—Que la madre de Blanca es igual

que mamá —informó Malcom—. ¿Qué cara habrá puesto al enterarse que sus padres vinieron hasta aquí para averiguar cosas de mí?

Al comprenderlo, acabaron todos riendo. ¡Pobre muchacha, qué vergüenza!

Claro que la risa de Malcom se esfumó al escuchar la conversación de su madre.

—¡Noelia, necesito tu ayuda! Mis hijos pretenden matarme a disgustos.

Una pena no escuchar la otra parte de la conversación, pero vamos, que no hacía falta, esas dos mujeres parecían entenderse a la perfección.

—Primero, Dallas nos hace organizar

una boda en tres meses —el aludido agrandó los ojos—. Beca, en cuatro días: aunque no me preocupa tanto, quiere una boda sencilla, solo con los hermanos.

Rebeca hizo un gesto cómico.

—Pero Neill... ¡Nueve días! ¿Te lo puedes creer? ¡Una boda relámpago!

Sus hijos desde luego que no, aquello era surrealista. Y para colmo, algo debió decir la madre de Blanca porque Amparo clavó la mirada en Tara.

—No, no creo que sea por estar embarazada. Es que mis hijos son así, dicen que se casan y... ¡halaaaa, todo con prisas!

Tara miró a Neill, y este hizo un gesto

con los hombros pidiendo disculpas por sus prisas en casarse cuanto antes, la madre de Blanca no era la primera que había insinuado que si lo hacían por estar ella embarazada: sus propios padres también lo preguntaron.

—Uiss... Sí, hija, sí... Y espérate que Malcom, visto lo visto, no nos sorprenda también y estos dos acaben casándose sin decirnos nada.

Víctor se carcajeó, su madre se había puesto cómoda sentándose en el sillón que tenían al lado del teléfono, y el rostro de Malcom era todo un poema.

—Te comprendo perfectamente... yo haría lo mismo. Si Rebeca se llega a casar sin decirnos nada, su marido se quedaría también sin miembro.

Malcom se llevó las manos a la cara. ¡Pero qué estaban diciendo esas dos mujeres!

Rubén, Dallas, Jaime y Víctor no podían parar de reír.

Neill intentó apiadarse de su hermano y aguantaba la risa, aunque le estaba costando.

Javier y su padre, prefirieron alejarse a la cocina, ellos sí que eran incapaces de retener comentarios y podían escucharlos su madre y Malcom.

—¡Ay, gracias Noe, muchas gracias!

Colgó y miró fijamente a Neill, sin importarle que el resto de la familia estuviese de chanza por su conversación.

—Esta tarde a las seis tenemos cita en el hotel, para una prueba de menú —confirmó, orgullosa y satisfecha de haber conseguido tal proeza.

Tara sonrió, ¿de verdad su futura suegra había conseguido en una sola llamada lo más importante de la boda?

Neill abrazó a Amparo.

—Mamá, eres la mejor —sentenció.

—¿Cómo la mejor? —guaseó Rubén—. Estaría de acuerdo en cortarle los *webs* a nuestro hermano si se casara con Blanca en secreto.

Y de nuevo todos rieron al ver que Malcom seguía incrédulo de todo lo que había pasado en un momento.

—¡Por supuesto, solo tienen una hija!

—expresó como si sus hijos no entendiesen algo tan importante.

—Dios las cría y ellas se juntan —remató Rubén.

—No te quepa duda, Rubén —afirmó la madre—. Y para más inri, ten en cuenta que las dos somos, además de españolas, valencianas.

—Lo dicho, ahora la pregunta es, ¿a la madre de Blanca también tenemos que comprarle una escoba, o ya tiene una?

La madre le pegó un capón a Rubén, por llamarlas brujas.

—Malcom, hermanito —pronunció con mofa Víctor—. ¡Dios os guarde de las suegras!

Se rieron, a Blanca le había tocado en

suerte la más pilla de todas cuando quería ser casamentera, y, visto lo visto, la madre de la muchacha era como la suya; pobre de Malcom.

\*\*\*

Blanca estaba dando un abrazo muy efusivo a un hombre justo cuando Malcom, Rubén y David entraban por la puerta del vestíbulo del hotel.

—¿Quién es ese? —preguntó Rubén.

«El que va salir con los pies por delante en un minuto», se dijo Malcom.

Rubén debió imaginar lo que estaba pensando su hermano al ver que aceleraba el paso dispuesto a partir la cara a alguien, lo agarró por el hombro.

—Malcom, tranquilízate —sugirió,

porque ni era el lugar ni el momento. Además, dudaba mucho que Blanca fuese a hacerle algo igual que Miranda a su hermano. Se notaba la complicidad, el cariño y el respeto que sentían el uno por el otro.

Blanca se dio la vuelta.

—¡Ahhh, Malcom! —gritó con júbilo y salió corriendo a lanzarse a sus brazos—. ¡Qué alegría me has dado!

La reacción de ella consiguió que Malcom se relajara, aunque no quitaba ojo al otro sujeto.

—Ven, quiero presentarte a mi mejor amigo, Logan —informó—. Me estaba despidiendo de él, y es una suerte que hayas venido, para conocerlo antes de que se marche.

Rubén sonrió de medio lado al ver la cara de alivio de su hermano pequeño.

El resto de la familia Irwin hizo acto de presencia.

Noelia fue informada de la llegada y salió de su despacho rauda, ya tenía ganas de ponerle cara al hombre que había conseguido hacer brillar la mirada de su hija.

Fueron todos presentados, y los hicieron pasar a un reservado, donde iba a prepararse la prueba del menú para la boda. Claro que todos menos uno, el que más interesaba a Noelia.

—¿Dónde está Malcom? —preguntó a Amparo, que se había quedado con ella en la entrada del vestíbulo.

—Ha salido con tu hija para despedir a un amigo suyo.

Noelia asintió.

—¡Ay, Amparo! Tienes que estar muy contenta —pronunció cómplice. Esas dos mujeres habían hecho buenas migas.

—La verdad es que sí. Hace unos meses se casó Dallas, dentro de unos días, Rebeca y Neill. Y para junio tenemos la boda de Javier.

—Estoy nerviosa —confesó—. ¿Crees que le caeremos bien a Malcom?

Amparo sonrió, la miró y bromeó.

—Tú no tienes que caerle bien, eres la suegra —sonrió, y Noelia soltó una risita—. Tendrá que ser él quien haga lo posible para gustaros, ¿no se lo vayas a

poner fácil, eh?

Las dos rieron, habían hablado mucho de sus hijos. Noelia, una tarde, quiso ser franca con Amparo contándole que su hija lo había pasado muy mal en el pasado por culpa de un hombre que le había roto el corazón por sus engaños. Y la matriarca de los Irwin, agradeciendo la preocupación y sinceridad que demostraba, supo dejar claro que su hijo, además de haber sufrido algo parecido, era un hombre de palabra. Jamás haría daño a su hija.

Blanca y Malcom, ajenos al escrutinio al que estaban sometidos, al no percatarse en ellas, se besaron en la puerta antes de dar el último paso.

—Malcom, hijo, no es muy educado

por tu parte que la primera toma de contacto con tu suegra sea viéndote meter la lengua en la boca de su hija —le recriminó Amparo con doble intención. Una, que su hijo se avergonzara, como hizo, poniéndose colorado. Y dos, así Noelia podía ver a primera vista que Malcom no era un golfo y, como ella había descrito, sí, tímido y educado.

El cirujano, tan avergonzado como la propia Blanca, extendió la mano.

—Buenas tardes, encantado de conocerla.

Noelia, que observaba a su hija, sonrió, ya habían pasado un mal trago, no quería avergonzarlos más como tenía previsto.

—Lo mismo digo, ya tenía ganas de conocer al hombre que le ha robado el corazón a mi hija —respondió y dio un tirón para acercarlo y darle un abrazo.

Corey y Evan, los padres de los muchachos, se acercaron y también fueron presentados.

—No hacía falta presentaciones —comentó Corey—. En cuanto he visto a esta muchachita, he sabido que era la novia de Malcom.

—¿Sí? —preguntó ella tímida.

—Sí, mi hijo había dicho que salía con la mujer más bonita de Escocia.

Blanca miró a Malcom, y este hizo un gesto que la enamoró. No lo había negado, por lo tanto, esas habían sido

sus palabras a su padre.

—¡Ay, mi niña! —se expresó Amparo—. Lo tienes enamorado.

Noelia sonrió y se agarró del brazo de Amparo.

—Vayamos a ver cómo va todo —comentó, ambas sabían que debían darles un momento a solas.

Evan y Corey las siguieron.

Malcom y Blanca se quedaron allí parados, hasta que los vieron desaparecer.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tu madre es igual que la mía! —alabó Malcom, mirando fijamente a Blanca.

—Qué vergüenza he pasado... —reconoció—. Ha sido un alivio

cuando he visto que intentaban burlarse de nosotros.

El cirujano se acercó, pegó la frente a la de ella.

—Que se burlen lo que quieran, aunque mi madre no ha mentido: Me tienes enamorado.

Blanca sonrió encantada y lo besó.

—¡Dios, Blanca! He estado a punto de partirle la cara a tu amigo.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Os vi abrazándoos —reconoció, y ahora venía la parte más sincera y a la vez sorprendente—. Cuando encontré a Miranda con Pedro...

Blanca le acarició el cabello, se

notaba que su voz mostraba pena.

—Me sentó mal —sentenció—. Me fui cabreado y dolido... pero hoy hubiese sido capaz de pegarle una paliza —comentó incrédulo—. Yo no he pegado a nadie en mi vida. Y te juro, Blanca, que si no llega a retenerme Rubén, tu amigo habría salido de aquí con los pies por delante.

Blanca sonrió, no se podía creer lo que acababa de confesar Malcom; la amaba hasta el punto de agredir a alguien.

—Debería estar molesta por tu desconfianza —susurró—. Ahora, al escucharte, he de reconocer que tengo que decirte algo; aunque no sé si estás preparado para escucharlo.

Malcom levantó una ceja, miedo le daba lo que pudiese decir después de advertirlo.

Se acercó a él y musitó pegada a su oído.

—Te amo.

El cirujano cerró los ojos, aliviado y a la vez sintiendo una corriente interna por todo su organismo.

Se separó un poco y la miró fijamente.

—Repítelo.

—Te amo —pronunció en voz baja y algo avergonzada.

Malcom la rodeó con sus brazos por la cadera, la aupó y sonriente suplicó:

—Dilo otra vez, por favor.

—Te amo —repitió con una gran sonrisa y acunando el rostro de Malcom.

—No había deseado tanto escuchar esas dos palabras juntas en toda mi vida —se sinceró. Y la besó con fuerza, sin importarle que los trabajadores que estaban en la recepción pudiesen estar mirando—. Para qué lo voy a negar, Blanca, yo también te amo.

Mientras el resto de la familia disfrutaba de una divertida conversación, Rubén, que había pasado todo el día de Navidad comiéndose la cabeza con la maldita cita de Anais, se retiró para estar apartado y poder mandar un mensaje a la morena que lo traía por la calle de la amargura.

¿Qué tal tu cita?

Preguntó sin más, directo al grano.  
Anais no tardó en responder.

Bien.

Rubén se quedó mirando la pantalla.  
¿Ya está? ¿No pensaba darle más explicaciones?

¿Entonces volverás a verlo?

No.

Esa respuesta le gustó más, tanto, que acabó sonriendo.

¿Por algo en especial?

No teníamos mucho en común.

Era agradable y guapo, pero no surgió el *feeling* que yo esperaba.

No necesito saber que te parecía guapo.

¿Por qué? Soy sincera.

Vale, pues no necesito tantos detalles.

Ja, ja, ja, ja, ja Rubén, tú has preguntado.

El profesor inspiró frustrado, sí, había preguntado, pero no le apetecía saber que encontraba guapos a otros hombres.

De acuerdo, ya sé que era guapo, no quiero saber más, además, ya no vas a verlo ¿No?

No, aunque...

Rubén levantó una ceja, ¿qué quería decir ese aunque...? No podía más, necesitaba escucharla, por lo tanto marcó.

—¿Qué significa ese aunque?

—preguntó sin saludar.

—*Hola, buenas tardes* —comentó risueña para burlarse de él por no haberla saludado—. *Que puede que coincida alguna que otra vez porque es el hermano de una amiga.*

—Eso no quiere decir nada, yo no he coincidido con las amigas de Beca.

Era cierto, exceptuando a Tamara, el resto de amigas de su hermana pocas veces había tenido trato con él.

—*Ya, pero Sara trabaja conmigo, y su hermano viene a veces a recogerla.*

Rubén escuchó atento y quiso indagar.

—Hasta ahora no habías coincidido con él, ¿verdad?

—*No, por eso fue una cita a ciegas,*

*no lo había visto.*

—Entonces no sé por qué vas a tener que coincidir de nuevo —intentó razonar.

Escuchó un suspiro que lo alertó.

—*A él no le pasó lo mismo que a mí*  
— c o m u n i c ó — . *Cuando nos despedimos, me pidió volver a vernos.*

—¿Y tú qué le dijiste?

—*Que era preferible dejarlo así.*

—Pues ya está, no hay más que hablar —sentenció enfadado porque el otro tipo quisiera volver a tener una cita con ella.

—*Rubén, a ese hombre le he gustado*  
—comentó para que él lo entendiera—. *Cuando alguien te gusta, intentas*

*volver a saber de esa persona como sea.*

—¡Joder, pero tú le dijiste que no!  
—explotó—. Tiene que ser adulto para entenderlo ¡Vamos, digo yo!

La risa de Anais relajó a Rubén.

—*Que gracioso eres, Rubén*  
—alagó—. *Si hasta pareces celoso.*

«¿Celoso?», se preguntó. No, no, no podía ser eso.

—No son celos, es sentido común, algo que otros parece que no tienen  
—protestó, dejando claro que el hermano de su amiga debería tener más cabeza y aceptar una negativa.

—*No es mal chico* —reconoció—. *El problema es que no ha llegado a*

*calarme. No me importaría volver a verlo, pero como amigos.*

—No tienes que volver a ver a nadie —alegó—. No te ha gustado y punto.

Anais volvió a reírse, y Rubén se quedó descolocado.

—*De verdad, Rubén, tendrías que escucharte* —bromeó al oír las contestaciones tajantes del profesor, daban a entender que estaba molesto y celoso, muy celoso.

Rubén intentó disimular, ella tenía razón, ¿qué estaba haciendo? Una cosa era que le atrajese Anais, otra muy distinta que él quisiera algo más que una noche.

«¿De verdad quieres una sola noche

con ella?»), se quedó pensativo.

—*¿Estás ahí?* —preguntó Anais, sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, es que me están llamando, tengo que irme —se despidió.

—*Que lo pases bien.*

—Tú también. No me olvides.

«¡Estás idiota!», se amonestó. Otra vez le había pedido que no lo olvidara, y una vez más el sentido de esa frase no era una coletilla de despedida, era un deseo.

## Capítulo 25

Hay momentos en que una madre también llora

Cuando regresaron del hotel, Rebeca, Tara, Estrella, Amanda y Tamy entraron juntas al dormitorio de Beca. Habían prohibido a Neill subir a la parte alta, iban a comentar cómo quería Tara su traje de novia.

Los hombres Irwin no entendían tanto secretismo, pero en parte estaban contentos, se veía a la novia ilusionada, y al resto, encantadas de estar viviendo

ese gran momento juntas.

—Papiiii... —lloriqueó Nerea—, yo quiero ir con ellas.

Javier tomó a su hija en brazos.

—Lo siento, princesa, a ti te toca ir a dormir. Mañana tienes que preparar el desayuno —le recordó, ya que la niña se había empeñado en hacer galletas para todos.

Lo miró con los ojos achinados y al final cedió.

—Vale, así los yayos probarán las mejores galletas del mundo mundial.

Javier acostó a la pequeña.

—El vestido de Estrella fue precioso —halagó Tamara.

Estrella sonrió encantada, y Rebeca

observaba a la futura novia, quería algo muy especial, y por lo que había comentado, muy difícil de conseguir en tan poco tiempo.

—Mañana me acercaré al pueblo, hay una mercería muy buena, si no veo nada, tendremos que ir a Edimburgo.

Tara asintió y le dio un beso, sabía que era muy difícil lo que estaba pidiendo, y, además, ir hasta Edimburgo, que estaba a casi cinco horas, era un suplicio para Rebeca, que continuaba con las angustias durante todo el día.

Todas se marcharon, y Beca se quedó sentada en la cama, dándole vueltas a la cabeza, no era solo la tela, ahora tocaba crear el diseño perfecto para Tara.

Una cosa jugaba a su favor,

conociendo a su madre, tendría guardada sus antiguas cosas, así que lo primero era buscar sus lápices y cuadernos para empezar a hacer bocetos.

Cuando su madre le informó de que todo lo que buscaba lo encontraría en el trastero que tenían detrás de los establos, se dirigió hasta allí, bien aferrada a su chaqueta, hacía demasiado frío.

«¡Por todos los santos!», se dijo. Aquel lugar era un nido de trastos viejos. Se dio un puntapié, la poca luz que allí había la hizo tropezar con un objeto que llamó su atención.

—¿Qué...? —habló en voz alta. Se dirigió a la parte derecha, donde sabía que siempre había bombillas, cogió dos

y las colocó en la lámpara antigua que colgaba, con una sola encendida. Al iluminarse la estancia, se quedó con la boca abierta. No se equivocaba, el objeto que fue a golpear era su antiguo andador.

Jaime la llamó un segundo antes de entrar.

—Beca, ¿qué haces a estas horas aquí?

—¡Ay, Jaime! —lo sorprendió—. Ven, corre.

Una vez a su lado, la miró sin comprender ese brillo en la mirada y esa sonrisa cariñosa.

—Este fue mi tacatá —señaló con el dedo—. Y ese de ahí, el de Malcom.

Jaime los ojeó rápido, estaban muy viejos. Imaginó lo que estaba pensando Rebeca.

—Beca, están en mal estado. Y he leído en alguna parte que no son buenos para los niños.

—¡Tonterías! Toda la vida se han usado, y nunca hemos tenido las piernas torcidas —protestó, ella también había escuchado lo mismo y no iba a dar su brazo a torcer—. ¿Acaso no te han gustado siempre mis piernas?

Jaime sonrió, ¡y tanto que le habían y le seguían gustando!

—Aun así, están muy viejos. Podemos mirar otros si es que todavía venden.

Rebeca hizo un mohín.

—Me hacían ilusión estos.

Jaime la abrazó y suspiró.

—Lo sé, pero ya ves que no están para usarlos.

Continuaron buscando lo que ella necesitaba y por fin lo encontraron.

Al llegar a la habitación, Jaime se lo quitó todo de las manos.

—Tienes mala cara, olvídate de ponerte ahora a diseñar vestidos.

—No tenemos casi tiempo —informó, por si no se había dado cuenta de que les quedaba muy poco para la boda de su hermano.

—¡Cómo si fuese mañana! Le prometí al doctor que yo me encargaría de que no te estresaras.

Rebeca ladeó la cabeza, iba a presentar batalla, y Jaime, al notarlo, dejó zanjado.

—Llámame egoísta, Beca, pero me interesa bien poco el vestido de tu cuñada, lo que sí me importa es tu salud y la de mis hijos. Vas a meterte en la cama. Si quieres madrugar, estupendo, pero esta noche no vas a hacer nada.

Fue tan tajante, que Rebeca cedió, además, tenía mucho sueño.

\*\*\*

Víctor acompañó a las chicas al pueblo, él fue directo al ciber café, tenía que hablar con Susana.

—*Hola, Amore.*

—Su, acabo de enviarte al correo una

cosa, abre el Hotmail e imprímelo.

Estaban hablando a través de Skype y, además, se estaban viendo por la *web cam*.

La interiorista miró, y Víctor sonrió al ver su reacción.

—*¡Un billete de avión!*

—Sí.

—*¿Quieres que viaje a Escocia?*

—preguntó un tanto alucinada.

—Mi hermana Rebeca se casa en dos días —informó sin apartar la mirada de la pantalla—. Y mi hermano Neill ha querido seguir sus pasos y lo hará el día cuatro de enero.

Susana agrandó los ojos, y Víctor agradeció no haberse perdidos esas

reacciones tan espontáneas de su chica.

—*¿En serio?*

—Y tan en serio. Así que prepara tu maleta, no pienso celebrar dos días tan importantes para mi familia sin ti.

Susana se emocionó, él lo notó, y de haber estado allí delante, la hubiese besado con adoración.

—*¡Amore, tengo que dejarte!* —se expresó, dejando alucinado a Víctor por ese arranque.

—*¿Qué pasa?*

—*Quieres que acuda a dos bodas, y aquí no tengo vestidos. Me voy corriendo de compras, ¿no pretenderás que acuda con vaqueros, verdad?*

Víctor se carcajeó al escuchar el

nerviosismo de su voz. A él le daba lo mismo como fuese vestida, solo quería tenerla a su lado. Comprendía que en Italia no hubiese llevado ropa tan elegante, ya que estaba allí pasando las Navidades con su hermana.

—Su, eso da igual, no te apures....

—*¡No puedes hablar en serio! Grr... ¡Hombres!* —protestó porque él no comprendiese que era imposible acudir a una boda sin un vestido nuevo o, por lo menos, uno elegante—. *Hasta luego...*

—*¡Espera!* —bramó al ver que ella estaba quitándose los cascos.

—*Dime.*

—*¿Entonces mañana voy a buscarte al*

aeropuerto, no?

Ella sonrió y asintió. Lanzó un beso y se despidió.

—*Muaksss... hasta mañana, amore. Te quiero.*

Y se cortó la comunicación, la pantalla se quedó a oscuras, y Víctor pensó.

«¿Me ha dicho te quiero?». Sí, llegó a la conclusión de que Susana había pronunciado esas dos palabras y a él le había encantado escucharlo.

\*\*\*

Llevaba media hora en la mercería, había encontrado una tela de tul que podría usar, aunque estaba indecisa. Para colmo, no saber todavía qué

modelo elegiría Tara la estaba carcomiendo. Las ideas las tenía, pero cuando lo plasmara en los bocetos, vería si su cuñada estaría de acuerdo.

Sus ojos se desviaron al ver una tela blanca, suave como la seda. Sonrió, acababa de encontrar la que sería perfecta para ella. Con tantas prisas, se había olvidado que ella también se casaba, y aunque tenía muy clara su idea, no se había acordado de buscar para su propio traje de novia.

—¡Ah, qué preciosidad! —exclamó Rebeca.

Tara y Estrella se acercaron para mirar con detenimiento.

Tamy, por su parte, asintió, las dos estaban mirando la misma tela.

—¿Qué te parece, Tara?

La futura novia rozó la tela en cuestión y le brillaron los ojos. Sin apenas haber visto el boceto, que estaba convencida de que Rebeca lo iba a diseñar perfecto, supo que era lo que estaba buscando.

—Chicas —titubeó emocionada—. Creo que esta es la tela de mi traje de novia.

Rebeca sonrió, se notaba que habían dado en el clavo. Era maravillosa, iba a quedar elegante, femenina y original, como Tara deseaba. Cuando la viera su hermano, estaba convencida de que sería la mayor sorpresa de su vida, pues nadie en su familia conocía la idea que la novia pretendía para el día de su boda.

Compraron las telas, y Víctor llevó a la casa a Rebeca. El resto de chicas se quedaron con la novia para seguir buscando cosas que todavía les hacía falta.

A las nueve de la noche, Rebeca fue a buscar a su madre a la cocina.

—Mamá, ¿puedes venir un momento?  
—preguntó en voz baja.

Amparo se dio la vuelta y asintió. Su hija había pasado todo el día encerrada en el dormitorio, sin dejar entrar a nadie. Se escuchaba la máquina de coser sin cesar.

Subieron juntas las escaleras.

—¿Qué ocurre, hija?

Rebeca cerró la puerta, se puso junto

a su madre, la cogió de la mano y habló:

—Quiero que seas la primera en ver mi traje de novia.

Amparo se emocionó, se había pasado la vida soñando con ese gran momento.

—¿Ya lo tienes? —preguntó incrédula.

—Sí, es muy sencillo, igual no te gusta —pronunció con pena, imaginaba que su madre desearía haberla visto con otro vestido muy distinto.

—A ver, ¿dónde está?

Rebeca abrió la puerta del armario y lo sacó, colgado de una percha y manteniéndolo en alto.

Amparo se quedó muy quieta, tanto,

que Rebeca tragó saliva, esperando cualquier cosa: Estaba prohibido mentir en su familia.

—Póntelo —ordenó, necesitaba vérselo puesto y recordar ese gran momento.

Rebeca dio la espalda a su madre, se lo puso y, al darse la vuelta, la reacción de esta la emocionó.

Amparo se llevó las manos a la boca para no gritar. Los ojos se le empañaron. ¡Su hija estaba preciosa!

Negaba con la cabeza, sus manos pasaron de la boca al corazón, allí las mantuvo, para intentar calmarse.

—Estás... no hay... —titubeaba, no encontraba las palabras—. Nunca

imaginé verte casada con un vestido así, pero... hay que reconocer que no podrías estar más elegante y guapa con ningún otro.

—Nadie se lo imagina, ¿verdad?  
—preguntó Rebeca, con brillo en la mirada. Era un momento especial, vestida de novia delante de su madre emocionada.

—No, hija, nadie imagina que vayas a estar tan maravillosa —pronunció, cogiéndola de las manos y estirando para verla mejor—. Siempre has sido original, Beca, y este vestido confirma que es el único que podrías lucir para demostrar tu personalidad. Estoy muy orgullosa.

Le hizo darse la vuelta un par de

veces. Y la abrazó las mismas.

No pudo retener las lágrimas. Hay veces en la vida en que una madre también llora delante de sus hijos, y esta era una de esas.

—Quiero que lo vea Tamara —declaró, solo quería compartir ese momento con su madre y con su mejor amiga.

—Claro que sí, cariño.

La besó y salió con cuidado de que nadie más la pudiera ver, no fuese cosa que alguien estuviese por la parte alta de la casa.

Avisó a Tamara de que subiera al dormitorio de Rebeca, y todos debieron imaginar de lo que se trataba, porque su

madre llevaba los ojos rojos, seguramente por haber llorado; aunque la sonrisa instalada en la cara demostraba que era por la emoción de haber visto a su hija vestida de novia.

Corey fue tras ella hasta la cocina, le dio la vuelta para mirarla y sonrió encantado. Sin palabras, ella le acababa de decir que estaba orgullosa y dichosa de felicidad por su hija.

—¿Beca? —preguntó Tamara al entrar en la habitación.

—Tamy, ¿estás preparada para verme de novia?

No le dio tiempo a asimilar la pregunta porque cerró la puerta del armario que la tapaba y la peluquera gritó.

—¡Ahhhhh...!

En la parte baja, rieron, ahora sí que no hacía falta pensar más.

—¿Te gusta? —preguntó muerta de risa, Tamara había hecho lo mismo que su madre, solo que se tapó la boca después de haber gritado.

—¡Me encanta, me fascina, me chifla...!

Y se acercó a abrazarla.

—Beca, es tan... tan... tan tú —reconoció. Igual que pensó Amparo, ese vestido era original y muy estilo Rebeca.

No se casaría con un vestido clásico, ni largo, ni de cola. Se había diseñado un vestido de novia pantalón. La

suavidad y brillo de la tela escogida incitaba a acariciarla. Los camales anchos, que según ascendía se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, terminaba en un escote palabra de honor zurcido con brillantes. Para rematar su gran creación, al dejar los hombros al descubierto, solo rozados por dos finos tirantes de brillantes, le daban un reflejo espectacular al escote, cuello y rostro. Y la gran genialidad, donde demostraba que ella era una mujer de talento, fue al crear una capa, que salía de la parte baja delantera de sus pechos, vaporosa con la misma tela, cubriendo toda la parte trasera sin llegar a tocar el suelo, consiguiendo el toque mágico; al verla moverse, no podrías asegurar si era un

ángel o un hada.

Sin lugar a dudas, cuando la viesen, se darían cuenta de que estaba diseñado con ese toque femenino y *sexy* que tanto había caracterizado a Rebeca desde que cumplió los dieciocho años.

—Es una suerte que ya estés embarazada, estoy convencida que Jaime, en tu noche de bodas, querría hacerte un par de hijos.

Las dos rieron, pensando que Jaime no esperaba para nada que Rebeca apareciese con un vestido así. Más que nada, porque era impensable que en un día hubiese sido capaz de crear algo tan bonito y elegante.

—No sé cómo has podido hacerlo en tan poco tiempo.

—Si te soy sincera —reconoció—. Han sido muchos años pensando en este momento. Pero lo más gracioso —pronunció con nostalgia—. Siempre me veía con este vestido y con Jaime. El resto de la boda no llegué a pensarlo. Solo salíamos él y yo cada vez que pensaba en nuestra boda, en el momento en el que cruzábamos el umbral de nuestra casa, sostenida en sus brazos.

Tamara sonrió, sabía que Rebeca, durante muchos años, había pensado en casarse con Jaime. Ningún otro hombre podía ocupar su mente y su corazón. Y esa declaración confirmaba que a Rebeca le daba igual dónde o cómo casarse; solo quería estar con Jaime.

—¿Y los zapatos? —preguntó

alarmada Tamy.

—Mañana sin falta tenemos que buscar como locas. En esta época del año, no encontraremos lo que estoy buscando.

—¿En qué has pensado?

—En unas sandalias de tacón alto con brillantes, igual que los tirantes.

Tamy se mordió los labios, tenía razón... aunque....

—¡Yo creo que sí! ¡Estamos de suerte!

—¿En serio? —preguntó escrutándola con la mirada.

—Sí, esta mañana fuimos con Tara, y resulta que estamos de suerte. ¡Noche vieja!

Rebeca levantó las dos cejas. Al ver la sonrisa de Tamy, cayó en la cuenta.

—Es verdad, los zapatos para las que salgan de fiesta esa noche.

—Si no, sin problemas, nos metemos en el ciber, buscamos y que nos los manden por correo urgente —aseveró Tamara. Haría lo que fuese para que su amiga tuviese esos zapatos el día de su boda.

—Eres la mejor —aplaudió Rebeca. Y le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé, por eso David me ama.

Y se rieron.

En la parte baja de la casa, una niña de cinco años tenía a todos enamorados, al que más a su padre Javier.

—¡Papi, no te muevas! —ordenó, su madre iba a ponerle los vestidos que esa mañana habían comprado para las bodas.

Al rato, Nerea salió con una sonrisa estampada en la cara para lucir su primer vestido.

—Mi princesa va a ser la más bonita y elegante de la boda —bromeó Javier. Su hija estaba desfilando delante de todos.

—¿Estoy guapa, papi? —preguntó, encantada por recibir halagos de todos los presentes.

—¡Mucho, muchísimo!

Ella pestañeó con gracia y arrancó varias risas a alguno de ellos.

—Este es para la boda de la tía Beca —informó—. Ahora te enseñó el que ha comprado mami para la boda de la tía Tara. ¡Parezco una princesa! —bramó con júbilo y salió corriendo hacia el dormitorio para que su madre le cambiase el vestido.

—Esta mocosa ha salido tan coqueta como su tía Rebeca —reconoció Rubén—. Pobre de ti, hermano, lo que vas a sufrir cuando cumpla quince años.

—Digna nieta de su abuela Amparo —sentenció Víctor.

Dallas se carcajeó, conociendo a Javier, iba a vivir una tortura. Era lo malo de tener hijas, siempre tenían que estar alerta.

Corey escuchaba a sus hijos en silencio y se enorgulleció de todos ellos. Hablaban con naturalidad, habían acogido a Nerea como lo que era; la hija de su hermano mayor. Los comentarios que estaba escuchando confirmaban que para ellos no había resquicio alguno, daban a entender que la niña llevaba la sangre Irwin por sus venas.



# Capítulo 26

## Muestras de amor

A las cinco de la tarde, Susana abrazaba a Víctor con una gran sonrisa en los labios.

—Pasaremos la noche en Edimburgo, saldremos para Portree por la mañana —informó Víctor, que le apetecía estar con su chica a solas.

Después de un paseo turístico por la ciudad, una cena en un local, que el monitor sabía que no defraudaría a Susana, y haber hecho el amor, estaban

tumbados en la cama. La interiorista se había quedado dormida, y él no dejaba de mirarla.

El móvil de Susana vibró, lo tenía en la mesilla en silencio, Víctor lo cogió para comprobar si era una llamada, aunque se trataba de mensajes de WhatsApp. Respiró con profundidad, no podía leer lo que le estaban mandando y le hubiese encantado, puesto que el remitente de dichos mensajitos era un tal Máximo; alias Mister Italia, según su hermana.

Dejó el móvil de nuevo en su sitio y cerró los ojos, prefería no seguir dándole vueltas a la cabeza. Nunca, hasta ese momento, había sido un hombre celoso, y no estaba dispuesto a

serlo.

\*\*\*

Había llegado el momento de ver los bocetos que Rebeca había diseñado para su gran día. Tara estaba nerviosa. Por lo que su cuñada le había comentado, para no perder tiempo, solo eran bocetos sin estar rematados, solo una visión rápida del estilo que ella estaba buscando.

—¡Beca! —bramó, sorprendiendo a la aludida—. Es este, sin lugar a dudas —afirmó, señalando el segundo que le había enseñado.

Rebeca sonrió, estaba convencida que elegiría ese vestido. Al final, como decía su madre: los vestidos de novia acababan identificándonos. Y Tara era una mujer sencilla, alegre y muy

decidida. Y ese vestido era un reflejo de esa personalidad.

—De acuerdo, entonces me pondré a ello enseguida.

Tara la abrazó con fuerza.

—Gracias, Beca, sé que es una locura todas estas prisas, y tú no deberías....

—Estoy embarazada, no impedida —aseguró Beca.

Y como había dicho, en cuanto Tara salió de la habitación, se puso a hacer los patrones, ya le había tomado las medidas.

Esa misma tarde, mientras las chicas hacían compañía a Rebeca y la ayudaban en lo que podían, los hombres estaban en el establo viendo como

Víctor, que había regresado con Susana hacía dos horas, enseñaba a la pequeña Nerea a montar en poni.

—¡Mira, papi, ya sé montar a Dálmata! —se expresó con júbilo.

—Sí, princesa, lo estás haciendo muy bien —comentó Javier, que no dejaba de grabarla.

—Anda que, llamarle Dálmata —bromeó Rubén.

Javier se encogió de hombros. Cuando la niña recibió su regalo de Papá Noel, al ver que su poni era blanco con motas negras, lo bautizó rápido.

David se acercó a Dallas, necesitaba preguntarle algo, no quería hacerlo delante de su hermano Javier.

—¿Cómo va lo de Nerea? —susurró.

Dallas miró a su hermano mayor, al ver que estaba lo bastante alejado y concentrado en su hija, respondió.

—No tan bien como desearía —se quejó—. El día quince de enero tenemos una vista ante el juez.

—¿Tan lejos ha llegado la cosa? —preguntó preocupado.

—Sí, pudimos parar el primer ataque —repuso, en términos poco jurídicos, para que su hermano lo entendiera—. Por desgracia, están dispuestos a seguir batallando.

La voz que había utilizado Dallas alertó a David.

—¿Qué crees que ocurrirá?

El abogado se quedó pensativo.

—La verdad —suspiró—, si el juez desestima el contrato que tenemos como baza a nuestro favor, por el cual, Sebastián se negaba a tener en un futuro trato o pedir reclamación de paternidad, todo estará acabado. Aunque espero que lo acepte.

David levantó una ceja. Algo le decía que su hermano no estaba convencido de lo que estaba hablando.

—¿Y qué te preocupa?

—Conozco al juez que nos han asignado. Es padre de familia numerosa. —David entendió rápido lo que trataba de decir—. Que Sebastián se haya arrepentido de lo que firmó en el pasado

y querer ejercer su derecho de padre, es algo que a su señoría, por desgracia para Amanda y Javier, estoy convencido que dictaminará a favor de Sebastián.

—¿Y ellos lo saben?

Dallas miró a su hermano Javier. Esa sonrisa instalada en la cara, mirando a la pequeña con adoración, lo mató.

—No —se sinceró—. No puedo amargarles las Navidades... Cuando regresemos a Valencia, el día ocho hablaré con ellos. Es mejor que no sufran antes de tiempo.

David comprendía a Dallas, una vez más, había tomado la decisión correcta; para qué preocupar a la pareja si no podían hacer nada hasta que llegara el día.

Le puso una mano en el hombro.

—Has tomado la decisión más acertada. Y todos estaremos ahí para apoyarlos.

Dallas asintió, agradeciendo a David sus palabras.

—Sí, haremos lo que haga falta para que nadie le quite a Javier a su hija.

\*\*\*

Amparo y Corey se miraban, estaban a punto de casar a su hija pequeña. Contentos, era la última boda del año, conscientes que en unos días tendrían otra.

—Dos bodas en un año, ¿quién nos los iba a decir? —ironizó Corey.

—Hazte a la idea, el año que viene

algo me dice que volveremos a tener sorpresas, la de Neill, Javier y, ¿quién será el próximo? —bromeó encantada.

—¿David?

Amparo torció el labio y frunció el ceño, estaba pensando.

—Fíjate, yo creo que será Víctor.

Corey se carcajeó, no lo tenía él tan claro.

—Víctor no es de los que se casan —aseguró honesto—. Sé que ahora tiene novia, y la chica y él parece que están bien juntos..., pero nuestro hijo no es de los que dan ese paso.

Amparo sonrió, su marido a veces no parecía conocer de verdad a sus hijos.

—Hazme caso, tiempo al tiempo.

Solo te digo una cosa; cuando Víctor esté totalmente convencido que no va a poder vivir sin Susana, no te quepa la menor duda que pasará por la vicaría.

Corey lo pensó unos segundos, al final sonrió.

—En ese caso, espero que no tarde mucho —susurró—. Estoy loco porque me hagan abuelo.

Amparo se carcajeó.

—¡Pero si ya vas a serlo!

—Cariño, tenemos una nieta maravillosa. Ahora Rebeca nos dará dos nietos más, pero no quiero irme de este mundo sin haber tenido en mis brazos a todos los hijos de los míos.

Amparo acarició la mejilla de Corey.

—Los verás y los malcriarás.

—¿Yo? —preguntó sin comprender—. ¿Cuándo he malcriado a un hijo?

—Nunca —sentenció—. Pero ahora somos los abuelos, son nuestros hijos los que tienen que criarlos, y nosotros, consentirlos.

Y ambos se echaron a reír. Cómo era la vida, ahora no tenían que castigar a nadie, solo tenían que disfrutar de sus nietos.

Terminaron de vestirse, y Amparo fue a buscar a Jaime, que estaba en la habitación del fondo.

—¿Todo listo, muchachote? —preguntó al entrar.

El mecánico se dio la vuelta y sonrió, asintiendo con la cabeza. Solo le faltaba ponerse la chaqueta.

—Sí, todo listo.

Amparo sonrió y se acercó hasta él. Quiso tener el detalle de ayudarlo a terminar de vestirse, un momento único que debería ocupar otra mujer que, por desgracia, murió hacía años.

—Hoy tus padres estarán muy orgullosos de ti. Te has convertido en un gran hombre. —Jaime hizo un gesto, agradeciendo el comentario—. Y eso es gracias a ellos.

—Gracias —pronunció emocionado.

—Te pareces mucho a tu padre, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí, era un hombre humilde, reservado, atento y cariñoso.

Jaime sonrió, poca gente lo había comparado con su padre, en realidad, nadie le hablaba de ellos por pensar que podría traerle malos recuerdos, o nostalgia. Pero ahora, escuchando a Amparo, se sintió feliz. Esa mujer no diría lo que estaba diciendo si no lo sintiera de verdad.

—Sé que mi hija a tu lado será muy feliz —comentó con complicidad y una sonrisa cariñosa—. Tu padre adoraba a tu madre. Jamás he conocido una pareja tan enamorada como ellos.

—No lo diga muy alto, no vaya a

escucharla Corey —bromeó encantado Jaime.

—Bahh —hizo un gesto con la mano para quitar importancia—. Corey y yo hemos sido muy felices, y seguimos siéndolo. Pero él estaría de acuerdo conmigo; tus padres se amaban de tal manera, que cuando los veías juntos, sabías que no habría nada ni nadie que podría separarlos. Créeme Jaime, las muestras de amor de tu padre eran siempre grandes. Algo entre ellos, sin necesidad de buscar alabanzas ni testigos; una conexión entre esa pareja que todos envidábamos, pocas veces se puede conocer el amor tan puro y sincero.

Jaime se emocionó, él también los

recordaba así. Llevaba años pensando que igual era imaginación suya por querer recordarlos con cariño.

Amparo intuyó lo que estaba pensando.

—Sí, hijo, ellos se amaban con locura. Por eso sé que Rebeca y tú vais a tener un matrimonio igual al de ellos. Como te he dicho, eres idéntico a tu padre en todos los sentidos.

Jaime la abrazó, agradecido.

Llamaron a la puerta y entró David, con su frac impecable, puesto que era el padrino. Todos los hombres acudirían a la boda vestidos de frac, excepto el novio, que le había pedido un gran favor a Anais: La había llamado por teléfono para que buscara en su armario un traje

negro que Rebeca le regaló hacía años. El primer diseño para hombres que su futura esposa había creado en el pasado. Cuando la ayudante le mandó la foto para ver si hablaban del mismo, y él confirmó, lo mandó por mensajería urgente.

—Traigo la flor para colocar al novio. Y está esperando el fotógrafo en la puerta.

Amparo le hizo una seña para que lo dejase pasar. Al tener al novio y a la novia en la misma casa, tenían que hacer las fotos de él cuanto antes, para que cuando Rebeca saliera de su dormitorio, el novio ya no estuviese en la casa.

En cuanto Jaime salió para dirigirse al juzgado, los Irwin se quedaron en el

comedor esperando a su hermana.

Corey fue el encargado de subir a avisar a Rebeca. Quería ser el primero de la familia en verla vestida de novia. Solo Tamy se le había adelantado, por ser la encargada de peinarla y maquillarla. Y por hacerse las fotos con ella, ya que era la madrina y saldría con el novio antes que los demás.

—Adelante —pronunció Rebeca al escuchar los golpes en la puerta.

Corey tragó saliva. Su niña pequeña estaba realmente hermosa.

—Venía buscando a mi hija, pero me he encontrado un ángel —alabó emocionado—. Mi niña, estás preciosa.

Rebeca sonrió encantada, la emoción

de su padre se palpaba.

Se abrazaron con fuerza.

—Sé que vas a ser muy feliz. No hay mejor hombre en este mundo para ti y mis nietos que Jaime.

Rebeca asintió, ella también lo creía.

—¿Vamos? —preguntó Corey, ofreciéndole el brazo.

Rebeca enlazó el suyo, bajaron juntos las escaleras, y sus hermanos se quedaron pasmados. Sabían que Rebeca estaría guapa, pero no tanto. Y además, ¿cómo había conseguido tener un vestido así a tiempo?

Cada uno de los hermanos, en su interior memoraba escenas de Rebeca. Recuerdos del pasado los abordó. Ella

de niña jugando con todos ellos. Parecía que fue ayer, y hoy estaba a punto de casarse y engendrando dos bebés en su interior. La alegría era inmensa, y aunque cada uno tenía sus propios pensamientos, solo uno tenían en común: Rebeca había nacido para casarse con Jaime.

El primero en reaccionar fue Javier, con un brillo en la mirada especial, porque era un día para recordar eternamente. Se acercó a ella.

—Estoy muy orgulloso de ti —susurró en su oído—. Eres la hermana y novia perfecta.

Rebeca también se emocionó, sus hermanos, uno a uno, iban diciéndole cosas emotivas, abrazándola con un

cariño y admiración que nunca habían demostrado delante de todo el mundo.

—Tía Beca, ¿eres un hada?  
—preguntó Nerea sin poder dejar de mirarla.

Rebeca sonrió y le dio un beso enorme a la pequeña.

Al llegar al juzgado, se quitó el abrigo, para que al entrar el novio la viera perfecta.

Y así fue, cuando Jaime se dio la vuelta para mirarla, se quedó anonadado. La mujer que estaba a punto de unir su vida legalmente a la de él era un ángel.

«¡Mi ángel!», se recordó. Rebeca había sido siempre su salvoconducto a

la felicidad. La única capaz de ver su alma y amarlo sin medida. Sonrió hipnotizado y con un recuerdo, gracias a las palabras de Amparo. Él iba a amar a Rebeca, tanto como su padre había amado a su madre.

Claro que Rebeca también se sorprendió, pues ver a Jaime con aquel traje era lo último que esperaba. Una vez más, él la sorprendía con una muestra de amor. Jaime no había hecho nada en su vida sin pensar en ella, sus muestras de amor eran constantes, sin necesidad de utilizar palabras, así era él, y así era como ella lo quería.

Sus ojos conectaron y ya no se separaron en lo corta que fue la ceremonia. Ambos supieron que por fin

había llegado el día. Todo su pasado... su vida juntos... los llevaba hasta ahí, a dar el gran paso. Todo cuanto habían hecho estaba predestinado a acabar en el lugar que estaban en ese momento: Ante un juez y su familia, uniéndose con todos por testigos.

Durante un minuto, se quedaron a solas antes de salir al exterior.

Jaime pegó su frente a la de ella, ronronearon y se besaron.

—Te amo, Rebeca.

—Nosotros también te amamos, Jaime —respondió en nombre de sus hijos y de ella. Una respuesta que al novio le llenó el alma más de lo que Beca pudiese imaginar.

La levantó en brazos y así salieron al exterior.



## Capítulo 27

El amor te hace cambiar, y  
los celos también

Rebeca había dejado el traje de novia de Tara casi terminado. La madre de la futura novia, que era modista jubilada, agradeció el trabajo realizado y se ofreció a terminarlo. Nada le haría más ilusión que poder colaborar en el vestido más importante en la vida de su hija. Por lo tanto, Jaime aprovechó para tener su mini luna de miel. No era lo que tenía pensado, pero Rebeca había

prometido que en cuanto terminara, en el mes de marzo, el proyecto en el que estaba volcada, disfrutarían de esa luna de miel que ambos merecían y deseaban. Salieron de buena mañana en dirección a Luss, un pueblo ubicado a orillas del Lago Lamond.

Amparo, Amanda, Susana y Tamy estaban conversando animadamente sobre la boda del día anterior. Lo bien que lo pasaron en el hotel Atardecer. Si en una boda tan íntima como la de Rebeca habían pensado en todo, estaban convencidas que la de Neill y Tara iba a ser memorable. Además, los propietarios se habían implicado mucho, tanto, que Rebeca les pidió que se uniesen a la comida, un gesto que a

Blanca le llegó al corazón. Y así fue, la familia Irwin, las parejas y los padres de Blanca fueron todos los invitados.

Corey estaba en la cocina, sonriente, con la puerta entreabierta, escuchando una conversación.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Amparo al sorprender a su marido allí espiando.

—Shhhh... calla, mujer, que me voy a perder lo más interesante —musitó, consiguiendo que Amparo sintiese curiosidad.

Dallas y Estrella estaban teniendo una de sus típicas discusiones tontas.

—Esta pareja me encanta —reconoció Corey.

—Sí, a mí también.

—¿Te das cuenta lo que ha cambiado nuestro Dallas?

Amparó sonrió, claro que se había percatado.

—El amor es lo que tiene, te cambia sin darte cuenta.

Al escuchar la risa de Estrella, el matrimonio se miró.

—Ya está, se acabó —sentenció Corey—. En cuanto ella se ríe, Dallas cae rendido.

Y así fue, el abogado besó a su mujer, dando por terminada la conversación; o la discusión sin sentido que estaban manteniendo.

—Tengo ganas de conocer a la mujer

que va a hacer cambiar a nuestro Rubén —aventuró Amparo.

—¿Crees que él va a cambiar?

—No es que lo crea, es que ya está cambiando. Por eso tengo ganas de ponerle cara a esa mujer.

Corey levantó las dos cejas.

—No me mires así. Ayer, se pasó media tarde pegado al móvil. Y su cara de bobo lo delataba.

Corey se carcajeó, era cierto, él también lo había notado, pero no era tan intuitivo como su mujer.

—¿Quién será?

—No lo sé, pero algo me dice que Rebeca la conoce, la escuché tirándole puyitas —ironizó Amparo.

—Ahhh... si Rebeca la conoce, Rubén no tendrá escapatoria.

Volvieron a reírse, buena era su hija, si estaba convencida que la mujer que le interesaba a su hermano iba a tener escapatoria. A casamentera no la ganaba nadie.

Por la noche, tres parejas celebraron el Año Nuevo en el hotel de los padres de Blanca. Dallas, Estrella, Víctor, Susana, Malcom y Blanca.

A las doce en punto, cuando todo el mundo gritaba Feliz año nuevo, Dallas besaba a su mujer con posesión. Cuando separaron sus bocas, susurró:

—Hace justo un año que nos besamos por primera vez.

Estrella sonrió, encantada de que su *abogaducho* recordase ese momento tan especial.

—Justo hace un año, decidí en ese mismo momento que iba a lanzarte un desafío.

Dallas levantó una ceja.

—¿Un qué?

—Un desafío por amor.

—Preciosa, fue la mejor ocurrencia que has tenido en tu vida —reconoció sonriente.

Estrella se mordió el labio y le pidió que la esperara.

Diez minutos habían pasado, y el abogado no dejaba de mirar la entrada del baño, la gente entraba y salía. ¿Se

encontraría mal Estrella? Estaba a punto de encaminarse a los servicios cuando recibió un mensaje de ella.

Abogaducho, te debía una foto.  
Si eres listo, sabrás encontrarme.

Dallas sonrió como nunca, su mujercita le había mandado una foto, totalmente desnuda en la cama de la habitación que tenían reservada para pasar la noche.

Cerró el móvil y se marchó a buscarla corriendo.

—¡Qué prisas tiene Dallas!  
—comentó Víctor.

—Supongo que Estrella tendrá algo que ver —guaseó Susana, porque su amiga le había comentado en la cena

que, antes de casarse, Dallas y ella discutieron por una fotografía que se negó a hacerse para él. Y que hoy iba a darle la sorpresa.

La interiorista recibió varios mensajes felicitándole el año. Víctor observó que ella respondía.

«¿Máximo también le habrá mandado uno?», se preguntaba sin querer aparentar estar molesto, pero lo estaba.

Al ver que Susana reía, ya no pudo más.

—¿Además de guapo también es gracioso? —escupió la pregunta como si le quemara.

Susana lo miró.

—No sé a qué te refieres.

—No soy idiota, Su. Sé perfectamente que el italiano que conociste te manda mensajes.

La interiorista frunció el ceño.

—Eso no es verdad.

—¡Claro que sí! No me mientas, Su —pronunció molesto. Él no era un hombre mentiroso y esperaba que ella tampoco lo fuese.

—No te estoy mintiendo —se ofendió.

Víctor apretó los labios, no quería soltar por su boca lo que estaba pensando. Sin embargo, la rabia habló por él.

—¿Estás jugando a dos bandas?

Susana levantó las cejas. ¿Qué

pregunta era esa?

—Intentaré pensar que el vino que hemos bebido está hablando por ti. Porque de no ser así, vamos a acabar mal.

Víctor se irguió y se puso frente a ella.

—No había vino en mis venas cuando la otra noche recibiste un mensaje del italiano —dispuso con el semblante serio—. Así que ahora dime, ¿estás o no jugando a dos bandas?

—No me puedo creer que tuvieses el valor de controlar mis conversaciones —rabió—. ¡Cómo se te ocurre!

—Yo no he controlado nada, simplemente vi que te llegaba un

mensaje —se defendió y bramó perdiendo los papeles—: ¿Sí o no, Su?

Malcom se dio la vuelta, vio a la pareja muy alterada y se temió lo peor. ¡Vaya manera de empezar el Año Nuevo!

—Si esperas que responda a algo así, no sé qué estoy haciendo aquí —dijo Susana indignada.

Víctor se llevó las manos a la cabeza, se echó el pelo atrás y suspiró fuerte.

—No necesito una respuesta, ahora ya tengo claro lo que estás haciendo.

A Susana le entraron ganas de darle una bofetada por insinuar algo semejante. Bajó la cabeza y negó.

—La idiota, eso estoy haciendo

—confesó y volvió a mirarlo a la cara—. Cuando me propusiste venir aquí, pensé... —prefirió callar, no merecía saberlo—. Gracias por fastidiarme el Año Nuevo.

Se dio la vuelta e hizo el ademán de marcharse. Aunque las manos de Víctor la retuvieron.

—Yo también pensaba muchas cosas, y desde luego una de ellas no era que tú estabas tonteando con otro.

Susana se giró y lo acribilló con la mirada.

—¿Me crees capaz de hacer algo así? —preguntó molesta e indignada.

—Te lo he preguntado y no has respondido.

—¡Si me conoces, sabes de sobra que no necesito responder a una acusación tan sucia!

Víctor se quedó descolocado, la reacción de ella dejaba claro que él había metido la pata hasta el fondo.

—Vi la entrada del mensaje —intentó justificarse.

—No sé qué viste y, sinceramente, tampoco me importa saberlo —confesó—. No mantengo contacto con ese hombre. Me pidió el número de móvil y no se lo di, a pesar de que tú y yo seguíamos sin hablarnos —reconoció honesta—. Lo creas o no, Víctor, sé lo que es respetar a mi pareja, algo que tú no has aprendido.

Víctor se quedó pasmado, ¿acaso se había vuelto loco y había visto alucinaciones?

—¿Entonces quién es Mássimo?

Susana lo escrutó con la mirada.

—Un buen amigo de mi familia. Lo conozco desde hace muchos años.

—¿Y no se llama así el *Míster Italia*?

—preguntó rápido, porque esa información la averiguó escuchando a sus cuñadas hacía poco.

Susana sabía que ese era el mote que habían puesto las chicas al hombre que conoció cuando salieron de fiesta. Se sorprendió y comprendió que Víctor hubiese confundido de persona a Mássimo.

—Sí, al igual que muchos hombres que viven en Italia. Es un nombre muy común.

Víctor cerró los ojos, no se podía creer que él hubiese sido tan necio. ¿Desde cuándo se comportaba como un auténtico...? No encontraba siquiera la palabra adecuada.

Se quedaron mirándose a los ojos. Él sabía que una simple disculpa no era suficiente. Así que no tuvo más opción que sincerarse, le gustase o no, no había más remedio si quería que Susana lo perdonase.

—No sé qué me está pasando, Su  
—pronunció rendido—. Ni siquiera me reconozco.

Susana notó el pesar en su voz, prefirió permanecer callada hasta que él terminase.

—Hace un año me hubiese dado lo mismo. Y tú lo has cambiado todo —confesó, sin apartar la mirada, para que supiese que no mentía—. Vi el nombre de Máximo y algo dentro de mí se movió. No quise darle importancia, pero hoy... —se lamentó, pero necesitaba que ella supiera lo que le estaba pasando por dentro—. He sentido rabia. Y eso me asusta, Su. Nunca he sido un hombre rabioso.

Susana por fin intervino, su sinceridad había conseguido que, a pesar de estar muy enfadada, comprendiera lo que de verdad él estaba

diciendo.

—Eso no es rabia, son celos —confirmó.

—¿Siempre va a ser así? —pronunció tan angustiado, que Susana se apiadó de él.

—Depende de nosotros —masculló mientras le retiraba el cabello de la frente—. Es cuestión de confianza. Yo también sentí esa sensación aquella noche —confesó—. No es agradable.

Víctor negó con la cabeza.

—No, no lo es.

Susana lo miró con cariño. Era posible que esa confusión pudiese aportar a esa relación algo de esperanza. Por como él estaba siendo honesto,

inclusive podía salir reforzada.

—Me temo que solo hay una solución  
—comentó.

—¿Cuál?

—Que confiemos el uno en el otro.

Víctor besó la frente de Susana, dejó sus labios allí unos segundos.

—No puedo volver a pasar por esto. He sido un idiota, Su. No debí desconfiar de ti, no me habías dado motivos para ello... ha sido todo tan ilógico.

Susana sonrió, Víctor podía ser muchas cosas, pero estaba ahí, apechugando por su mal comportamiento. Sincerándose y siendo objetivo. Era un gran paso.

—No le pidas lógica a los celos, Víctor, porque no la vas a encontrar.

—¿Confías en mí? —preguntó preocupado.

—De no ser así, no estaría aquí ahora mismo —respondió sincera—. ¿Y tú, confías en mí?

Víctor acarició los hombros de Susana.

—Se casó mi hermana, y en unos días lo hará Neill. Sabes que mi familia es lo más importante en mi vida —explicó sin dejar de acariciarla ni mirarla—. No quería vivir ese momento sin estar contigo. Ya no puedo ni quiero dar un paso, o tomar una decisión, si tú no estás a mi lado, Su —confesó y consiguió

emocionar a la interiorista—. Supongo que eso es estar enamorado. De no confiar en ti, o no estar seguro de lo nuestro, ten por seguro que no te hubiese llamado.

Susana lo abrazó. Por primera vez, desde que empezaron a salir juntos, sintió que esa relación iba a tener futuro: Un gran futuro.

—Te quiero —susurró Susana, casi inaudible. Pero Víctor lo escuchó y respondió.

—Lo creas o no, a pesar de haber sido un necio con mi estúpido comportamiento, y no habértelo demostrado... te amo.

Susana lo apretó con fuerza. ¿Había dicho te amo? Sí, lo había dicho y, para

rematar, el continuó:

—Sé que las palabras se quedan huecas muchas veces, pero voy a demostrártelo a partir de hoy con hechos. Espero que dentro de cuarenta o cincuenta años recordemos este momento.



# Capítulo 28

## La boda soñada

Tara estaba nerviosa, todo había sido muy rápido, pero ahí estaban, a punto de dar el gran paso. ¿Y si se habían olvidado de algo? Las prisas no eran buenas.

La madre entró y la tranquilizó, de momento todo iba sobre ruedas. Además, con o sin prisas, habían organizado la boda que ella siempre había soñado.

Tara se miró en el espejo y notó la

emoción en los ojos de su madre. Tenía razón, durante muchos años soñó con encontrar un buen hombre; algo que parecía ser imposible, ya que ninguno antes que Neill se había fijado en ella para llegar tan lejos. Parecía que el destino había puesto en su camino al único hombre que de verdad estaba hecho para ella: Los dos sentían lo mismo.

El padre de Tara entró en la habitación y sonrió orgulloso al ver a su hija vestida de novia. Como buen escocés, iba a cumplir la tradición vistiendo con su kilt, al igual que sus invitados y el futuro novio.

—Este es un gran momento —confesó emocionado su padre, que se descolgó

del hombro el tartán que portaba con el escudo grabado de la familia Campbell. Cubriendo así a su hija, protegiéndola del frío y como seña, de que por última vez lo llevaría puesto.

En la casa de los Irwin, la pequeña Nerea miraba a todos los hombres.

—Mami, van todos con faldas —comentó, dando tirones a la cola del vestido de noche que llevaba Amanda, de color azul marino.

—Pero están guapos, ¿a que sí? —preguntó aguantando la risa al ver que la niña ponía caras raras.

—De aquí —señaló su cintura—, aquí —terminó su mano en la cabeza—, sí.

Tamara se carcajeó.

—Cuando sea mayor, se lo preguntaremos de nuevo —bromeó Tamy con Amanda. A ellas les ponía mucho ver a sus chicos con kilt.

—A quién no voy a preguntar es a David, casi se le salen los ojos de las órbitas cuando te ha visto con este vestido —comentó risueña.

Tamy llevaba un vestido muy ceñido de color vino, con un escote muy sensual por la parte trasera, dejando su fina piel al descubierto.

—Pues espera a que Dallas vea a Estrella —comentó alegre la peluquera—. Se va a poner enfermo.

Y las dos rieron porque fue justo

terminar la frase y aparecer la aludida bajando las escaleras. Las dos mujeres buscaron con la mirada a Dallas. Al ver que él tiraba la cabeza atrás y resoplaba, confirmaron lo que habían dicho. Y es que el abogado, al ver a su mujer con un vestido verde, de tubo, con cientos de plumas en la falda, la espalda al aire y sus pechos casi al descubierto, sintió que quería subirla al dormitorio de nuevo y no dejarla salir de la cama.

Víctor le dio un toque a su hermano, comprendía lo que estaba pensando, claro que al ver a Susana con un vestido dorado, que parecía haber sido creado para que ella lo luciera en su maravilloso cuerpo, dejó de reír. Dallas lo miró y le cuchicheó:

—Bienvenido al club de los sufridores.

Víctor miró a Dallas y preguntó.

—¿Esta sensación desaparecerá?

El abogado sonrió y negó con la cabeza.

—No —respondió contundente—. Aunque, para serte sincero, tampoco quiero.

Víctor admiró la sinceridad de Dallas. ¿Cuánto había cambiado su hermano en tan poco tiempo? De todos ellos, hubiese puesto la mano en el fuego que Dallas sería el último en responder tan abiertamente. Sonrió encantado, era un consuelo saber que no era el único que se había enamorado y, por

consiguiente, su pregunta no la había tomado su hermano como algo tonto.

Malcom entraba por la puerta de la casa, cogido del brazo de Blanca, que los dejó a todos maravillados. Sin duda, era la muchacha más refinada de la boda. Con una falda ahuecada de color cereza y una blusa ceñida de gasa transparente del mismo color, cubierta de pedrería que cubría cualquier parte de su anatomía que pudiese ser pecado enseñar.

Rebeca llegó hasta ellos, y Jaime la miraba con adoración desde el otro lado. En esta ocasión, era él quien vestía de esmoquin, ya que no era escocés y esa tradición no le pertenecía, aunque admiraba y le gustaba que los Irwin

intentaran continuar las tradiciones de la familia.

—¿De verdad lleva gemelos mi hermana? —preguntó Rubén, que estaba mirándola junto a Jaime.

El mecánico estudió a su mujer, comprendía la pregunta de su cuñado. Rebeca, que una vez más destacaba por su elegancia y buen gusto, al elegir un vestido malva claro, bordado con brillantes finos y de cola, dejaba ver su buen tipo. El vestido, al estar ceñido, confirmaba que todavía no había engordado, más bien, todo lo contrario.

—Está más delgada que nunca —confirmó Jaime—. Lleva mes y medio que apenas ha pegado bocado.

Rubén torció los labios.

—Bueno, eso cambiará —afirmó, ya que Rebeca no era de pasar hambre.

—Y tanto, en Noche Vieja por fin las náuseas le dieron una tregua —informó risueño—. Me despertó a las tres de la madrugada para que fuese a buscarle algo de comer.

Rubén se carcajeó, se imaginaba el numerito de Rebeca.

—¿Y qué hiciste?

—Uff... no quieras saberlo.

—Cuenta, cuenta —animó contento.

—Bajé a recepción, una suerte que el hotel era muy tranquilo —alabó, al elegir un lugar de descanso—. Tuve que suplicar, que mi mujer estaba embarazada, y sus cambios de humor

podían despertar a todos los clientes.

Rubén se carcajeó, conociendo a Rebeca, no había mentido Jaime.

—¿Y te creyeron?

—Sí —respondió riéndose—. Hacía poco que el recepcionista había sido padre, y parece que los cambios hormonales de su mujer se quedaban cortos con los de tu hermana.

Las risas de ambos llamaron la atención al resto, se quedaron mirándolos, pero apareció Amparo, con un vestido color tierra oscuro, muy orgullosa por ir cogida del brazo de su hijo Neill.

Corey, dichoso porque hoy era un gran día, se acercó a su hijo Javier, por

ser el padrino. Tenían que cumplir con el rito. Se puso delante de él, se descolgó el tartán que llevaba colgado al hombro, bordado con el escudo del clan Irwin, y se lo pasó.

El resto de hermanos permanecieron en silencio, henchidos de orgullo porque Neill iba cumplir con la tradición.

Javier le dio un abrazo a su padre y se dio la vuelta para acercarse al novio. Uno frente al otro, se miraron a los ojos. Repitiendo los mismos pasos que su progenitor, colocó el tartán en el hombro de su hermano, y este se irguió para que la prenda no se moviese, hasta que, llegado el momento, pudiera cubrir a su esposa, recibéndola con ese gesto, en la familia Irwin.

Amparo se llevó las manos al corazón, y a Rebeca se le llenaron los ojos de lágrimas. Era un momento inolvidable, ningún hermano lo podría olvidar; Javier no se casó con Alicia cumpliendo el ritual. Algo que ahora agradecían todos.

Ya estaban preparados, solo faltaba la novia. La hermana de Tara le apretó el hombro a Neill, se le notaba nervioso.

El Ave María cantado por el coro de la iglesia empezó a sonar, y los ojos de Neill se clavaron en la entrada, por fin su *pequeña* iba a entrar por la puerta.

Cuando la vio aparecer, sintió que el corazón se le aceleraba. Javier fue el

primero en ir a recibirla, debía cumplir como padrino, y así lo hizo. Llegó hasta la novia, que iba acompañada del padre, el encargado de retirarle el tartán, doblarlo y entregárselo a Javier, quien lo recibió para prenderlo en su hombro izquierdo; confirmando que acogían al clan Campbell para unirse al de los Irwin.

Amanda sonrió, sabía que Javier estaba emocionado porque Neill lo hubiese elegido a él en el día más importante de su vida.

—¡Halaaa, la tía Tara está muy guapa! —susurró Nerea a su madre—. Y mi papá también está guapo.

Sonrió Amanda, que acarició la cabeza de su hija.

—¿Incluso llevando falda?

La pequeña asintió enérgica.

—Sí, es el más guapo del mundo mundial.

Cuando Neill vio a Tara con su vestido de novia, suspiró. ¡Era única! Pensaba que era tontería lo de guardar tanto secretismo, ahora agradecía que las mujeres hubiesen sido tan discretas. Verla allí, con el vestido más original que jamás hubiese imaginado, era el mejor regalo de boda.

Los invitados pensaron lo mismo que Neill. Pocas veces habían visto en esas tierras a una novia casarse con un vestido tan exclusivo. No era nada del otro mundo, más bien sencillo, hecho

con tul blanco. Pero la fina tela de gasa, con rosas rojas bordadas a mano, le daban el toque único y original que a todos había maravillado.

Al llegar al altar junto a Neill, se miraron a los ojos, a pesar de llevar el velo puesto, al ser fino, no impidió que sus miradas se encontrasen.

—Estas preciosa, *pequeña* —susurró Neill, consiguiendo que Tara le regalase una sonrisa maravillosa.

El padre Conrad ofició la ceremonia, y por fin había llegado el momento más deseado: Descubrir el rostro y poder besarla.

La gente aplaudió, y Neill suspiró agradecido a Dios: Estaba casado con la mujer de su vida.

Faltaba un último detalle, que Neill, tan ensimismado mirando a su esposa, se había olvidado.

—Neill, cubre a tu mujer con el tartán —susurró Javier sonriente, sabía que su hermano estaba en otro mundo.

—Voy —se disculpó—. Lo siento.

Javier negó con la cabeza y al ver que Tara sonreía, por el descuido de su... ya marido, le guiñó un ojo cómplice.

Neill, con una delicadeza extraordinaria, demostrando que ese hombre adoraba a la mujer con la que se acababa de casar, la cubrió con el tartán. Sin importarle el resto del mundo, solo su mujer, la alzó y la besó con auténtica devoción.

Se escucharon algunos vítores por parte de los hermanos Irwin. La gente aplaudió, y las gaitas comenzaron a sonar.

Había salido todo de maravilla. Nadie podía creer que en tan poco tiempo se hubiese organizado una boda con tanto esmero.

Neill felicitó a los padres de Blanca, que, una vez más, habían sido invitados a unirse a la celebración.

Tara estaba riéndose por un comentario que había hecho su hermana. Neill le sujetó la mano y mirándola a los ojos, habló:

—Es hora de que cumpla mi promesa.

Tara se puso en pie, no se acordaba, y

le encantó que su marido fuese un hombre de palabra.

Se dirigió al centro del salón. Sin apartar la mirada de Tara, colocó su cuerpo en posición para bailar el vals que ella deseaba.

Había estado practicando toda la semana con su cuñada Tamara. No era un experto, pero tampoco haría el ridículo que pensaba en un principio.

Amparo sonrió, sus hijos sabían hacer las cosas por amor. Y eso decía mucho de ellos.

A mitad de la canción, Neill volvió a aupar a su esposa y terminó con ella entre sus brazos y en andas. Al parar, de nuevo, sin importarle nada, la besó. Era el principio de su nueva vida como

marido y mujer.

Rubén sonreía, ver a su hermano tan feliz no tenía precio. Además, ese baile le había costado bastante sudor, Tamara tuvo mucha paciencia enseñándole.

Ahora tocaba el turno a los invitados y como él no era de bailar, volvió a sentarse y sacó su móvil. Llevaba todo el día mandando fotos a Anais.

—*¿Quién es esa chica pelirroja?*  
—preguntó Anais al recibir la última foto.

—Una amiga de Tara —respondió. Al ver que ella no decía más, quiso cobrarse su venganza, ya que el otro día él con la cita de ella lo pasó mal—. Me ha dicho de quedar mañana.

—*Ah, ¿vas a tener una cita con ella?*  
—se interesó.

—Mis citas no son como las tuyas  
—respondió sin querer dar más detalles, esperando escuchar la reacción de ella, quería averiguar si estaba molesta.

—*Bueno, ya me entiendes.*

—No, no te entiendo.

Anais gruñó, y eso divirtió a Rubén.

—*Vale, lo preguntaré de otra manera* —comentó—. *¿Vas a acostarte con ella?*

Rubén se sintió pletórico, Anais lo había preguntado con desgana, lo que significaba que sí estaba molesta.

—Es muy guapa —reconoció, aunque no hacía falta, Anais la había visto, pero

quería picarla.

—*Bueno, que te lo pases bien*  
—deseó, aunque por dentro estaba rabiosa.

Rubén notó la premura en su voz, se estaba despidiendo.

—¿Celosa? —indagó sin más, para qué perder el tiempo.

—*No sé por qué tendría que estarlo*  
—respondió, intentando disimular su malestar—. *Tú y yo no tenemos nada, ¿verdad?*

«¡Menuda pregunta! No, no tenemos nada... ¿O sí?», se preguntó Rubén, porque a pesar de no tener... o eso es lo que él creía, bien le jodía que ella tuviese citas.

—No tenemos nada porque tú no quieres —la acusó sin vacilar.

—*Ya tienes a la pelirroja, no me necesitas* —le recriminó.

«¡Que no la necesito, dice! Maldita sea, voy a explotar de un momento a otro por culpa de ella». Se dijo, aunque Anais no se refería solo al sexo.

—¿Y si te necesitara? —preguntó tan serio, que Anais se quedó extrañada.

—*Rubén, creo que ambos sabemos que tú lo único que necesitas es un revolcón para saciar el calentón del momento.*

—¿Eso crees?

—*No lo creo, es lo que tú has dejado claro desde el primer momento.*

El profesor apretó los labios, ella tenía razón, lo había hecho. Y mientras él pensaba, ella hizo una pregunta que no esperaba.

—*Desde que nos conocimos, ¿alguna vez has pensado en mí en algo más que para llevarme a la cama?*

Sí, lo había hecho, cientos de veces, pero para ser honesto, en todas ellas acababan disfrutando en mil lugares distintos, follando como locos.

—Lo dices como si fuese algo malo. El sexo, Anais, es más importante que muchas otras cosas.

—*Puede, pero cuando necesitas a alguien al lado, el sexo no lo soluciona todo* —comentó con tranquilidad, para

que él se diese cuenta que ella de su pareja lo quería todo.

—¿Y tú necesitas a alguien?  
—indagó, necesitaba esa respuesta.

—*Ahora mismo no, pero no te voy a mentir, echo de menos tener a alguien a mi lado.*

—Ya me tienes a mí —dijo sin pensar, y él se sorprendió de lo que acababa de decir en voz alta.

—*Ya sabes a lo que me refiero...*

—No, no lo sé.

—*Me refiero a tener a un hombre a mi lado, que cuando llegue a casa me escuche, me mime, me colme de atenciones* —argumentó—. *En definitiva; echo de menos tener una*

*pareja.*

Rubén tragó saliva, desde luego no se podía decir que Anais no fuese sincera y directa.

—Dijiste que sufriste por amor —le recordó—. Y aun así me estás diciendo que es eso lo que quieres.

Anais tardó en responder.

—*Nunca has estado enamorado, Rubén —musitó—. Sufrir por amor es doloroso, pero todo lo anterior es tan maravilloso que anhelas volver a sentirlo de nuevo.*

—Por eso aceptas esas citas a ciegas, ¿no?

—*Sí, porque creo que merezco ser feliz, y el amor, aunque tú no creas en*

*él, siempre aporta felicidad.*

—Hasta que te hace sufrir  
—sentenció Rubén, no quería dar su brazo a torcer. El amor no estaba hecho para él, puesto que no estaba dispuesto a llegar a sentir ese sufrimiento que muchos pasaban cuando el amor los abandonaba.

*—Quien no se arriesga no gana.*

—¿Cuándo se gana en el amor?  
—preguntó Rubén.

*—Hoy estás en uno de esos triunfos, pregúntales a Neill y a Tara.*

Rubén buscó con la mirada a su hermano y se sintió estúpido. Anais tenía razón, ahí estaba la muestra de cuando el amor llamaba a la puerta y se

quedaba dentro.

Pasaron el resto de la noche hablando. Cuando llegó la hora de retirarse, como se quedarían a dormir en el hotel, se subió a su habitación y continuó la conversación. Llegó un momento que ambos estaban ya cansados y cuando miró su reloj, ya era hora de levantarse. ¿Cómo podía haber pasado toda la noche hablando con ella y sentir que solo llevaban dos minutos?

—*Buenas noches, Rubén.*

—Buenos días, Anais.

Se rieron y se despidieron.

—Anais, no me olvides.

La ayudante de Beca se llevó el móvil al corazón nada más colgar, suspiró y

habló en voz alta.

—Imposible olvidarte, Rubén, por más que lo intento, es una quimera.



# Capítulo 29

## Un mal trago

El día nueve de enero, ya pasadas las fiestas navideñas, todo volvía a la normalidad.

Neill y Tara eran los únicos que estaban disfrutando de su luna de miel, en Hawái: Regalo de boda del padrino.

Rebeca estaba en su taller, escuchando a Anais y riéndose. Esa mujer y su hermano estaban hechos el uno para el otro.

—Te lo digo muy en serio, Beca, tu

hermano me pone a mil —confesó—. Cuando me mandó las fotos de tu boda, con el esmoquin... uff... im... pre... sio... nan... te —pronunció separando la palabra para dar más efecto—. Pero cuando lo vi de escocés... ¡Ay, madre! —exclamó, llevándose una mano al corazón, la otra a la frente y echando el cuerpo hacia atrás como si se estuviese desmayando.

Rebeca se carcajeó a gusto. Era única su ayudante.

—Uff... verlo con falda me pone...

—Directamente te pone —la interrumpió Beca—. Con o sin falda.

—La verdad es que sí —se sinceró—. ¡Y me está volviendo loca!

—Vamos a ver, Anais —se interesó—. No entiendo, si tanto te gusta, ¿por qué no le das una oportunidad?

—Te lo he dicho —le recordó, porque habían hablado de ello—. Tú misma has reconocido que Rubén es de lo que no creen en el amor. No puedo prendarme de él sabiendo que al final acabaré sufriendo.

Rebeca torció el labio, la comprendía, pero también había que aclarar las cosas, su hermano lo merecía.

—Tampoco le había interesado una mujer lo suficiente como para creer en el amor. ¿Y si tú le gustas más de lo que piensas?

Anais la miró fijamente.

—Sé que le gusto —confirmó sería—, ciega no soy. Si me acuesto con él sin estar segura de que lo único que hay entre nosotros es atracción sexual, lo voy a lamentar.

Rebeca analizó las palabras.

—Lo único que puedo decirte es que eres la única mujer que ha conseguido tener a mi hermano toda una tarde pegado al móvil.

Anais sonrió, era cierto. El día que se casó Rebeca, estuvieron cuatro horas hablando sin parar. Y en la boda de Neill, por la noche.

—¿Crees que mi plan saldrá bien?  
—preguntó preocupada, Rebeca era la

única que conocía a Rubén para darle esa respuesta sincera.

—No es un mal plan —reconoció—. Arriesgado sí, aunque si estás dispuesta a seguir adelante, estoy convencida que acabarás con Rubén —pronunció, guiñándole un ojo y dándole esperanzas.

Anais se relajó, la respuesta que le había dado le daba ánimo. Su plan era el que empezó en la cena de empresa. Hacerle creer a Rubén que ella no estaba interesada en él, puesto que era un hombre que no buscaba lo mismo que ella. Ya vería poco a poco si notaba en él algún cambio, de momento, y para no sentirse herida, fingiría ser una mujer promiscua. Muchos hombres deseaban lo que no podían tener; Rubén, estaba

convencida, era uno de ellos.

Parecía que de tanto pensar en él lo había invocado, sonó el timbre y Rebeca sonrió.

—Por la hora que es, imagino que es mi hermano que viene a buscarte.

—¿A mí? —preguntó rápida e incrédula.

—Ainsss... Anais, Anais...  
—ironizó—. De no ser por ti, él no vendría a visitarme a diario  
—argumentó y se echó a reír al ver el rostro de boba enamorada que se le había quedado a su ayudante.

\*\*\*

Dallas estaba sentado en su despacho, con el semblante serio. Acababa de

darles la noticia a Amanda y a su hermano, de que pronto tendría una vista ante el juez.

—No lo entiendo, hace un mes pudimos parar esto —aseguró Javier.

—Sí, pero Sebastián ha mandado los documentos judiciales —explicó con tranquilidad, para que no se alterasen más de lo que estaban—. Quiero que respiréis y no os vengáis abajo con lo que os voy a explicar, es primordial que estéis serenos y comprendáis a lo que nos vamos a enfrentar.

Amanda cogió la mano de Javier, necesitaba sentir su fuerza.

—Estos documentos son el método que la ley tiene para informaros que Sebastián ha presentado una demanda de

paternidad.

Amanda, sin querer, apretó con fuerza, Javier permaneció inmóvil para que ella estuviese más tranquila, aunque por dentro estaba bramando una y otra vez que quería matarlo.

Dallas intentó ser lo más suave posible, pero ahora venía la estocada que los iba a rematar.

—Lo han presentado, entre otras cosas, porque es la única forma de impedir que Javier adopte a Nerea, esto paraliza la adopción, no podéis seguir adelante sin su consentimiento.

Javier cerró los ojos. Amanda soltó la mano de este y se tapó la boca, solo quería gritar.

—No puede ser verdad —dijo casi para sí misma.

Dallas hubiese deseado poder decir algo que los animara, pero era mejor ser realistas.

—Está complicado, no lo voy a negar —comentó sin dejar de mirar a Amanda, le era imposible desviar la mirada a Javier, ese rostro de amargura no podría olvidarlo—. Tampoco está todo perdido.

Javier, por fin habló. Una vez más, demostraba la grandeza de ese hombre y el amor que sentía por Amanda y por la pequeña.

—El que Nerea pueda llevar mi apellido no es un problema —aseguró rotundo—. Para mí seguirá siendo mi

hija de la misma forma.

Amanda sintió que el corazón se le partía.

—Lo que tenemos que impedir es que ellos tengan derechos legales. No sé qué hay que hacer, pero encuentra la solución, Dallas, mi hija no es una moneda de cambio. Ni el juguete de nadie.

Ahí erradicaba el dolor de Amanda y de Javier. Sebastián podía haber aparecido en sus vidas buscando a Nerea, incluso llegaría a comprenderlo. Ahora no solo no lo entendía, sino que no estaba dispuesto a permitir que Alicia usara a la niña para amargarles la vida a ellos. Su hija era lo primero.

Era un mal trago para Dallas, lo que

su hermano estaba pidiendo era imposible. Si el juez descartaba el contrato firmado por Sebastián, tendrían que ir a juicio, donde la prueba de paternidad le concedía todos los derechos legales a Sebastián para actuar como padre.

Una hora después, cuando se encontraba el abogado a solas, su mujer entró a animarlo. Sabía por lo que estaba pasando.

—Dally, deberías hablar con alguno de tus colegas —indicó para que lo meditara—. Este caso te afecta personalmente, no puedes cargar con esta responsabilidad.

—No puedo pasarle el caso a nadie —aseguró—. Es mi familia, Estrella. No

voy a dejar que un desconocido se encargue del futuro de mi sobrina.

Estrella acarició la cabeza de Dallas, que estaba sentado.

—Te comprendo, pero dime, ¿qué pasará si al final consiguen que se lleve a cabo la prueba de paternidad?

Dallas apretó los labios.

—Seguiré luchando —afirmó—. Son mi familia, por lo tanto estaré junto a ellos en lo bueno y en lo malo.

Estrella se sentó en su regazo. Adoraba a su *abogaducho*, incluso sabiendo que iba a ser el peor trago de su vida, no iba a pasarle el muerto a nadie.

—Creo que nunca dejaré de admirarte

—pronunció con auténtica adoración.

—Y yo no dejaré de amarte

—respondió el abogado con el corazón en la mano.

\*\*\*

Rubén llegaba al *gran nido*. No podía continuar así, acababa de despedirse de Anais y ya la echaba de menos. No comprendía esa necesidad de estar cerca de ella. Habían ido al cine al salir de trabajar y le había gustado esa sensación de compartir con ella su tiempo libre. ¡Sin sexo!

«Estás irreconocible».

Se tumbó en la cama e intentó razonar, quería llegar a la verdad de lo que estaba pasándole. ¿Qué tenía Anais que

lo atrajese tanto? Además de su físico, que lo traía por la calle de la amargura, la personalidad de ella. Lo que más lo cautivó fue esa debilidad que ella mostraba cuando hablaba de su familia. Una conexión entre ellos en ese punto. Anais por los suyos daría la vida, y eso a él le gustó. También se sintió fascinado por esa dulzura que emanaba. Le cautivó esa templanza que tenía a la hora de evitar discusiones tontas, alejarse de cualquier polémica. A pesar de tener un carácter fuerte, sabía mantenerlo a raya. Sus conversaciones diarias conseguían que descubriera cada día algo nuevo de ella; cada sonrisa, cada palabra, cada anécdota tenían algo especial. Era inteligente, graciosa,

atrevida, sensual, fascinante, orgullosa, trabajadora, sensible, amigable, cariñosa, mandona, dulce... podría pasarse la noche entera y no acabaría.

«¡Joder, es perfecta!», se sorprendió al llegar a esa conclusión, en realidad lo que su mente acababa de descubrir era otra: ¡Es perfecta para ti!

Nervioso por el descubrimiento, intentó relajarse y dormir.

Al despertar, lo primero que hizo fue abrir su *tablet*, entrar en su grupo de p@nter@s Incomprendid@s y desearles los buenos días. Seguido, abrió un privado de Facebook a Anais y le mandó un emoticono lanzando un beso y dejándole un mensaje:

Ayer me lo pasé muy bien. Esta

tarde tengo una sorpresa para ti.  
Nos vemos, que tengas un buen día.

Seguidamente se duchó y mientras desayunaba, volvió a abrir la *tablet*, buscó una emisora de radio, la que sabía que escuchaban en el taller de su hermana todos los días, y dejó una dedicatoria para que la leyesen durante el día.

\*\*\*

Rebeca agrandó los ojos, las chicas reían al ver la reacción de Anais.

—¡No me lo puedo creer! —dijo incrédula—. Me ha dedicado mi canción favorita. Solo se lo dije una vez, y fue el primer día que hablamos.

Beca tampoco podía creérselo, su

hermano Rubén estaba ciego. Hacía cosas y compartía momentos con Anais como cualquier pareja de novios. Y él no era capaz de verlo.

Se acercó Anais a Beca y susurró:

—Me está volviendo loca, Beca, no sé qué quiere de mí. Por un lado siento que puedo llegar a más con él, pero otras veces él deja claro que no quiere nada serio.



# Capítulo 30

## Verdades que duelen

Malcom estaba hablando por el móvil en la sala de descanso, faltaba una hora para terminar su guardia.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —pronunció en voz alta, sin darse cuenta que estaba siendo escuchado—. En cuanto salga, voy a buscarte, voy a demostrarte cuánto te amo.

Miranda cerró la puerta con brío, escuchar esa frase la había matado por

dentro.

Malcom se giró al oír el portazo, no la había visto, aunque Jiménez sí, al igual que también lo había escuchado.

—Deberías tener un poco más de tacto, ¿sabes? —pronunció el ginecólogo, sorprendiendo a Malcom—. Tus conversaciones privadas pueden herir a Miranda.

Malcom levantó una ceja, ¿pretendía darle lecciones?

—Cómo has dicho, son privadas —informó, poniéndose en pie—. Lo que hable o deje de hablar no le importa a nadie.

—Le importa a Miranda, que es la única que cuenta —aseveró, imitando a

Malcom al levantarse de su asiento.

—Ahh... claro —previno—. La misma que me humilló sin importarle mis sentimientos.

Pedro hizo un movimiento de cuello a ambos lados, quería desentumecerse y dejarle a Malcom algunas cosas claras.

—Te pidió perdón por ello, ¿no?

—Ahh... ¿Y eso es lo que soluciona todo? —preguntó Malcom con deje irónico.

—Si estás enamorado, es más que suficiente —aseveró.

—Vaya, me va a hablar la voz de la experiencia —se ofendió porque fuese Pedro precisamente el que fuera darle lecciones.

—Nunca la has amado —aseguró—. Puede que la hayas querido, pero no has sabido amarla.

Una verdad que dolía, puesto que él mismo se dio cuenta en Portree de eso. Aunque no iba a permitir que el hombre que rompió su relación con Miranda, a quién él sí respetaba y equivocadamente pensaba que estaba enamorado, fuese a echarle en cara nada. Ya era hora de decir también cuatro verdades a la cara.

—Qué valor tienes —escupió las palabras—. ¿Qué sabrás tú lo que es el amor o estar enamorado?

Pedro iba a interrumpir, pero Malcom levantó la mano tajante.

—¿Te has parado a pensar cómo

dejaste a Miranda hundida, para venir a recriminarme a mí nada? Por lo menos yo la he querido, tú ni siquiera has sabido respetarla. ¡Y tienes los santos cojones de hablarme a la cara! —se expresó con rabia—. Supongo que tú lo solucionas todo pidiendo perdón, sin importarte ir jodiendo la vida a la gente —se apresuró en aclararlo—: Por lo menos a Miranda.

—Yo no le he jodido la vida a nadie —bramó porque él no lo veía así.

—¡A Miranda! Le jodes la vida cada vez que te viene en gana —puntualizó, para que se enterara—. Te piensas que puedes aparecer después de unos cuantos años, hacerla caer en tu trampa, cuando sabes de sobra que ella es

incapaz de negarte nada —adujo, por si no lo tenía claro todavía—. Consigues destrozar una relación, que de no haber aparecido tú, es posible que no hubiese terminado. Y dime, ¿para qué? Para dejarla de nuevo tirada. Seguir con tus conquistas como si ella no valiese nada. ¡¿Y eso no es joderle la vida a Miranda?!

Pedro sintió que la verdad lo golpeaba en la cara. Dolía, nunca había querido hacer daño a Miranda.

—Deberías estarme agradecido —pronunció—. De no ser por mí, no estarías ahora con una mujer de la que de verdad parece que estás enamorado.

—Sí, lo estoy —afirmó rotundo—. Aunque no voy a agradecerte nada, de

no haber roto con Miranda, no hubiese conocido a Blanca —se sinceró—. Equivocado o no, a mí me bastaba el amor que sentía por Miranda. El dolor que sentí no me compensa lo suficiente como para darte las gracias, y menos todavía cuando has hecho que esa mujer, que yo adoraba, ahora se sienta tan vacía y culpable que se está convirtiendo en una mujer amargada y desquiciada.

Pedro se quedó sin palabras, otra verdad que dolía.

Malcom se sentía rabioso y asqueado, en el fondo, sentía aprecio por Miranda. No había sido una mala chica, solo una mujer que entregó el corazón a Pedro y a pesar de creer, como él mismo, que

estaba enamorada, solo ese hombre, por desgracia para ella, ocupaba su alma.

—La verdad duele —reconoció. Ambos sabían que, uno por equivocación y el otro por no haber actuado bien, con esta conversación habían quedado las cosas claras—. Si no vas a valorarla ni amarla, aléjate de ella y deja que Miranda rehaga su vida y vuelva a ser una mujer tranquila.

Y se dio la vuelta para salir de allí, no le apetecía seguir mirándolo a la cara. Ya le había dicho todo cuanto necesitaba, esperando, o mejor dicho, deseando, que el ginecólogo recapacitara y tomase la decisión acertada con respecto a Miranda. Mientras él estuviese cerca de ella, esa

mujer seguiría perdida: Siempre caía en su trampa, porque en el fondo era al único al que ella de verdad amaba.

Pedro se sentó y se quedó pensativo, dos minutos después de salir Malcom, entró de nuevo la doctora Miranda.

—¿Qué tal la guardia? —preguntó afable Pedro.

—Bastante movidita, dos infartos han entrado esta noche.

—¿Desayunamos juntos?

Miranda asintió con la cabeza, y él sonrió.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó seductor.

—En la mía —respondió Miranda.

—Nos vemos en un rato —se

despidió Pedro.

Se dirigió a su consulta para cambiarse de ropa, al llegar y quedarse a solas, volvió a quedarse pensativo. A los diez minutos, llegó a una conclusión: No pensaba alejarse de la pelirroja.



# Capítulo 31

## La maldad no tiene límite

Faltaban dos días para presentarse ante el juez, Amanda estaba en su trabajo, intentando mantenerse ocupada para no volverse loca de tanto pensar.

Javier tanto de lo mismo, aunque era imposible, tenía los nervios instalados en el estómago. Debía encontrar una solución.

Nerea, por el contrario, ajena a las cavilaciones y problemas de los adultos, estaba en el parque jugando, al cuidado

de la canguro.

—¡Anda, no me lo puedo creer!  
—pronunció Alicia delante de la cuidadora de Nerea—. Pero si esa niña preciosa es la hija de Amanda.

La chica afirmó con la cabeza, el tono de voz de la exmujer de Javier daba a entender que la conocía.

—Cómo crecen los niños, si parece que fue ayer cuando nació y la sostuve en mis brazos —mintió, consiguiendo que la canguro creyese que era una amiga de la familia.

—Sí, los años pasan volando.

—¿Dónde está mi buena amiga?  
—preguntó, girando el cuerpo como si estuviese buscando a Amanda por todas

partes.

—Trabajando —informó la muchacha, pecando de inocente.

—¡Ohh... qué lástima! —se quejó—. Bueno, luego la llamo, a ver si quedamos mañana para comer juntas.

Se despidió y se acercó a Nerea, se agachó para estar a su altura y habló sonriente, para que la canguro pensara que estaba saludándola con cariño.

—Hola, ¿te acuerdas de mí?

Nerea era una niña muy lista, aun así, no recordaba a Alicia del día que su tía Beca le dio una bofetada, por lo tanto, negó con la cabeza.

—No importa —comunicó—. Aunque a partir de ahora tú y yo vamos a vernos

mucho —pronunció, señalándola con un dedo—. Soy la novia de tu papá.

Nerea la miró y negó con la cabeza.

—La novia de mi papá es mi mamá —aseguró la pequeña.

—No, Javier es el novio de tu mamá —pronunció con maldad—. Pero tu papá es Sebastián.

—No —respondió enojada Nerea.

—Bueno —dijo, poniéndose en pie y fingiendo todavía sonriente—. Tú pregúntale a tu mamá y verás cómo Sebastián es tu papá.

Y sin más, se alejó. Ya podía marcharse tranquila, esa noche, Amanda rabiaría.

Una hora y media más tarde, Amanda

entraba en casa y se sorprendió al ver que su hija no salía corriendo a recibirla como siempre.

—Hola, Carmina —saludó a la canguro—. ¿Dónde está Nerea?

—Está muy rara —informó—, lleva casi media hora delante del espejo haciendo gestos raros.

—Esta niña cada día sorprendiendo más —comunicó sin dar importancia a lo de los gestos. Cosas de niños, imaginaba.

La canguro se estaba poniendo el abrigo para marcharse y se acordó de Alicia.

—Por cierto, una vieja amiga tuya ha dicho que va a llamarte para ver si

coméis juntas.

—¿Quién?

—No lo sé, pero conocía a Nerea.

Amanda hizo un gesto de que no tenía ni idea de quién podría tratarse.

—Hasta mañana.

Al marcharse Carmina, se dirigió al dormitorio de Nerea, se quedó mirándola desde la puerta. Estaba delante del espejo poniendo caras y con una mano estirándose la ceja.

—Hola, mi vida, ¿qué haces?

Nerea no cambió de posición, continuaba concentrada, aunque sí contestó a la pregunta.

—Estoy levantando la ceja como hace mi papá, mi yaya y todos mis tíos.

Amanda se mordió los labios para no reírse, ahora entendía esos gestos tan raros, poder levantar una ceja no era fácil. Y desde luego su hija era muy observadora, puesto que era un gesto que hacían todos los Irwin, al igual que Amparo.

—Ah... muy bien, ¿y ya la levantas?

—No, pero voy a hacerlo, así sabrán que soy hija de Javier —pronunció molesta—. Una mujer dice que no es mi papá.

Amanda respiró con fuerza, siempre había mala gente. ¿Qué necesidad había de que comentaran a una niña de cinco años esas cosas?

—Venga, vamos a darte un baño

—propuso, para que dejase de mirarse al espejo.

—No, voy a levantar la ceja, mi papá es Javier y no Sebastián.

Al escuchar ese nombre, Amanda se acercó rauda a Nerea, se arrodilló y la hizo girarse.

—Mi vida... —Nerea la interrumpió.

—La mujer de pelo rojo es tonta —afirmó la niña.

Amanda quiso mantener la calma.

—¿Qué mujer de pelo rojo?

—La que en el parque me dijo que mi papá era Sebastián y que Javier era tu novio.

Si llegan a pinchar a Amanda en ese momento, no le saldría ni gotita de

sangre.

Javier entró en la casa y se escuchó su VOZ.

—Dónde están mis princesas.

Nerea salió corriendo a buscarlo, se lanzó a sus brazos como cada día y lo besó fuerte.

—Aquí, papi. —Otro beso de regalo—. Ya sé mover las cejas.

Javier la miró y sonrió, ¿que sabía qué?

Amanda llegó hasta ellos y su semblante lo decía todo. Javier iba a preguntar, pero la niña se adelantó.

—Sí, porque los Irwin levantamos las cejas, y así la mujer tonta no dirá que tú no eres mi papá. —Javier la miró—.

¿Por qué lo eres, verdad, papi?

—Claro que lo soy, princesa.

Y la niña lo abrazó con fuerza. Los ojos de Javier buscaron de nuevo a Amanda y pensó que alguna madre en el colegio, por chismorreos estúpidos, había dicho alguna tontería.

—No hagas caso a esas mujeres tontas.

—Pero la mujer del pelo rojo decía que mi papá es Sebastián.

Suerte que sostenía con fuerza a la pequeña, se quedó tan paralizado que a punto estuvo de soltarla.

—Venga, a la bañera, que es la hora de tu baño —ordenó Amanda, para que Javier asumiera la información con

tranquilidad.

—¿Vas a bañarme tú? —preguntó al mayor de los Irwin.

—Sí, faltaría más que no bañase a mi princesa.

La niña sonrió y le dio otro beso en la mejilla. Javier la dejó en el suelo, y la pequeña salió corriendo al baño.

—¿Cuándo ha estado Alicia aquí? —preguntó susurrante.

Amanda negó con la cabeza y con la rabia que sentía habló.

—La muy desgraciada ha ido a buscar a mi hija al parque. —Miró hacia el baño para ver que la niña no estaba cerca—. Si vuelve a acercarse a ella, no saldrá viva —amenazó, y Javier

comprendió que Alicia estaba buscando la ruina de Amanda.

Se acercó para rodearla entre sus brazos.

—Escúchame, no vamos a permitir que Alicia se salga con la suya.

—No saldrá viva, Javier —repitió por si no la había entendido. Y se zafó de su agarre y se dirigió a preparar el baño de Nerea.

El mayor de los Irwin, mientras escuchaba a su hija llamarlo para que fuese a hacerle compañía y la bañara él, sacó su móvil y mandó un mensaje a Alicia.

Mañana a las dos de la tarde,  
en mi oficina.



preparado para todo, su excuñada había demostrado ser una persona irracional, no le pillaba por sorpresa lo que su hermano Javier le contó hacía unas horas.

Salió a tomar el fresco, seguía haciendo frío, pero lo necesitaba. Estaba cerca de la entrada cuando David y Jaime lo vieron y se acercaron para saludarlo.

—De Rebeca me espero cualquier cosa —dijo muerto de risa, ya que Jaime le había contado su última anécdota.

Las risas de los tres hombres desaparecieron en el acto. Llegaba Estrella con el coche de Dallas, destrozado.

En cuanto ella los vio, bajó sin llegar

a meterlo en el garaje, sus cuñados eran mecánicos, se ahorrraba el tener que explicarles por teléfono lo que había pasado.

—¡Qué... demonios! —bramó Dallas.

—No te alteres, no ha sido nada.

—¡Nada! Nada dice... —explotó por verla tan tranquila, cuando a él casi se le sale el corazón por la boca al ver llegar el coche en ese estado.

—Esta vez no ha sido culpa mía —se defendió rápida—. Se me ha cruzado un perro que andaba suelto y, por esquivarlo, me estrellé contra otro vehículo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo ha sido el susto.

—¿Y el otro vehículo? —se interesó.

Estrella hizo un mohín, alertando al abogado.

—Quitando de que era un hombre un tanto irracional... sí, está bien.

Jaime y David sonrieron, su cuñada se había expresado como si el otro conductor fuese poco menos que un energúmeno.

Dallas, por el contrario, no sonrió, apretó tanto los dientes, que David notó como se le marcaba la mandíbula.

—No te preocupes, nos llevamos el coche al taller —intentó apaciguar los ánimos David—. ¿Habéis rellenado el parte de accidente?

—Sí, esta tarde iré a entregarlo —informó para que se quedasen todos tranquilos.

David y Jaime se subieron al vehículo accidentado y se marcharon.

Dallas se dio la vuelta y se metió en la casa sin dirigir una sola palabra más a Estrella.

\*\*\*

Alicia acababa de entrar en el despacho de Javier, con una sonrisa cínica en la cara, demostrando que era la victoriosa y que, al final, se haría lo que a ella se le antojaba.

—¿No piensas besarme? —preguntó con ironía al ver que Javier se había echado atrás cuando ella intentó besarlo.

—He conocido en mi vida gente cínica —escupió las palabras mientras se sentaba delante de su escritorio—, pero tú te llevas la palma, Alicia.

La pelirroja sonrió con maldad, pobrecillo, no tenía ni idea de lo cínica que tenía intención de ser. Imitó a Javier, sentándose en la silla que los dejaba encarados.

—Todo esto es por tu culpa —aseveró—. Te di la oportunidad, pero te negaste. Ahora pagarás por haberte negado.

—No tienes escrúpulos —sentenció asqueado—. Ni siquiera te arrepientes de tus actos.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Tú

has destrozado mi vida, ahora tendrás que pagar por ello.

—¡Estás loca, Alicia! —espetó, mirándola a los ojos—. Fuiste tú la que destrozó nuestro matrimonio. No fui yo quien se buscó una amante.

Alicia se irguió en la silla, se miró las mangas del jersey, como si las palabras de Javier no fuesen con ella.

—Un error sin importancia —confirmó, consiguiendo desquiciar más a Javier—. Aunque tú no tardaste mucho en buscarme sustituta.

—Yo sí cometí un error —aseguró—: Casarme contigo.

La risa cínica de Alicia no la esperaba, y menos las palabras que iban

a salir por su boca:

—Tendrías que estarme agradecido —pronunció con fuerza, dejando de reír y acribillándolo con la mirada—. Yo era la única mujer que podía aguantar que no fueses capaz de dar la talla como hombre —escupió para hacerle daño—. Ahora te crees con derecho a jugar a ser un hombre como los demás, adoptando a una bastarda.

—¡Cállate! No se te ocurra nombrar a mi hija en esos términos —la amenazó.

—¿O qué? —pronunció altiva, apoyando las manos en la mesa—. Te di la oportunidad de ser padre —puntualizó con soberbia—, y te reíste en mi cara. Rechazaste a mi bebé, pero no te importa darle tu apellido, ¡a esa

maldita bastarda! —exclamó fuera de sí.

Javier, como un resorte, se puso en pie, dando un puñetazo a la mesa.

—Puedes dar gracias, Alicia, que soy un hombre civilizado —argumentó siseando de la rabia—. Pero dejaré de serlo si vuelves a pronunciarte de esa manera. Me da igual que seas una mujer, si vuelves a nombrarla, *te juro* que saldrás de aquí escarmentada.

Alicia se quedó pálida, conocía a Javier, nunca pondría una mano encima a una mujer, pero cuando él juraba, su palabra era sagrada. Por lo tanto, tenía que ser más lista, poder martirizarlo, pero sin nombrar a la niña con esas palabras.

—En realidad tienes razón —comentó

con cinismo—, tu hija tiene un padre: Sebastián se llama.

Javier intentó serenarse, no quería caer en la trampa de su ex.

—¿Qué demonios quieres? ¿Para qué has insistido tanto en verme?

—*Mi amor* —pronunció para cabrearlo—, parece mentira que no me conozcas.

—Sí, sí te conozco, Alicia; tu maldad no tiene límite. Esa clase de mujer eres tú.

—Mmmm... interesante —ironizó para sacarlo de sus casillas—. Veo que sí me conoces, *mi amor*. —Se puso en pie—. Por eso no te sorprenderá lo que he venido a decirte... más bien, exigirte.

Javier levantó una ceja, ¿qué querría pedirle?

Alicia, al ver que él no preguntaba, sonrió de nuevo de medio lado, dando a entender que ella siempre se salía con la suya.

—De momento, vas a ir planteándote en reincorporarme a la empresa —pronunció con aires de ganadora—. Esta vez, tus hermanitos van a tener que mantenerse al margen —soltó una risita de satisfacción—. Ahh... y a Rebeca, dile que va a tener que venir a pedirme disculpas.

—Eso no ocurrirá mientras yo viva —adujo totalmente convencido.

—*Mi amor*, no te lo estoy sugiriendo,

te estoy informando de cómo van a ser las cosas de ahora en adelante —bufoneó—. En tus manos está que tu pequeña bast... —corrigió rápido la palabra—, Nerea, cuando visite a su *papá*, no sienta que no es bien recibida.

—Fuera de mi vista —ordenó.

Alicia hizo un gesto con los hombros, consiguiendo que Javier sintiera náuseas de pensar que había estado casado con semejante arpía.

—Ah... que no se me olvide, mi trabajo en la galería será a efectos de nómina, yo percibiré la cantidad estipulada y me quedaré en casa... —comentó muy segura de que iba a ser contratada—. El trabajo y yo estamos reñidos. Al final no soy tan mala, ¿no te

parece? Así evitaré que te sientas mal al verme cada día.

Javier apretó el puño, y ella soltó una carcajada. Sabía que acababa de joderle el día y seguramente toda la semana, hasta que la llamara para confirmar que tenía lista su nómina.



## Capítulo 32

### Lo que es capaz de hacer una madre

A las ocho de la tarde, Estrella entraba en el despacho de Dallas. Tenía que hablar con él. Desde que llegó a la casa, unas horas antes, el abogado no había salido a recibirla como cada día.

—Si estás enfadado por lo del coche, yo pagaré la prima del seguro —comunicó.

Dallas resopló, como si a él le importara que el seguro del coche le

subiese la prima por haber tenido un accidente. Poco le hubiese importado cuando era un simple abogado. Ahora que podría comprar la maldita aseguradora, menos.

—Eres un peligro, Estrella —pronunció, mirándola a los ojos, pero sin levantarse de su asiento.

—No ha sido culpa mía —se defendió de nuevo—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Y todavía me lo preguntas? —inquirió porque ella no se diese cuenta.

—Es que no lo entiendo —reconoció en voz alta. Sinceramente, no comprendía la reacción del abogado.

—La primera vez que nos vimos, estrellaste el coche de Ariadna contra el mío —recordó aquel momento, y Estrella se acercó, poniéndose a su lado y sentándose en la mesa de escritorio—. Ese mismo día, al ver tu sonrisa...

Estrella, al notar que se quedó callado, alargó su mano para acariciar la mejilla del hombre que amaba.

—¿Qué? ¿Qué pasó al ver mi sonrisa?

—Me hechizaste por completo —confesó—. De pensar que hoy has podido hechizar a otro hombre, me he puesto enfermo de celos.

Estrella sonrió, eso sí que no lo esperaba. Se sentó a horcajadas sobre él y lo besó.

—No he hechizado a nadie —pronunció mimosa—. Ese hombre ha sido muy desagradable conmigo —informó sincera—. Además, aquel día, tú me enamoraste al instante.

Dallas levantó una ceja.

—No me mires así, *abogaducho* —musitó con cariño—. Fuiste tan amable, tan encantador... que caí rendida a tus pies.

A Dallas, la confesión le agradó tanto, que empezó a jugar con sus dedos, desabrochando los botones de la camisa de Estrella.

—Voy a tener que darle las gracias a ese tipo desagradable —dijo alegre mientras se desprendía de la camisa de su mujer tirándola al suelo—. Ha

conseguido que me veas con mejores ojos.

Estrella soltó una carcajada, ¡nadie podía quedar mejor que Dallas!

—Y en este momento, estás quedando muy por encima que cualquier otro —bromeó porque el abogado estaba lamiendo sus pechos.

—Odio que cualquier hombre pueda disfrutar de tu sonrisa —reconoció honesto—. Me vuelvo loco de imaginar que puedas volver a compartir aquel momento que fue tan especial para nosotros.

Estrella soltó un gemido mientras él pronunciaba esa frase, sus manos habían ascendido por la parte interna de sus muslos, alcanzando lo que ya estaba

vibrando de deseo.

—Créeme, Dally, por muchos accidente que pueda tener, ninguno será tan especial —dijo y se sorprendió del movimiento rápido del abogado, que la sentó encima del escritorio de nuevo—. ¡Ahh!

—Voy a darte un motivo para que recuerdes que como yo no va a amarte nadie.

Y se lanzó a su boca, a la vez que sus manos excitaban la parte más húmeda de Estrella.

—*Abogaducho*, el mismo día que me besaste supe que nadie lo haría como tú —pronunció jadeante. Y sus manos buscaron el botón del pantalón de Dallas.

—Estupendo, porque ningún otro podrá hacerte esto.

Y le dio la vuelta, dejando que sus senos se frotarán contra la madera del escritorio. Tentándola con su miembro erecto por detrás mientras sus manos le subían la falda a la altura de la cintura, arrancándole el tanga, dejando tu trasero expuesto para él.

—Dally —pronunció muy excitada—. Acabas de borrar de la faz de la tierra a cualquier competidor.

El abogado sonrió y la tentó de nuevo, con una fricción que la dejaba con ganas de que él quisiera explorar todo su cuerpo.

—Entonces me toca borrar al resto

del planeta, no me conformo con la tierra únicamente.

\*\*\*

A las once de la mañana, Dallas cerraba los ojos con pesar. ¿Qué acababa de hacer Amanda? Había cometido *Falso testimonio*. Comprendía que una madre, por su hija, sería capaz de cualquier cosa, pero ahora se había complicado todo mucho más.

Sebastián la miró fijamente, incluso llegó a dudar de su paternidad. Las palabras de Amanda habían sido tan tajantes ante el juez, que incluso se sintió avergonzado de hacerle pasar por todo esto si de verdad él no era el padre.

Amanda intentaba mantener la calma,

estaba dispuesta a todo con tal de impedir que le quitaran a su hija. Ni Sebastián ni Alicia iban a salirse con la suya; nadie jugaba con la felicidad de Nerea.

Había afirmado que Sebastián no era el padre. Que ella renunció a su esperma para que, llegado este momento, nadie pudiese pedirle la paternidad. Que había decidido ser madre soltera y que podía actuar como tal, rehaciendo su nueva vida con un hombre que sí iba a ser legalmente el padre de su hija, porque nada le impedía poder acatar esa voluntad.

El juez no dio a lugar ni tomó como prueba válida el contrato firmado por Sebastián. Por lo tanto, quedaba a vista

de juicio.

Dallas, antes de dar por finalizada una batalla que acababa de dar un tras pies grande, tomó las medidas legales oportunas. Pidió una medida cautelar en beneficio de la menor; orden de alejamiento para Sebastián Camino y la señorita Alicia Caparrós, por el acoso al que había sido sometida la menor, días atrás.

El juez aprobó la orden, algo que dejó a Sebastián descolocado. ¿Cuándo había acosado él o su novia a la niña?

Al salir del juzgado, Dallas miró a Amanda, y esta, consciente de lo que estaba a punto de decir el abogado, se adelantó.

—Lo siento, Dallas, pero lo volvería

a hacer una y mil veces si con ello pudiese crear la duda.

— El *Falso testimonio* es delito, Amanda —intentó razonar Dallas—. Si acaban pidiendo la prueba de paternidad... —Amanda lo interrumpió.

—Pagaré por ello. Pero me dejaré la piel y la vida si es necesario antes de que Alicia pueda hacer daño a mi hija.

Sebastián pasó por su lado y se quedaron mirando. Le hizo una seña para que se acercase, y Amanda apretó el brazo de Dallas para que no se preocupara, estaba preparada para hablar con él.

El abogado asintió y se hizo a un lado para dejarles hablar a solas.

—Amanda, no te creía tan rastrera —pronunció con lástima, en el fondo, todavía sentía cariño por la que un día fue su mejor amiga—. Acusarnos de acoso.

—¡Rastrera es Alicia! —explotó—. ¿Qué clase de mujer intenta amargar la vida de una niña de casi cinco años? La que tienes por novia, Sebastián.

Al ver que él iba a interrumpir, y al observar que parecía incrédulo, Amanda se dio cuenta: Sebastián no sabía quién era Alicia.

—Primero le pone los cuernos a Javier, y ahora intenta jodernos la vida utilizando a mi hija.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ofuscado.

—Tu querida novia, esa mujer tan dulce que tú te empeñas en hacerme creer que es —pronunció con asco—, es la exmujer de Javier; el único padre que tiene mi hija.

—Eso no es verdad —se defendió Sebastián, su novia no le había comentado nada.

—Claro que lo es. ¿Todavía no te has dado cuenta? —le preguntó, escrutándolo con la mirada—. ¿Cuándo decidiste que querías reclamar la paternidad de Nerea?

Sebastián se quedó pensativo, lo que confirmaba que era Alicia la que estaba detrás de todo este asunto.

—Tú no querías ser padre —se

apresuró a concretar—. Por lo menos, cuando eras mi amigo. Decías que no estabas hecho para una vida familiar.

—Las cosas cambian.

—Sí, pero no a costa de amargar la vida de una niña —pronunció con dolor—. Si quieres ser padre, adelante, pero no uses a mi hija para tal fin.

—También es mía —le recordó—. Lo hice mal, pero ahora...

—Ahora nada —sentenció Amanda—. Ni es tu hija ni voy a permitir que Alicia la utilice para castigar a Javier. —Se acercó más a Sebastián—. Antes de querer formar una familia con ella, averigua bien con la clase de escoria que quieres compartir tu vida. Cuando lo hagas, lamentarás

haber pensado en algo así.

—No tienes derecho a hablar así de ella.

—¿No? Si de verdad tuvieses el mínimo gen de padre, sabrías que una mujer que es capaz de acercarse a tu hija para hacerle daño no merece ni respirar —adujo con rabia—. Esa es la diferencia entre su verdadero padre y tú.

Se dio la vuelta y se marchó con paso decidido. No podía continuar cerca de Sebastián, por mucho que en el pasado llegó a considerarlo tan importante como para pedirle que fuese el padre de su hija.

\*\*\*

Rubén, que estaba sentado en el sofá,

en la casa de su hermano Dallas, se puso en pie como un resorte.

—¿Qué quiere decir que Alicia ha mandado un mensaje a Javier?  
—preguntó cabreado.

—Está desquiciada. Por lo visto, ha tenido movida con Sebastián, este no estaba al corriente de que nuestro hermano era el ex de ella —informó para que lo entendiera—. Ha amenazado que si se demuestra que Nerea es la hija de Sebastián, irán a por Amanda por haber cometido Falso testimonio.

Rubén se frotaba la cara, no podía ser cierto.

—¿Y pueden hacerlo?

—Conociendo a Alicia, iré a por

Amanda. El delito es entre seis meses y tres años de cárcel —pronunció con dolor—. Van a luchar para que el juez condene a Amanda por ello. Quieren la custodia de Nerea. Si Amanda va a la cárcel, Sebastián tendrá todos los derechos legales de la pequeña.

Rubén no paraba de dar vueltas por la estancia. ¡Qué malnacidos apartaban a una buena mujer de su hija! Se lo llevaban los demonios.

—¿Lo sabe Javier? —preguntó, parando en el acto.

—Sí, la misma Alicia lo ha puesto al corriente de cuáles son sus intenciones.

Se volvió a sentar de golpe en el sofá. Ambos hermanos se miraron.

—¡Qué mierda de leyes hay en este país! —explotó—. Dallas, no podemos permitir que se queden a Nerea.

—Lo sé —reconoció con pesar—. Haré lo que sea necesario.

Rubén apretó los labios. Dallas tenía una carga muy pesada, se notaba que era el más afectado: Javier y Amanda confiaban en él.

Se levantó y le dio un abrazo.

—Pase lo que pase, no se dirá que no lo has dado todo —pronunció para que supiese que nadie le echaría en cara nada—. Esta carga no es tuya, Dallas. Eres el único que va a dejarse la piel por Nerea.

Dallas asintió y susurró.

—Si le conceden la prueba de paternidad, no podré hacer nada por ella.

Rubén se separó y lo miró a los ojos.

—Llegado ese momento, veremos —comunicó serio—. Hasta entonces, no lo demos por perdido.

Estrella llegó a la casa y saludó con alegría. Los dos hermanos dejaron el tema. Era mejor no preocupar a más gente por el momento.

—¿Os apetece algo? —preguntó Estrella.

Rubén miró el reloj y negó con la cabeza.

—No, voy a pasar a ver a Rebeca.

Dallas sonrió, al ser el confidente de

Rubén, sabía que la ayudante de su hermana lo traía de cabeza.

Se despidió y fue a buscar a Anais, hoy tenía pensado invitarla a cenar. Estaba cansado de tanto tonto. Como le había aconsejado Dallas: Déjate de tonterías y a por todas.



# Capítulo 33

## Comienza el juego

Rebeca estaba riéndose, Anais estaba susurrándole para que Rubén no la escuchara.

—¡Me ha invitado a cenar! Qué calor, me estoy poniendo mala.

—Anais, por favor, es una cena —tranquilizó a su ayudante—. La pregunta es, ¿qué quieres que pase después?

Anais, que se estaba dando aire con las manos porque Rubén siempre

conseguía subirle la temperatura, se quedó paralizada.

—¿Que qué quiero? Todo, con Rubén lo quiero todo.

—Entonces, qué te pone tan nerviosa.

—Él —reconoció—. Tu hermano consigue alterarme como nadie lo había hecho nunca. Y si acepto esa cena y... —pronunció preocupada— me acuesto con él, comenzará el juego.

—El juego —repitió Beca.

—Sí, el juego. Si quiero que Rubén se enamore de mí, solo tengo una opción —informó muy convencida—: Jugar a ser él.

Rebeca se volvió a carcajear. Desde luego que Anais era única, además de

ser la mujer perfecta para su hermano. Ella lo conocía a la perfección: Rubén necesitaba aprender a amar, y Anais había encontrado la solución.

—No me puedo creer que con el poco tiempo que lo conoces, hayas llegado a calarlo tanto —admiró—. Eres perfecta para Rubén.

Anais se alegró al escucharla. Ojalá tuviera razón, sentía demasiado por el profesor.

—¿Sabes? —comentó ilusionada—. Que comience el juego.

Rebeca le guiñó un ojo, y juntas salieron al salón, donde Rubén, como cada tarde, a la misma hora, estaba esperando a Anais.

—Y bien, ¿dónde has pensado invitarme a cenar? —pronunció con una gran sonrisa para confirmar que aceptaba la invitación.

—Sé que tu comida favorita es la pasta —confirmó—. Por lo tanto, te llevaré a mi restaurante italiano favorito.

Anais, aunque no dio muestras de sorpresa, estaba encantada: Rubén se acordaba. Lo había mencionado hacía un par de semanas en una conversación sin importancia, y él había prestado atención. ¡Qué detalle!

Salieron de la casa, y Rebeca suspiró.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Jaime a su espalda.

Se dio la vuelta y con un tono de voz ensoñador, respondió:

—Creo que el amor está llamando a la puerta.

Jaime se carcajeó, se acercó a su mujer y la rodeó por la cintura.

—Si llama tan fuerte como el nuestro —pronunció ronroneando junto a la nariz de Rebeca—, serán felices el resto de sus vidas.

Y se besaron con auténtica pasión.

Dos horas más tarde, Rubén entraba en el apartamento de Anais. La morena fue directa al equipo de música, estaba algo nerviosa y no quería que él lo notase.

—¿Te apetece tomar algo?

—preguntó por cortesía, aunque estaba convencida de la respuesta.

—Sí, a ti —aseveró con voz cargada de sensualidad.

Anais sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Había llegado la hora de la verdad, no había vuelta a atrás. Y para ser justa consigo misma, no quería que la hubiese: Muchos meses en dique seco, necesitaba sexo con urgencia.

—Pensé que no lo dirías nunca —bromeó, acercándose al profesor.

—Mejor no te digo lo que pienso, no te vayas a asustar —guaseó con esa voz cargada de lujuria que prometía una noche de sexo salvaje entre los dos.

—Mmmm... asústame, *papacito*.

—Tú lo has querido —pronunció mientras llevaba una mano a su nuca—. Estoy pensando de cuántas maneras quiero follarte en este mismo salón.

Anais tragó saliva, un gesto que Rubén captó con su boca al lamer el cuello de ella recorriendo el movimiento de su nuez.

—Vaya, así que no te gustan las camas.

Rubén sonrió, el tono de voz de Anais también había cambiado, se la notaba excitada y deseosa.

—Te equivocas, en la cama follaremos luego, estoy seguro que tendremos imaginación los dos.

Y le levantó los brazos para poder

sacarle el vestido. Anais no parecía poner trabas, por lo tanto, con un movimiento lento, subió el vestido, parando a mitad del proceso, dándole más morbo al momento. Ambos con los brazos levantados, y el vestido recogido, tapándole el rostro, se quedaron en medio del comedor.

Rubén acercó su boca al pecho de Anais, mordisqueó el pezón a través del sujetador, y ella, aunque tenía el rostro cubierto, sintió que las mejillas le ardían.

«¡Ay, mamacita! Y eso sin tocarme directamente la piel» se dijo Anais, que estaba respirando con profundidad.

Cada respiración de ella provocaba a Rubén, sus senos se movían en una clara

invitación a ser lamidos y degustados por él.

—Pensé que estos pechos ya no existían —alabó—. Es muy difícil encontrar tanta perfección.

Anais sonrió, no era una mujer de pechos pequeños, y pocos hombres habían disfrutados de ellos, puesto que solo había tenido dos relaciones anteriores.

Rubén dejó el vestido colgando, sin descubrir la cara de Anais. Fue inclinándose mientras besaba cada centímetro de piel. Cuando llegó al tanga, con los dientes lo atrapó y, como un lobo en celo, lo arranco.

Anais resopló, «por algo lo hemos bautizado el *puma*», recordó.

Rubén, que estaba arrodillado, con el pubis de ella perfectamente depilado, suspiró, provocando que el fresco aliento erizara la piel de Anais.

—*Mamacita* —pronunció imitando el acento de Anais—, es hora de mi postre.

Y se lanzó desesperado por saborear a esa mujer que llevaba tiempo ocupando su mente. Había soñado con el sabor de ella, pero la realidad era mil veces mejor que cualquier fantasía.

Anais soltó un grito, no esperaba esa reacción por su parte y se apretó a la tela del vestido, que todavía cubría su rostro. Una suerte, porque su cara debía ser todo un poema. Ese hombre estaba empeñado en matarla; de gusto.

El profesor estaba muy entregado, por los temblores de Anais sabía que ella se encontraba al límite, tanto, que la sujetó con fuerza por la cadera, ya que Anais, al dejarse llevar, sus piernas fallaron y quedó arrodillada. Sin esperar un segundo, le descubrió el rostro, quería memorar el semblante de ella. Lo que no esperaba era que el sonrojo de sus mejillas y sus labios entreabiertos fuesen a causarle tanto impacto.

«No podré olvidar esta imagen», se dijo al contemplarla.

Acercó sus labios, todavía no los había probado, y aunque en ese momento parecía vital, no fue más que un simple roce: una caricia. Anais, al notarlo, abrió los ojos, los tenía brillantes y

oscuros, se miraron y se hablaron sin hablar. Por lo tanto, Anais repitió ese beso, que fue muy intenso sin apenas rozarla, y lo repitió, aunque esta vez, ella llegó a mordisquear parte del labio inferior de él con tanta suavidad, que volvió a convertirse en una caricia.

—Esto no estaba planeado —confesó Rubén. No era hombre de ofrecer caricias.

—Mejor —susurró Anais—, lo planes nunca salen bien.

Rubén sonrió, esa mujer podía con él. Le entregó un nuevo beso, algo más largo, aunque continuaba cargado de ternura por parte de los dos.

—Ahora que conoces tu sabor

—pronunció el profesor, que después de haberla saboreado, ahora ella podía conocer su propio aroma a través de sus labios impregnados—, comprenderás que me va a ser imposible salir de esta habitación sin cumplir mis fantasías: Eres toda una adicción.

—Para eso estamos aquí, para disfrutar —sentenció.

Las manos de Rubén fueron directas a los hombros de Anais. El simple contacto con las yemas de sus dedos deslizando los tirantes del sujetador provocó una corriente eléctrica.

Anais se lanzó a su boca, ese mínimo contacto abrió rienda a su deseo, sabía que iba a ser capaz de hacer de todo. Nada de contención; con Rubén, su

cuerpo quedaba expuesto al placer.

El profesor no parecía tener prisa, por lo tanto, se dejó besar. Cuando sus bocas se separaron, la acunó y la levantó, portándola entre sus brazos hasta la mesa del comedor. La dejó allí tumbada, totalmente desnuda.

—No te muevas —sugirió antes de besarla—. Hoy vamos a derretir el hielo.

Anais se quedó pensativa, ¿qué quería decir con esa frase? No pudo preguntarle porque él se había alejado hasta la cocina. Cuando regresó, en su mano llevaba un vaso lleno de hielo.

—¿Para qué es eso? —preguntó excitada al ver que Rubén, al llegar a su lado, se relamió los labios y chupó un

cubito, provocándola.

—Este es el objeto que va a volvernos locos de placer.

Anais, totalmente tumbada sobre la mesa, entrecerró los ojos, hasta que el profesor llevó el hielo al pezón de su seno derecho. Al notar el frío y seguidamente el calor de la boca de él, suspiró. Sí, estaba convencida que ese hombre, con un simple cubito, la iba a llevar de nuevo al orgasmo.

Rubén hizo un reguero por todo su torso, pasando primero el hielo y seguidamente su lengua caliente. Al notar que Anais, en cada pasada, se contorsionaba, él sonreía. El punto más sensible de ella fue su ombligo. Allí se detuvo y jugó a gusto.

—*Mamacita*, estás demasiado caliente —murmuró—. Con un simple roce, lo estás derritiendo.

No mentía, el calor corporal que Rubén le estaba provocando se transmitía por toda su piel.

—La culpa es tuya —le recriminó por hacerla sufrir y gozar al mismo tiempo.

—Ahhh... pues nos queda todavía lo mejor —aseguró orgulloso por estar consiguiendo tanto placer en Anais.

Cogió un cubito entero y trazó un nuevo sendero, directo a su Monte de Venus. El hielo tardó poco en derretirse, quedando en la medida exacta para trazar su último cometido: Llegar a su interior.

El grito de Anais fue tremendo, pero como él había vaticinado, apenas lo había introducido se había deshecho, y su lengua volvió a ser el bálsamo perfecto para conseguir el segundo orgasmo de esa mujer que se estaba convirtiendo en todo un reto para él.

Mientras ella se corría, él se irguió, quería observarla, no perderse el mínimo detalle.

«Sí, no me equivoqué. Será imposible olvidar este momento», se dijo a sí mismo, totalmente convencido.



# Capítulo 34

## Las cosas cambian

El sábado por la tarde, Anais estaba en el estudio junto a Rebeca. Habían tenido un problema con un diseño y la ayudante se ofreció a ayudarla.

—Menos mal, pensé que me iba a dar un infarto —comentó Rebeca, llevándose las manos a las sienes para frotárselas.

—No había necesidad de sufrir —la animó la ayudante—. Lo íbamos a solucionar sin problema.

Rebeca sonrió, esa mujer siempre tan optimista.

—Gracias —agradeció, puesto que los sábados no trabajaban, y la chica al verla tan nerviosa, no lo dudó. Se presentó a primera hora de la mañana, como un día normal.

—No hay de qué.

Beca miró el reloj y comentó.

—¿Vas a hacer algo esta noche?

—No —respondió tajante.

Rebeca la miró, habían estado tan liadas, que no se había interesado por su cita con Rubén.

—¿Fue todo bien?

Anais soltó un suspiro por respuesta, a Rebeca no le hicieron falta palabras.

—Fue colosal —sentenció con voz soñadora—. Tu hermano es más que un puma... vamos, un jaguar a partir de hoy.

Rebeca se carcajeó, pero quiso poner cierto límite, no era agradable conocer las intimidades sexuales de Rubén.

—Vale... vale... no quiero detalles —bromeó—. Aunque para ti sea el papacito más tremendo del mundo, sigue siendo mi hermano Rubén.

—Ahora viene lo más difícil —reconoció—. Después de lo que me ha hecho sentir, va a ser un tormento pasar de él.

—Entonces sigues adelante, ¿no?

—Sí. No hay más solución si quiero

que Rubén se enamore.

Rebeca torció el labio, sabía que para Anais iba a ser muy duro, se veía a leguas que estaba coladita por él.

—Lo hará, estoy convencida —aseguró, además lo pensaba de corazón.

—Eso espero —pronunció la ayudante con anhelo.

Rebeca quería agradecer a Anais su apoyo. Además, ahora estaba convencida que al final, acabaría siendo también su cuñada.

—Has dicho que no tienes planes.

—Sí, todavía no he hecho muchas amistades —confesó—. Las chicas son las únicas con la que tengo trato.

Rebeca asintió, lo comprendía, llevaba poco tiempo viviendo en Valencia. Al igual que la novia de Malcom, la iba a integrar en su familia con los brazos abiertos.

—Estupendo, a las nueve tenemos *noche de chicas* —informó con una sonrisa—. Las conoces a todas, son mis cuñadas.

Anais asintió, las conoció en la cena de empresa.

—Estupendo —celebró—. ¿Dónde habéis quedado?

—Aquí.

—En ese caso, me voy a casa, para cambiarme de ropa.

Se despidieron, y Rebeca dio

palmaditas: Rubén iba a ser muy feliz con ella. Era muy buena chica.

Negó con la cabeza, no entendía a su hermano. Dos tardes atrás, mientras esperaba a Anais, ella indagó, y Rubén había sido muy sincero en sus respuestas. No es que Anais necesitase tener suerte para enamorar a su hermano, ya estaba colado por ella. Entonces, ¿por qué no se lanzaba y dejaba de hacer el tonto? Desde luego, Rubén era más testarudo que el resto.

Volvió a sonreír mientras se encaminaba a la cocina al recordar una de las preguntas que le hizo a su hermano.

«—¿Te has dado cuenta que desde que conoces a Anais has venido a

recogerla a diario?

—Por supuesto, su compañía es un regalo —respondió rápido y conciso.

—¿Y no crees que por quedar todas las tardes con ella, se esté perdiendo el poder conocer a otros hombres? —preguntó con picardía para ver su reacción.

—¡No necesita a ningún otro hombre!».

\*\*\*

Amanda estaba duchándose, esa noche tenía previsto acudir a la cita que habían montado sus cuñadas.

Javier estaba tumbado en el sofá, con Nerea encima de él, viendo una película infantil.

—Papi, me duele mucho —se quejó la pequeña con la voz tomada.

—Qué le duele a mi princesa —pronunció bajando la mirada para verla bien.

Nerea llevó sus manos a la garganta de Javier. Este se incorporó y se quedó sentado, acunando a la niña. Al tocarle la frente, notó que tenía fiebre.

—Veamos, abre la boca.

Nerea lo hizo, y Javier vio las placas de pus.

Se puso en pie con ella en brazos y la llevó al dormitorio, para meterla en la cama.

—Mi princesa está malita —pronunció con cariño—. Voy a por el

jarabe mágico, ¿vale?

Nerea asintió y tosió.

Fue al cuarto de baño para informar a Amanda.

—Nerea tiene anginas.

Amanda se puso el albornoz y salió de la ducha.

—¿Tiene fiebre?

—Sí, hay que darle *Apiretal*  
—aconsejó.

Amanda se sorprendió, no esperaba que Javier estuviese al tanto de los medicamentos para niños.

—¿Cómo lo sabes?

Javier se encogió de hombros y pronunció avergonzado.

—Cuando Nerea decidió llamarme

papá, me puse las pilas para no meter la pata.

Amanda sonrió, Javier era el hombre más maravilloso del planeta. ¿Había sido capaz de leer libros e investigar por su cuenta por si un día Nerea enfermaba?

Se acercó y lo besó con cariño.

—Está en el segundo cajón —señaló el mueble, y él asintió—. Voy a llamar a Estrella para avisarle de que no iré esta noche.

—¿Por qué? No hay problema, puedo cuidarla... —reconoció, a él no le importaba, es más, deseaba que acudiese a esa fiesta. Llevaban días con preocupaciones y le vendría bien desconectar un rato.

—Sé que puedes y que Nerea va a querer acaparar toda tu atención —confesó risueña, conociendo a Nerea, solo querría mimos de Javier—. Pero prefiero quedarme y estar tranquila.

El mayor de los Irwin asintió, sacó el fármaco y se alejó para darle la dosis a la pequeña, para que su estado febril se normalizase.

—Papiiii... me duele muchooo —berreó con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya verás que el jarabe te quitará el dolor.

La niña lloraba, y Javier se inclinó para besarla en la cabeza.

—Haremos un trato —pronunció,

acariciándole el pelo—. Si dejas de llorar, dormirás con nosotros.

La niña se quedó pensativa, un minuto después, Javier la llevaba al dormitorio de matrimonio; lo prometido era deuda.

Amanda contemplaba la escena desde la puerta, su hija tumbada en la cama, acariciando la barbilla de Javier. Cuando su mirada y la de él se encontraron, sacó de tripas corazón para sonreír, se disculpó que iba a secarse el cabello. Al llegar al baño, cogió la toalla y la utilizó para cubrirse la cara; estaba llorando.

¿Por qué el destino era tan cruel?, ¿por qué no podía Javier darle su apellido? ¿Acaso no era un verdadero padre para Nerea? Esas preguntas la

estaban matando, porque las respuestas eran simples y directas. Tenía una presión angustiosa, se iba a volver loca por no poder acabar de una vez por todas con los planes de Sebastián y Alicia.

Su hija no merecía pasar por eso: Solo era una niña.

Apretó la toalla para acallar el llanto. Javier tampoco merecía pasarlo mal; bastante se le notaba que estaba sufriendo en silencio.

\*\*\*

Solo faltaban por llegar Susana, Víctor y Anais. Los chicos habían decidido pasar la noche en la buhardilla de Jaime jugando al póquer.

El timbre sonó y aparecieron juntos los tres que faltaban, puesto que Susana se ofreció en pasar a por la ayudante de Beca, no vivían muy lejos la una de la otra.

—¡Madre mía, está jarreando! —se expresó Anais porque se puso a llover.

Todas se acercaron a la entrada y miraron, era imposible marcharse con el agua que caía.

—No pasa nada, pizza, chupitos y película —aventuró Tamara.

Estrella sonrió y le guiñó un ojo a Dallas.

—Entonces os quedáis aquí, ¿no? —preguntó aliviado Jaime.

—Sí, pero sigue siendo noche de

chicas —aclaró Tamara—. Vosotros a la buhardilla.

Los aludidos se rieron, como si a ellos les importara saber qué hacían ellas juntas en una noche de chicas.

Rubén saludó a Anais con dos besos y se sintió algo molesto porque la morena no parecía que tuviese intención de prestarle atención.

Dallas lo agarró del codo, haciéndolo girar.

—Las chicas no nos quieren cerca —guaseó, porque estaban todas escuchando—. Dejemos que hablen de moda y chismorreos.

Una hora y media más tarde, todos los hombres estaban en la buhardilla

afinando los oídos porque las risas y gritos de las mujeres llamaban la atención.

—¿Pero qué hacen? —preguntó Víctor, alucinado por escuchar la algarabía.

—Vete a saber —respondió Dallas.

—*Vamos, nene, quítatelaaaaaaaaa*  
—bramó Blanca.

—¿Que se quite el qué? —interrogó mosqueado Malcom—. ¿Con quién están ahí abajo?

Y antes de que alguno pudiese responder, se escucharon más gritos y palabras que no sabían a quién identificar, porque todas bramaban al mismo tiempo.

—*Guauuu. Eso sí es un hombre. Caliente. Más... más... danos más. Qué calorrrrrrr. Quiero un hijo tuyo... Síííí»*

Las expresiones de ellos no tenían precio.

—¿Ha sido mi mujer la que ha dicho que quiere un hijo suyo? —cuestionó Dallas, un tanto alucinado.

Y de pronto, las risas y un «Oohhhh, otra vez, otra vez, que se desnude otra vez» generalizado fue el toque final. Dallas, sin poder aguantar su curiosidad, se levantó de la silla y se fue directo a la puerta para poder escuchar mejor.

—Dallas, ¿qué coño estás haciendo? —preguntó Víctor sin dar crédito a que su hermano estuviese espiando.

—Shhhh, cállate —ordenó—. Mi mujer quiere un hijo con alguien y voy a saber de quién.

Malcom soltó una carcajada, que se le fue de golpe, poniéndose en pie e imitando a su hermano Dallas.

—Yo soy afortunada, si os dais cuenta, esta noche me voy a la cama con él —comunicó Blanca, muerta de risa.

Rubén negaba con la cabeza sin darse cuenta, estaban todos ellos bajando las escaleras, sin hacer ruido, para ver qué hacían esas locas.

—Esto me lo hace David, y no lo saco de la cama en un mes —aseguró Tamara mientras rellenaba los chupitos.

El aludido levantó una ceja.

Jaime le dio un codazo para que se moviera, se había quedado parado al escucharla.

—Pues a mí me hacen eso y no me lo pienso: Me lo tiro ahí mismo, con público y todo —bromeó Anais—. No tendría aguante de llegar a mi casa.

A Rubén, por algún motivo, el comentario le molestó.

Las risas de ellas mosqueaban más a los hombres, que todavía no entendían nada.

—Venga, brindemos y pongamos la escena otra vez —ordenó Tamara—. Aunque esto tendremos que repetirlo, si no Tara y Amanda nos matarán.

Volvieron a reírse y brindaron.

Jaime sonrió, su mujer tomaba los chupitos con zumo de naranja.

Y por fin los hombres descubrieron el secreto: Estaban viendo la película *Magic Mike XXL*.

—¡Es que es idéntico a mi Malcom!  
—exclamó Blanca con ensoñación.

—Es verdad, se lo dije a Dallas hace tiempo —reconoció Estrella porque lo comentó en Ibiza cuando el abogado se negó a ver la primera parte de esa película.

Víctor le dio un capón a Malcom, para burlarse de él.

Regresaron a la buhardilla sin dar crédito a lo que habían visto: Todas gritando y poseídas delante de la

televisión por ver a unos cuantos tíos quitándose la ropa.

Rubén, muy en su línea, la de burlarse de sus hermanos, quiso dar el toque final.

—Cómo cambian las cosas —ironizó—. Vosotros cotilleando, y ellas babeando por otros hombres.

David le dio una colleja en toda regla.



# Capítulo 35

## Incomprensión

Jaime miraba a Rebeca, no paraba de lanzar ropa de un lado al otro del vestidor.

—¿Qué haces? —preguntó curioso.

Beca se dio la vuelta con cara de pocos amigos. Aunque a él le dio lo mismo, ver a su mujer en ropa interior y con la barriguita ya marcada le aceleraba el corazón.

—¡No me viene nada! Me estoy poniendo como una ballena —gruñó.

Jaime soltó una risotada.

—¡No tiene gracia!

Se acercó a ella y la besó en el cuello, ya que se había puesto a la defensiva, y él aprovechó al quedar expuesto.

—Estás preciosa —reconoció. Al ver que ella iba a interrumpir, la aplacó—. Además, ahora tienes una excusa perfecta para ir de compras.

—Si crees que eso me va a contentar —refunfuñó, aunque se dejó caer en el pecho de Jaime, que la rodeó con sus brazos encantado—. Solo estoy de cinco meses, si continúo así, el mes que viene ya no me veré ni los pies —lloriqueó.

—Ya los miraré yo —pronunció con

tranquilidad—. Lo único que importa es que tú y los bebés estéis bien. Si engordas, es porque nuestros hijos van creciendo en tu interior. ¿Qué más da que no te puedas ver los pies? Ya me tienes a mí para abrocharte los zapatos si hace falta.

Rebeca suspiró entre resignada y agradecida. Tenía que comentarle algo que no haría gracia a Jaime y no sabía cómo sacar el tema. Estaba convencida de que se iba a enfadar. Se esperaba a la noche, no podía dejarlo pasar más tiempo.

—Está bien, llamaré a Tamara para que me acompañe a comprar ropa de premamá.

Jaime sonrió, conociéndolas a las

dos, iba a necesitar un vestido nuevo.

—Muy bien —alabó—. Tengo que irme ya, a las once vengo a buscarte.

Se despidieron con un beso cargado de ternura y sentimiento puro.

Rebeca encontró un vestido que todavía podía usar y se miró en el espejo. Se tocó la barriga y habló en voz alta:

—Pequeños, a ver como lo hacemos para que papá no se enfade mucho.

Bajó al estudio, y Anais lo primero que hizo fue interrogarla.

—¿Qué ha dicho?

—No pude hacerlo anoche —reconoció—. Lo haré hoy.

Anais apretó los labios.

En el taller mecánico, David sonreía sin parar. Ver a Jaime tan entusiasmado era contagioso.

—Regresaré en una hora y media —informó al tiempo que anotaba en el ordenador unas cosas.

—¿Estás nervioso?

—Mucho —se sinceró—. Por fin voy a saber el sexo de mis bebés.

—Estoy convencido que serán chicos —comentó David sin quitar ojo a su amigo.

—Yo preferiría niñas —argumentó risueño—. ¿Te imaginas dos mini Rebecas en mi vida?

—Serás hombre muerto —guaseó—.

Si la madre te vuelve loco, imagina tres.

Ambos rieron.

—Sí, tienes razón. Pero la mejor locura de la vida.

Salió del taller riéndose, David tenía razón, lo volverían loco.

Una vez en la consulta, Pedro Jiménez, que era el ginecólogo que Rebeca y Jaime habían escogido para llevar el embarazo, los saludó afable.

—Veamos si hoy no están tímidos —bromeó, porque las dos últimas veces los bebés parecían esconderse.

Jaime miraba fijamente el monitor, Rebeca se mordía el labio.

—Parece que tenemos suerte —señaló y sonrió. Desde que trataba a

la pareja, había escuchado las preferencias de ella y las de él—. Por lo visto, estos mellizos no querían que tuvieseis que elegir, por lo tanto: niño para mamá y niña para papá.

—¿En serio? —preguntó contento Jaime.

—Sí, se repite la herencia familiar —aludió porque Rebeca y Malcom lo eran.

Rebeca aplaudió, llevaba tiempo pensando que podrían ser mellizos, algo que le hacía ilusión.

Al salir de la consulta, Jaime rodeó a Rebeca por el hombro mientras caminaban en busca de su vehículo.

—Soy el hombre más feliz del mundo

—pronunció en voz alta, aunque más bien era un pensamiento interno que se le escapó.

—Me alegra saberlo —comentó Rebeca.

Jaime la miró extrañado, no entendía ese comentario porque estaba tan ensimismado que no fue consciente de haber hablado.

\*\*\*

Rubén llevaba desde enero, y ya estaban en marzo, intentando entender a Anais. Esa mujer pretendía volverlo loco.

—Haber si lo he entendido bien —cuestionó—. ¿Me estás invitando a tu cumpleaños?

—Sí —respondió Anais.

—Te he invitado a cenar unas cuantas veces y has pasado de mí —se quejó—. Y, sin embargo, quieres que vaya a tu cumpleaños.

—Una cosa no quita otra, ¿no? —se defendió la ayudante porque parecía que Rubén estaba molesto.

—No lo entiendo, ¿por qué te niegas a cenar conmigo?

Anais tragó saliva, pensó las palabras antes de hablar y por fin le dio la respuesta que él merecía.

—Porque tus invitaciones a cenar se podrían catalogar de citas.

—¿Y?

—Es una pérdida de tiempo

—argumentó—. En las citas, la gente queda para conocerse, gustarse... y, muchas veces, para tener sexo.

—¿Y? —repitió porque a él le parecía lo más normal.

Anais, un tanto frustrada porque Rubén no la comprendiera, suspiró derrotada.

—Que tú y yo ya tuvimos una cita, ¿para qué más?

Rubén levantó una ceja, ¿lo estaba diciendo en serio?

—¿Acaso no nos divertimos en esa ocasión? —pronunció irritado—. ¿Qué tendría de malo repetir?

—Que sería perder el tiempo —aseveró—. Podemos tener citas con

otra gente.

—Con otra gente —repitió.

—Rubén, ya lo hablamos una vez —intentó razonar—. Volver a ver a una persona con la que ya te has acostado implica más.

—¿Qué tendría de malo en nuestro caso? —quiso averiguar.

—Mucho. Para qué vamos a implicarnos cuando tú no crees en el amor y yo no estoy dispuesta a que me vuelvan a hacer daño.

—Yo no te haría daño. Sabiendo que ni tú ni yo estamos buscando una pareja, es imposible que...

—Yo no dije que no esté buscando —Anais lo interrumpió—. Te dije que

con hombres como tú, que no están dispuestos a enamorarse, solo podría tener sexo.

Rubén se llevó las manos a la cara.  
¡Esa mujer podía con él!

—¡Y sexo te estoy ofreciendo!

—Lo sé, por eso no voy a aceptar tu invitación a cenar.

Rubén estaba desquiciado, se dio la vuelta y empezó a caminar de un lado a otro.

—¡Por el amor de Dios, Anais, me estás volviendo loco! Te juro que por más que me esfuerzo, no te entiendo.

—Te lo explicaré para que me entiendas...

—Gracias, un detalle que te voy a

agradecer —pronunció irónico.

—Si repito con un hombre, es porque estoy dispuesta a implicarme en algo más —aseguró, dejando a Rubén callado—. Contigo no voy a hacerlo porque sería perder el tiempo. ¿Te ha quedado claro ya?

—Clarísimo —respondió serio—. Vamos, que no quieres implicarte conmigo.

—Prefiero tenerte como amigo, que acabar sufriendo.

Rubén asintió, sin comprender que fuese tan testadura. Claro que, si pensaba bien las cosas, tenía razón Anais: Él no pensaba ser la pareja de nadie. ¿O sí? Loco, eso es lo que estaba consiguiendo Anais, volverlo loco.

Sabía que ella con otros hombres aceptaba citas, vale, hasta ahí bien, claro que no querer repetir con él tocaba la moral. Y una pregunta le vino a la mente: ¿qué pasará cuando ella quede con alguien y tú la veas marcharse con él? Sintió que el estómago se le revolvía. Y lo peor de todo, Anais dejaba clara su postura; no se fiaba de él. ¿Qué pasaría ahora si él intentara que Anais le diese la oportunidad de ser algo más? Suspiró frustrado, mejor no seguir pensando porque de verdad acabaría loco.

\*\*\*

Rebeca estaba nerviosa, tenía que hablar con Jaime cuanto antes. Respiró con fuerza y bajó a la cocina, donde la

esperaba él para cenar.

—Neill ha preguntado, quiere saber si será el padrino de la niña o del niño.

—comentó alegre el mecánico.

—De la niña —respondió Beca, también contenta.

—Uff... mañana estará como loco cuando se lo digamos.

—Sí, sí... —titubeó, ahora tocaba cambiar el tema—. El trabajo lo tenemos casi terminado... uff. ¡Por los pelos!

—Sabía que lo conseguirías, ahora ya puedes relajarte —comentó y se llevó un trozo de tortilla española a la boca.

—Bueno, ahora toca la segunda parte. Jaime la miró, el tono de voz lo había

alertado.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes...

—No, no sé.

—El rodaje comenzará dentro de dos semanas.

—¿Y qué?

—Las chicas y yo tenemos que irnos a Zaragoza.

Jaime dejó el tenedor en el plato.

—¿Qué pintas tú allí? —preguntó, clavando la mirada en ella.

—Me han encargado el vestuario, ¿qué crees que pinto?

Jaime negó con la cabeza.

—No, ni hablar. Puede ir Anais.

Rebeca intentó asirle la mano, pero él se zafó del agarre.

—Jaime...

—¡Ni hablar, Rebeca! Mírate —pronunció enojado—. Estás de cinco meses y medio, no puedes irte a Zaragoza como si tal cosa.

—Si estuviese trabajando en una empresa, no me darían la baja hasta casi dar a luz.

El comentario consiguió cabrear a Jaime.

—Bueno, pues resulta que tú eres la jefa, no dependes de que te dé la baja nadie.

—No estás siendo razonable.

Jaime se puso en pie con tal brío que

la silla se desplazó unos metros.

—Estás embarazada, de mellizos —argumentó por si ella no se había dado cuenta—. Quieres marcharte a Zaragoza, donde ambos sabemos que el estrés de un rodaje no es beneficioso ni para ti ni para los bebés. ¡Y dices que no soy razonable!

—No soy la actriz, el agobio y tensión lo pasarán ellos.

—Beca, has confeccionado casi quinientos trajes —dijo, para que supiese que estaba informado—. Eso implica que hay muchos extras. Gente que no va a cuidar las prendas con cariño... ¡Y eso significa que tú tendrás que estar allí dando el callo!

Rebeca tembló, Jaime estaba

cabreado de verdad.

—Puedo ir las primeras semanas y....

—No. Ni hablar. Ni un día vas a poner los pies en Zaragoza.

Rebeca respiró fuerte, se puso en pie para tenerlo a la misma altura, ladeó el cuello y su fuerte carácter salió.

—Te guste o no, estaré en el rodaje —lo amenazó—. Me he dejado los cuernos en el proyecto. Y no voy a dejarlo a medias.

—Rebeca, no vas a ir.

—¡Claro que iré! No hay nada que me lo vaya a impedir.

—¿Ni siquiera tus hijos? —preguntó cabreado, ya que la opinión de él se la traía al paio.

—No utilices a los bebés —se enojó—. Voy a ir lo quieras tú o no.

Jaime apretó los labios y asintió con desgana.

—Si mi opinión para ti no cuenta —pronunció desolado—. Puedes ir dónde te dé la real gana —escupió las palabras con desdén—. Eso sí... a partir de ahora, ten en cuenta que yo voy a hacer lo que me plazca sin contar con tu opinión.

Se dio la vuelta y se fue a buscar su chaqueta. Regresó a la cocina, pasó por delante de Rebeca y ni la miró.

—¿Dónde vas? —preguntó Beca al ver que Jaime se dirigía a la puerta que daba al garaje.

—Después de lo que hemos hablado, no creo que deba darte ninguna explicación.

El portazo que dio retumbó en toda la casa.

Rebeca se sentó y bebió agua, ¿cómo se había complicado todo tanto? Respiró resignada y fue a acostarse.

\*\*\*

A las ocho y media de la mañana, Rebeca estaba llamando al taller. Su hermano David atendió la llamada.

—Dile a Jaime que se ponga —ordenó sin dar un buenos días.

—Todavía no ha llegado, ¿qué pasa? —interrogó alarmado.

—En cuanto aparezca, dile que me

llame...

—Espera —comentó—. Acaba de entrar.

Jaime dejó el casco de la moto, y David le pasó el teléfono.

—¿Qué quieres? —preguntó desganado.

—No me puedo creer que hayas pasado la noche fuera —le recriminó alterada—. ¡¿Es así como piensas cuidarnos?!

—¿Ahora sí se puede usar a los bebés? —reprochó a Rebeca porque la noche anterior ella lo hubiese acusado de hacerlo.

Al ver que Rebeca no contestaba, quiso dar por finalizada la

conversación.

—Si no tienes nada importante que decir, tengo que empezar a trabajar.

—Cuando vengas a casa ya hablaremos.

—Ahh... en ese caso, di lo que tengas que decir, porque hoy no creo que me vayas a ver.

David, que ya se había puesto el mono de trabajo, levantó una ceja.

—¿No piensas venir?

—No.

—Bien, tú mismo.

Al colgar, Jaime lanzó los guantes, que sujetaba en la mano, con furia.

—¿Qué pasa? —se interesó de nuevo David, solo que esta vez recibió

respuesta.

—Que tienes una hermana descerebrada, eso es lo que pasa. Y que estoy hasta los mismísimos.

A David no le dio tiempo a averiguar más porque Jaime se metió en el vestuario para cambiarse de ropa.



# Capítulo 36

## Decisiones que parten el alma

Rebeca se despertó sola, otra vez. Respiró con fuerza y se levantó. Llevaba cuatro días sin ver a Jaime. No pensaba dar su brazo a torcer ni tenía intención de rebajarse: Ya lo había llamado tres veces, y él no daba explicaciones de nada.

A la media hora, su hermano Neill entraba por la puerta.

—Rebeca, esta situación se tiene que

acabar —aseguró con tranquilidad.

—No he sido yo la que se ha largado de casa.

—Eres tú la que tiene intención de hacerlo en una semana —expuso con rotundidad, para que entendiera los motivos de Jaime.

Rebeca lo acribilló con la mirada.

—No irás a comparar... Me voy por trabajo, no es lo mismo.

—Sí lo es. Cuando la persona que se queda aquí, se siente abandonado.

\*\*\*

«Cuarto día en el infierno», se dijo Jaime nada más abrir los ojos.

Estaba alojado en un hostel que conocía de cuando se veía con Rebeca

por no poder acostarse juntos en *el gran nido*.

No soportaba estar lejos de ella. Bastante habían estado alejados en el pasado como para tener que volver a pasar por lo mismo. Odiaba la situación, pero había tomado una decisión; una que le partía el alma, pero que era necesaria.

Tenía que demostrarle que no era agradable estar separados, que era lo que ella pretendía hacer para marcharse a Zaragoza. El rodaje podría tardar meses, ¿cómo pretendía que él viviese todo ese tiempo sin estar a su lado?

El móvil sonó y miró rápido, su corazón se aceleró.

—Dime.

—Jaime —pronunció Rebeca, serena—. Tenemos que hablar, por favor, ven a casa.

Era sábado y no tenía que trabajar, podía estar allí en diez minutos. Aunque antes debía asegurarse.

—¿Vas a marcharte a Zaragoza?

—Cuando vengas hablaremos...

—No, Beca, no voy a ir sin saber la respuesta.

Rebeca tenía lágrimas por el rostro, intentando parecer tranquila, pero su voz la delató.

—Jaime, por favor, necesito verte —suplicó.

Al mecánico se le encogió el estómago: Una vez más, Rebeca ganaba

la batalla.

—Está bien. Nos vemos en un cuarto de hora.

—Gracias.

\*\*\*

Las risas y gritos de Nerea despertaron a Amanda.

—¡Noooo, papi, cosquillas no!

Sin necesidad de ir a ver la escena, la contempló, puesto que no era la primera vez, aunque sí podía ser la última: Su hija en la cama, muerta de risa, y Javier haciéndole pedorretas en el estómago y cosquillas en los pies. Algo que se había convertido en una monotonía necesaria tanto para la pequeña como para él.

El día anterior, Dallas les había

notificado que la fecha del juicio sería el dieciocho de mayo. Ya no había solución, después de tres horas con el abogado, Amanda fue consciente de que tenían todas las de perder. Por lo tanto, fraguó la única alternativa para que Nerea no se viese tan perjudicada. Una decisión difícil, dolorosa y que partía el alma.

Se levantó y preparó el desayuno para los tres. Observaba a Nerea y a Javier en silencio, apenada porque fuese la última vez.

Cuando llegó la canguro, Javier se sorprendió, era sábado y había hecho planes para pasar el día con las dos mujeres de su vida.

—La he llamado yo —informó—.

Tenemos que hablar, y Nerea no debe escucharnos.

Javier levantó una ceja, ¿qué se traía entre manos Amanda?

Una vez que se quedaron a solas, porque la canguro se llevó a la pequeña al parque, Amanda, haciéndose la fuerte, se pronunció:

—Javi, no es fácil lo que tengo que pedirte —pronunció con pesar—. Pero en vista de cómo están las cosas... Necesito que te alejes de nosotras hasta que todo acabe.

Javier se sentó de golpe en la silla que tenía detrás.

—No puedes hablar en serio —se entristeció.

Amanda se acercó a él y le asió las manos, sentándose justo delante.

—No es fácil —aseguró—. Nerea es una niña todavía, no puedo decirle de la noche a la mañana: «Javier no es tu papá, es Sebastián».

El corazón de Javier iba a una velocidad de vértigo, esas palabras lo habían matado.

—Amanda, por favor —suplicó—. No me apartes de vosotras... te lo ruego.

—Javier —pronunció en un hilo de voz por estar aguantando las lágrimas—. Si me quitan la custodia...

—No lo harán —sentenció—. Nadie va a quitarte a la niña.

Amanda suspiró con fuerza.

—Dallas nos previno —le recordó—. El abogado de Sebastián está empeñado en acusarme de falso testimonio para conseguir la custodia de Nerea.

Javier cerró los ojos, ¿cómo había pasado su vida de ser plena a vivir un infierno?

—No lo conseguirán —adujo, apretándole las manos—. No sé qué tendré que hacer, Amanda, pero sea lo que sea, impediré que consigan tal cosa.

A Amanda, una lágrima le salió, la misma que Javier paró con su dedo pulgar.

—No podemos correr ese riesgo hasta el final —aventuró—. Lo que te

estoy pidiendo es que me ayudes para que Nerea sea la que menos sufra en este tormento.

—Me estás pidiendo que renuncie a vosotras —se lamentó—. Es lo mismo que enterrarme en vida.

Amanda alargó su mano y acarició la mejilla de Javier, mientras sus lágrimas salían sin control. Por mucho que pensaba que estaba preparada para aguantar el tipo, su contención fue nula.

—Lo lamento, Javier —se disculpó sollozando—. Ojalá pudiera borrar el pasado, pero no puedo.

Javier tragó saliva.

—Nerea merece tranquilidad —aseguró—. Tienes que alejarte, para

que pueda olvidarte.

A Javier, el alma le cayó a los pies.

—No puedo, Amanda —se sinceró—. Aunque nunca lleve mi apellido, para mí seguirá siendo mi hija.

—Ese es el problema —afirmó—. Está muy unida a ti. Te has convertido en el padre soñado por cualquier niña de su edad. Y será más difícil y doloroso cuando Sebastián entre en su vida.

—Amanda...

—No —pronunció tajante—. Si nos amas, déjanos marchar.

Javier se puso en pie, abrazó a Amanda y susurró en su oído.

—Os amo más que a mi vida

—confesó sincero—. Si su bienestar es que me aleje, lo haré.

Amanda se aferró al abrazo, desearía poder parar el tiempo. Pero la realidad era muy distinta.

—Déjame que me despida de mi hija —rogó—. Para mí, con o sin ella a mi lado, lo será toda la vida.

Dos horas más tarde, con las maletas preparadas, el corazón roto y la mayor angustia de su vida, Javier estaba despidiéndose de la niña que para él sí era su verdadera hija.

—Princesa, tengo que marcharme de viaje —pronunció, acariciando la mejilla de la pequeña—. Voy a estar mucho tiempo fuera.

—¡No, papi! —protestó—. ¡Nos vamos contigo!

Javier sonrió con tristeza, porque se colgó a su cuello.

—Esta vez no puede ser —comentó casi en un hilo de voz—. En cuanto pueda, regresaré a por vosotras, ¿vale?

La pequeña, que no quería soltarlo, asintió, y Amanda tuvo que tomar partido porque Javier estaba aguantando el tipo.

—Ven, cariño, vamos a decirle adiós por la ventana.

Nerea besó fuerte a Javier, y este cerró los ojos para memorizar el momento.

En cuanto Amanda sostuvo a su hija

en brazos, Javier se inclinó y las besó a las dos con ternura.

Al salir al exterior, supo que su vida ya no era vida.

\*\*\*

Jaime entraba en la casa, Rebeca estaba en medio del salón esperándolo. Se miraron a los ojos, y la diseñadora fue la primera en romper el silencio.

—No puedo vivir sin ti —adujo sin apartar la mirada—. Pero tampoco puedo renunciar a lo que tanto me ha costado.

Jaime escuchó atento, ella no iba a dar su brazo a torcer. Por lo visto ya había tomado la decisión de marcharse.

—Entonces tenemos un problema

—se pronunció el mecánico—: No se puede tener todo en la vida.

—Jaime...

—No, Beca, no me vas a convencer —aclaró muy serio—. Renuncié al trabajo más importante en la carrera profesional de un mecánico, y lo hice por ti —confesó—. Incluso pensando que tú y yo no volveríamos a estar juntos, me fue imposible alejarme de ti.

Rebeca tragó con pesar. Era cierto. Cuando rechazó el contrato que le brindó la escudería Ferrari en la *Fórmula 1*, nadie pudo dar crédito: El sueño de todo mecánico.

—Ahora que estamos juntos, casados y esperando dos hijos —apuntó—, eres tú quien va a tener que decidir qué

prioridades tienes. Yo sé cuáles son las mías, ahora veremos las tuyas.

—No es justo, sabes de sobra que mi mayor prioridad eres tú —se quejó—. Yo no te obligué a renunciar...

—Exacto, no lo hiciste, fui yo quien tomó la decisión, la que parece que no has valorado.

Rebeca se sintió acorralada. Jaime lo era todo, aunque debía comprender que después de tanto esfuerzo y años sintiéndose una fracasada, tenía que terminar su trabajo.

—Una vez más, me veo obligada a tirar la toalla: La primera por enfermarse, ahora por ti.

Jaime sintió que se asfixiaba, él no

quería escucharla tan derrotada. Ni quería sentirse el culpable de esa situación.

—Nunca has tirado la toalla —reconoció—. Que no acudas al rodaje de la película, no significa que no hayas hecho tu trabajo.

—Significa que no estoy lo suficientemente volcada en mi proyecto, dejando el trabajo en manos de los demás: Eso no es ser profesional.

Jaime se quedó pensativo, había una pregunta decisiva, era hora de saber la verdad.

—¿Para ser profesional debes renunciar a tu familia? Porque parece que todavía no eres consciente de que estamos a punto de aumentar la nuestra.

¿Vas a dejarnos cada vez que tengas que demostrar que eres una profesional?

—Sabes de sobra que seréis lo primero —se molestó—. Nunca dije que esta profesión fuese sencilla ni que sería un camino de rosas.

Jaime cambió el peso de una pierna a otra mientras la escuchaba.

—Tú sabías que si regresaba al mundo de la moda, esto ocurriría —le reprochó—. Antes de que enfermara, mis diseños desfilaban en todas las pasarelas.

Jaime no se pronunció, pero sí recordó: Los desfiles en las pasarelas de Gaudí, Cibeles, Milán... Rebeca llegó muy alto en muy poco tiempo. El problema era que la vida cambiaba, eran

muy jóvenes por entonces y ahora...

—Debiste pensarlo antes de querer tener familia, ¿no te parece?

—Jaime, tú siempre me has apoyado, ¿por qué no puedes hacerlo ahora?  
—preguntó con pesar.

Al mecánico no le dio tiempo a responder, Rebeca se encogió y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado, acercándose a ella como un rayo.

—No... no lo sé —titubeó, y volvió a sentir algo extraño.

—Beca, me estás asustando  
—reconoció el mecánico.

Antes de contestar, Beca se dio cuenta

de lo que le estaba pasando. Levantó la cabeza y sonrió a Jaime con ternura. Le asió la mano y la llevó a su barriga.

—Están dando sus primeras patadas —pronunció emotiva.

Jaime sintió el golpecito en su mano y abrió los ojos como platos.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

—No, no es dolor, es algo extraño... —confesó emocionada—. No puedo explicar lo que se siente.

Jaime se arrodilló y puso la cabeza ladeada, cuando notó otra patada, la sintió directamente en la mejilla.

Con mil sentimientos encontrados, el mecánico, en la misma posición, se pronunció.

—He estado a punto de perderme este momento único —su voz le llegó al alma a Rebeca—. Nunca me lo hubiese perdonado.

Rebeca acarició la cabeza de Jaime al tiempo que él, con delicadeza, besó la barriga con ternura. Un gesto que la pequeña de los Irwin memorizó, y tomó una decisión.

—Habéis ganado —cedió, refiriéndose a los bebés y a Jaime—. No iré a Zaragoza.

Jaime cerró los ojos. Volvió a besar su vientre y se puso en pie. Una vez más, la felicidad de Rebeca era todo cuánto él necesitaba, aunque con ello tuviesen que estar un tiempo separados.

—Beca... —apoyó su frente en la de ella—. Como has dicho, siempre te he apoyado. Los viernes iré a visitarte a Zaragoza.

Rebeca negó, y él echó la cabeza atrás para mirarla a los ojos.

—Me he casado con una mujer luchadora y triunfadora —explicó—. Aprenderemos a compaginar la vida familiar con la profesional.

—Jaime... —pronunció emocionada, y él la interrumpió.

—No puedo permitir que renuncies a nada —dijo honesto, porque así lo sentía—: De hacerlo, te sentirías una mujer frustrada. Y nuestros hijos y yo —comentó acariciando la barriga prominente—, necesitamos que te

sientas plena: Tu felicidad es la nuestra.

Rebeca, con lágrimas en las mejillas, besó al hombre de su vida.

\*\*\*

Anais hablaba con su amiga Rita Obando por teléfono. Hablaban casi a diario, era su confidente. Le había narrado al dedillo sus conversaciones con Rubén. No entendía que él actuase como si ella fuese lo más importante y, sin embargo, no dijese nada que le hiciese creer que ella le importaba para más que un revolcón. Desde que se acostaron, seguían viéndose a diario. La recogía a la salida del trabajo para tomar algo juntos, ir al cine o pasear. Incluso le había regalado una bicicleta porque ella confesó que su deporte

favorito era el ciclismo. ¡La estaba volviendo loca! ¿Qué hombre pasaba las mañanas de los domingos pedaleando por compartir una afición si no sentía algo más que amistad? Ahora se había empeñado en que le diese una oportunidad: Volver a compartir la cama. Algo que Anais deseaba, pero que no cedería hasta que él reconociera que quería algo más.

—¿De verdad te has negado?  
—preguntó incrédula.

—Rita, es que es la única forma de saber si Rubén de verdad quiere estar conmigo al cien por cien o no.

—*Anais, te entiendo —reconoció—. Pero lo que yo veo, por lo que me cuentas, es que ese hombre está colado*

*por ti.*

—¿Y por qué se niega a reconocerlo?

—*Uff... Ya sabes que los hombres son muy raros —bromeó—. Además, tú misma has dicho que él nunca ha estado con una mujer... —se apresuró a aclararlo—. Como pareja.*

—Sí, eso es verdad.

—¿Sabes lo que creo?  
—comunicó—. *Que él ahora quiere algo más, de hecho, lo está demostrando y no sabe qué hacer para que tú confíes en él.*

—No te entiendo —dijo sincera, porque no comprendía lo que trataba de decirle.

—*A ver cómo te lo explico para que*

*me entiendas —indicó, pensando en las palabras apropiadas—. Él fue honesto reconociendo que no creía en el amor. Tú has hecho tambalear todo lo que hasta hoy para él era normal. ¿Hasta aquí me sigues?*

—Sí, continúa por favor.

—*Vale. Cuando tomaste la decisión de hacerle creer que con hombres como él no repetías, ahora se siente confundido. Piensa que haga lo que haga tú te vas a negar a darle esa oportunidad.*

—¿Tú crees? —indagó preocupada.

—*Sí, estoy convencida. Lo está intentando por todos los medios. Quiere que veas en él un cambio y, al negarte a repetir, se siente estúpido.*

*Porque por mucho que se está esforzando, tú parece que no lo valoras.*

—Claro que lo valoro —reconoció—. Pero necesito que sea franco, ¿y si pensamos que siente más por mí y luego en realidad lo único que quiere es volver a llevarme a la cama?

Rita tardó en responder, era una pregunta complicada. Anais tenía razón, las dos podían estar equivocadas al pensar que Rubén, con sus muestras de afecto, sentía más por Anais y al final ser todo incierto.

*—Igual deberías hablarlo a las claras con él.*

—Me da miedo —confesó—. Si al final no siente nada por mí, no podría

volver a mirarlo.

—*Podríais seguir siendo amigos,* Anais —intento razonar.

—No, no podría —reveló con temor—. Me he enamorado de él, Rita. Seguir viéndolo cada día, sabiendo que él nunca llegará a sentir lo mismo que yo, me mataría.

Rita la comprendía, aunque quiso animarla, se la notaba decaída.

—*Hace dos días volvió a dedicarte una canción en la radio. Nada menos que I'll always love you, de Taylor Dyane, que fue la canción que sonaba cuando hicisteis el amor. ¿Cierto?*

—Sí, casi me desmayo cuando escuché su dedicatoria: «Imposible

olvidar un momento tan especial».

—*¡Lo ves! Es imposible que un hombre que no está enamorado sea capaz de tener un detalle así.*

—*¡Ainss... Rita! Dentro de poco me voy a tener que marchar a Zaragoza —informó con pesar—. ¿Y si se olvida de mí?*

—*Lo dudo, piénsalo bien, hace meses que no se ha visto con ninguna otra mujer.*

Anais sonrió, sí, era cierto, desde que se vieron por primera vez, Rubén no había vuelto a acostarse con ninguna mujer.

—*Un hombre no aguanta tanto si no siente nada por ti.*

Sonó el timbre, había quedado con una amiga para ir a tomar un café.

—Tengo que irme —se despidió—. Te quiero, mi niña. Ya te contaré si hay algún avance con Rubén.

—*Pásalo bien, y si él no da el paso, hazlo tú, no tienes nada que perder.*

Cuando colgó, pensó esa última frase. «No tienes nada que perder». En realidad sí, podía perderlo todo. Porque si ella era franca con Rubén y este no admitía que sentía algo por ella, tendría que alejarse definitivamente de él.



## Capítulo 37

### Cuando el amor llega, te sorprende

Neill estaba en su restaurante, y su humor de perros alertaba a los empleados; mejor permanecer en silencio. Erróneamente pensaban que debía tratarse su estado de ánimo por alguna disputa matrimonial, ya que Tara hoy no había acudido a trabajar. Y sí, era un pensamiento erróneo porque el matrimonio no había discutido, el motivo era ver a su hermano mayor tan

hundido.

Colgó la llamada y se quedó pensativo. Se quitó el gorro y el delantal. En este mundo no había nada más importante para Neill que su esposa, y esta acababa de hablar con él, que se quedaba en la cama porque no se encontraba bien.

Neill notó algo raro en la voz de Tara, y eso era más que suficiente para dejarlo todo y averiguar.

Veinte minutos más tarde de la llamada, entraba en la casa y subía raudo al dormitorio. Se quedó helado al ver a Tara en la cama con lágrimas en los ojos.

Se arrodilló y ahuecó la cara de su mujer, que sorprendida por verlo allí,

intentó esconder su rostro.

—Pequeña, ¿qué ocurre? —preguntó, besándola en la frente sin parar.

—No es nada, estoy algo sensible por la menstruación —intentó escabullir la verdad.

—No me mientas, Tara, por favor —rogó con tanto sentimiento, que Tara se avergonzó por haber mentido.

—Es que... te va a parecer tan absurdo —informó porque igual Neill no la comprendía.

—Cuéntamelo —invitó a que se sincerara.

—Tenía un retraso —pronunció hipando por haber estado llorando—. Y yo... pensé... —titubeaba—. Me había

hecho tantas ilusiones —confesó al tiempo que volvía a ponerse a llorar.

Neill besó su cabeza con ternura, acariciando con sus labios el cabello corto de su mujer.

—¿Y si no puedo tener hijos?  
—lloriqueó.

El chef, al escucharla con tanto pesar, se separó, la asió por los hombros y le hizo levantar la cabeza para que lo mirara.

—Quién dice que no pueda ser yo —apuntó para que ella no sintiera sola esa carga—. Escúchame, Tara. Somos un matrimonio, no es un problema de uno o del otro. Si no podemos engendrar un hijo, será porque Dios así lo dispone.

Tara le acarició el pelo, mirándolo con adoración.

—Además, es muy pronto, pequeña —aseguró—. Solo llevamos tres meses intentándolo.

—Pero me había hecho ilusiones, quince días de retraso —informó Tara con pesar.

—Miremos el lado positivo —bromeó el chef para hacer sonreír a su mujer—: Tendremos que intentarlo con más brío.

Y lo consiguió, Tara soltó una risita que a Neill le supo a gloria bendita. Sus labios buscaron los de su mujer y la besó con tanto amor, que Tara se olvidó por completo del sentimiento de frustración que la invadía desde hacía un

rato.

—Cuando llegue el momento, lo disfrutaremos —comunicó el chef—. Y si no llega, siempre nos quedará la adopción.

Tara lo abrazó, y Neill se tumbó junto a su esposa. No había lugar mejor para él que estar allí junto a ella.

\*\*\*

Rubén hablaba con su hermano Dallas. Aprovechando que Estrella no estaba, podía sincerarse sin sentirse avergonzado.

—Esto te pasa por idiota —aseguró el abogado—. Te lo he dicho mil veces: Reconócelo.

—Te equivocas.

—Te has enamorado, cuanto antes lo aceptes, mejor —informó Dallas, cansado de ver la negación de Rubén.

—Es ilógico.

Dallas se carcajeó, Rubén estaba volviéndose loco porque no comprendía a Anais.

—Nunca busques lógica ni a los celos ni al amor porque no la vas a encontrar.

—Solo me he acostado con ella una noche —confesó y suspiró.

«¡Y qué noche!», se recordó memorando el momento.

Dallas levantó una ceja, su hermano se había quedado en trance y estaba seguro del por qué. Chasqueó los dedos delante de la cara de su hermano.

—¡Espabila! —bromeó—. Deja de fantasear.

—No estaba fantaseando —respondió.

—Lo que tú digas —replicó—. Vamos a lo importante. Llevas desde esa noche sin apartar a Anais de tu pensamiento.

Rubén no lo negó, era cierto, muy a su pesar. Aunque para ser sinceros, no se podía sacar a la morena desde que la conoció.

—¿Y qué? Eso no significa nada.

—De verdad, Rubén, acéptalo —ordenó—. Mira, Neill no pensaba que existiese una mujer en el mundo que pudiese enamorarlo —comunicó sin

bromas, para que se diese cuenta que no estaba de chanza—. Víctor se convenció que cuantas más mujeres conocía, más seguro estaba de que no existía el amor; solo pasión. Y yo me negaba a atarme a nadie porque estaba convencido de que el amor era tóxico.

Rubén escuchaba atento, y su cabeza empezó a analizarlo todo.

—Y ahora míranos, ¿hemos visto a Neill tan feliz en su vida?, y qué me dices de Víctor, desde Navidades, no lo hemos visto fijarse en ninguna otra mujer —comentó entre sorprendido y admirado por sus hermanos—. Y mírame a mí, no me avergüenza confesar que sin Estrella mi vida no tendría sentido.

—Ya, pero...

—Pero nada, Rubén —lo interrumpió—. Hazte un favor, reconoce la verdad y no dejes escapar la oportunidad, o lo lamentarás el resto de tu vida.

Rubén no paraba de darle vueltas a la cabeza, Dallas lo observaba atento y preguntó:

—Cuando la viste el otro día con aquel tío rubio, ¿te molestó?

—¡Joder, claro que me molestó!  
—estalló, y Dallas sonrió.

—Y el hecho de que vaya a estar fuera una larga temporada... —quiso averiguar—. ¿Te será indiferente?

—Maldita la hora que Rebeca se

metió en eso —reprochó porque ahora Anais se marcharía lejos—. ¡Se puede tirar casi un año!

Dallas asintió contento, Rubén no estaba colado por Anais; estaba enamorado hasta las trancas.

—Para no querer tener pareja, te estás alterando demasiado, ¿no crees?  
—ironizó.

Rubén lo fusiló con la mirada.

—No tiene gracia —le recriminó—. Estoy jodido, y tú burlándote.

—Algo que me agrada —reconoció—. Estás probando tu propia medicina —pronunció sincero y se echó a reír.

Rubén, mosqueado por ver a su

hermano divertirse a su costa, se dio por vencido.

—Vale... vale... no te rías tanto y ayúdame a encontrar la solución.

Dallas se apiadó de él, reconocer que por fin estaba enamorado ya era un paso. Sabía que para su hermano no era fácil, porque había vivido muchos años convencido de que no existía el amor.

—La solución, ¿para qué?  
—interrogó, quería escuchar la verdad en voz alta.

—Enamorar a Anais.

—¿Por qué?

Rubén, sin vacilar, y sorprendiéndose a sí mismo, respondió tajante:

—¡Maldita sea, Dallas, porque me he

enamorado!

El abogado, orgulloso por la respuesta de Rubén, le llevó una mano al hombro y se lo apretó.

—Bienvenido al otro lado.



# Capítulo 38

## Cumpleaños de Anais

El domingo estaban todos en *el gran nido*. Por desgracia, ver a Javier tan hundido carcomía a toda la familia. Se sentían inútiles. Cuando más los necesitaba su hermano mayor, no había nada que pudiese hacer ninguno de ellos.

Nada más terminar la comida, Javier se disculpó, necesitaba estar solo. Lo comprendieron y, a pesar de que intentaron retenerlo, al final cedieron.

Las mujeres, aprovechando que por

fin el frío de meses atrás ya había desaparecido, estaban sentadas en el jardín, tomando el sol y riendo de cosas sin sentido.

Rubén estaba junto a sus hermanos, en la cocina. Necesitaba que lo ayudasen.

—Neill, ¿qué hiciste para enamorar a Tara? —se interesó.

El chef se quedó pensativo.

—Víctor, David, Malcom, ¿y vosotros?

Los aludidos abrieron la boca y la cerraron.

—Dallas, por favor —pronunció desesperado—. ¿Cómo lo hiciste?

—Creo... bueno... me parece... —titubeó Neill.

—Pues... la verdad... ahora mismo... no sé —reconoció Víctor, que tampoco encontraba la forma de explicarlo.

Rebeca entró por un vaso de agua, miró a sus hermanos, ¿qué estaban haciendo? Parecían estar divagando, por sus caras, vete a saber de qué estaban hablando.

—¿Qué hacéis? —se interesó mientras cogía un vaso.

Rubén no quería inmiscuir a Rebeca, pero viendo la poca ayuda de sus hermanos, pensó que igual ella tenía la solución.

—Les he preguntado cómo enamoraron a sus chicas.

Rebeca levantó una ceja. Sonrió

interiormente, ya entendía el desconcierto de todos ellos.

—Ahhh... supongo que todos han respondido lo mismo, ¿no?

Los hermanos, que se negaban a quedar como tontos delante de su hermana pequeña, disimularon: No habían respondido nada.

—Sí, más o menos —contestó David.

Beca los miró de soslayo, ¡hombres!

—Claro, es que solo hay una respuesta a eso —argumentó. Bebió y se tomó su tiempo, consciente de que estaban esperando que ella continuara. Claro que tendrían que pedirlo.

Como Rubén sabía que ninguno de ellos le daría la respuesta, y tampoco

cederían ante Rebeca, fue el encargado de preguntar lo que todos deseaban saber.

—¿Tan segura estás, Beca?

—Sí, además, ellos te lo han confirmado, ¿no? —vaciló, ya era hora de tener a sus hermanos en la situación más avergonzada; por una vez, no iba a ser ella.

—Sí, pero me gustaría saber tu respuesta.

La pequeña de los Irwin dejó el vaso de agua, los miró a todos, uno a uno, y al final clavó su mirada en Rubén.

—Ellos no hicieron nada —sentenció—. Fueran ellas las que los enamoraron.

Y se marchó, así, sin más, como si esa respuesta fuese una verdad universal... ¿Lo era?

—Joder, las mujeres son muy complejas —aseguró Rubén.

Neill sonrió y asintió.

—Lo son, pero ¿no son maravillosas?

Se rieron, porque Rubén parecía más descolocado que otra cosa.

—Entonces estoy jodido —se quejó—. Anais me ha enamorado, pero da la sensación de que no tiene ningún interés en mí.

Dallas, que su ojito derecho era Rubén, intentó animarlo.

—Tonterías —alegó—. ¿Qué mujer no querría estar con el Irwin más

tocapelotas?

Neill negó con la cabeza, ya tenían a Javier deprimido, no iban a permitir que Rubén, ahora que se había interesado, y de qué manera, por una mujer, se diese por vencido.

—Parece mentira, con lo listo que eres —bromeó—. Si Rebeca supiese que no lo interesas a esa mujer, no habría respondido.

Rubén levantó la ceja.

—Tiene razón —aplaudió Malcom—. Cuando os conocisteis, Beca intentó hacer de casamentera.

El profesor se quedó pensativo.

—Chaval —le dio un toque en el hombro Dallas—. Blanco y en botella:

Anais te ha enamorado, ahora te toca a ti dar el paso. Demuéstrale que ya crees en el amor.

Un poco más animado, asintió. Sí, esa era la solución.

\*\*\*

El viernes, David y su socio estaban en el despacho del taller, ya habían acabado su jornada laboral, estaban ultimando algunas anotaciones y pedidos.

Jaime observó a David, parecía sonriente y soñador.

—¿Y esa cara de bobo que tienes a qué se debe?

—He tenido una idea —aseguró sonriente.

Jaime entrelazó los dedos de las manos, se las colocó por detrás de la cabeza, estiró las piernas y las colocó encima de la mesa.

—Tú y tus ideas —bromeó—. David, cuando aprenderás que idea que tienes, siempre sale mal.

—No, no, esta no.

—Sorpréndeme.

Y lo hizo, David narró al dedillo lo que tenía planeado. Jaime no paraba de reír.

—¿De verdad has comprado un pantalón con velcro? —preguntó muerto de risa.

—Oye, no te rías —se ofendió—. Mi chica dijo que si le hacía eso, no me

sacaría de la cama en un mes.

Jaime se carcajeó a gusto.

—Ríe, ríe, pero si el lunes no me ves aparecer, no se te ocurra llamarme.

Una hora más tarde, David estaba en su casa, vestido con un pantalón negro brillante, unos tirantes y una pajarita. Iba a hacerle un estriptis a su chica; se iba a olvidar de esa película *Magic Mike*.

—Cariño, ¡preparate para gozar!  
—bramó antes de poner la música—. El mecánico XXL a tu disposición.

Tamara se quedó quieta, no se lo podía creer. Los movimientos de David eran perfectos. Y tragó saliva porque la estaba poniendo cachonda perdida.

—David —pronunció, pero el

mecánico no la dejó continuar.

—No, no, nena —la interrumpió con movimiento pélvicos cerca de su cara—. Hoy soy para ti Macho man.

Y Tamara asintió, si su chico quería ser hoy el *boy* que le iba a alegrar la noche, ella no lo iba a interrumpir.

Desde luego tenía estilo, y en el momento final, cuando se arrancó el pantalón y se quedó solo con la pajarita, se escuchó aplausos.

David se tapó sus genitales y ladeó la cabeza.

«¡No me lo puedo creer, joder!», bramó interiormente porque estaban allí Estrella, Tara, Blanca, Anais, Susana y Rebeca. Esta última, con las manos

cubriéndose la cara para no ver a su hermano en pelotas.

—¡Bravo, nene, bravoooooooo! —gritó Estrella.

—Macho man, ven aquí a por tu recompensa —guaseó Tara, que al igual que el resto, sacaba de su monedero billetes para seguir la broma.

—¡Papacito, viva Escocia! —bramó, Anais, levantando un billete al aire.

—¡Otra, otra, pero también para nosotras! —ovacionó Susana, intentando imitar los movimientos pélvicos de David.

—Y yo que pensaba que el único digno de imitar a Channig Tatum sería mi Malcom —bromeó—. ¡Oleee, oleee

y oleeee!

—Espero que mis hijos puedan olvidar esta visión de su tío —fingió estar abrumada Rebeca.

David se giró y miró a Tamara, que estaba delante de él, con los brazos cruzados.

—Te parecerá bonito enseñarles el culo y lo que no es el culo a nuestras invitadas.

David no respondió, con las mejillas coloradas, salió corriendo como alma que lleva el diablo.

En cuanto desapareció, todas las mujeres, incluida Tamara, estallaron en risas.

—Pobrecillo, qué vergüenza

—comentó Tara.

—Chica, qué suerte —aseguró Anais.

—Con lo lanzado que es Víctor para lo que quiere y no me hará un estriptis en la vida —se quejó Susana.

—Ni Neill tampoco —reconoció Tara.

—Mira, en eso tengo suerte, cuando quiera imaginar a Malcom, solo tendré que ponerme la película —bromeó Blanca.

—Cuando se enteren mis hermanos —ironizó Rebeca—, vamos a tener broma para años. Me alegro, así se olvidarán del día que Nerea bajó con mi vibrador en las manos.

Todas rieron de nuevo.

Las carcajadas de todos los hermanos Irwin cabrearon a David.

—Maldita la hora que os he contado nada —se enfadó—. Se supone que ibais a apiadaros de mí.

A Jaime, por más que lo intentaba, le era imposible dejar de reír.

—Te lo dije —aseguró muerto de risa—. Tus ideas nunca salen bien.

David gruñó, se dio la vuelta y los dejó plantados.

Estaban en un local de moda celebrando el cumpleaños de Anais.

Rubén se acercó a la cumpleañera con un paquete en la mano.

—Felicidades, preciosa —la felicitó

y le dio dos besos porque acababa de llegar.

Anais sonrió y se puso nerviosa. Rubén la miraba de tal manera que el aire se hizo espeso. Podía notar la caricia de sus labios sin apenas tocarla.

Decidió que era mejor abrir el regalo para no seguir sintiendo esa corriente que la mirada de él le producía.

—Rubén —murmuró, apenas tenía voz por la emoción del regalo.

El profesor sonrió de medio lado, encantado de ver su reacción.

—¿Te gusta?

Lo abrazó, y ahí obtuvo la respuesta. Las dos novelas favoritas de Anais: Una primera edición de *Romeo y Julieta*, y

*Amigos enredados*, el libro que los unió en el grupo de panteras y por el que habían hablado antes de conocerse en persona.

Cuando vio la dedicatoria, se llevó las manos a la boca.

—¿Le pediste que te lo firmara?

Rubén asintió con una gran sonrisa en los labios. Ver a Anais tan emocionada le calaba hondo.

¡Feliz cumpleaños, Anais!

Mil gracias por ser una pantera incomprendida. Por petición de nuestro puma que te quiere, Rubén, te mando

miles de besos y abrazos.

Pd: Lánzate a por él, puede que sea tu Rober.

Recuerda que nadie te puede parar.

N.P

—¿Te ha gustado?

Anais lo abrazó, ahí tenía la respuesta. No podía creerse que la conociera tan bien. Estaba demostrando que era un hombre muy detallista, algo que a ella le gustaba.

Cerró los ojos e inspiró para embriagarse del perfume que Rubén

siempre utilizaba. Pasado mañana se marcharía a Zaragoza, lo que significaba que no lo vería en bastante tiempo. Igual se olvidaba de ella.

Rubén, aprovechando la cercanía de Anais, susurró en su oreja.

—Me encantaría que pudiésemos implicarnos más.

La ayudante abrió los ojos, ¿de verdad había escuchado bien? Por si acaso, y con miedo a mirarlo a los ojos, sin cambiar de posición respondió.

—Si lo que pretendes es que nos volvamos a acostar... —Rubén la interrumpió.

—Claro que quiero repetirlo, Anais —comentó sincero—. La química entre

nosotros es perfecta —aseguró—. Pero ya no quiero solo eso, te estoy pidiendo que me des la oportunidad de tener algo más que sexo entre los dos.

Anais se quedó paralizada, no esperaba tal sugerencia.

Rubén, a pesar de que estaba encantado de estar abrazado a ella, se separó, necesitaba mirarla a la cara.

—¿Qué me dices? —indagó.

—No sé, Rubén —se inquietó—. Siempre has dejado claro que no crees en el amor. Ahora me pides...

—Nunca había tenido la necesidad de estar cerca de alguien, Anais —la interrumpió, quería explicarse—. Desde que te vi la primera vez, no he dejado de

ir a buscarte —se sinceró—. Y la noche que nos acostamos, todo cambió: Me es imposible apartarte de mi mente. No sé si es amor o no —reconoció con honestidad—. Pero estoy dispuesto a averiguarlo si me das la oportunidad.

Anais, que había escuchado atenta, sintió mariposas en el estómago.

—Me marcho en dos días —aventuró, por si él no se acordaba de eso.

—Razón de más para tener claro si queremos intentarlo.

Anais lo meditó, marcharse sin darle esa oportunidad era perderlo. Por lo que quiso ser sincera, incluso sabiendo que lo que iba a confesarle tiraba por tierra todo lo que había hecho hasta ese momento.

—Me da miedo —aseguró, mirándolo a los ojos—. Eres el único hombre que puede hacerme daño —admitió sin tapujos—. Porque eres el único que me hace sentir cosas por dentro y al que no puedo sacar de mi pensamiento.

Rubén sonrió de medio lado. Sintió que le quitaban una carga muy pesada de encima: Ella estaba enamorada, o, por lo menos, ilusionada. Eso ya era un gran paso. Después de tantos días dándole vueltas a todo, nada estaba perdido.

Alargó las manos y sujetó las de ella. Se miraron a los ojos.

—Mamacita —pronunció sonriente—. Los miedos los podemos pasar juntos. Para mí esto es nuevo, no creas que por ser hombre no estoy

asustado —explicó—. Lo creas o no, a mí también me da miedo lo que siento.

—¿Qué sientes? —preguntó curiosa.

—Que eres la única mujer que puede llegar aquí dentro. —Se señaló el corazón—. Y eso da miedo.

Anais tragó saliva, no esperaba tanta sinceridad. Pocos hombres se atreverían a admitir en voz alta lo que Rubén había dicho.

—Y bien, ¿nos arriesgamos? —se interesó el profesor, con el pulso acelerado por los nervios.

—Papacito, vamos a arriesgarnos —respondió con una sonrisa en el rostro.

Rubén, deseoso y animado por la

respuesta, buscó esos labios que tanto había añorado y, a partir de ese momento, solo él podría disfrutarlos.

Dallas apretó el puño en un gesto de triunfo al ver a Rubén besando a Anais.

Estrella se acercó hasta él con una sonrisa triunfal y dando saltitos de alegría: Había salido al exterior para hablar por el móvil con su amiga Ariadna. Ahora, al entrar de nuevo, fue directa a buscar a su marido.

—¡Ay, Dally! —se expresó jovial—. Ariadna ha conocido a un veterinario maravilloso, gracias a Gladiator.

Dallas se carcajeó, ese gato, al final, había conseguido muchas cosas: Una de ellas, que Estrella y él volviesen a encontrarse en el pasado. Consiguiendo

que en ese encuentro quedase la rubia en la mente del abogado.

—Y eso te alegra por lo que veo.

—Y tanto —aseguró—. Lleva tres meses viviendo en Salamanca, apenas conoce a nadie —informó, ya que su amiga se había trasladado a otra ciudad por trabajo—. ¡Y ahora está saliendo con alguien!

Susana le hizo una seña a Estrella, y esta fue rauda, estaba sonando una canción que siempre bailaban juntas.

Víctor saludó a dos conocidas, aunque en esta ocasión fue diferente, pues al acabar de bailar, Susana y Estrella se acercaron a la barra a por bebida. El monitor, al ver pasar a su chica por delante, alargó el brazo para

sujetarla por la cintura. Nada premeditado, todo de manera muy natural.

—Quiero presentaros —pronunció, mirando a las dos mujeres—. Victoria y Sandra —las chicas miraron a la interiorista—. Esta es Susana, mi novia.

Su las saludó afablemente, y las mujeres respondieron de la misma forma. Aunque con una pequeña diferencia: Susana había sacado a Víctor del mercado. Ahora comprendían por qué llevaban tiempo sin verlo y por qué no respondía a sus llamadas. Por lo tanto, hablaron un poco más y se marcharon rápidas, el monitor ya tenía novia, no iban a perder el tiempo con alguien que tenía pareja.

La relación de Víctor y Susana, cada día estaba más consolidada. Ella no había dado muestras de celos, de hecho, nada más saludar, los dejó a los tres allí hablando para seguir con Estrella. Él ni se inmutó cuando las dos mujeres se acercaron a saludarlo, simple cortesía, pero ya no sentía esa necesidad de seguir gustando.

Media hora más tarde, Susana se sentía incómoda, Víctor, que conocía el lenguaje corporal de su chica a la perfección, dejó el botellín de cerveza en la barra y se acercó hasta ella, donde un tipo parecía no entender que estaba ocupando su espacio. Claro que ya se encargó el monitor de hacer hueco.

Dallas que había visto a su hermano,

dando un empujón al otro sujeto, no quiso quedarse alejado por si la cosa se complicaba; su mujer estaba también por medio.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a su hermano.

—Nada, tipejos que todavía se piensan que pueden propasarse con una mujer sin que alguien les parta la cara.

Dallas levantó una ceja, observó de soslayo al otro hombre y vio con sus propios ojos que Víctor tenía razón. Por lo visto, iba a intentar rozarse con otra muchacha y, aunque no era ni su esposa ni Susana, intervinieron de nuevo. En esta ocasión fue Dallas.

—¡Pero qué coño os pasa! —bramó el sujeto—. ¿Tenéis algún problema?

—Tú eres el problema —comentó, sin alterarse, Víctor.

La muchacha, una de las trabajadoras del taller de Rebeca, agradeció con la mirada a los dos hermanos, puesto que ese tipo ya le había metido mano tres veces, dos de las cuales ella misma le pegó empujón, pero por lo visto, no se daba por vencido.

—Yo no me he metido con vosotros.

—No, pero sí te estás pasando con las mujeres —argumentó Dallas.

—Oye, van pidiendo guerra —acusó el sujeto—. ¿Acaso no van vestidas provocando para eso? Solo les doy lo que quieren.

A Víctor se le encendió la sangre.

¡Qué coño decía ese majadero!

—Si una mujer viste *sexy*, me estás diciendo... —investigó Dallas con mucho cinismo—. ¿Que te está pidiendo que te propases con ella?

—Hombre, si una tía lleva la falda por encima de las rodillas, es una invitación clara —pronunció con convicción.

Dallas miró a su mujer, el vestido que llevaba hoy era corto, muy corto. ¡Estaba preciosa!

—Entonces tú miras a cualquier mujer de esta sala, y si su falda no le llega a las rodillas, ya das por hecho que tienes derecho a propasarte con ella, ¿cierto? —preguntó con tanta irritación, que Víctor se alertó.

—Por supuesto, ¡todas piden guerra!

El codazo que recibió en la nariz, lo dejó aturdido. El movimiento fue elegante y rápido, para que nadie se percatase ni se alterasen gritando o creyendo que era una pelea.

Víctor se puso delante para que nadie viera que le sangraba la nariz, mientras, Dallas le ponía un brazo por la espalda, a la altura de los hombros, sujetándolo mientras le susurraba al oído.

—Esto es para que aprendas que a una mujer se la respeta —amenazó—. La próxima vez que veas a una dama, con o sin falda corta, piénsatelo dos veces antes de intentar tocarla. —Le apretó el hombro con fuerza—. Puede que un novio, un marido, un hermano, o

ella misma, te acabe partiendo la cara y las piernas. Si eres un puto degenerado, quédate en tu puta casa.

Y lo soltó, Víctor se apartó, y el tipejo en cuestión se marchó del local.

Estrella, al ver que aquel tipo pasaba por su lado con la mano en la cara tapándose lo que parecía sangre, miró a Dallas. Este, como si nada hubiese pasado, le guiñó un ojo y se puso a hablar con su hermano. Así podrían seguir disfrutando de la fiesta.

Rebeca sonrió, no había estado escuchando a Dallas, pero imaginaba lo que habrían hablado. Buenos eran sus hermanos para que un hombre se propasara con una mujer estando ellos cerca.

Apoyó la cabeza en el hombro de Jaime, ya que estaba sentada encima de él, en uno de los butacones del local. Estaba cansada, sus piernas ya empezaban a hincharse.

—Si quieres nos vamos —propuso el mecánico al tiempo que la rodeaba con sus brazos.

—No, todavía aguanto, no te preocupes —dijo, porque le sabía mal que Jaime últimamente tuviese que retirarse pronto por culpa de ella.

—En realidad, preferiría que nos marchásemos —anunció—. Te marchas pasado mañana, y mi lado egoísta no quiere compartirte con nadie: Te quiero para mí a solas.

Rebeca sonrió, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Vámonos a casa —ordenó, consiguiendo una sonrisa y ganándose un beso por parte de Jaime.



# Capítulo 39

## Un verdadero padre

Javier estaba escondido para ver salir a Nerea del colegio. Por mucho que lo intentaba, no podía pasar un día sin verlas. Un mes y medio llevaba haciendo lo mismo.

Cuando la niña llegó a los brazos de Amanda, él sonrió, esa pequeña conseguía alegrarle el día, aunque solo fuesen unos minutos los que pudiese disfrutar viéndolas.

En cuanto desaparecieron, de nuevo a

la realidad; su vida estaba vacía y muerta. Así se sentía el mayor de los Irwin.

Se quedó un buen rato en el coche, sin saber dónde ir, puesto que nada lo llenaba ni le apetecía. Sabía que no podía continuar así, por lo tanto arrancó el motor y se dirigió al restaurante de su hermano Neill, necesitaba hablar y desahogarse.

El chef, en cuanto le avisaron, salió raudo a recibirlo, haciéndolo pasar a su despacho.

—Javier, no tienes buen aspecto —aseguró porque se lo veía ojeroso y con algún kilo menos. Tampoco es que su barba estuviese muy bien cuidada, como tenía por costumbre de llevarla

muy rasurada.

—Últimamente no duermo bien —reconoció.

—Y tampoco estás comiendo —le reprochó—. Sé perfectamente por lo que estás pasando, pero no puedes abandonarte de esa manera.

—Y qué quieres que haga. ¿Que me levante como si no pasara nada? —pronunció con derrota—. No lo soporto, Neill —confesó con dolor—. Abrir los ojos y no verlas... no escuchar sus risas... no sentir sus abrazos... no poder acariciarlas... Llegar a casa y que el silencio me reciba para recordarme que me he quedado sin mi familia me está matando.

—No te has quedado sin familia, Javi

—afirmó—. Quítate eso de la cabeza. Esto tan solo es un distanciamiento temporal.

—Es mi ruina —aseguró—. Al final, Alicia lo ha conseguido, me ha arruinado la vida.

Neill sintió rabia. Esa maldita mujer en qué mala hora entró en sus vidas. No era Javier el único que estaba sufriendo. La pequeña ya formaba parte de todos ellos. Nerea seguía siendo la sobrina que todos querían, por mucho que se empeñaran en alejarla de ellos, era una Irwin, pues así lo sentía Javier, y eso era todo cuanto ellos necesitaban.

Miró a su hermano mayor, al hombre que adoraba con locura, e intentó buscar la mejor solución.

—Debes hablar con Susana —informó, consiguiendo que Javier le prestase atención—. Tómame unos días, Javi, lo necesitas.

El aludido negó con la cabeza.

—No, no puedo...

—Claro que puedes y lo harás —aseguró, él mismo lo arrastraría de los pelos si hiciese falta—. Haz las maletas, mañana te marchas a Portree.

Javier no tenía fuerzas para discutir, si Neill había tomado esa decisión, sin lugar a dudas, sería la mejor opción: Nunca se tomaban decisiones por un hermano, sin pensar que no fuesen las más beneficiosas.

\*\*\*

—Eres una provocadora —afirmó Rubén al ver a Anais a través de la *web cam* con un picardías rojo—. Y vas a pagar por ello.

Anais hizo morritos encarada a la *cam*, sabía que sus labios provocaban al profesor.

—Mmmm... interesante, papacito, me encantan tus castigos —bromeó, aunque su voz sensual dejaba fuera cualquier broma.

Rubén levantó una ceja, en tres semanas que llevaban juntos, esa mujer cada día tenía más poder sobre él. Los fines de semana se alternaban, o iba él a verla, o era ella la que regresaba a Valencia.

—Este viernes me encargaré de ello —informó—. En cuanto te vea bajar del tren, te vas a enterar.

Anais se recostó en la cama, incitándolo, ya que con el movimiento bien estudiado, dejó uno de sus senos al aire.

—Me estás matando, Anais —le recriminó—. ¿Tienes idea de lo que te haría en este mismo momento si pudiera?

—No, pero me encantaría saberlo —aseguró sincera y excitada, porque acaba de invitarlo con esa respuesta a una sesión de *ciber sexo*—. No te imaginas cuánto te deseo en este momento.

Rubén cerró los ojos, ¿qué ella lo

deseaba? ¡No tanto como él!

—Prepárate, mamacita, porque no me voy a poder contener.

Anais suspiró fuerte por la excitación que había sentido al escuchar esa voz cargada de lujuria.

—Estoy preparada, Rubén —comentó mirando a la *cam*, para que él sintiera que lo miraba directamente a los ojos—. Quiero que esta noche encontremos el placer juntos —susurró de tal manera, que apenas fue audible, pero él la escuchó.

—Así lo haremos —sentenció—. Lo creas o no, desde aquí puedo sentir tu húmedo y anhelante sexo.

Anais, de manera inconsciente, se

llevó su mano a la parte nombrada, él tenía razón, así de caliente estaba.

—Vas a desnudarte, no va a haber prendas que nos molesten mientras contemplo tu cuerpo.

Anais obedeció, se desnudó con tal sensualidad, que Rubén tuvo que recordarse a sí mismo que ella no estaba delante; poco le faltó para alargar la mano y romper el monitor. Claro que él era un hombre de palabra, iban a gozar los dos, y también se desnudó.

—Ufff... Anais... —pronunció excitado—. Vuelve a llevar tus manos al lugar que tanto placer me da porque quiero saborearte.

La morena costarricense así lo hizo, frotando con suavidad, esparciendo toda

su humedad para que Rubén lo disfrutase.

—Suave... caliente... dulce...  
—señaló el profesor sin perderse detalle—. Como siempre, mi bella dama, es un placer el saborearte y olerte. Quisiera darme un festín, introducir mi lengua y no cesar hasta que te corriese.

Era una tortura placentera, por un lado ansiarlo, disfrutando cada palabra que él pronunciaba, como si lo estuviese sintiendo, pero a la vez el dolor de no tener nada de eso.

Llevaban casi una hora cuando Rubén ya no podía más, sabía que debía llevar al límite a Anais, que sus manos trabajaran y fuesen más directas, porque

a él le faltaba muy poco.

—Necesitaría una noche entera para memorizar cada centímetro de piel —aseguró, consiguiendo que Anais se acariciara todo el cuerpo con delicadeza—. Besaría cada peca que encontrara en tu cuerpo. Y sobre todo, te penetraría una y otra vez... una y otra vez... una y otra vez.

Alcanzó el éxtasis con ella, estaban unidos sin pretenderlo, fue un orgasmo tan inevitable como intenso.

\*\*\*

Javier llevaba dos días en Portree, por primera vez, pensó que haber hecho caso a su hermano Neill había sido una mala decisión. Seguía hundido y, para más inri, sin poder ver a las dos mujeres

de su vida.

A las nueve de la mañana, estaba cepillando a Dálmata, el poni de su hija. Parecería una locura, pero ese animal era el único consuelo que le quedaba; poder acariciar al animal que Nerea tanto había mimado durante las Navidades pasadas.

Corey y Amparo habían pasado toda la noche hablando, buscando una solución: Su hijo debía volver a ser el hombre que era. No podían permitir que siguiese por esos derroteros, o acabaría siendo un alma en pena. Neill había hecho bien en obligarlo a viajar a Portree, nadie mejor que sus padres para conseguir que Javier dejase de sufrir.

Corey se quedó en la valla, con los

brazos cruzados y apoyados en la madera. Miró a su hijo y habló, puesto que lo tenía cerca.

—¿Sabes, Javier? Si un día se presentara aquí un hombre afirmando ser vuestro padre —comentó, consiguiendo que su hijo le prestase atención—, me daría pena.

—Sabes que eso sería imposible —adujo Javier mientras acariciaba al animal.

—Ay, hijo, en esta vida solo hay una verdad universal: Madre solo hay una.

Javier medio sonrió, si su madre lo escuchara, se llevaría un buen capón por insinuar que podría haberle puesto los cuernos.

—En fin... —quiso centrarse de nuevo en su cometido, darle una lección a su hijo—. Imagina por un momento que eso sucediera.

—Que apareciese un hombre afirmando ser mi padre —puntualizó para ver si lo había entendido.

—Exacto —aclaró Corey—. ¿Podrías sentirlo como tal?

—Es imposible.

Corey sonrió, su hijo no podía imaginar tal cosa, pero le vino bien la respuesta para continuar.

—Exacto —convino sonriente—. Ese hombre me daría mucha pena.

—Pena —repitió, sin entender a qué se refería.

—Sí, pena. No te hablo como marido, te doy mi visión de padre.

Javier levantó una ceja, no estaba para tonterías.

—Papá, te acabarías de enterar que tu mujer te fue infiel y que todos nosotros no tendríamos tu sangre —informó serio—. ¿Y sentirías pena por ese tipo?

—Mucha —aseguró—. Por mucha sangre que llevaseis de él, ese pobre desgraciado no podría competir con el cariño que me tenéis ni lo que yo he vivido.

Javier dejó de frotar a Dálmata, se acercó a la verja y se posicionó justo delante de Corey.

—Ese hombre se ha perdido vuestros

cumpleaños —pronunció como si de verdad existiese, para que su hijo se diese por aludido—. No ha disfrutado de vuestras risas. De pasar las noches en vela con vuestros llantos. De las peleas entre hermanos. De llevaros al primer partido de fútbol. De vuestras guerras de barro. De compartir la cama cuando estabais enfermos. De sentirse orgulloso al ver vuestros progresos. De veros crecer y saber que ya sois hombres de provecho —dijo del tirón, y puso su mano encima de la de su hijo—. Esa es la diferencia entre un verdadero padre y uno que solo lleva su sangre, Javier.

—Amanda... —pronunció emocionado, porque su padre acababa de insinuar que él era un verdadero

padre. Corey lo interrumpió porque sabía lo que su hijo iba a decirle.

—Amanda es tu mujer; Nerea, vuestra hija —aseguró—. Esta familia es una *familia unida*; tu madre se empeñó y os enseñó a serlo, y tú has luchado para que permanezcamos todos unidos. Ahora que estás construyendo tu *Gran nido*, no puedes abandonarlo, ni por una decisión que puede parecer la más correcta para una menor, ni por una exmujer desalmada que cree y amenaza en destruir lo que tú y Amanda estáis construyendo.

Javier asintió. «¡Por supuesto que no!», bramó para sus adentros. Nadie iba a destrozar su *gran nido*.

Abrazó a su padre con tanta fuerza,

que Corey sintió que se asfixiaba, pero no se quejó, su hijo por fin había aprendido la lección que su madre y él, por la noche, pensaron que devolvería a la vida a su hijo mayor.

Cuando soltó a Corey, saltó la valla, entró en la casa raudo, asustando con ese ímpetu a Amparo.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

Javier se acercó, la abrazó con fuerza y, al soltarla, se dirigió a las escaleras, y desde allí respondió a voz en grito:

—¡Me voy a por mi mujer y mi hija!  
¡Es hora de construir mi *gran nido*!

\*\*\*

Esa misma tarde, Amanda miraba a

Nerea, que estaba sentada dibujando. Llevaba varios días triste, no es que echara en falta solo a Javier, no tenía contacto con nadie de la familia Irwin, excepto con Estrella, por ser su profesora.

—¿Cuándo va a venir mi papá?  
—preguntó.

Amanda pensó que era el momento de hablar con tranquilidad.

—Mi vida, a partir de hoy, es mejor que lo llames Javier.

La niña miró a su madre y entrecerró los ojos.

—¿Ya no quiere ser mi papá?  
—pronunció de tal manera que Amanda sintió que se asfixiaba—. Ya no nos

quieren, ¿verdad?

Sabía que se estaba refiriendo a todos los Irwin. Desde luego, su hija era una niña muy inteligente. Por primera vez, se dio cuenta que era más adulta que los niños de su edad, como había informado Estrella en varias ocasiones.

—¿Es por algo que he hecho? ¿Ya no quieren que sea una Irwin? —preguntó llorando porque así lo sentía, que ya no la querían a su lado.

—No, no, no, mi vida... —respondió rápida, ver a su hija tan abatida y sintiéndose culpable la estaba matando. La levantó de su asiento y la dejó sentada encima de la mesa para tenerla más cerca. Tenía que decir algo para que Nerea no sufriera, pero estaba tan

angustiada que no le salían las palabras. Y cuando sus labios se abrieron, la voz de Javier las sorprendió a ambas. No se habían dado cuenta que él había entrado y escuchado toda la conversación.

—Princesa, tú siempre serás una Irwin —aseguró, acercándose a ellas—. Ya he vuelto de mi viaje y no me voy a volver a marchar a ninguna parte sin vosotras.

Nerea se puso en pie y se lanzó a sus brazos.

—¡Papi, no te marches más! —exclamó aferrada al cuello de Javier.

—Te lo prometo, princesa —respondió, mirando a los ojos de Amanda, que todavía no reaccionaba. Alargó el brazo para acariciar la mejilla

de la mujer que amaba. Mientras, su hija era incapaz de soltarse de él.

Amanda tragó saliva, ¿era un sueño o de verdad estaba Javier rodeado por los brazos de su hija?

—Somos una familia —informó para que las dos lo supieran—. Y como tal, vamos a estar juntos el resto de nuestras vidas. Los problemas los afrontaremos uno a uno... *Juntos*.

Amanda, que comprendió lo que él estaba diciendo, por fin reaccionó, abrió sus brazos y acogió a Javier en ellos. Era imposible luchar sola esa batalla. Su vida y la de su hija estaban vacías sin él. Si tuviese que ir a la cárcel, lo haría, pero sabiendo que Javier velaría por las dos.

—Perdóname —suplicó susurrante, para que la niña no la escuchara—. Pensé que sería lo más acertado.

El mayor de los Irwin, con la felicidad plena del momento, pues ya no necesitaba más al tener a sus dos mujeres abrazándolo, respondió:

—Eres una buena madre, Amanda, no hay nada que perdonar.

—Me quieres mucho, ¿verdad, papá?

—Mucho, muchísimo —respondió con el corazón en la mano—. Soy el que más te quiere del *mundo mundial* —intentó bromear, utilizando esa expresión que su hija siempre decía—. Dentro de tres meses, voy a casarme con vosotras: Eso es porque os amo.

A Amanda no dejaban de rodarle lágrimas por las mejillas, Javier no había suspendido la boda ni estando separados.

—Papi, ¿me has traído un regalo?

Javier y Amanda sonrieron, por fin Nerea volvía a comportarse como la niña dicharachera que siempre había sido.

—Por supuesto que sí, pero no lo tengo aquí.

—Joooo... —protestó.

—Princesa, vamos a ir a por él —anunció—. Pero primero, tenemos algo muy importante que hacer.

Amanda miró a Javier, al ver la sonrisa en su rostro, supo que, una vez

más, ese hombre iba a aportarles felicidad.

—¿Qué? —preguntó la niña.

—Tenemos que ir a ver a los tíos —informó, consiguiendo que Nerea se excitara por la emoción—. Hace mucho que no ven a mi princesa.

—¡Mami, corre, que nos están esperando! —exclamó, soltando el cuello de Javier, tenía prisa por ir a buscar sus zapatos—. Seguro que el tío Neill me ha hecho tarta de *Lacasitos*.

Javier, al quedarse a solas con Amanda porque Nerea ya estaba en su habitación buscando sus zapatos, la besó, con fuerza... con sentimiento... con amor.

—No volveré a alejarme de vosotras, Amanda. Pase lo que pase, a partir de hoy, estaremos juntos —confirmó, y para recalcarlo, repitió—: Juntos.

Media hora tardaron en llegar al *gran nido*, donde toda la familia Irwin, excepto Rebeca, estaba esperándolos. Javier lo primero que hizo al aterrizar fue llamar a Neill, contarle su decisión y que los esperasen allí. Sabía que su hija necesitaba a su familia, y él no la iba a defraudar.



# Capítulo 40

## Señora de Irwin

En el restaurante El Gran Nido, a las dos en punto de la tarde, se presentó Alicia con una única intención: Tocar la moral a Neill. Conociendo a los Irwin, por haber formado parte de esa familia, de sobra sabía que el chef rabiaría al tener que servirles a ella y a Sebastián. Además, pensaba comer gratis, nada como chantajear a esa familia para vivir a cuerpo de rey. Y ahora que lo pensaba, esa semana regresaría a la galería, ya le había dado tiempo suficiente a Javier

para que le ingresara la nómina que ella acordó.

Tara, que al verla entrar la reconoció, le hizo una seña al *maître*; un hombre que llevaba trabajando allí desde que el restaurante se inauguró.

—Esa mujer es Alicia, ¿verdad?  
—preguntó para estar totalmente segura.

—Sí —respondió seco, pues estaba al tanto de la separación de Javier y ella.

—No permitas que Neill se entere de que está aquí —informó. No estaba dispuesta, bajo ninguna circunstancia, a que su marido se tuviese que enfrentar a semejante majadera. Bastante habían sufrido por Amanda y Javier, como para permitir que esa... —no podía catalogarla como mujer—, viniese a

regocijarse de Neill. Tendría que pasar por encima de su cadáver.

Sebastián se había quedado rezagado al atender una llamada en la puerta. Alicia, que entró triunfal, se plantó delante de Tara y con su educación habitual (es decir, nula) habló:

—Tenemos una reserva a nombre de Camino.

Tara, que se encargaba de las reservas, se pronunció.

—Por mucha reserva que tengas, aquí tenemos derecho de admisión.

Alicia, que no esperaba semejante respuesta, la acribilló con la mirada.

—No tienes ni idea de quién soy —la amenazó—. Dile al chef Irwin que salga

—ordenó muy soberbia—. Y ve despidiéndote, porque mañana estarás en el paro.

Tara, a pesar de su corta estatura, pues a Alicia no le llegaba a la barbilla, se irguió delante de la pelirroja: Nadie intentaba mangonear a su marido delante de ella.

—Sí sé quién eres —aseguró pronunciando con asco—, Alicia.

La exmujer de Javier la miró.

—Pues más vale que me obedezcas porque se me está acabando la paciencia —la volvió a amenazar—. ¿No sé quién te has creído que eres tú?

—Ah... eso tiene solución, voy a presentarme —ironizó—. Soy Tara:

*Señora de Irwin* —pronunció orgullosa—. Propietaria de este lugar, para ti.

Alicia se quedó descolocada, ¿Neill se había casado? ¿Cuándo?

—¡Avisa a Neill! —bramó, mirando al *maître*.

—Al único que vamos a avisar es a nuestro hombre de seguridad —sentenció Tara—. Vuelvo a informarte de que tenemos reservado el derecho de admisión. No aceptamos escoria en nuestro local.

Justo en ese mismo momento, Sebastián se situaba al lado de Alicia.

—¿Qué sucede?

Alicia se inquietó, un gesto que a

Tara no le pasó desapercibido, por lo tanto, aprovechó el momento. Iba siendo hora que Alicia empezase a recibir lo que se merecía.

—Ocurre, caballero, que esta... —no pudo pronunciar la palabra *señora*—. Su novia tiene prohibida la entrada en este restaurante.

Sebastián entrecerró los ojos, no comprendía nada, menos cuando Alicia había insistido mucho en comer allí. Habían hecho la reserva dos meses antes.

—Debe tratarse de un error —intentó razonar Sebastián.

—Me temo que no —atinó a decir Tara sin quitar ojo a Alicia—. Puede que para usted la familia no importe,

pero nosotros no damos de comer a la exmujer del hermano del dueño. ¡Hay que ser muy cínico para presentarse aquí y pretenderlo!

Sebastián taladró con la mirada a Alicia.

—¿Eso es cierto? —preguntó indignado.

Al ver que Alicia se había quedado sin excusas, Tara prosiguió.

—Puede que *ustedes* no tengan alma —pronunció ustedes con asco, y por cortesía y profesionalidad al dirigirse a Sebastián, ya que a Alicia le había sido imposible tratarla de usted—. Y que su novia intente chantajear y ultrajar a mi familia, utilizando con malas artes el dar a entender que se vengará de todos a

través de una niña inocente —dijo del tirón, muy enfadada—. Puede que se haya aprovechado de Javier y ahora intentara manipular a mi marido porque sabe que ellos serían incapaces de tocar a una mujer —expuso para que les quedase muy claro a los dos—. Pero a mí no me va a temblar el pulso para sacarla de aquí y enseñarle que con la vida de una niña no se juega.

Alicia maldijo interiormente, en qué mala hora Neill se había casado sin que ella lo supiese.

Tara clavó su mirada en Sebastián y, con un dedo acusador, también le dirigió unas palabras.

—La palabra padre le queda muy grande —adujo sin apartar la mirada—.

Y llamarse hombre, incluso ofensivo —sentenció—. ¿Qué hombre permite que se utilice a una niña de cinco años, cuando eso es un abuso?

Sebastián se quedó pálido, ¿qué estaba insinuando esa mujer?

—¡Vámonos! —exclamó Alicia, agarrando del brazo a Sebastián, que estaba blanco como la cal y totalmente turbado.

—Eso, largo de aquí —ordenó Tara—. Puede que no supieses respetar a la familia, Alicia —comunicó antes de que Sebastián reaccionara y se marcharan—. Pero a partir de hoy, que te quede bien claro que yo sí voy a hacer que respetes a los que llevan mi apellido —la amenazó, puesto que ella,

al casarse, había cambiado el apellido Campbell por el de su marido—. Como señora de Irwin, te advierto que lamentarás si vuelves a meterte o a amenazar a uno de los míos: Nerea la primera.

Sebastián cerró los ojos. Esa mujer estaba acusando a Alicia de haber usado a su hija sin él saberlo, de chantaje emocional para ir en contra de toda esa familia.

—Esto es un ultraje —pronunció Alicia, tirando del brazo de Sebastián para sacarlo de allí.

Por fin Sebastián reaccionó y se marcharon, aunque él se zafó del agarré de Alicia con un movimiento brusco del brazo. Tara resopló, deseando que ese

hombre, después de esto, se diese cuenta la clase de mujer con la que estaba conviviendo.

—¡Joder, Tara! En vez de escocesa, por un momento he pensado que eras italiana —bromeó el *maître*—: Ni el *Padrino* hubiese amenazado mejor. A partir de hoy, te voy a apodar La Mamma.

Tara sonrió y negó con la cabeza.

\*\*\*

Malcom estaba en la cafetería del hospital esperando a Blanca. Habían quedado para ir a comer juntos, luego pasar la tarde de compras e ir mirando cositas para los bebés de Rebeca. Al fin y al cabo, iba a ser el padrino del niño.

Miranda entró y lo vio sentado en una mesa, últimamente no habían coincidido apenas ni por los pasillos. Desde la conversación que mantuvieron Pedro y Malcom, se rumoreaba que el ginecólogo y Miranda se veían a menudo. Incluso no lo ocultaban como antaño, volvían a ser una pareja.

La doctora respiró fuerte, se acercó hasta él y, con voz amigable, saludó.

—Hola, Malcom.

El cirujano, al levantar la cabeza porque estaba leyendo el periódico, la vio.

—Hola.

—¿Te importa si me siento un momento? Me gustaría hablar contigo

—sonó suplicante.

Malcom hizo un gesto con la mano para que tomase asiento.

—Gracias —agradeció—. Quería pedirte disculpas. Sé que actué mal, y te aseguro que lo lamento.

El cirujano escuchó y vio sinceridad en sus palabras.

—Me gustaría que me perdonases —declaró nerviosa, frotándose las manos—. Y poder ser amigos.

Malcom cerró el periódico antes de pronunciarse, así le daba tiempo asimilar la información.

—Estás perdonada —aseguró—. En cuanto a lo de ser amigos, lo lamento.

—Vamos, Malcom, antes de salir

juntos, tú y yo éramos amigos —intentó convencerlo.

Vio a Blanca a lo lejos, se puso en pie y miró a Miranda a los ojos.

—La amistad es una palabra sagrada —indicó—. Un amigo nunca te falla... y tú lo has hecho.

Sin dar tiempo a rebatir, se alejó para recibir a la mujer que sí le llenaba el corazón. La única que estaba convencido de que nunca llegaría a fallarle.

Malcom y Blanca comieron en la zona del marítimo. Al terminar la comida, decidieron dar un paseo y disfrutar del sol que esa tarde les estaba ofreciendo. Con un brazo rodeando la cintura de Blanca, y ella tanto de lo mismo con

Malcom, caminaron, regalándose besos cada dos por tres.

—Dentro de diez días, por fin se inaugurará el gimnasio —comentó entusiasmada porque ya podía abrir al público—. Tus cuñadas se han apuntado a mis clases de Yoga.

—Mis cuñadas y las tuyas —aseguró Malcom, consiguiendo que Blanca se sintiese más especial—. Ten en cuenta que mis hermanos, que son tus cuñados —aseguró, y los dos sonrieron—, también serán clientes.

—¿Sí? —preguntó maravillada.

Malcom acarició la mejilla de Blanca.

—Cariño, si alguien de mi familia

abre un negocio, estaremos todos apoyando —señaló para que no lo dudara—. Y teniendo en cuenta que eres la mujer de mi vida, ahí estarán los demás para apoyarte.

Blanca suspiró, había sido hija única, no estaba acostumbrada a recibir apoyo de nadie, excepto de sus padres. Y Malcom, desde el primer día, la había integrado en su familia, haciéndola sentir parte de todos ellos. Ahora, escuchar con tanta convicción «eres la mujer de mi vida» la emocionó. Porque la conexión entre ellos desde el minuto uno había sido tangible. Estaba tan convencida, como él, de que Malcom era el hombre de su vida. Ya no podría vivir sin él porque ningún otro llegaría a

llenarla tanto.

Se besaron de nuevo y continuaron su paseo hasta que llegaron a la casa que el abuelo de Blanca le había dejado en herencia.

—Ven, quiero que la veas —comentó Blanca, llevando de la mano al cirujano.

Al abrir la puerta de entrada, que daba al paseo marítimo, chirrió, estaba oxidada por el salitre del mar, al ser de hierro.

—Parece la entrada de una casa encantada —bromeó Malcom.

—Cállate —lo reprendió por el comentario—. Tiene muchos años, te habrás dado cuenta de ello.

—Sí, yo y todo el vecindario

—guaseó por el ruido que había hecho al abrirla.

Blanca negó con la cabeza, desde luego...

Nada más entrar y volver a cerrar la puerta, Malcom se sorprendió, desde fuera no parecía aquel lugar tan extenso. Un jardín que en sus tiempos debió lucir muchas flores hermosas, ahora estaba apagado y lleno de plantas muertas. Aun así, el lugar tenía algo especial, con un buen césped, sería la envidia de los alrededores, puesto que era la única casa que todavía permanecía en pie de las antiguas construcciones, el resto de los vecinos vivían en adosados idénticos.

Siguió a Blanca, que se encaminaba a

la entrada de la casa, más bien un caserón de piedra. Mirándolo con detenimiento, podría asegurar que incluso era más grande que *el gran nido*.

—¿Ves? Esta no ha rechinado —comentó contenta porque la puerta de entrada de la casa no había emitido ruido como la del jardín.

Recorriendo la estancia, se fijó bien; desde luego aquel lugar necesitaba un milagro. Al llegar a la primera planta, entraron en la primera habitación. Blanca subió la persiana, y Malcom se acercó para abrir la puerta que daba a un balcón enorme, con vistas al mar.

Cerró los ojos y se impregnó de todos sus sentidos. El olfato, con ese olor tan particular a agua salada. El oído,

acogiendo ese sonido tan maravilloso y tranquilizante que produce escuchar las olas del mar. La vista, pues al abrir los ojos, tenía delante la belleza del Mediterráneo.

«¡Esto es espectacular!», reconoció para sus adentros. Volvió a cerrar los ojos, y su imaginación voló: Noches de verano, con las ventanas abiertas, escuchando el romper de las olas y ellos haciendo el amor. Abrió los ojos de golpe; acababa de tener una revelación. Se dio la vuelta para mirar a Blanca, que en ese momento estaba dándole la espalda, intentando quitar un trozo de papel que estaba descolchado en la pared.

—Este será nuestro dormitorio

—sentenció.

Blanca se dio media vuelta con una sonrisa en los labios, sin comprender realmente lo que Malcom estaba afirmando. El cirujano la miró con intensidad y volvió a hablar para que Blanca tuviese claro lo que le estaba pidiendo.

—El lunes hablaremos con Javier y con Susana.

—¿Para qué?

—Esta casa necesita una rehabilitación con urgencia —informó—. Cuanto antes comiencen, mejor.

—Malcom, no puedo... —El cirujano le puso la mano en la boca para que se

callara.

—Blanca, tú me amas, ¿verdad?

La monitora de Yoga asintió con la cabeza, ya que Malcom no había apartado la mano de su boca.

—Teniendo en cuenta que eres la mujer de vida —pronunció serio y mirándola a los ojos—. No veo más solución que comenzar las obras para que tengamos lo antes posible nuestro futuro hogar.

Blanca agrandó los ojos, emocionada y sorprendida a la vez.

Malcom retiró su mano para que ella pudiese hablar. Al ver que no reaccionaba y, para estar seguro de si lo había entendido, preguntó:

—Blanca Ness, ¿quieres convertirte en la señora Irwin para envejecer a mi lado en este lugar?

A Blanca una lágrima de emoción le brotó, Malcom sonrió tímido y nervioso.

—La primera vez que nos besamos, recuerdo que dijimos que era el comienzo de unos largos años juntos —pronunció Blanca con una sonrisa que hechizó a Malcom de la misma manera que cuando ella la pronunció en el hospital—. Deseo ser la señora Irwin, envejecer junto a ti, bien aquí o en cualquier otro lugar.

Malcom acunó su rostro, acercándose lentamente, para memorizar la visión del rostro angelical de Blanca en ese momento, antes de besarla con auténtico

amor.

Cuando sus bocas se separaron, se abrazaron, antes de terminar de visitar el resto de habitaciones.

—Como verás, la casa es muy grande —informó por si Malcom no se había dado cuenta—. Prácticamente hay que tirarla abajo y...

De nuevo el cirujano la interrumpió.

—Cariño, no voy a escatimar en gasto —aseguró—. No se puede poner precio a nuestro hogar.

—Ahora mismo no puedo permitirme pagar... —volvió a interrumpirla Malcom, poniéndole la mano en la boca.

—Has aceptado ser la señora Irwin —pronunció encantado—. Tú has puesto

la casa, yo me encargaré del resto, ¿entendido? Ya somos uno, Blanca, lo tuyo es mío y lo mío es tuyo —comentó sin apartar la mirada, que supiese que no mentía—. Tengo el dinero, siempre he sido un hombre ahorrador. Además, soy copropietario de la galería, el descuento de dueño es un punto a nuestro favor. Como verás, soy un buen partido —bromeó, guiñándole un ojo—. Y te lo aseguro, Blanca, no hay nada en este mundo más importante para mí que construir nuestro *gran nido*.

Blanca asintió, para ella también era lo más importante formar su propia familia: La de ellos dos. Recordó algo y quiso advertir a Malcom.

—Cuando mis abuelos compraron

esta casa —comentó con nostalgia y cariño al recordar a sus abuelos—, su intención era llenarla de niños; querían una familia numerosa como la tuya.

Malcom sonrió y escuchó atento.

—Los sueños se truncaron porque mi abuela solo pudo tener una hija; mi madre —informó—. Por parte de mi padre, como ya sabes, también fue hijo único —señaló—. ¿Y si es hereditario?

El cirujano advirtió el temor en el tono de su voz. A él le daba lo mismo tener hijos, uno, dos o ninguno, con tal de envejecer junto a Blanca. Pero para quitarle ese temor, respondió:

—Cariño, soy mellizo de Rebeca, y mírala, ¿y si es hereditario? —bromeó para que ella pensara que podría

quedarse embarazada de dos.

—Ojalá —suspiró. Consiguiendo que Malcom la adorara más.

\*\*\*

Víctor se despertó en *el gran nido*. Nada más abrir los ojos, lo primero que hizo fue mirar a su alrededor. Una sensación extraña lo abordó; no estaba Susana.

Se levantó y fue directo a la ducha. Mientras el agua recorría su cuerpo, sonrió al pensar en la rubia que lo tenía loco. La noche anterior decidió irse a casa porque ella tenía que madrugar y si se quedaba, no dormirían.

Mientras desayunaba, sintió la misma sensación, algo le faltaba, y ese algo era

la interiorista.

Sacó su móvil del bolsillo y le mandó un mensaje para desearle que pasara un buen día. Sabía que estaban hasta arriba de trabajo en la galería. Javier estaba encantado con Susana, se había convertido en su mano derecha desde que Rebeca dejó su puesto.

Al recibir el de ella, volvió a sonreír, era una tontería, pero cada cosa de ella, un pequeño gesto, un mensaje, una palabra, era suficiente para sentirse a gusto.

Una hora más tarde ya estaba en su puesto de trabajo, revisando los paracaídas que iban a utilizar esa mañana. Se quedó pensativo, y un empleado lo interrumpió de sus

pensamientos.

—Jefe, ¿todo bien? —indagó al ver que Víctor llevaba diez minutos en el mismo sitio.

—De maravilla —respondió.

Pasó el resto de la mañana ocupado, aunque tenía ganas de llegar al *gran nido*; había pedido a sus hermanos que acudiesen porque tenía algo que comentar.

Exceptuando a Rebeca, todos los Irwin estaban esperando a Víctor.

Al llegar, los saludó, y se sentaron en la zona del jardín, como solían hacer cuando tenían una reunión familiar.

—Aquí nos tienes, ¿qué ocurre? —se interesó Javier.

Víctor asintió y agradeció que hubiesen acudido todos. Enlazó las manos y las apoyó en la mesa.

—He estado pensando mucho —anunció—. Mi relación con Susana parece cada día más estable —confesó y sin querer se le escapó una sonrisita tonta, ya que jamás pensó que diría algo así delante de sus hermanos.

—Algo que nos encanta —indicó Neill.

—Bueno, pues... —titubeó, no sabía cómo sacar el tema.

Sus hermanos se percataron de su nerviosismo.

—¿Qué pasa, Víctor? ¿Qué te tiene tan preocupado? —preguntó Dallas.

—En el pasado tuvimos problemas con Alicia —pronunció del tirón, y Javier levantó una ceja, ya imaginaba su preocupación—. Y... bueno... tenemos un contrato firmado.

Dallas asintió, él también comprendía dónde quería llegar.

—Nuestras parejas quedarían al margen de la empresa familiar —reconoció, dejando expuesta su preocupación.

Neill sonrió interiormente, Víctor estaba dejando a la luz que su relación con Susana no es que fuese bien, es que él tenía intención de que esa mujer no saliese de su vida.

Malcom y Rubén se miraron, ¿de

verdad su hermano estaba preocupado por si ellos tomaban la decisión de despedir a Susana?

Neill le hizo una seña a Javier, iba siendo hora de que Víctor se quedase tranquilo.

—Víctor, Alicia y Susana no tienen nada en común —comentó Javier—. *Tu novia* —recalcó la palabra para que el monitor supiese que así la consideraban todos—, ha demostrado su valía. Más que eso, ahora mismo es la persona más importante en la galería, sin ella estamos perdidos.

Neill asintió con la cabeza para que Víctor se diese cuenta de que estaban de acuerdo.

—Los proyectos que realiza son

fantásticos, tenemos clientes esperando porque no damos abasto y, cuando yo no estoy, es Susana la que se encarga de todo.

Víctor sintió como si le quitasen una carga de encima.

—Entonces no habrá problema para que continúe en la empresa, ¿verdad? Tendremos que pedirle a Rebeca su opinión —quiso aclarar y quedarse del todo tranquilo.

—Ninguna, Rebeca estará de acuerdo —aseguró Javier, y quiso bromear para que se relajara—: Tendrás que esmerarte y cuidarla, porque como la perdamos por tu culpa, te lo haremos pagar muy caro.

Todos rieron al ver la cara de tonto

de su hermano.

Malcom se moría por dar la gran noticia, pero esperaría al domingo, quería que su futura esposa estuviese presente.

—Vaya, vaya, Víctor, quién te lo iba a decir, ¿eh? —guaseó Rubén.

—Mira quién fue a hablar —se quejó por la burla—. El que decía que el amor era una invención —ironizó sonriente.

Rubén hizo una mueca como si le hubiesen clavado una espada.

—¡*Touché!* —se expresó con comicidad—. De haberlo sabido, me hubiese metido la lengua en el culo —comentó porque sus hermanos, más bien Dallas, le echaba en cara todos los

días todo cuanto había despotricado sobre lo que él pensaba del amor.

Aunque idiota de él, todavía no quería admitir delante de Anais todos sus sentimientos. La amaba, pero prefería guardarse esos sentimientos para sentirse protegido de alguna manera. Dejar sus debilidades al descubierto no podía ser bueno.

Javier observaba a sus hermanos divertido. Eran todos tan distintos y a la vez iguales. Jamás imaginó, por mucho empeño que él había puesto en continuar siendo una gran piña, que llegados a ese punto siguiesen estando tan unidos.

Una hora y media más tarde, se despidieron. Dentro de dos días se reunirían de nuevo, el domingo.

Víctor fue a recoger a Susana a la galería, se había convertido en una costumbre.

—Hola, *amore* —saludó—. Cinco minutos y nos vamos.

Víctor asintió y se sentó delante de la mesa de ella, observándola.

—Su, ¿confías en mí? —preguntó sin más, atrayendo la atención de la interiorista.

—Sabes que sí —asintió—. ¿Por qué lo preguntas? —indagó preocupada porque él estaba muy serio.

—¿Cuánto? —se interesó, necesitaba una respuesta porque hoy había tomado una gran decisión.

—¿La confianza se puede medir?

—respondió sin comprender por qué preguntaba algo así.

—¿Dejarías tu vida en mis manos?

Susana lo miró extrañada, no comprendía a dónde quería llegar, pero fue honesta; él necesitaba una respuesta, y ella se la iba a dar con el corazón en la mano.

—Sí.

Víctor sintió tal ramalazo de felicidad que como un resorte se puso en pie, inclinó su cuerpo y aferró la cara de Susana con las manos, la besó con pasión, sin importarle tener una mesa de por medio.

—Entonces haremos caída libre, juntos.

Susana agrandó los ojos.

—¡Qué! —atinó a decir nerviosa.

—Su, confía en mí —suplicó.

La interiorista confiaba en él, pero lo que le estaba pidiendo era un suicidio. Iba a protestar, pero la cara de satisfacción de Víctor se quedó grabada en su mente. Si su chico necesitaba que ella saltara con él para sentirse dichoso y saber de una vez por todas que la confianza de ella era plena, a pesar del pánico que pudiese sentir, lo haría.



# Capítulo 41

## LA FAMILIA IRWIN CRECE

El domingo, como era habitual, estaban todos reunidos en *el gran nido*. Jaime y Rebeca eran los únicos que faltaban. Como todos los fines de semana, el mecánico, en cuanto salía de trabajar, cogía su moto y se marchaba a visitar a su mujer a Zaragoza.

A Malcom le sabía mal dar la gran noticia sin su melliza, pero no podía esperar, así que la noche anterior, llamó

a Rebeca para que fuese la primera en saberlo, pidiéndole que le guardara el secreto porque al día siguiente lo anunciarían en el reunión familiar.

—¡Cuando se enteren unas dos que yo me sé, verás! —se expresó Rubén, refiriéndose tanto a su madre como a la de Blanca.

Todos felicitaron a los futuros novios. Tenían planeado casarse el año que viene en el mes de mayo.

—Mi papi se casará con nosotras dentro de poco —comunicó Nerea, que estaba en brazos de Amanda.

—¿Con las dos? —preguntó cómico Víctor.

—Sí, claro, con sus princesas

—sentenció, como si fuese una verdad universal.

Javier agarró a su hija en brazos y la besó con fuerza.

—Di que sí, princesa.

—¿Y nos cantaréis? —preguntó Nerea, pasando la mirada de Javier a Víctor.

—No, no, no... —se negó Víctor, no estaba dispuesto a hacer lo mismo que en la boda de Dallas.

—¡Jo, tíoooo, síiiii! —protestó la niña, haciendo reír a todos—. Bueno, papi, tú sí nos cantarás y bailarás, ¿a qué sí?

Javier no respondió, simplemente la besó con fuerza, no iba a prometer algo

que no iba a cumplir.

Dallas sonrió con tristeza, la felicidad de su hermano podría verse truncada dentro de muy poco.

Anais y Rubén se miraban con descaro, algo que gustaba a toda la familia, puesto que este no se avergonzaba y cada día parecía más enamorado.

Javier, tan observador como siempre, no quitaba ojo de Neill y Tara, había algo especial en sus miradas. Justo cuando iba a preguntar, Malcom bajó las escaleras con Estrella, habían subido a que la reconociera, por petición de Dallas, que estaba algo preocupado por su esposa.

—No hay de lo que alarmarse

—informó—. Claro que deberíais comprar un test de embarazo.

Dallas miró a Estrella, y esta agrandó los ojos.

—¿Qué? —se interesó el abogado, por si no había escuchado bien.

—Tu mujer no tiene nada malo, a mi parecer, todos sus síntomas son porque puede estar en estado.

—¡¿Vamos a ser padres?! —se expresó alarmado.

Todos rieron, Dallas no daba crédito, abrazó a su mujer, y ella quiso ser más precavida, no fuese cosa que se estuviesen equivocando.

—Dally, ha dicho que puede, no es seguro.

Dallas miró el reloj, eran casi las tres de la tarde, no tenía paciencia.

—Me voy a buscar la farmacia de guardia, enseguida regreso.

—¿Ahora? —preguntó Víctor, muerto de risa, al ver el nerviosismo de su hermano.

Antes de que respondiera, Neill, que estaba rodeando a su mujer con sus brazos por detrás y con la barbilla apoyada en su hombro, retuvo a Dallas.

—No hace falta que vayas a la farmacia —comunicó sonriente—. Podemos dejarte la prueba de embarazo que nos sobró a nosotros anoche, después de comprobar que las tres primeras nos daban el mismo resultado;

positivo.

Javier, que estaba muy cerca de Neill, al escuchar la noticia, de que iba a ser tío por parte del hombre que más adoraba en el mundo, se giró y miró a su hermano. Cuando el chef se irguió, los dos se miraron a los ojos y se fundieron en un abrazo.

Segunda noticia del día importante, primero la boda de Malcom y Blanca. Ahora la futura paternidad de Neill y Tara. Faltaba comprobar, y poco iban a tardar, si la de Dallas y Estrella.

Fue emotivo ver a esos dos hombres abrazados con sentimiento auténtico, tanto, que Tara no pudo retener una lágrima, y Blanca tampoco.

—Vas a ser un gran padre, Neill

—aseguró el hermano mayor, incapaz de soltar a su hermano.

—Gracias, Javier —agradeció—. Con ser la mitad de lo que tú eres, me daré por satisfecho —comentó sincero.

Nerea los miraba a todos perpleja, los mayores se habían vuelto locos, otra vez abrazos y besos por todas partes.

Dallas, que había esperado y disfrutado de la alegría familiar, al ver que ya estaban todos más calmados, se pronunció:

—Vamos a por esa prueba de embarazo.

Neill se carcajeó, comprendía el nerviosismo de su hermano, porque él, la noche anterior, sí había ido a una

farmacia de guardia, tampoco tuvo paciencia. Compró cuatro, porque quería estar seguro.

Cinco minutos más tarde, estaban todos en silencio, esperando que Dallas y Estrella saliesen del baño con el resultado.

—¡Ay, Dally! Como no esté, menudo numerito —se avergonzó Estrella—. Teníamos que haber esperado a estar solos.

Dallas negó con la cabeza y sin apartar la mirada del Predictor.

—Imposible esperar, preciosa —aseguró—. Demasiado importante para tener espera.

Estrella sonrió, alargó la mano, con el

dedo índice hizo fuerza en su barbilla para que Dallas la mirara.

—¿Estamos preparados para ser padres? —preguntó asustada.

El abogado la besó con dulzura antes de responder lo que sentía:

—Cuando fui a buscarte a Madrid —recordó, el día que se declaró—, vaticiné que un día llevarías un Irwin en tu interior.

Estrella se emocionó, que Dallas recordara aquello decía mucho.

—No hay en este mundo ninguna mujer que pueda llevar un hijo mío en su interior excepto tú —aseguró—. Encontrarte fue mi destino; tu desafío, mi salvación, y ahora nuestro hijo es

nuestro futuro.

Estrella lo abrazó, y en esa posición, con la cabeza ladeada en su hombro, mirando como cambiaba de color la prueba de embarazo, escuchó a Dallas susurrarle en el oído.

—Nos amamos, con esfuerzo y dedicación, conseguiremos ser felices en nuestro *gran nido*.

—Estamos embarazados —confirmó con lágrimas en los ojos por la emoción del momento; su *abogaducho* siempre acababa sorprendiéndola porque demostraba cada día más que era un hombre enamorado «de ella». Atrás quedaban los años de sentirse vacía e insegura. Desde que se casó con Dallas, y prometió amarla, no había faltado a su

promesa.

Después de unos besos necesarios, Dallas agarró el predictor con fuerza, abrió la puerta del baño y salió gritando con los brazos en alto en señal de victoria.

—¡Estamos embarazados!

Como era de imaginar, Rubén y Dallas se fundieron en un abrazo. No hacía falta palabras, ambos se lo estaban diciendo todo sin hablar con ese gesto.

Nerea, sonriente por el contagio de las risas y gritos en la casa, iba de brazo en brazo. Cuando por fin se sentaron todos alrededor de la mesa para comer, los sorprendió:

—Ahora tendré que trabajar mucho

—pronunció, haciendo gestos de agobio. Todos mantuvieron la risa, se la notaba angustiada—. Tengo que cuidar a muchos primos —anunció y clavó su mirada en Dallas—. ¿Tú también haces magia como el tío Jaime? ¿Cómo se lo has metido?

Víctor hizo un ruidito porque se le escapó una carcajada e intentó retenerla.

Al ver que no respondía, como si estuviese hablando para sí misma, prosiguió:

—El tío Neill ya sé cómo se lo ha metido —comunicó—. Por la boca seguro.

Consiguió que al final todos explotaran, era imposible retener la risa al ver el careto que puso el aludido.

«¡Qué bonita la inocencia de los niños!», pensaron la mayoría de ellos. Por ser cocinero, ya pensaba que había conseguido meterle a un bebé dentro, comiendo algo que él había hecho.

\*\*\*

Al sábado siguiente, Víctor estaba emocionado. Su chica, la rubia que había conseguido enamorarle, estaba sujeta a él, a punto de saltar al vacío.

—*Amore*, no debí aceptar  
—reconoció muerta de miedo—.  
¡Vamos a matarnos!

El monitor sonrió, ya notaba como temblaba, la rodeó con un brazo para que se sintiera más protegida. Con el otro se agarraba a la barra metálica del

aeroplano, esperando la señal para lanzarse en paracaídas juntos.

—Prepárate, Su —informó—. Allá vamos.

Y así fue, se lanzaron, y Susana empezó a gritar sin conocimiento. Víctor esperaba una reacción así, estaba acostumbrado, pero al llevar los cascos con micrófono conectados, casi lo dejó sordo.

—¡Vamos a morirrrr...! ¡Vamos a morirrrrr! —gritaba sin parar.

Víctor aguantó su histerismo; normal y comprensible. Conociendo a Susana, habría apostado que en el último minuto se echaría atrás, pero no, ahí estaba, confiando en él porque así se lo había pedido. Era una muestra de confianza

plena. Y desde que ella aceptó dar el salto con él, para demostrárselo, supo que hoy tenía que decirle algo.

Caían dando vueltas y sin dejar de escuchar los gritos, maldiciones y todo tipo de improperios de Susana.

—Voy a abrir el paracaídas —avisó y lo hizo.

Susana seguía histérica, Víctor decidió que tenía que poner fin a esos alaridos o acabaría perdiendo el oído.

—Su, ¡cállate y disfruta del paisaje! —bramó para que ella lo escuchara. Como la rubia seguía sin hacer caso, imaginó que llevaba los ojos cerrados—. ¡Joder, Susana, abre los ojos y mira lo que te estás perdiendo!

—¡Nos vamos a matar y me pides que mir...!

Víctor sonrió, una pena no poder verle la cara porque su silencio confirmaba que se había quedado maravillada.

La puesta de sol era perfecta, el paisaje ideal para hablar con ella por haber conseguido el momento romántico perfecto.

—¿Precioso, verdad?

—Sí —atinó a decir, ya que se había quedado sin palabras por lo que estaba viendo.

—Su, tengo que decirte algo.

Susana no respondió, seguía hechizada con aquella estampa natural

que no parecía tener final.

—Sé que llevamos poco tiempo juntos —advirtió porque incluso a él le parecía una locura—. Aunque cuando has encontrado a la única mujer que vas a amar, el tiempo es relativo, ¿no te parece?

A Susana ahora mismo no le parecía nada.... La voz de Víctor retumbaba en su interior, a través del altavoz que llevaba instalado en el casco.

—Quiero que compremos el ático juntos —dijo, dejando a Susana turbada por lo que acaba de escuchar—. Sabes que para mí la familia es sagrada —le recordó—. Si tengo que tener la mía propia, quiero que sea contigo.

El corazón de Susana casi se podía

escuchar, se aceleró y no precisamente por la adrenalina del salto, sino por la declaración de Víctor.

—¿Qué me dices, preciosa?

Lo que se dice decir, no dijo nada. Y tan ensimismada estaba que ni se dio cuenta que estaban tomando tierra.

Una vez con los pies en tierra firme, Víctor lo primero que hizo fue desanclarse del paracaídas, desabrochó las cinchas que sujetaban a Susana, que parecía inmóvil (porque lo estaba), y la giró para poder mirarla.

—Su, preciosa, ¿estás bien? —se preocupó porque estaba muy pálida.

Susana, después de un minuto para poner su mente en acción, —ya que

había sido una sobredosis de adrenalina—, con un movimiento lento, se desprendió del casco.

Víctor la imitó.

—Repítelo —solicitó, mirándolo a los ojos.

—Quiero que vivamos juntos —repitió—. La familia es lo más importante que existe: Deseo formar la mía contigo.

Se quedaron en silencio, sin apartar la mirada ninguno de los dos.

—¿Y bien, montamos nuestro *gran nido* en el ático? —rogó, con el corazón a mil por hora, y es que Susana era su chute de adrenalina favorito.

Susana alargó la mano y acarició la

mejilla de Víctor. Con los ojos brillantes por la emoción, respondió:

—Dudo que encontremos un sitio mejor para nuestro *gran nido*.

Y Víctor sonrió pleno, tanto como el beso que le entregó a la mujer que le había robado el corazón.

—Ejem... ejem... —interrumpió Axel—. Siempre que vengo a rescataros os encuentro de la misma guisa.

Los tres sonrieron. Ya que la primera vez que se besaron fue a rescatarlos porque ella se había caído al río.

—Por cierto, ¿ese beso es la respuesta a tu pregunta? —bromeó el amigo y además empleado de Víctor—. Porque nos hemos quedado todos

esperando la respuesta de tu chica.

Susana se puso roja como un tomate.

—¿Lo habéis escuchado? —preguntó alarmada.

—Llevabais un micro, ¿sabes?  
—guaseó—. Esta grabación pasará a los anales de la historia —comentó cómico—. Normalmente solo tenemos grabaciones de gente dando gritos.

Víctor, al ver la expresión de Susana, se sintió eufórico, verla tan abrumada le hizo aletear de nuevo el corazón, así que la rodeó con un brazo, la acercó a él y la besó de nuevo. Sin importarle su amigo, ni la grabación, ni el resto del mundo.

\*\*\*

Rubén regresaba el domingo por la

tarde a Valencia. Había pasado el fin de semana con su chica.

«Mi chica», sonrió. ¿Quién le iba a decir que él diría algo así? Ahora estaba encantado, ilusionado y enamorado. Aunque cierto era que no quería confesar tantos sentimientos a Anais. Más que nada para protegerse ante ella; estaría perdido.

Esa mujer tenía el don de sorprenderlo cada día más. Este fin de semana habían hablado tanto que el sexo llegó a pasar a un segundo plano. Con Anais todo era distinto. La amaba, y todo lo demás era secundario.

Sonrió con melancolía al recordar cuando ella había confesado que le fue muy duro salir de Costa Rica. Llevaba

años cuidando de su familia y pensó que no podría soportar la separación. Eso llegó a enamorarlo más si cabía; tenía un corazón tan bello como su exterior.

«¿Hay algo en ella que no te guste?», se preguntó. La respuesta llegó rápida: No.

Al tumbarse en la cama, cerró los ojos y pensó en el futuro, nunca lo había hecho, puesto que él siempre vivía el presente. Una vez más, se sorprendió imaginando a Anais a su lado, con hijos.

«¡Hijos!», bramó, se incorporó de un salto. ¿De verdad había pensado en eso? Sin darse cuenta, su corazón estaba acelerado, y acabó riendo. Por fin había llegado a una conclusión: Esa mujer lo tenía enamorado, porque de tener una

familia, sin duda, la mujer y madre de sus hijos solo podría ser Anais.

Volvió a tumbarse, y la sonrisa no desaparecía de su rostro. Su mente seguía trabajando a mil por hora, imágenes de ellos, juntos y felices.

—Está claro, Rubén, ahora ya sabes lo que es el amor —pronunció en voz alta y se carcajeó por lo que acababa de hacer.

Una hora más tarde, casi ya dormido, sintió que había algo que tenía que hacer en su vida, estaba dispuesto a dar ese paso. Aunque se tratase de un futuro lejano, en sus sueños, Anais, sus hijos y él siempre salían en el mismo lugar; «Algún día habrá que empezar a formar mi *gran nido*».





# Capítulo 42

## Una decisión imposible de tomar

Rebeca se sentó, el rodaje de esa mañana estaba siendo mortal. Parecía que todo se había confabulado para que las cosas saliesen mal. Si a eso le sumaba que sus bebés estaban creciendo a una velocidad de vértigo: Dicho por el doctor Jiménez, en su última revisión. Ya no podía más. Y es que siete meses de embarazo de mellizos podía con la vitalidad de cualquiera.

—Rebeca, tienes mala cara —se inquietó Anais.

—Solo estoy algo cansada —intentó quitar importancia—. Estas fieras me han dado muy mala noche —confesó. Era cierto, llevaba varios días sin dormir bien, los mellizos no cesaban de dar patadas.

—Deberías regresar al hotel —afirmó—. Estos tres últimos días han sido de locos. El estrés puede estar afectando a los mellizos, por eso no te dejan dormir.

Rebeca sospesó lo que acababa de decir su ayudante. Podía tener razón, los días que más habían trabajado a un ritmo frenético fueron en los que los bebés no la habían dejado dormir. Iba a responder

cuando el actor principal las reclamaba: Sin querer, se había desgarrado el traje más caro. Justo el que necesitaban para la escena de la coronación de Carlos I.

—Cuando acabemos, me iré directa a descansar.

Y así fue, aunque el rodaje había durado hasta las ocho de la tarde, ya que quisieron aprovechar la luz natural.

Se metió en la ducha y sintió unos pinchazos desgarradores, tal fue el dolor, que se aferró a la agarradera de seguridad. Intentó tranquilizarse, con las respiraciones que le habían enseñado en las clases de parto, a las que había acudido con Jaime.

Se asustó, parecía que algo no iba bien. Cuando cesaron los dolores, que

parecían contracciones, salió de la ducha, se puso el albornoz y se sentó en la cama. Cerró los ojos y se llevó las manos a la abultada barriga, necesitaba sentir las patadas de los bebés, todo lo contrario a lo que había deseado la noche anterior.

Se inquietó, hasta que por fin, notó lo que tanto deseaba. Se llevó las manos a la cara y lloró, necesitaba desahogarse, por el miedo que había pasado.

Una hora y media más tarde, estaba delante de su portátil, hablando por Skype con Jaime.

—Jaime, este fin de semana no vengas en moto —indicó, y su marido estudió su rostro a través de la pantalla.

—Beca, ¿qué ocurre? —se interesó

rápido.

Ella intentó disimular, no podía mentirle, aunque tampoco estaba dispuesta a alarmarlo. Así que le dio la respuesta que lo dejaría tranquilo y además contento.

—Ya no me veo los pies —bromeó—. He decidido que es hora de regresar a casa.

La sonrisa de Jaime no pasó desapercibida para Rebeca.

—Ahí estaré —aseguró feliz—. En cuanto te recoja, nos volvemos a Valencia.

Rebeca sonrió.

—Podemos irnos el sábado, no hay necesidad de salir corriendo.

—¡Ni hablar! —se expresó—. No sea cosa que cambies de opinión.

Los dos rieron.

Y así fue, ese mismo viernes, Jaime se había tomado la tarde libre, llegó a Zaragoza a las seis y a las diez ya estaban en la casa.

\*\*\*

Alicia entró dando un portazo en el despacho de Javier, sobresaltando al mayor de los Irwin.

—Por tu bien —amenazó directamente sin más preámbulos—, espero que tengas mi contrato y nómina preparada.

—Es la última vez que entras en este lugar. Si el de seguridad no quiere

perder su trabajo, no te dejará entrar.

La pelirroja, que estaba rabiosa, no pensaba dar su brazo a torcer. Bastante tuvo que llorar y suplicar a Sebastián para que creyera su inocencia, por culpa de la maldita mujer de Neill, como para marcharse de allí sin lo que había ido a buscar.

—Te doy cinco minutos, ni uno más, para que redactes el contrato y me extiendas mi primer cheque —advirtió con mucho desdén—. ¿Tienes idea de lo vulnerables que son los niños de cinco años cuando quieres que se sientan poco queridos? Pues extiende ese cheque, o tendrás que gastar ese dinero en psicólogos para la *bastardita* durante muchos años.

Javier se puso en pie. En dos zancadas llegó hasta Alicia, la empujó contra la pared de un empujón y, con el dedo acusador extendido, se pronunció:

—Te advertí que no tendría ningún miramiento contigo si volvías a amenazar o insultar a mi hija —rugió sin importarle si todavía quedaba algún trabajador en la galería que pudiese escucharlo.

Alicia tragó saliva, Javier tenía los ojos inyectados en sangre por la rabia. Por primera vez se sintió asustada de verdad ante él. Aunque imaginó que sería un farol; ningún Irwin pondría la mano encima a una mujer.

—¿Vas a pegar a una mujer?

—No —respondió, y Alicia sonrió—. Una mujer para mí es una persona delicada, femenina, sensible, débil, con corazón, alma y muy humana —dijo del tirón—. Todo de lo que tú careces: por lo tanto no estaré pegando a una mujer, sino a una desalmada.

Alicia tembló, eso sí que no lo esperaba.

—No sé cómo tienes valor de llamarte mujer —escupió las palabras—. ¿Qué clase de mujer mata a su propio hijo? ¿Qué mujer es capaz de querer hacer daño a una niña? Ni los animales actúan como tú, Alicia. ¡Por qué voy a tener yo miramiento contigo!

—Jav... Javier —titubeaba—. Por favor —rogó—, deja que me marche.

El mayor de los Irwin, con los ojos clavados en ella, vio el miedo en su mirada.

—Lárgate de aquí y no vuelvas nunca más, Alicia —espetó—. O te juro que será la última vez que respires.

Se apartó, y Alicia, con la espalda pegada a la pared, sin separar la vista de él, fue a tientas buscando con la mano la manivela de la puerta. Al atinar, la bajó para abrirla y salir de allí sin mirar atrás.

Al quedarse solo, apoyó las manos en la pared y resopló, agradeciendo que Alicia hubiese creído que era capaz de lo que había insinuado; ganas no le faltaban, pero por desgracia, a pesar de que lo merecía, él no hubiese podido.

Llamaron a la puerta, dando dos toques con los nudillos. A Javier no le dio tiempo a invitar a que pasara la persona que llamaba, Víctor entró y se plantó delante de su hermano mayor.

—Ven aquí —lo apremió porque sabía que Javier necesitaba un abrazo de hermano.

—No sé si habré empeorado las cosas —se preocupó Javier.

—No has hecho nada, excepto proteger y dar la cara por tu hija —dijo para quitarle esa preocupación a su hermano mayor—. No puede amenazar a tu familia y esperar que te quedes sentado.

Javier agradeció las palabras de

Víctor, no se podía imaginar cuánto.

\*\*\*

—Tía Beca, ¡estás enorme! —indicó Nerea porque hacía mucho que no la veía.

—Nerea —le recriminó su madre.

Rebeca sonrió, esa niña era sincera, estaba echa una ballena.

—¿Llevo bien los zapatos?  
—preguntó divertida.

—Sí.

—Estupendo, no estaba segura —pronunció con sorna—. Porque me los ha puesto el tío Jaime.

El aludido y ella se miraron con cariño y complicidad, ambos rieron.

El domingo estaba siendo perfecto,

por fin estaban todos juntos.

—Tienes mala cara, Beca —se interesó Tamara, abrazada a su amiga porque ya la echaba de menos.

—Me he levantado muy fatigada —reconoció—. El martes tengo cita con Jiménez, llevo días con algunos dolores —se sinceró, ya se lo había comentado a Jaime esa misma mañana.

En esta ocasión, Nerea comió antes que los mayores y la acostaron para que hiciese la siesta.

—Esta vez no habrá peligro de que encuentre uno de tus juguetitos, ¿verdad, Beca? —bromeó Rubén y como respuesta a la tontería de pregunta, se ganó una colleja por parte de Neill, que estaba justo detrás de él.

Mientras comían, Víctor quiso dar la gran noticia, el miércoles habían quedado con la dueña del ático, iban a reunirse para comprarlo. Susana y él tenían previsto vivir juntos.

—Si todo va bien, en un año podéis ir comprando las pamelas —bromeó Víctor, mirando a su cuñada Estrella, que en la boda de su hermana Rebeca los sorprendió a todos con vestido recatado y una pamelita gigante; aunque eso sí, estuvo preciosa y elegante.

—¿En serio? —gritó Estrella, que se levantó y abrazó a su amiga y cuñada Susana.

—¡Cari, ni me lo creo! —se expresó la interiorista.

Dallas le dio un toque en el hombro a Víctor, ambos mirando a esas dos muchachitas que habían conseguido que ellos cayesen rendidos a sus pies.

—¡Qué alegría, Su, qué alegría!

—Quién nos lo iba a decir cuando nos conocimos, ¿eh? —reconoció Susana porque en aquel encuentro las dos daban por hecho que necesitarían un milagro para enamorar a esos dos hombres.

Como hacía buen día, el postre decidieron tomarlo en el jardín. Aunque los hombres se quedaron en el comedor, estaban viendo la carrera de la Formula 1.

Rebeca sintió de nuevo un pinchazo, se levantó y fue al baño.

—¡Malcom! —bramó con tanto desgarró, que tanto el cirujano como Jaime acudieron raudos.

Al entrar al aseo y encontrarse a Rebeca con las piernas manchadas de sangre y temblores por todo el cuerpo, Jaime estalló, alertando al resto de hombres, que ya se acercaban para ayudar.

—¡Dios, Beca!

Malcom intentó controlar la situación, hizo una seña a su hermano Víctor para que sacara a Jaime de allí. Un minuto más tarde, estaba con el móvil en la mano, pidiendo una ambulancia.

Amanda, Anais y Tamara, que entraron a la casa para sacar el café, se alarmaron.

Con una simple mirada, Amanda y Javier se entendieron, ella asintió y habló.

—Tenemos a dos embarazadas ahí fuera —señaló con la cabeza la zona del jardín—, intentemos que no se enteren de esto.

Tamara, con una expresión de pánico, y Anais, con el corazón a punto de salirse por la boca, asintieron. Debían, por todos los medios, que Tara y Estrella no vieran a Rebeca.

Sacando fuerzas de dónde pudieron, fingieron una sonrisa al salir al exterior, con los cafés y las cartas para jugar al póquer.

Mientras esperaban la ambulancia,

los hombres ya había preparado sus vehículos para salir chirriando rueda detrás del servicio de emergencia.

Malcom hizo una nueva llamada, pues en la anterior le habían notificado que Jiménez no estaba de guardia. Miró a su hermana, no podía contarles al resto la gravedad que revestía el asunto. Así que se alejó para que nadie lo escuchase.

\*\*\*

El móvil de Miranda sonó, y la llamada era de Malcom.

—¿Sí?

—Necesito que me des el número de Jiménez —ordenó.

Miranda entrecerró los ojos, ¿qué se había pensado? Le había negado la

amistad y tenía la santa cara de exigirle.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer tal cosa? —se molestó.

—¡Porque la vida de mi hermana está en juego!

Miranda no necesitó más, la emergencia en su voz lo decía todo. Alargó el brazo y se lo pasó a Pedro, que estaba tumbado en el sofá junto a ella.

Los escuchó hablar y se sentó.

—En diez minutos estoy ahí —informó.

Nada más cortar la llamada, marcó el teléfono del hospital.

Miranda observaba en silencio.

—Soy Jiménez, quiero que preparen

el quirófano, va a llegar una urgencia de grado tres.

Miranda tragó saliva, ahora entendía esa alteración de Malcom.

—Tengo que irme, preciosa —se despidió.

—¿Tan grave es?

—Por lo que me ha contado Malcom, me temo que más de lo que él mismo imagina.

Miranda lo notó agobiado. Aunque era paciente de él, la presión por tener que atender a la hermana de Malcom, cuando todo el hospital estaba al corriente de su enemistad, no era un aliciente.

—Si te ha llamado, es porque quiere

al mejor —lo animó mientras le daba un abrazo—: Y tú lo eres.

Pedro agradeció la confianza. La besó y se alejó para llegar cuanto antes al hospital. Le faltaba apenas un movimiento para cerrar la puerta.

—Pedro —pronunció con cariño, y él la miró—. Te quiero.

Mientras bajaba en el ascensor, se dio cuenta de lo que Miranda le había dicho. Sonrió y lamentó no haber reaccionado antes. Pero al llegar a la planta baja, salió con celeridad, ya tendría tiempo de hablar con Miranda luego.

\*\*\*

En la ambulancia iban Rebeca y Malcom, por tratarse de ser uno de los

cirujanos del hospital, las normas no permitían acompañantes.

Rebeca no paraba de llorar.

—Jaime no me lo va a perdonar.

—Shhh no digas tonterías, intenta relajarte, Beca —tranquilizó Malcom a su melliza.

—Debí abandonar el rodaje antes —confesó angustiada—. Si pierdo a los bebés, no me lo perdonará —lloriqueó—. Se ha pasado la vida deseando ser padre.

Malcom estaba aguantando el tipo, su hermana, a pesar de estar hablando, poco a poco iba perdiendo fuelle.

—No permitas que pierda a mis bebés... —rogó, intentando apretar la

mano de Malcom, pero no tenía fuerza—. Malcom, ellos son lo primero, prométemelo.

Su mellizo no prometió nada porque ella perdió el conocimiento.

Nada más llegar, ya estaba un equipo preparado para trasladar a Rebeca al quirófano.

En dos coches llegaron el resto de hermanos, que entraron sin vacilar y buscando a Malcom.

Isabel, la enfermera jefe, que conocía a todos los Irwin, les pidió que la siguiesen. Por deferencia a Malcom, ya que era un hombre admirado y querido por sus compañeros, los ubicaron en la sala de juntas, sin tener que pasar las horas en la sala de espera.

Jiménez, diez minutos después, totalmente vestido y preparado para intervenir, hojeaba con atención las ecografías que le acababan de realizar. Cerró los ojos, negó con la cabeza. Debía informar al marido de Rebeca, más que eso, debía prevenirlo y dejar en sus manos la decisión más dolorosa que un hombre puede tomar.

Sin perder un segundo, porque el tiempo era oro, entró en la sala de juntas. Jaime clavó la mirada en él, su pulso se aceleró y sin que Jiménez llegara hasta él, en dos zancadas se puso justo enfrente.

—¿Cómo está?

El gesto del ginecólogo dejó a Jaime aturdido. Aun así, prestó atención.

Javier, Neill y Malcom se pusieron justo detrás de Jaime. El resto de hermanos, algo más apartados, en silencio total.

Jiménez informó del estado de Rebeca, y David se sentó de golpe. Jaime aguantó el tipo, y llegó el momento que el ginecólogo hubiese deseado no tener que realizar.

—Lo lamento, Jaime, no puedo darte falsas esperanzas. Esta operación es un riesgo muy elevado, no puedo garantizar nada. Tengo que entrar en ese quirófano con tu autorización... —Tragó saliva, ya les había comunicado que igual Rebeca no salía con vida, pero en caso de hacerlo—: Si hay que elegir entre la vida de Rebeca y...

—Mi mujer —sentenció,  
interrumpiendo a Jiménez.

Víctor sintió que el corazón se le paraba.

—¿Y si tenemos que salvar a uno de los bebés?

Rubén respiró con dificultad. Acababa de comunicarles, ese hombre, que su hermana..., pero en caso de poder salvar a los bebés, ¿debía decidir a quién salvar?

—A mi mujer —respondió Jaime como si no hubiese entendido lo que Jiménez había explicado. Y sí lo había hecho, pero Jaime no aceptaba la posibilidad de perder a Rebeca. Todo lo demás era secundario.

El ginecólogo miró a Malcom, pidiendo ayuda con la mirada. El mellizo tomó la decisión.

—El que más posibilidad tenga de sobrevivir.

Jiménez asintió, les entregó los papeles y se preparó para retirarse e ir al quirófano.

—Voy a cambiarme de ropa —aventuró Malcom.

Jiménez negó con la cabeza, no era buena idea.

Neill sujetó el hombro de Malcom.

—No, hoy tu sitio está aquí a nuestro lado —comunicó—. Has dicho que Jiménez era el único que podía tratar a nuestra hermana. Y así será.

El chef no iba permitir que su hermano pequeño entrase en aquel lugar, donde podía ver escapar la vida de su hermana sin poder hacer nada. Ese médico había sido muy claro en las explicaciones, no estaba diciendo que pudiese salvar a Rebeca ni a los bebés. Solo necesitaba tener las cosas claras *por si* tuviese la posibilidad de salvar a alguno.

Pedro agradeció con un gesto de cabeza a Neill que hiciese desistir a Malcom de su idea original.

Jaime se sentó en el sillón más apartado. No estaba para nadie, solo él y sus pensamientos: Rebeca.

David tuvo que abandonar la sala, su hermano Víctor lo siguió. Cuando

salieron al exterior, explotó, maldiciendo y gritando para sacar toda su rabia y frustración.

—¡No puede Dios castigar a Jaime de esta manera! —Se dio la vuelta y miró a Víctor—. No hoy... hoy no —pronunció en un hilo de voz y se derrumbó, llorando, abrazado a su hermano.

Víctor pensó en esa última frase: «No hoy... hoy no», cerró los ojos. Era el aniversario de la muerte de sus padres, en aquel accidente de tráfico.

Javier observaba a sus hermanos, Neill y Dallas estaban con la cabeza baja: Comprensible, cuando sus esposas estaban embarazadas.

Salió de la sala, y Rubén, que imaginó dónde iba su hermano mayor, le pidió

que lo esperase. Juntos y en silencio, se dirigieron a la capilla, entraron y rezaron.



# Capítulo 43

## Una vida por otra

Siete horas y media tardó Jiménez en salir del quirófano. Entró en la sala, y Jaime esta vez no tuvo fuerzas para acercarse, solo pudo ponerse en pie. Como un flashback, se repetía la imagen en su cabeza, el cirujano entrando, acercándose a él y pronunciando las palabras temidas: «Lo lamento».

Jiménez lo miró de frente y se pronunció:

—Enhorabuena, los bebés están sanos

y a salvo.

—¿Y mi mujer? —preguntó raudo.

—Rebeca se encuentra en cuidados intensivos —informó serio—. Todavía no está fuera de peligro.

Jaime se desplomó en el sillón, su corazón sintió tal pinchazo que todos se asustaron.

Jiménez le puso una mano en el hombro.

—Es una mujer muy fuerte...

—Lo es —asintió Jaime, interrumpiéndolo.

—Había una posibilidad entre un millón de que pudiera traer a este mundo a los bebés —lo animó porque ese hombre merecía esperanza—. No hay

nada perdido.

Jaime asintió lentamente.

—Créame, doctor, mi mujer tiene todavía mucha guerra que dar.

Jiménez sonrió y asintió. Le gustaba esa pareja, Jaime seguía tratándolo de usted, desde el primer día, al contrario que Rebeca, que ya lo trataba con más naturalidad. Recordó el día que la pequeña de los Irwin, la mujer que acababa de ser madre, consiguió hacerlo reír a carcajada limpia, porque él ese día había llegado tarde y fue directo a hacer la exploración, y allí, bajo la sábana, escuchó:

«—Esto es muy frío, ¿no cree? Así, sin una cita, ni una invitación, ni un café: ¡Me está metiendo mano dónde ni mi

marido es capaz de llegar! Así, sin anestesia ni nada. Al grano, directo. Grrrr... ¡hombres! Que mínimo nos presenten primero, ¿no cree?».

Se dio media vuelta, y Malcom fue tras él.

—Pedro —lo llamó—. Gracias.

El ginecólogo hizo una mueca, para que supiese que no tenía por qué darlas.

—Es mi trabajo.

—Lo sé, pero has salvado la vida de mi hermana, para mí es más que suficiente. Voy a estarte agradecido toda la vida.

Isabel se acercó a Malcom y lo abrazó.

—Podéis ver a los bebés

—informó—. A pesar de haber sido prematuros, no van a necesitar estar en incubadora.

Malcom asintió, ese había sido el problema, no por el estrés al que Rebeca achacaba mientras iba en la ambulancia. Sus sobrinos tenían las medidas de cualquier bebé de nueve meses.

—Tengo que hablar con el padre —anunció.

Malcom le hizo una seña para que pasara. La enfermera entró y se apenó al ver a todos aquellos hombretones. A pesar de la felicidad de que había aumentado la familia, ninguno estaba para celebraciones.

—Necesitamos los nombres de los

bebés para hacer el registro —comentó Isabel al recién estrenado padre.

Jaime la miró y negó con la cabeza.

—Es mi mujer quien iba a elegirlos —respondió porque Beca no había comentado qué nombres iba a poner a los niños.

La enfermera comprendió que debía darle tiempo, asintió y, con una candorosa sonrisa, su única forma de poder empatizar con el hombre que tenía delante, respondió:

—Bien, esperaremos a que la madre nos lo diga.

Malcom miraba a todos y decidió que lo mejor era que fuesen a ver a los mellizos, a pesar del dolor y el miedo,

sería una pequeña alegría; sus sobrinos ya habían nacido.

—Podemos ir de dos en dos a ver a los mellizos. Jaime, tú puedes ir primero.

El mecánico miró a su cuñado y negó rotundo.

—No. Conoceré a mis hijos con su madre.

Los Irwin sintieron más admiración por el hombre que estaba casado con su hermana. Siempre había demostrado que para él Rebeca lo era todo. La experiencia amarga de hoy no solo lo dejaba latente, sino que había dado una lección a todos; el amor por Rebeca no tenía límites.

Javier comprendió a Jaime, y tomó los mandos de la situación para que sus hermanos hiciesen caso a Malcom.

—Neill —nombró—. Tú y Malcom, que sois los padrinos, deberíais ir primero.

El chef se puso en pie y se acercó a su hermano pequeño. Lo rodeó por el hombro y se fueron juntos.

Al llegar a la ventana, las enfermeras acercaron a los mellizos para que pudiesen verlos de cerca.

El chef se emocionó, ahí estaban los hijos de su hermana pequeña. El ojito derecho de todos ellos y la mujer que estaba todavía luchando por su vida en cuidados intensivos.

—Hola, pequeños —pronunció con la mano apoyada en el cristal—. Bienvenidos a la familia.

Malcom observó a Neill, con el mismo nudo de emociones que su hermano. Sonrió al ver como se limpiaba una lágrima con rapidez. Nunca había visto llorar a Neill. Fue emotivo verlo.

El chef ladeó su cuerpo para mirar a Malcom, le dio un abrazo y dijo:

—Enhorabuena, ya somos tíos.

—Padrinos, para ser más exactos —quiso matizar Malcom, consciente de que Neill estaba muy orgulloso de eso. Había dado por sentado que Rebeca elegiría a David o a Javier. Para el chef, fue el mejor regalo que su hermana

podía haberle hecho.

Poco a poco fueron visitando todos los Irwin a los pequeños. En la cinta que rodeaba sus manitas, solo se leían los apellidos; Duque Irwin.

\*\*\*

Jiménez, al salir del hospital, a pesar del cansancio, sintió que solo deseaba estar en un sitio; junto a Miranda.

Al llegar a la casa de la doctora, la abrazó con fuerza.

—He atendido cientos de partos —pronunció nada más separarse del abrazo—. El de hoy ha sido, con diferencia, el más complicado de toda mi carrera.

Miranda escuchó atenta.

—Y por primera vez en todos estos años, me he dado cuenta de que si un día tengo que vivir la experiencia de ser padre, quiero que sea contigo.

La pelirroja se echó a sus brazos, emocionada y enamorada.

\*\*\*

Una hora más tarde, Javier animó a todos a marcharse a casa, allí no podían hacer nada. Debían regresar y descansar lo que pudieran, aunque sabía que ninguno de ellos podría hacerlo porque su hermana no estaba fuera de peligro.

El peor trago fue llamar a sus padres, intentaron maquillar la realidad de la mejor forma posible, aunque sin mentir, porque debían saberlo.

Jaime no pensaba abandonar el hospital, no iba a moverse de allí hasta que su mujer se despertara. David llamó a Tamara para avisarle, él se quedaría para hacer compañía a su amigo, cuñado, socio y hermano, pues así lo consideraba.

Tamara y Blanca, en cuanto los hombres llegaron a la casa, después de tranquilizarlas y comentar cómo estaba Rebeca, se marcharon juntas al hospital, puesto que Malcom también se había quedado para hacer guardia, era el único que podía entrar en cuidados intensivos como profesional a ver a su hermana, y así lo hizo.

—¡Son preciosos! —comunicó Tamy, apretando con fuerza las manos de

Jaime.

—Eso me han dicho —pronunció, por decir algo, porque no estaba para nada.

David intentó bromear porque debían animarse, aun sabiendo que era un imposible.

—Me jode tener que reconocer esto —reconoció—. Son los bebés más guapos que he visto nunca —se sinceró—. Y encima son clavaditos a su padre.

Tamy y Blanca sonrieron, Jaime simplemente escuchó, pero no reaccionó.

—Es cierto —reconoció Blanca—. Siempre he criticado a la gente que saca parecidos a los recién nacidos porque

nunca les he encontrado ninguno, pero en esta ocasión hay que reconocerlo... Son idénticos a Jaime.

A las cuatro y media de la madrugada, se encontraban en la sala. Blanca y Tamara, recostadas en un sofá; David, sentado y con los ojos cerrados en un sillón. Jaime, totalmente despierto, con la mente en otra parte, sin moverse ni para haber ido al baño, y Malcom leyendo, justo cuando su localizador de emergencia lo avisaba. En cuanto emitió el primer pitido, se levantó y salió corriendo sin decir nada. Ese aviso era por su hermana, ya que él solo estaba hoy allí por y para ella.

Casi una hora más tarde, entró con una radiante sonrisa.

Jaime, al verlo, se puso en pie, y su corazón empezó a latir con fuerza.

—Tenías razón, Jaime —bromeó—. Mi hermana todavía tiene mucha guerra que dar.

Por fin el mecánico abrazó a Malcom con fuerza. Ahora sí, ahora sí podía empezar a alegrarse.

—En nada podrás ir a verla, están trasladándola a una habitación.

David también abrazó a Jaime.

—Soy padre, David —susurró por fin, incrédulo y contento—. Soy padre —repitió para creérselo.

Casi dos horas después, cuando Rebeca ya estaba estable y en una habitación instalada, dejaron pasar a

Jaime.

Nada más entrar, se quedó paralizado, no podía siquiera respirar, se ahogaba al verla allí tumbada con goteros.

Rebeca lo observaba, sus miradas estaban conectadas, no necesitaban hablar para hablarse. Al final, ella hizo una mueca con los labios, y Jaime reaccionó, se inclinó, la abrazó con cuidado, pero firme, pegó su frente a la de ella, y por fin ambos se desahogaron llorando; cansados... turbados... enamorados... asustados... y agradecidos.

Esa pareja se amaba, y ahí estaban, sacando la rabia, el miedo y el dolor por lo que habían pasado. Cuando toda esa frustración salió de sus cuerpos a través

del llanto, Jaime ronroneó con su nariz en la de ella.

—Perdóname —suplicó Rebeca casi sin voz.

—No vuelvas a darme otro susto, Beca —rogó a la mujer que amaba—. No podría soportarlo.

—Te lo prometo —dijo ella antes de que Jaime sellara esa promesa con el beso de amor que ambos necesitaban.

—¿Los has visto? —preguntó, acariciando la cara de Jaime.

—No.

Beca levantó una ceja.

—¿Por qué? ¿No están bien? —preguntó alarmada, ella había entendido que sus bebés estaban vivos y

sanos.

—Sí, están perfectos —aseguró para que no se alarmara—. Beca, no podía ver a nuestros hijos sin ti —reconoció con el corazón en la mano—. El momento más especial y bonito de nuestras vidas tenía que compartirlo contigo.

Rebeca volvió a abrazarlo.

—Por cierto, me han preguntado por sus nombres —informó porque todavía no los habían elegido—. Les he dicho que tú te encargabas de eso.

Rebeca sonrió, consiguiendo que Jaime se sintiera vivo de nuevo.

—Lo estás diciendo de broma, ¿verdad? —indagó, ¿cómo no sabía

Jaime los nombres de sus hijos?

—No —aseguró, mirándola a los ojos.

—Jaime... yo pensé... —titubeaba. Respiró con fuerza y pronunció tajante—. Nunca hubo nada que pensar, sus nombres estaban elegidos incluso antes de ser engendrados: Azahara y Natael.

Jaime se quedó inmóvil, ¿de verdad su mujer estaba asegurando que quería llamar a sus hijos como a sus padres? No lo había pensado, ni siquiera se le había pasado por la imaginación. Pero la emoción era tan grande que se le volvieron a empañar los ojos.

—¿Lo dices en serio?

—Una vida por otra, Jaime —susurró emocionada al ver a su marido con los ojos brillantes—. Los perdiste, y ahora volverás a recordarlos a través de nuestros hijos.

Jaime volvió a llorar. Ahora sí que era un hombre feliz. Su mujer tenía razón, una vida por otra: perdió a su madre y a su padre, y ahora la vida le entregaba a una hija y a un hijo.

Rebeca, abrazada a él, consolándolo, murmuró:

—No volveremos a recordar esta fecha con dolor —le dio un beso en la cabeza—. Creo que tus padres, estén donde estén, nos han ayudado a tener a nuestros hijos.

Dieron unos golpecitos a la puerta, y

entró Malcom con una enfermera, traían a los mellizos en brazos.

Malcom, que sin necesidad de preguntar a su hermana, tenía muy claro los nombres de sus sobrinos, se arriesgó, dando en el clavo.

—Azahara, Natael —pronunció, y al ver la sonrisa de Jaime, supo que había acertado—. Os presento a vuestros papás.

# Capítulo 44

## El gran nido

Después de quince días hospitalizada, por fin le dieron el alta a Rebeca. Estaba a punto de entrar en la casa con su pequeño en brazos, acompañada por Jaime, que acunaba a su pequeña con un brazo. Antes de entrar, el mecánico detuvo a Rebeca.

—Espera —avisó, enlazó los dedos de la mano con los de ella. La besó en los labios con cariño y con el pie empujó la puerta para que se quedase

abierta—. Bienvenidos a *nuestro gran nido*.

Rebeca sonrió, Jaime era el hombre más maravilloso del mundo. Y así, con esa bienvenida, los cuatro cruzaron el umbral, juntos.

Nada más cerrar la puerta, Rebeca miró a Jaime.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó porque se escuchaban voces.

—Beca, parece mentira que tú preguntes eso —comentó alegre—. Tienes a toda la familia en el jardín esperándote: Fiesta de bienvenida.

Se carcajeó, Jaime tenía razón, ¿cómo no había pensado en eso? Si ella era la primera que organizaba fiestas por

cualquier cosa.

Los primero en entrar a la casa, desde la puerta del jardín, al escuchar llorar a uno de los bebés, fueron los orgullosos abuelos, que habían decidido quedarse en Valencia una temporada para ayudar a Rebeca y disfrutar de sus recién nacidos nietos.

Rebeca abría todos los regalos, y los de Jaime se quedaron para el final. Cuando abrió el primero de los dos que el mecánico había entregado a su mujer, Rebeca pegó un grito.

—¡Ahhhh! —bramó y se tapó la boca.

Jaime sonrió pletórico, sabía que Rebeca reaccionaría así.

—Cómo... cómo... —apenas podía

creerlo—. ¿Cómo lo has conseguido?

Jaime se encogió de hombros y la besó en la frente.

—Sabía que te hacían mucha ilusión —aseguró—. Les pedí a tus padres que me los mandaran, y los llevé a un restaurador.

Rebeca lo abrazó, le había regalado los tacatás de cuando ella era pequeña. Aquellos que encontró en Portree hechos un guiñapo, estaban ahora como nuevos. Sus hijos iban a utilizar los mismos que Malcom y ella usaron de pequeños.

\*\*\*

Rubén estaba que echaba humo del cabreo que tenía. Para desahogarse, se había ido a visitar a su hermano Dallas.

—¡Hay que joderse! —protestó—. Me dice el anormal del banco —despotricó refiriéndose al empleado de la sucursal bancaria—, que no me conceden el crédito. Que mi nómina de profesor no da para tanto. ¡¿Te lo puedes creer?!

Dallas no pudo responder porque Rubén estaba muy lanzado.

—¡Joder! Ya sé que no soy rico, ¡pero tengo dinero ahorrado e invertido! No tendría casi ni que pedir el maldito préstamo.

Era cierto, todo el dinero que recibía de las ganancias de la galería lo había invertido a plazo fijo, solo le faltaban dos años, con los intereses generados, no le hacía falta pedir un préstamo

hipotecario.

—Tranquilízate...

—¡Qué me tranquilice! Tiene cojones la cosa —explotó—. ¡Joder, Dallas! Dentro de dos años no podré comprar la casa que quiero —aseguró porque el de la inmobiliaria le había avisado que había otro comprador interesado—. No me lo puedo creer, de verdad que no me lo puedo creer.

El abogado iba a hablar, pero Rubén recibió una llamada de Anais.

—Tengo que irme, ya hablaremos —se despidió.

Dallas se quedó allí parado, viendo alejarse a su hermano. Negó con la cabeza y respiró profundamente.

Estrella, que los había escuchado desde la cocina, se acercó a su marido.

—Parece muy enfadado.

—Sí.

Estrella, con una candorosa sonrisa, preguntó.

—La casa a la que se refiere es la que está al lado de la de David y Tamara, ¿verdad?

El abogado asintió. Rubén, arraigado a la familia, no quería alejarse, y se interesó por la única casa que habían puesto a la venta en la urbanización.

Estrella, consciente de que Dallas, aparte de ella —pues lo demostraba a diario—, a la persona que más necesitaba cerca era a su hermano

Rubén, quiso asegurarse la felicidad de su *abogaducho*. Tenía muy claro lo que tenía que decir para que este reaccionara.

—Ah, vaya, creo que ya sé el motivo por el que tiene tanta necesidad de comprar esa casa.

Dallas la miró y levantó una ceja.

—¿Cuál?

—Si su relación con Anais prospera como parece que va a pasar... —comentó convencida—. Tener una propiedad ayudaría a Rubén a convencer a Anais de que podrían vivir aquí, y no plantearse en regresar a Costa Rica —dijo, observando la reacción de Dallas.

—¿Anais quiere regresar a Costa Rica?

—De momento no, pero si su relación acaba como la nuestra —sonrió encantada—, igual la chica llega a planteárselo. Una vez formas una familia...

Dallas no quería seguir escuchando, su hermano Rubén no podía marcharse a miles de kilómetros.

—¿Y con una casa aquí ya no se lo plantearía?

—De otra manera, sopesando los pros y contras, aquí ya tendría el pro más importante: Una vivienda para empezar su nueva vida.

Dallas miró su reloj.

—Coge el bolso —ordenó—. Nos vamos.

Estrella se carcajeó, sabía que Dallas tenía prisa por llegar a la inmobiliaria, faltaba media hora para que cerrasen. Y no se equivocaba, al abogado le traía al paio lo que el maldito banco dijese, Rubén quería esa casa y él se la iba a regalar. No había dinero suficiente en ese maldito mundo para reemplazar a su hermano. Si tenía que gastarse todo lo que había heredado (algo casi imposible) para mantener a Rubén a su lado, lo haría sin pensar.

\*\*\*

—¿Qué?! —caviló, con las manos temblorosas, Rubén.

Estrella y Dallas sonrieron cómplices. La noche anterior, al llegar a la casa, no podían parar de reír porque la cara del profesor sería todo un cuadro. Y así era, como podían observar.

Anais se quedó alucinada, nunca había visto ni oído a nadie que conociera que regalara una casa a otra persona.

—Dallas... esto... esto es... —no atinaba a terminar la frase.

—Es tu futuro hogar, Rubén —aseguró Dallas, encantado de ver el nerviosismo de su hermano.

—No... no puedo aceptarlo.

—Ya lo creo que lo vas a aceptar

—concluyó—. No vas a escaquearte viviendo lejos —bromeó—. Tu obligación de tío es estar cerca de mi hijo.

Estrella soltó una carcajada, Dallas bromeaba, pero esas palabras eran ciertas, necesitaba a su hermano cerca para compartir su alegría y todo lo que el destino les deparara.

Anais los observaba, era bonito ver a esos dos hombres abrazarse.

—En eso te doy la razón —ironizó Rubén al soltar a su hermano—. Tienen que tenerme cerca, para demostrarles que no es preciso fijarse en la figura paterna, me pueden tomar a mí de ejemplo, tú siempre has sido muy sieso.

Anais y Estrella se rieron con ganas,

ver a Dallas agrandando los ojos y haciéndose el ofendido era muy divertido.

—¿Yo sieso?

—Por favor, Dallas, sieso total —sentenció—. No sé qué vio Estrella en ti, puedes asegurar que Dios existe para que una mujer como ella se enamorara.

—No me lo puedo creer —se ofendió—. Ten hermanos para esto.

Y al final, los cuatro acabaron riendo y disfrutando toda la tarde juntos.

Estaban a punto de marcharse Anais y Rubén, cuando este preguntó a Dallas.

—¿Sabes el motivo de la reunión de mañana?

—No. Sé lo mismo que todos.

Rubén asintió y se despidieron.

Era cierto, lo único que sabían era que los patriarcas habían convocado a todos a las diez de la mañana en *el gran nido*.

\*\*\*

Amparo miraba a Corey, se sentó a su lado y le cogió la mano.

—¿Alguna vez pensaste que llegaría este momento?

Corey le besó los nudillos antes de contestar.

—No. Pero tampoco imaginé que nuestra familia llegase a ser tan especial. Eso os lo debo a ti y a Javier, que siempre habéis luchado con tesón

para conseguirlo —confesó agradecido—. Por eso sé que nuestros hijos tomarán la decisión acertada.

Una hora más tarde, todos los Irwin estaban reunidos en el salón, mirando a sus padres, que se habían puesto en pie para dirigirles unas palabras.

—Parece que nuestro *gran nido* se va vaciando poco a poco —comentó Corey, pasando la mirada de uno a otro de sus hijos—. Vuestro hermano mayor nos ha pedido algo, y esa decisión os corresponde a vosotros.

Las miradas se clavaron en Javier.

—Vuestra madre y yo hemos tomado nuestra propia decisión, ahora queremos escuchar la vuestra al respecto.

La atención era máxima, por lo tanto, Corey decidió poner a todos al corriente, tanto de lo que Javier demandaba como lo que su mujer y él habían optado por conceder.

—Falta poco para que Javier contraiga matrimonio con Amanda —aclaró—. Vuestro hermano, si a todos os parece correcto, le gustaría comprar *el gran nido*.

La sorpresa fue tremenda, nadie lo esperaba, Javier no había comentado nada. Y era una sensación extraña. El que había sido hasta hoy *el gran nido* para todos ellos, podía quedarse vacío, tal y como ellos lo habían conocido, aunque fuese Javier quién se lo quedara.

—La vida es así —reconoció

Corey—. Creas tu propio hogar, donde crecen tus hijos y, cuando llega el momento, se va quedando vacío.

Amparo se emocionó porque dentro de esa casa se habían vivido muchas cosas, tanto felices como tristes, pero siempre unidos.

—Vuestra madre y yo os estamos muy agradecidos por la felicidad que siempre nos habéis aportado —comentó sincero—. Ahora vosotros ya estáis empezando a saber lo que es formar un *gran nido*: Con cariño, voluntad y esfuerzo.

Rebeca se emocionó y apoyó la cabeza en el hombro de su mellizo. Este la rodeó con un brazo y le besó la cabeza.

—Un padre, a pesar de que su mayor ilusión es que sus hijos encuentren sus propios caminos —pronunció a la vez que cogía la mano de su mujer—, nunca está preparado para este momento: Mis mochuelos ya no necesitan mi *gran nido*.

Allí no sentían eso, los ocho hermanos, que estaban compartiendo el mismo habitáculo en ese momento, sintieron lo mismo; seguían necesiándose los unos a los otros. Aunque comprendían lo que su padre quería decir porque, a pesar de necesitarse, sí estaban a punto de dejar vacío el que, hasta hoy, había sido su *gran nido*.

—Como en la vida nunca sabes lo que te puede deparar, vuestra madre y yo

hemos decidido que no vamos a venderle a Javier esta casa.

El hermano mayor hizo una mueca, pero aceptaba la decisión de sus padres.

El resto de los Irwin se miraron los unos a los otros. Y Neill fue el primero en hablar.

—Respeto vuestra decisión, pero creo y me parece que hablo por boca de todos —comentó, y el resto de hermanos asintió—. Que por nosotros no habría mejor decisión que vender esta casa a nuestro hermano mayor.

Javier se emocionó, sus hermanos pequeños lo querían y siempre lo estaban demostrando; ahí estaba una muestra más, apoyándolo.

—Tu padre y yo no hemos dicho que Javier no sea la persona más indicada para seguir manteniendo esta casa —comunicó Amparo—. Hemos decidido que no vamos a vendérsela, seréis vosotros los que decidáis si queréis darle esa oportunidad.

Javier levantó una ceja, no entendía muy bien lo que estaban diciendo, pero Corey se encargó de explicarlo.

—Cuando Amparo y yo compramos esta casa con toda la ilusión del mundo para crear nuestra familia y considerarla un hogar, tuvimos muy claro que jamás la venderíamos: Siempre será nuestro *gran nido* —indicó nostálgico al recordar cómo llegaron allí cargados de sueños—. Javier podrá vivir aquí con su

mujer y su hija si vosotros así lo decidís. Pero él tendrá que dar su palabra de que acogerá a cualquiera de sus hermanos, bajo este mismo techo, si por la razón que sea, la vida le da un revés y necesita volver al *gran nido*. Porque como os he dicho, con esa intención compramos este lugar, para tener a nuestra familia bajo un mismo techo.

Los Irwin sonrieron, sus padres siempre cuidando de sus mochuelos, incluso ahora, que ya eran hombres hechos y derechos. Una nueva lección de vida; nunca se deja a un hijo desamparado, siempre con vistas de futuro.

—¿Y bien? ¿Concedéis a vuestro

hermano vivir bajo este techo?  
—preguntó con una sonrisa en los labios  
Amparo, sabedora de la respuesta de  
todos ellos.

Se miraron cómplices, como cuando  
eran pequeños, y a la señal de Neill, se  
lanzaron a por Javier.

El matrimonio Irwin contemplaba la  
escena con cariño.

Mientras lanzaban a Javier por los  
aires, ondeándolo, Amparo volvió a  
preguntar.

—Javier, ¿tú aceptas y das tu  
palabras de acoger a tus hermanos?

—De sobra sabéis que lo haría  
incluso sin vivir en esta casa  
—pronunció sincero, pues todos lo

sabían. Javier nunca negaría la entrada a su casa a uno de sus hermanos.



## Capítulo 45

Cuando llega el amor,  
arrasa con todo

Javier y Dallas estaban en el despacho del abogado intentando tranquilizar a Amanda. Se había celebrado el juicio y, como había vaticinado Dallas, la resolución fue la solicitud demandada por Sebastián. Exigían la prueba de paternidad.

—Escúchame, Amanda —rogó Dallas—. Ahora solo tenemos una solución, sé que no es la que

deseábamos, pero sí la que menos nos va a perjudicar.

—¿Cuál? —preguntó Javier mientras apretaba la mano de Amanda.

Dallas respiró, no era fácil, pero no había más opciones.

—Sebastián es su padre biológico, contra eso no podemos luchar —aseguró, y Amanda asintió—. Tenemos un mes para presentar la prueba de paternidad. Algo que no haremos, para evitar lo que tanto están deseando ellos.

—Acusarme de falso testimonio —alegó Amanda.

Sebastián y Alicia, más la segunda que el primero, estaban empeñados en

poder llevar a Amanda a la cárcel para poder solicitar la custodia y quedarse con la pequeña como tutores legales a tiempo completo, el tiempo que el juez dictaminase de sanción a Amanda.

—Sí. Nos negaremos a hacerle la prueba, por lo que automáticamente se le concederá la paternidad a Sebastián —indicó y aclaró con rapidez—: Pero evitaremos que te juzguen por falso testimonio.

\*\*\*

Anais estaba llorando, se había enamorado de Rubén sin medida. Sus amigas la habían reñido por la decisión que iba a tomar; iba a romper con él. Ahora estaba al teléfono con su amiga y paisana Rita.

—Anais, mi niña, no puedes tomar esa decisión tan drástica.

—Rita, no puedo hacer otra cosa.

—Claro que puedes, habla con él y explícaselo, seguro que te apoya.

—Sería obligarlo a tomar una decisión que a la larga no sería beneficiosa.

—No digas eso, ese hombre no es un niño.

—No, no lo es —reconoció—. Y si se entera que estoy embarazada, dará la cara, pero yo no quiero que esté conmigo por el bebé, sino porque de verdad me ama.

El día anterior, Anais se hizo una prueba de embarazo, solo habían hecho

el amor un día sin condón, y había dado en la diana.

—*Sé razonable, está contigo porque te quiere.*

—No... sí... no sé —titubeaba—. Es complicado de explicar, Rita. Me pidió que lo intentáramos, pero no ha dicho que me ame. Sé que estamos bien y que no me da motivos de pensar que pueden haber otras, pero aun así, no sé si...

Volvió a llorar, no podía seguir hablando. Rubén era un hombre de palabra, y estaba convencida de que si le confesaba su embarazo, él haría lo correcto, pero ella no quería lo correcto, quería que Rubén tomase la decisión por amarla tanto como ella a él, no por no dejarla tirada estando embarazada.

Estaba convencida que a la larga, con el tiempo, Rubén acabaría sintiéndose atado, y no era eso lo que ella esperaba en una relación.

—*¿Y cómo vas a vivir tú sin confesarle que va a ser padre?*

Anais tragó saliva, eso sí que era duro. Rita, al escuchar su silencio, intentó razonar para que su amiga no fuese tan drástica.

—*Mira, según lo veo yo, como no estás segura de que él quiera pasar el resto de su vida contigo, la solución es la siguiente: Díselo, pero sin ataduras.*

—¿Qué quieres decir?

—*Estás convencida de que Rubén querrá actuar como se espera de un*

*hombre. Déjale claro que no tiene necesidad de comprometerse contigo... Pero, Anais, sí tiene derecho y obligación de comprometerse con su hijo —la aconsejó—. Mi niña, piensa en ese bebé, tiene derecho a conocer y ser reconocido por su padre.*

Tenía razón, el hijo que esperaba tenía derecho a ello. Y tomó una decisión en ese mismo momento.

—Gracias, Rita.

—*De nada, para eso estamos las amigas.*

\*\*\*

Rubén llevaba varios días alterado. Anais había cortado con él y todavía no comprendía el motivo. ¿Para eso quería

la gente enamorarse? ¿Para sufrir sin medida? Ojalá nunca hubiese dado ese paso. Maldita la hora que bajó la guardia y se fijó en la mujer que acababa de romperle el corazón en mil pedazos. Cuánto odiaba haber abierto su alma para recibir una patada. Eso era el *puto amor*.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. ¿Qué iba a hacer sin Anais? Esa mujer lo había echado a perder para siempre. Le iba a ser imposible volver a enamorarse, y no era ese el gran problema: Ahora ninguna mujer podía hacerle sombra a ella. No se sentía atraído por ninguna otra, ni siquiera para follar.

Fue a buscar a su hermano Dallas, su

cabeza no paraba de dar vueltas y acabaría mal.

—No lo entiendo, ¿qué he hecho mal? —cuestionó por si su hermano Dallas le daba la respuesta—. Te lo juro, por más vueltas que le doy, no lo comprendo.

Llevaba cinco malditos días sin pegar ojo, pensando en Anais y por qué ella le había dado la patada.

—Qué razones te ha dado.

—¡Ninguna! Que necesita un tiempo de separación para ver si los dos nos echamos de menos.

Dallas levantó la ceja.

—Que complicadas son las mujeres, ¿eso qué quiere decir? —indagó Dallas porque tampoco comprendía nada.

—¡Que me quiere volver loco! Eso es lo que pretende —espetó cabreado—. Y mira... lo está consiguiendo.

—Vale, medidas desesperadas —anunció el abogado al ver a su hermano tan alterado—. Vamos a ver a Rebeca.

Diez minutos después, mientras Amparo daba un biberón a la pequeña y preciosa Azahara, Rebeca le pasaba con cuidado a Jaime a su hijo Natael, iba a hablar con sus hermanos en privado.

—Qué raro —se sorprendió Rebeca—. Anais está loquita por ti.

—Pues ya ves, parece que le importa muy poco estar a mi lado —protestó Rubén.

La pequeña de los Irwin se puso a cavilar y agrandó los ojos.

—¿Tú le has dicho que la quieres?

Dallas miró a Rubén rápido.

—No creo que haya necesidad de decirlo, me parece que lo estoy demostrando.

Rebeca se llevó las manos a la cara.  
¡Hombres!

—Mira, vamos a dejar las cosas claras, porque me parece que tú vives en otro universo paralelo.

Rubén y Dallas escucharon atentamente a Rebeca.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando empezaste a salir con Anais, le aseguraste que no sabías si era

amor, pero que querías averiguarlo, ¿cierto?

Rubén levantó una ceja, ¿cómo sabía su hermana eso?

—¿Cómo...?

—Rubén, cíñete a la respuesta, y el cómo déjalo, que ahora es lo de menos.

—Sí, así fue.

—Vale, pues algo ha pasado —reconoció—. ¿El qué? No tengo ni idea, pero está claro que, sea lo que sea, Anais necesita averiguar si la quieres o no.

—¡Joder! ¿Y no era más fácil preguntármelo directamente que dejarme hecho mierda como lo ha hecho?

Rebeca lo fusiló con la mirada.

—De verdad, Rubén, no eres más tonto porque no te entrenas —escupió enfadada las palabras porque no viera las cosas igual que ella—. ¡Esas cosas no se preguntan, zopenco! No tiene que preguntar nada, porque cuando uno ama a alguien, lo dice y santas pascuas.

Dallas parecía estar en un partido de tenis, girando la cabeza de un lado a otro.

—Ella tampoco me lo ha dicho —se defendió.

—Porque está esperando que tú lo hagas —lo acusó.

Los dos estaban alterados y gesticulando.

—¿Y por qué tengo que decirlo yo

primero?

—Porque eres tú el que ha dejado claro que no crees en el amor.

—Fui yo el que le pidió la oportunidad de intentar ser una pareja —informó, aunque parecía que su hermana estaba al tanto de todo.

—Exacto —reconoció Rebeca ese hecho—. Igual ahora, después de este tiempo juntos, al ver que tú no eres capaz de reconocer en voz alta que la quieres, la chica se ha asustado.

—¿Pero asustado de qué? —preguntó ya fuera de sí porque necesitaba la maldita respuesta.

—¡De que tú no sientas lo mismo que ella! Rubén, Anais te ama, y ha debido

llegar a un punto, que si no lo tiene claro por tu parte, es muy posible que quiera ponerse a resguardo; sufrir por amor es angustioso.

Rubén explotó, dejando a Dallas y a Rebeca anonadados.

—¡Ya sé que es doloroso! Soy yo el que se pasa las noches en vela —confesó—. Hay momentos en los que estoy tan desesperando que siento que me falta la respiración y, ¿me vas a decir a mí que es angustioso? ¡Joder! Me roba el pensamiento, el corazón e incluso la razón, y resulta que es ella la que no lo tiene claro.

Dallas sonrió, se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Vete a buscar a Anais, confíésale

lo que sientes y seguirás siendo un hombre enamorado y acompañado.

Rubén lo miró, sí, tenía razón Dallas, él estaba enamorado, pero le faltaba Anais a su lado. Si la solución era confesar sus sentimientos, los iba a sacar todos a la luz.

Rebeca echó un cable a Rubén.

—Te ama, Rubén, tanto como tú estás demostrando que sientes por ella —expuso para que él fuera con esperanza—. Y la encontrarás en su casa, hace una hora que llegó de Zaragoza; mañana a las diez he quedado aquí con ella.

Rubén, sin pensarlo dos veces, se dirigió a la puerta, se paró antes de alcanzarla, regresó hasta sus hermanos y

los abrazó.

—Gracias —agradeció a Rebeca.

—Deséame suerte, Dallas —susurró para que Beca no lo escuchara—. O esta vez será a mí a quien ingresen en Escocia.

Dallas lo apretó con fuerza, además de convencido de que Rubén no mentía; se volvería loco, ya que se había enamorado hasta las trancas.

Al llegar al apartamento de Anais, respiró con profundidad mientras esperaba que la morena de sus sueños le abriera la puerta.

Anais se quedó parada, no lo esperaba.

—¿Puedo pasar? —indagó, con el

corazón acelerado por tener a la mujer que tanto amaba delante.

Anais hizo una seña, invitándolo a entrar. Lo que no esperaba es que nada más poner un pie dentro, sin cerrar la puerta, la besara con tanta intensidad.

—No necesito tiempo para asegurarte que te echo de menos, Anais —pronunció con rotundidad—. He sido un ignorante al no creer en el amor.

Anais se quedó sorprendida.

—No solo he aprendido que existe el amor, sino que también hay personas que han nacido para amarse toda la eternidad; tú y yo sin ir más lejos.

La costarricense pestañeó repetidas veces para asegurarse que no era un

sueño.

—No sé qué necesitas que diga para creerme —solicitó—. Pero no me marcharé de aquí sin que estés segura de que te amo. Más vale que lo tengas claro, porque no vas a salir de esta casa hasta que estés totalmente convencida. Me da igual que pase una hora, un día, una semana, un mes o un año.

Anais sintió que el mundo se desvanecía a sus pies. ¿De verdad estaba Rubén confesando su amor así? Y ella que pensaba que jamás escucharía de los labios de Rubén una palabra romántica.

Rubén alargó la mano, le llevó un mechón detrás la oreja y, aprovechando esa cercanía, le acarició la mejilla.

—Te amo, Anais —se sinceró—. Estos cinco días sin ti han sido una auténtica tortura. Si quieres matarme, solo tienes que pedirme que salga de esta casa, y seré un hombre muerto en vida —reveló honesto porque era lo que sentía—. Pero si me pides que me quede, me estarás regalando la vida: La misma que quiero compartir a tu lado si tú me dejas.

Anais se emocionó, y Rubén aprovechó para besarla con dulzura.

—En tus manos está una cosa u otra; la decisión es tuya.

Los nervios se apoderaron de Rubén, si esa mujer le pedía que se marchara, ya no tendría sentido su vida.

—No puedo pedirte que te marches —respondió con una lágrima en la mejilla—. Nosotros también te necesitamos y amamos.

Rubén levantó una ceja.

—¿Nosotros? —ingadó. ¿A quiénes se refería?

Anais cogió la mano de Rubén y se la llevó a su barriga.

—Al hijo que estamos esperando.

Rubén pasó la mirada de los ojos de ella a su mano y viceversa.

—¿Estás... estás embarazada? —titubeó.

Anais asintió, avergonzada y nerviosa, por la reacción que Rubén pudiese tener.

—¿Vamos a ser padres? —cuestionó por si no lo había entendido bien.

—Sí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace seis días —confesó, bajando la mirada.

Rubén lo entendió todo, ese era el motivo, su hermana Rebeca había dado en el clavo. Anais necesitaba averiguar si la amaba de verdad o estaría con ella por estar embarazada.

Puso la mano en su barbilla para que levantara la cabeza. Quería mirarla a los ojos, que viese la verdad en ellos.

—Como he dicho hace un momento: Hay personas que han nacido para amarse toda la eternidad

—argumentó—. El bebé será nuestro legado en este mundo del amor que nos tenemos.

Y sin más, la besó de nuevo.

—Ya tenemos una casa, Anais —le recordó—. Tú dirás cuando nos mudamos.

Se escucharon aplausos, gritos, risas y suspiros. Rubén se giró rápido por el susto, ya que no esperaba a nadie.

Anais se rió y se escondió avergonzada sobre el pecho de Rubén.

—¿Qué es eso?

—Son mis *Panteras Ticas* —informó—. Estaba hablando con ellas por Skype.

Y escucharon a través del altavoz.

**Alexandra:** ¡Toma, toma y tomaaaa!

**Lindsay:** ¡Cómetelo, Anais!

**Rita:** ¡Bravooooo, bravooooo!

**Sughey:** ¡Ainsss, qué bonito! Estoy llorando.

**Estefany:** ¡Viva Escocia, viva España!

**Fernanda:** Se me han caído las bragas al suelo.

**Laura:** Ahora sí podemos decir: ¡Viva el papacito!

Los dos se miraron y acabaron riendo, porque aquellas seguían sin parar, por lo visto, no tenían intención de hacerlo durante un buen rato.



# Capítulo 46

## Los Irwin

El tiempo iba pasando, y cada día parecía que le arrancaban un trocito del alma a Javier. Por más que disimulaba, ese hombre se estaba muriendo por dentro. Y no era para menos. Mientras la desalmada de Alicia siguiese viviendo con Sebastián, la vida de Nerea podría convertirse en un infierno emocional.

Por primera vez, en una reunión familiar de urgencia, no se había avisado al hermano mayor. Allí estaban

todos, en *el gran nido*, para buscar una solución. En esta ocasión, Amparo y Corey también estaban presentes.

—No vamos a salir de aquí hasta que encontremos la solución —aseguró Neill—. Nadie va a quitarle a Amanda la custodia ni van a alejar a la pequeña de nuestro hermano. Nerea es una Irwin.

Amparo se sintió orgullosa; una vez más, iban a demostrar que a un Irwin nadie lo pisa. No sabía qué sacarían en conclusión, pero conociendo a sus hijos más que nadie porque los había parido, Nerea no iba a pisar la casa donde viviese Alicia.

Estaban indignados, rabiosos, asqueados... Sebastián en realidad no quería conocer a su hija. Si no fuese por

Alicia, ese hombre no habría aparecido en la puerta de Amanda reclamando que era suya porque no lo sentía ni quería.

Cuatro horas tardaron en hallar la solución; una que podía costarles muy cara.

Amparo cerró los ojos, se apretó las manos y habló.

—¿Estáis seguros? —preguntó mirando a Dallas primero, y luego a Malcom—. Si sale mal, os pueden inhabilitar.

Quería que fuesen conscientes de que se estaban jugando su prestigio y profesionalidad, y era delito.

La respuesta de ambos fue la misma y sin vacilar: «Sí».

—Nerea, como ha dicho Neill, es una Irwin, no hay más que hablar —aseguró Malcom.

La madre asintió, con el corazón desbocado, aunque orgullosa, pues sus hijos eran capaces de todo por proteger a uno de los suyos. Y hoy era la muestra de ello: Iban a hacer las pruebas de paternidad como habían acordado. Malcom cambiaría los resultados, y Dallas los presentaría ante el juez.

A pesar del riesgo que eso conllevaba, Dallas y Malcom estaban de acuerdo.

Justo cuando todos se pusieron en pie, apareció Javier.

Ver a la familia Irwin junta imponía,

más cuando todos se pusieron en escalera. Pobre de aquel que quisiese hacer daño a uno de los suyos, como estaban demostrando. No había leyes, ni dinero, ni nada en el mundo que pudiese pararlos.

—¿Qué ocurre?

Allí no había cabida para las mentiras, por lo tanto Neill respondió.

—Hemos hecho una reunión de urgencia.

—¿Y por qué nadie me ha avisado?

—Tú no podías saberlo, Javier —pronunció con tranquilidad—. Confía en nosotros, es por el bien de tu mujer, tu hija y tuyo propio.

Javier ya no necesitó más, si pedían

confianza, no haría más preguntas.

—De acuerdo —dijo y los miró a todos con los ojos brillantes—. Familia: Os quiero.

\*\*\*

Dallas entró en su casa, Estrella lo estaba esperando. Al mirarse, su mujer fue a abrazarlo.

—Preciosa, si hiciese algo que nunca se esperaría de mí —pronunció preocupado—. ¿Podrías perdonarme?

Estrella se separó para mirarlo a los ojos. Dallas siempre había sido intachable. Fuera lo que fuese lo que le estaba preocupando, sería por proteger a los suyos, algo que admiraba y desearía que hiciesen algún día por sus hijos en

caso de necesitarlo.

—Dally, no hay nada que puedas hacer que no esperemos tú hijo y yo de ti para protegernos —explicó seria para que la creyese—. La familia está para eso, y tú me lo has enseñado —indicó, porque hasta que se casó con Dallas, su concepto de familia era muy distinto—. Vas a tener todo nuestro apoyo.

Cogió la mano del abogado y se la puso en la tripa para que supiese que hablaba en nombre de ella y de su futuro hijo.

El abogado no necesitó más, cogió a su mujer en brazos y subió las escaleras, entró en su dormitorio y le hizo el amor totalmente enamorado.

\*\*\*

Estrella se sorprendió cuando la avisaron de que habían tres hombres en la entrada del colegio preguntando por Nerea.

—Yo me encargo —anunció a la directora.

Fue rauda y se interesó.

—Buenos días, soy la profesora de la alumna que están buscando, ¿qué desean?

—Soy Diego Torres, abogado. Este hombre es Sebastián Camino, y por último, Jesús Ponce, secretario judicial del Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses. —Estrella intentó disimular su nerviosismo—. Traigo una orden firmada para sacar una muestra de

ADN de la menor Nerea...

—Disculpe —interrumpió Estrella—. Como ha dicho, es una menor, y sin su tutora legal, la señora Amanda Expósito, no puedo dejar que vean a la niña.

El secretario judicial comprendía perfectamente lo solicitado por Estrella, y asintió con la cabeza cuando ella les pidió que la acompañasen a la sala de profesores hasta que Amanda se personara.

Nada más dejarlos allí llamó primero a Amanda, y luego a Dallas.

—¿Qué?! ¡Joder, eso no puede ser! —bramó Dallas—. No permitas que vean a Nerea, por favor, Estrella, que no se acerquen a ella hasta que yo llegue.

Dallas empezó a maldecir, estaba a casi una hora de allí.

Estrella, con el corazón a mil por hora, respiró con fuerza, se tocó la barriga y habló en voz alta.

—Mi vida, tenemos que ayudar a la prima Nerea.

Entró en su clase y dio unas palmas para que los niños la atendieran.

Media hora tardó Amanda en llegar al colegio, entró corriendo, y Estrella la interceptó a mitad camino.

—Escúchame —pronunció, sujetándola por los hombros—. Sebastián sigue teniendo una orden de alejamiento, ¿cierto?

—Sí —respondió con la respiración

acelerada por haber llegado corriendo.

—Entra ahí, y yo te seguiré, tú y yo no nos conocemos, solo soy la profesora de tu hija.

Amanda estaba tan nerviosa que asintió, pero no entendía nada.

—No dejes que entre Sebastián.

Amanda entró en la sala y miró a los tres hombres.

—¡No me puedo creer lo que estás haciendo! —se expresó alterada—. Nerea no es tu hija y no tienes derecho a venir aquí a molestarla, yo presentaré las pruebas que sean necesarias...

—Tengo una orden, Amanda, el juez me la ha firmado porque no me fío de ti —se encaró a ella—. Llegado el

momento, no las presentarás para evitar ser acusada de falso testimonio.

Amanda fue salvada por Estrella, que entró en el momento que estaba a punto de abofetear la cara al que un día consideró un gran amigo.

—Disculpen —se excusó Estrella—. Señora Expósito, estos señores han venido con una orden judicial.

Le mostraron la orden a Amanda. Una vez leído, el secretario judicial informó:

—Por favor, haga pasar a la pequeña.

Estrella se preocupó, Amanda parecía estar en shock, necesitaba que protestara.

—Claro.

—No —se negó Amanda.

—Señora Expósito —intervino el abogado, y Amanda no lo dejó terminar.

—Mi hija no entrará en la misma habitación en la que esté Sebastián, yo también tengo una orden de alejamiento firmada por el juez.

El secretario judicial intercedió.

—De acuerdo, vayamos dónde pueda realizarle la prueba sin el señor Camino.

Estrella les pidió al secretario y a Amanda que la siguiesen.

Los llevó directamente al gimnasio, que era el lugar más cercano a la clase de la pequeña.

Dos minutos después, una niña morena entró corriendo y se lanzó a los brazos de Amanda.

—¡Mamiiiiiiii!

Amanda, en un primer momento, se quedó paralizada. Al ver a Estrella guiñarle un ojo para que se tranquilizara, reaccionó rápida.

—Mi amor, pero qué guapa eres.

La niña besó con fuerza a Amanda mientras la sostenía en brazos.

—¿Nos vamos a casa?

—No, cariño, todavía no —argumentó—. Este señor quiere mirarte la boquita por si tienes anginas —comentó, clavando su mirada en el secretario judicial, para que tuviese tacto con la pequeña. El hombre comprendió lo que pedía y desprecintó rápido el palito con el que iba a tomar la

muestra de saliva que necesitaba.

—Pero si no estoy enferma, mami  
—se quejó la niña.

—Lo sé, mi vida, lo sé, pero así el doctor se queda más tranquilo.

La niña al final se encogió de hombros y abrió la boca, el hombre tomó la muestra que necesitaba.

—Gracias, eso es todo.

Estrella acompañó al secretario de nuevo hasta la sala de profesores. Desde allí, los tres hombres recorrieron de nuevo el pasillo hasta llegar a la salida.

Sonó el timbre que anunciaba el final de clase. Estrella entró y le dijo a su alumna.

—Mónica, has ganado el juego.

—¿Sí, señor?

—Sí, Amanda se ha creído que eras Nerea. Lo has hecho muy bien.

—Sí, se lo ha creído —respondió contenta.

—Anda, vamos al comedor que ha tocado el timbre. Luego te doy la piruleta que te has ganado.

Le pidió a Amanda que la esperase en la entrada, que no tardaba.

En cuanto salió, Amanda la abrazó y se echó a llorar sin consuelo. Y así las encontró Dallas, que maldijo de nuevo al imaginar que habían conseguido la muestra de ADN.

—Tranquila, Amanda, podemos recurrir...

No lo dejó terminar, pasó del abrazo de Estrella al de Dallas.

—No la han conseguido, Estrella lo ha cambiado.

Dallas miró a su esposa, y esta se encogió de hombros.

En el trayecto al *gran nido*, ya que habían acordado comer allí todos juntos, al avisar Dallas a sus hermanos, Estrella les contó la idea que tuvo. Jugar a un juego que se llamaba «Hoy soy mi amigo». No era la primera vez que los niños habían jugado a este juego, cada uno imitaba a su amigo. Y Mónica era la mejor amiguita de Nerea, las dos morenas y con el mismo corte de pelo, por si de lejos la veían pasar, que no llamase la atención una niña con el tono

de pelo más claro, largo o corto.

La noticia dejó a todos atónitos.

—Se lo tienen merecido, por querer hacer daño —comentó Amparo.

Si no hubiesen buscado hacer daño a Amanda para acusarla de falso testimonio, no hubiesen ido al colegio a molestar a una niña inocente de cinco años.

Dallas levantó a su mujer un palmo del suelo, delante de todos.

—Es que mi Estrellita es una actriz fantástica —bromeó, porque el día que se conocieron en el accidente, ella actuó a lo grande para escaquearse de sacar los papeles del seguro—. Por eso la amo tanto.

Y la besó con fuerza delante de su familia para dejar constancia de lo que estaba diciendo.

—Dallas Irwin —pronunció tajante su madre—. No seas obsceno.

—Mamá, pero si estás encantada —comentó Rubén.

La madre hizo un gesto cómico.

—Por cierto, Rubén, tu padre y yo hemos decidido que vamos a viajar con vosotros.

Rebeca se carcajeó al ver el careto que puso su hermano.

—Estás de chanza...

—¿Me ves bromear, acaso?

—Por favor, mamá, me quiero casar con ella —comentó para seguirle la

broma a su madre—. Si sus padres os conocen, no van a querer que se case conmigo.

—Lo siento, está decidido  
—sentenció la madre.

Rubén se alegró, sabía que a Anais le haría mucha ilusión que sus padres los acompañasen a Costa Rica para conocer a su familia. Y tuvo una revelación.

—¡Joder! Tengo que hablar con las  
*Panteras*                      *Ticas*                      —anunció,  
sorprendiendo a todos.

—¿Las amigas de Anais de Costa Rica? —preguntó Susana.

—Sí —asintió, sonrió de medio lado y añadió—. Y vosotros id reservando vuelo. Nos vamos todos a Costa Rica.

Dallas levantó una ceja.

—¿Y eso por qué?

—Porque una vez allí, con la ayuda de sus amigas y su familia, sorprenderé a Anais.

—¿Vas a declararte delante de ellos?

—bromeó Víctor.

—No, voy a casarme con la mujer de mi vida y futura madre de mi hijo.

Amparo miró a Corey y dijo:

—Me debes cien euros.

Todos rieron porque sus padres habían apostado y Corey había perdido.





# Capítulo 47

## Rebeca nunca cambiará

Faltaba un día para el juicio, y a pesar de que sabían que las pruebas estarían a favor de Amanda, seguían nerviosos por si algo saliese mal. Una suerte que no habían pedido muestras de Amanda, solo iban a comparar el ADN con el de Sebastián.

Rebeca miraba a sus mellizos dormidos, y Jaime la rodeó por detrás.

—¿Qué está tramando esa cabecita tuya? —cuchicheó para no despertar a

sus hijos.

Rebeca sonrió y cerró los ojos, agradecida a la vida, a Dios y al destino por haber puesto a Jaime en su camino.

Se dio la vuelta, le cogió la mano, enlazó los dedos con los de él y lo sacó de la habitación de los niños para poder hablar con tranquilidad. Caminaron hasta su dormitorio. Encendió el intercomunicador para tener controlados a los mellizos y habló:

—No me conformo con un juicio ganado.

Jaime entrecerró los ojos.

—¿Y que más necesitas?

—Justicia, eso necesito —sentenció.

Cogió las dos manos de Jaime, lo

miró a los ojos y explicó lo que necesitaba para que el hombre que amaba la apoyase como siempre había hecho.

—Mañana, el juicio lo tienen a las doce y media —informó—. Sé que Sebastián estará en su despacho hasta las once y media.

—¿Cómo lo sabes? —se interesó.

Beca se encogió de hombros.

—Samuel lo ha investigado —contestó, confesando que ella lo estaba haciendo desde hacía tiempo—. Voy a ir a visitarlo.

Jaime inclinó la cabeza, dando a entender que no estaba de acuerdo.

—Escúchame, no puedo quedarme de

brazos cruzados —dijo con tranquilidad—. Alicia ha intentado arruinar la vida de mi hermano—. Jaime iba a interrumpir, y Beca continuó—: La de mi sobrina, y, por consiguiente, la de toda mi familia; la nuestra.

El mecánico se quedó pensativo, analizando lo que decía.

—Aunque mañana gane el juicio Amanda, no se habrá hecho justicia —comentó con pesar—. Hasta que Alicia no pague por lo que ha hecho, no habrá justicia para mí.

—¿Qué pretendes hacer?

—Darle lo que se merece.

—Y eso es... —se interesó.

—Quitarle lo único que tiene. Por lo

menos hasta que encuentre a otro desgraciado que la quiera mantener.

—Beca, ¿y si no te cree? —se preocupó.

Rebeca sonrió, ¡pero que listo era su marido! Sabía que su justicia era que Sebastián la echara de su casa.

—Lo haré.

Jaime la miró, la atrajo hacia él y la abrazó.

—Nunca cambiarás, Rebeca —suspiró.

—Bien sabes que no.

\*\*\*

Sebastián estaba sentado en su despacho a las nueve en punto de la mañana. Hoy iba a cambiar su vida, por

fin sería oficialmente padre.

«Padre», se repitió, tragó saliva, ¿estaba preparado para eso?, ¿alguna vez lo había deseado de verdad? Empezó a angustiarse. Suspiró con fuerza, solo necesitó pensar en Alicia, llorando, abatida, destrozada por no poder ser madre y por la humillación que Javier y su familia le había hecho pasar durante años.

Mientras él cavilaba, Rebeca, con su mejor sonrisa y una carpeta en la mano, salía del ascensor. Miró directamente a la secretaria, acercándose a ella como si fuese a darle los buenos días.

La secretaria la miró y le devolvió la sonrisa para atenderla, sonrisa que se esfumó cuando Rebeca, ni corta ni

perezosa, pasó a paso firme y con decisión por delante de su puesto y entró en el despacho de Sebastián sin avisar, avasallando y demostrando que de allí no la sacaban ni con agua hirviendo; el portazo que pegó lo dejaba claro.

Sebastián se puso en pie del sobresalto.

La secretaria entró e intentó sacarla de allí.

—¿Quién es usted? —preguntó Sebastián mientras su secretaria forcejeaba con Rebeca intentando arrastrarla del brazo.

—La que ha venido a traerle las pruebas de que está conviviendo con una prostituta.

La secretaria se quedó parada. Miró a Sebastián, y este le hizo una seña para que los dejase a solas.

Mientras la secretaria cerraba la puerta con cuidado, Rebeca se recomponía la manga de la camisa.

—¿Cómo se atreve a insinuar...?

—No insinúo, señor mío —aclaró sin amilanarse—. Estoy afirmando lo que es.

Sebastián se ofendió, ¿quién era esa mujer?

—No sé quién es, pero...

—Eso tiene fácil solución —adujo—. Soy Rebeca, Rebeca Irwin.

—¡Fuera! —ordenó nada más escuchar su apellido.

—Me iré, créame —prometió—. En cuanto le explique quién es Alicia.

—No voy a...

Rebeca no pensaba marcharse sin conseguir lo que había ido a hacer. Por lo tanto, acostumbrada a torear a sus hermanos, esta vez lo haría con alguien que, además de estúpido, cornudo y ciego, era el hombre que había ayudado a su excuñada a arruinar a su familia: Algo intolerable que ella no estaba dispuesta a pasar por alto.

—Prostituta —pronunció con fuerza, consiguiendo que Sebastián se quedara callado—: Mujer que tiene relaciones sexuales a cambio de dinero —dio la definición por si él no lo tenía claro.

—Sé lo que es una prostituta  
—reconoció molesto.

—Lo imagino, ya que está  
manteniendo a una.

—¡Cómo se atreve!

Rebeca ladeó la cabeza, hasta ahora  
había guardado las formas, pero se  
acabó su templanza.

—¡No! Cómo se atreve ella a intentar  
jodernos la vida —bramó, dejando a  
Sebastián descuadrado—. No sé qué  
clase de hombre es usted... bueno, por  
llamarlo algo decente, porque está  
demostrando tener muy poca hombría.

—Debería marcharse, dentro de unas  
horas voy a ganar un juicio —comentó  
muy convencido—. Si ha venido aquí

con la intención de que...

Rebeca se rió con cinismo.

—¡Pero qué va a ganar, hombre! Nerea nunca ha sido su hija, motivo de más para darme la razón de que tiene muy poca hombría intentando amargar la vida a una mujer y a una niña.

Esa respuesta sí dejó turbado a Sebastián, ¿Amanda habría dicho la verdad?

Rebeca, al verlo descuadrado, añadió:

—Como le he dicho, no he venido por eso —comentó, quitando importancia al juicio—. Si estoy aquí, es para demostrarle quién es Alicia: Pelirroja, guapa, ladrona, desalmada... —hizo un

corto silencio para rematar—. Y puta.

Sebastián se irguió, no iba a tolerar que volviese a insultar a la que pronto iba a ser su mujer.

Rebeca también se dio cuenta al estudiar su lenguaje corporal.

—Bien, no voy a perder más el tiempo —dispuso mientras abría la carpeta que llevaba, sacando una foto—. Tenga.

Extendió la fotografía, y este abrió los ojos como platos.

—Como verá, la fecha y hora que está inscrita en la fotografía es de hace dos semanas, a las cuatro de la tarde —informó—, y en su casa.

Sebastián tomó asiento. Aun así, no

quiso dar su brazo a torcer.

—Esto puede ser un montaje.

—Sí, podría ser, sí —confirmó. Sacó otros papeles, pero no se los entregó, antes quería una respuesta—. Me gustaría saber una cosa, ¿cómo llegó a averiguar Alicia su pasado con Amanda?

Sebastián no tenía por qué responder, pero después de ver esa fotografía, igual Alicia no era tan inocente como él creía.

—Porque yo se lo dije —comentó.

Rebeca tonta no era, él no iba a darle más datos, aunque había sembrado la duda.

Sebastián recordó cómo y cuándo ocurrió aquello. Se habían acostado, y a

la mañana siguiente Alicia estaba sentada en el sofá, con una fotografía que él tenía de Amanda. Se interesó por ella, y su actitud hacia él cambió, porque hasta ese día, se habían visto en dos o tres ocasiones esporádicas.

—Me lo temía —dijo Rebeca, negando con la cabeza, dando a entender que él era poco menos que idiota.

—¿Qué se temía?

—Que lo ha utilizado a su antojo y ha caído en su trampa como hacen todos.

—Ella no es así —intentó justificarla.

—No insulte mi inteligencia —se ofendió Rebeca—. Ahora viene la parte más deseada, ver la cara de gilipollas que se le queda.

Sebastián se puso en pie, extendió el brazo, a punto de ordenar que se marchara, cuando Rebeca le plantó el papel que había sacado en su mano y tomó asiento delante de él, no quería perderse ningún detalle de su rostro cuando leyera lo que acababa de entregarle.

—Aquí tiene una copia del acuerdo prematrimonial de mi hermano y esa...  
—no terminó la frase, él ya se estaba dando cuenta solito que Alicia era muy zorra.

—¿Y qué me interesa a mí esto?

—Cláusula seis, por favor —comentó Beca con ese deje pasota que estaba utilizando desde que había entrado.

Sebastián se volvió a sentar para leer, pero Rebeca no tenía paciencia, nunca había sido su fuerte, por lo tanto, lo expuso en voz alta, ya que se lo conocía al dedillo.

—La futura conyugue exige esta cláusula: No habrán hijos en el matrimonio y no se le podrá exigir ni cambiar el acuerdo en un futuro.

Sebastián frunció el ceño.

—Una mujer estéril no solicita esta cláusula, ¿cierto? —esperó una respuesta y al no llegar, sacó otro papel—. Aquí tiene la prueba que tanto me quema en la mano: El historial de Alicia en la clínica abortiva.

Sebastián se quedó helado, ahí estaban todos los datos.

Rebeca se levantó, lo miró con asco.

—Y ahora me pregunto, señor mío —pronunció con cinismo—: ¿Cómo va a mirar a la que fue su amiga después de saber esto? Si alguna vez pensó en que era un hombre, acaba de darse cuenta de que, gracias a Alicia, es un despojo.

Se dio la vuelta, con la cabeza bien alta, iba a salir igual que entró, con dignidad y segura. Justo antes de abrir la puerta lo miró de soslayo.

—Soy una Irwin, señor mío —informó—. Nosotros somos gente de palabra y honor; dije que venía a traerle las muestras de que está conviviendo con una prostituta y, como lo he hecho, me voy.

Y se fue, dejando a Sebastián sin habla.

Rebeca, no conforme con intentar abrirle los ojos a Sebastián, decidió que ya era hora de tener unas palabras con su excuñada; nadie intentaba destruir a su familia y salía de rositas.

Media hora tardó en llegar a la casa de Sebastián, la misma que estaba habitando su excuñada. Se plantó delante de la puerta y aporreó con los nudillos, no tuvo paciencia para tocar el timbre, venía con fuerza y ahí estaba demostrándolo.

Lo que Rebeca no sabía era que Sebastián también se había dirigido a su casa, las pruebas que llevaba en la mano tenía que enseñárselas a Alicia. No

podía creerlo. Tratándose de quien era, una Irwin, lo único que pretendía era confundirlo, aunque una parte de él aplaudía ese coraje con el que se había plantado en su oficina; luchando por su familia. Por lo tanto, no se sorprendió al verla y se quedó rezagado, así observaría a la que pronto iba a ser su esposa reaccionando ante esas falsas acusaciones, seguro que todo tenía su explicación, era imposible que él se hubiera enamorado de una persona tan miserable y mezquina como tanto aseguraba esa mujer.

Alicia abrió en camisón y descalza, había acudido rauda al ver la premura con la que llamaban.

—¡Qué haces aquí! —bramó al ver de

quién se trataba.

Rebeca entró sin pedir permiso, como un huracán, hasta llegar al medio del salón. Se dio la vuelta y miró a Alicia.

Sebastián entró sin hacer ruido, ocultándose en la entrada para escucharlas.

—Supongo que vienes a pedir clemencia —ironizó—. Debo decirte que ni poniéndote de rodillas lo conseguirás.

—Supones mal, Alicia —respondió sin perder tiempo—. Vengo a avisarte de que a partir de hoy no volverás a acercarte a mi familia.

La risa cínica de Alicia no sorprendió a Rebeca.

—Me parece de muy poco sentido común presentarte aquí y amenazarme, cuando dentro de unas horas voy a tener la custodia de esa pequeña bastarda. Claro que teniendo en cuenta que siempre has estado loca, comprendo que no tengas conocimiento —pronunció para ofenderla, sabiendo que el pasado de Beca siempre había sido su talón de Aquiles.

Rebeca dio un paso al frente, torció el cuello y se expresó con una tranquilidad que dejó descolocada a su excuñada.

—Qué equivocada estás si piensas que vas a conseguirlo, nunca vas a tener su custodia ni la de nadie; para eso hay que tener alma, y tú no la tienes —aseguró y se plantó tan cerca que casi

se rozaban sus narices—. Quien juega con la inocencia de un niño, merece la muerte y teniendo en cuenta que, según tú, estoy loca, no podrían juzgarme por ello.

Alicia se echó atrás, conocía a los Irwin, sabía perfectamente que eran gente de palabra. Aun así, no creía que su amenaza fuese cierta.

—Fuera de mi casa de inmediato —ordenó.

—Siempre tan egoísta y posesiva —argumentó Rebeca—. Que yo sepa, la casa no es tuya.

—Todo lo de Sebastián es mío... incluida su hija.

—Ah, ¿pero tiene una? —preguntó

con cinismo.

—Claro que la tiene —sentenció—. Esa bastardita que a partir de hoy voy a dedicar mi vida a martirizarla. Nada me dará más placer que humillar a la que todos habéis acogido por sobrina. No pararé hasta que consiga que su vida sea un total infierno, no volverá a sonreír ni a soñar... voy a desquiciarla tanto, que acabará ingresada, como tú lo hiciste, en un manicomio.

Rebeca se puso seria, esta vez esa desalmada había llegado demasiado lejos, y ya no iba a tolerarle una más.

—En primer lugar, Nerea no es hija de Sebastián, sino de Javier —sentenció—. En segundo lugar, has cometido el gran error de tu vida;

meterte con la hija de nuestro hermano mayor —espetó a un palmo de su cara, como minutos antes—. En tercer lugar, no voy a descansar hasta que pagues por lo que has hecho, Alicia. A partir de hoy, mide cada paso que des, intenta cubrirte las espaldas porque me encargaré de convertir cada minuto, cada segundo de tu despreciable vida en una auténtica tortura. Si piensas que puedes amenazar a un Irwin, intentar destrozar la vida de nuestra sobrina y vivir tranquila —rugió—, ¿no nos conoces todavía!

Alicia tragó saliva, Rebeca hablaba por boca de todos. Teniendo en cuenta su último encuentro con Javier, era muy posible que no estuviese mintiendo.

—Tu vida va a ser un infierno, el que te mereces; por desalmada, rastrera, amargada, ladrona... y puta.

La excuñada volvió a soltar una carcajada, para intentar amilanar a Rebeca.

—Se te ha olvidado mencionar la más importante: Actriz —argumentó con ese tono de voz triunfal que utilizaba siempre—. Mis dotes artísticas siempre han conseguido que yo me salga con la mía —reconoció casi riendo—. Eso es algo, queridísima *ex cuñadita*, que ha conseguido que peleles como tu hermano y Sebastián siempre acaben haciendo o creyendo lo que yo diga.

Rebeca negó con la cabeza, torció el labio y por fin pudo soltar lo que había

ido a decir, consiguiendo que la sonrisa de Alicia desapareciera de su cara. El factor sorpresa siempre era el mejor: Hasta ahora, nadie la había descubierto, pero esta vez ella se había tomado la molestia de acabar con Alicia.

—¿Estás segura de ello? Un Irwin nunca habla por hablar, Alicia —amenazó tajante—. El primer paso ha sido desenmascararte ante Sebastián, mostrándole quién eres realmente. El segundo, ante tu familia —informó, consiguiendo que Alicia agrandara los ojos—. Y el tercero, dependerá de ti; un Irwin nunca olvida. Tengo toda la vida para buscarte y amargarte, así recibirás de tu propia medicina.

Y se marchó, dejando a Alicia

pensativa. ¿Qué quería decir «desenmascarado ante Sebastián y su familia»? La respuesta la recibiría en unos minutos, puesto que Rebeca había mandado los mismos informes que entregó a Sebastián a los padres de Alicia. La tercera amenaza sí la tenía clara. Sí dependía de ella: le daba la oportunidad de no volver a cruzarse en sus vidas, o se encargaría de volver a por ella, destrozándole la vida.

Nada más marcharse Rebeca, Sebastián hizo acto de presencia.

—¡Qué clase de animal eres!  
—escupió, asqueado por todo cuanto había escuchado—. Querías destrozar la vida de una niña.

—Mi amor, no es lo que parece...

—¡Cállate! —bramó—. ¡Fuera de mi casa, Alicia!

En vista que ella intentaba convencerlo, Sebastián actuó. A diferencia de Javier, él no estaba dispuesto a tener ningún miramiento con Alicia, por lo tanto, la sacó a rastras, tirándola a la calle, como a un animal rabioso, para que no le contagiara su rabia, en camisión y descalza.

No conforme con eso, porque lo que esa mujer había hecho no tenía nombre, llamó a los padres de Alicia para poner al corriente de lo desalmada y malnacida que era la mujer que ellos en tan buena estima tenían. Los padres de la pelirroja, que estaban en shock todavía por los papeles que un mensajero les

había entregado, no sabían qué decir. Aunque sí tenían una cosa clara, su hija no volvería a pisar su casa.

Miró el reloj, debía ponerse en marcha, un juicio lo esperaba. Con el corazón a mil por todo cuanto había averiguado, se sintió morir. ¡Habían jugado con la vida de una niña! No solo eso, Amanda no merecía el trato que él le había dado. En el pasado fueron amigos, ¿cómo se había dejado embaucar por Alicia hasta ese punto? La rabia y la desazón se apoderaron de él. Tanto si Nerea era su hija como si no, esa niña, por su culpa, podría haber sido maltratada por Alicia. Por primera vez, sintió que las palabras tanto de Tara como de Beca tenían sentido: No podía

llamarse hombre. Se sentía tan rastrero y salvaje como Alicia por no haber sido capaz de darse cuenta de las mentiras.

\*\*\*

El juez iba a leer la resolución de la prueba de paternidad. Sebastián se levantó y sorprendió a todos.

—¿Qué haces? Siéntate —ordenó su abogado.

—Señoría, no necesito el resultado, retiramos la...

El abogado de Sebastián interrumpió, el juez puso orden, y Dallas exigió como parte afectada, puesto que no estaban dispuestos a pasar por otro juicio en un futuro.

El juez tomó la decisión a favor de la

demandada, y Amanda tragó saliva: Se había acabado el infierno.

En la puerta de los juzgados, Sebastián se acercó a Amanda.

—Lo lamento —se disculpó con sinceridad—. Lamento tanto...

—Has jugado con mi hija —pronunció Amanda con rabia—. Eso jamás te lo perdonaré. ¡Jamás!

—Yo no lo sabía, Amanda —se disculpó.

—Poco importa que lo supieses o no; nunca quisiste tener familia —le recordó—. Y yo no iba a permitir que me robases la mía.

Sebastián tragó saliva, asintió con frustración. Además, Amanda hizo bien

en no usar su esperma, porque ahora se sentiría el doble de rastrero por todo lo que podría haberle hecho sufrir a su propia hija.

—No vuelvas a acercarte a nosotras, Sebastián, o lo lamentarás el resto de tu vida —lo amenazó Amanda. Se dio la vuelta y se agarró al brazo de Javier, el que a partir de ese mismo día, ya nada ni nadie pondría en duda ni en riesgo de ser el único padre de su hija.

Fueron directos al *gran nido*, donde, para sorpresa de Javier y Amanda, Nerea estaba allí también.

Javier abrazó a su hija, miró a sus hermanos y, con lágrimas en los ojos, les hizo un gesto de cabeza, agradeciendo lo que acababan de

demostrar teniendo allí a su princesa:  
Era una celebración familiar, y Nerea  
era una más.

Hoy era el primer día de su nueva  
vida.



# Capítulo 48

## Por fin una familia

Amanda y Javier, con las manos enlazadas, sonreían, por fin eran una familia. Acababan de casarse, y en el libro de familia, Nerea ya estaba registrada con el apellido Irwin.

Neill miró a su hermano, se notaba la emoción y el sentimiento puro que Javier derrochaba.

Tara se acercó a la pareja y los felicitó.

Javier abrazó a Neill y cuando se

separaron, comentó entre incrédulo y satisfecho.

—Neill, soy padre.

—Lo eres —respondió contento—. Lo eres, Javi —repitió para que acabase creyéndolo.

—Por fin tengo mi propia familia —aseguró sin apartar la mirada de Amanda, que estaba riéndose junto a Tara.

—Ya verás el sábado —anunció, consiguiendo que Javier sonriera—. Tu princesa no lo olvidará nunca.

Los dos carcajearon. La boda civil en el juzgado, junto a dos testigos, Neill y Tara, acababa de celebrarse. El sábado sería la oficial ante la familia y amigos,

como estaba pensado desde hacía meses. La alegría fue cuando tres días antes, Dallas informó que los papeles ya estaban en regla, Javier podía adoptar a Nerea con su apellido. La pequeña llevaba meses diciendo que Javier se casaría con las dos, y en vista de que estaba muy ilusionada, el mayor de los Irwin pidió ayuda a las dos mujeres que hasta hoy, habían sido las más importantes de su vida; su madre y su hermana. Quería hacer algo especial, tanto para Amanda como para Nerea. Una vez más, Amparo y Rebeca se pusieron a tramar un plan, implicando a toda la familia.

El mismo día que se celebró el juicio, dos meses habían pasado desde ese

momento que tanto había mantenido en vilo a todos, en la fiesta familiar organizada por su familia, Javier supo que nada iba a separar a Amanda y a Nerea de él. Por lo tanto, su misión era, a partir de ese momento, aportar la felicidad que su mujer y su hija merecían. Y sin dudarlo, fue a hablar con Amparo y con Rebeca que, un día después, ya tenían a todos pendientes de lo que tenían que hacer cuando llegase el sábado.

\*\*\*

—¡Mami, mira qué guapa estoy!  
—exclamó Nerea, mirándose en el espejo.

Amanda se acercó a ella, le acarició la cabeza, se inclinó y le dio un beso.

—Estás preciosa, mi vida —aseguró, consiguiendo que Nerea sonriera satisfecha.

Rebeca las observaba a ambas. Amanda, con un brillo en la cara especial, demostraba que hoy era el día más feliz de su vida. Y Nerea, derrochando alegría y entusiasmo, se sentía la gran protagonista, pues así era como lo tenían planeado, tal y como su hermano Javier había solicitado.

Hoy no era una simple boda, más bien una bienvenida a la familia. Javier se casaría ante todos con Amanda y reconocería ser el padre de Nerea, que era, sin duda, lo que tanto anhelaba, poder declarar al mundo entero que él era el padre de la niña. Así lo sentía, así

lo habían decidido tanto Amanda como la pequeña. Como decía Corey: «Siéntete privilegiado, porque es Nerea quien te ha elegido, y eso es lo único que cuenta».

Amparo entró en la habitación, estaban en la casa de Rebeca, ya que el novio saldría desde *el gran nido*.

—¡Ah, qué preciosas estáis!

—¿A que sí, yaya? —preguntó Nerea, que no paraba de mirarse una y otra vez.

—Sí, las más guapas —sentenció—. Cuando os vea Javier, se va a emocionar.

Amanda miró a Amparo y le agradeció con la cabeza el comentario, ella también estaba segura de esa

afirmación.

—La tía Beca me ha hecho un vestido muy bonito, ahora sí soy una princesa.

Las tres mujeres rieron ante el comentario, esa niña estaba maravillada.

—Bueno, pues para ser una princesa perfecta, todavía te falta el peinado, ¿no te parece? —comentó Tamara, que se incorporaba a la reunión.

—Sí, tía Tamy, un peinado de princesa.

Amparo aprovechó que Tamara iba a peinar a Nerea para hablar con Amanda.

—Hija, por fin vas a celebrar la boda que todos llevábamos años esperando —reconoció, puesto que para la familia Irwin, Amanda había sido la novia y

cuñada que ellos deseaban. El pasado truncó los sueños de todos ellos por una decisión equivocada de Javier, y hoy, se presentaba un futuro deseado y esperanzador para todos; ver a Javier feliz y enamorado.

—Gracias, Amparo —agradeció emocionada—. Para mí, Javier siempre ha sido el hombre de mi vida —confesó—. Nadie pudo ocupar ese lugar... todavía no me creo que esto me esté pasando.

Amparo la abrazó, se notaba la emoción en los ojos de Amanda.

—Pues créelo, porque Javier y tú ya sois una familia.

—Nerea lo quiere tanto —comentó—. Es todo tan... tan... —no le salían las

palabras—. Tan maravilloso, que tengo miedo de que no sea real.

Amparo asintió, comprendía su temor. Por desgracia, Amanda había vivido siempre tan sola, que ahora todo le parecía irreal.

—Lo es, hija, lo es —aseguró—. Solo dependerá de vosotros que siga siéndolo.

—¡Halaaaaaaaaa! —exclamó Nerea, llamando la atención de todas.

Amanda se carcajeó, es que su hija hoy estaba con la adrenalina al mil por mil.

—Madre mía, ahora sí eres toda una princesa —bromeó Amparo.

Nerea se paseó por delante de Rebeca

y Tamara, luciendo su vestido blanco con florecitas rosas bordadas. Tamy la había peinado con una trenza cruzada en la parte delantera, donde lucía enganchadas flores idénticas a su vestido, y el resto de su media melena suelta hasta los hombros.

—Parezco la tía Tara, ¿a que sí? —indagó, recordando el vestido de novia de la mujer de Neill.

—Sí, estás tan guapa como ella.

—A mi papá le va a gustar mucho, muchísimo —aseguró, aunque parecía hablar para ella misma—. Siempre dice que soy la princesa más bonita del mundo mundial.

Amparo no pudo retener una carcajada, esa pequeña era la alegría de

la casa.

La niña se dio la vuelta, miró a su madre y también se expresó.

—¡Mami, tú estás preciosa! Ya verás cuando te vea el papá.

A Amanda, Rebeca le había diseñado un vestido de fiesta muy sencillo pero elegante, puesto que ella no quería un traje de novia. De talle largo, con un poco de cola, estilo sirena. De color perla, con encaje chantilly de flores doradas, daban un toque y brillo espectacular.

Amparo miró a ambas, y si la pequeña ya estaba contenta, ahora tocaba la parte que más iba a gustarle.

—La novia entrará acompañada por

el padrino —informó—. Y a mi niña preciosa tendrá que acompañarla alguien también, ¿no?

Rebeca sonrió, esa era la gran sorpresa que habían tramado las dos.

—¿Sí? ¿Quién, yaya? —se interesó nerviosa.

—Mmmm, déjame pensar —guaseó—. No sé, tendrá que hacerlo alguien que te quiera mucho.

Nerea asintió con la cabeza y se quedó pensativa, imitando a su abuela.

Tamara y Rebeca aguantaron la risa porque Nerea se puso con los brazos cruzados y dándose toquecitos en la nariz, igual que Amparo.

—¿Quién crees que es el que más te

quiere? —preguntó Amparo.

Nerea se encogió de hombros, ella los quería a todos, pero no sabría decir si la querían tanto como ella a ellos.

—En ese caso, tendremos que ver quién viene a por ti para acompañarte, ¿qué te parece?

Ella miró a su abuela y se encogió de hombros, algo preocupada por si no iba nadie a recogerla.

Amparo se lo imaginó, y la sacó de dudas para que se quedase tranquila.

—Vale, voy a ver quién ha venido —se dirigió a la puerta y la abrió, miró y sonrió al ver que estaba todo preparado—. ¿Quién viene a acompañar a Nerea? —preguntó, impidiendo que la

pequeña viera el exterior.

—Yo —se escuchó la voz de Neill, que entró, y Nerea sonrió.

—Ahh, pero yo también —pronunció Víctor, pasando y poniéndose justo al lado de Neill.

—A mí no me dejéis fuera, que yo soy el que más la quiere —comentó Dallas mientras pasaba a la habitación.

—De eso nada, el que más quiere a Nerea, soy yo —alabó Rubén.

Nerea abrió los ojos como platos, estaban entrando sus tíos y afirmando que la querían mucho.

—No digas tonterías, Rubén, todos saben que Nerea es la niña de mis ojos —intentó hacerse el ofendido David.

—Aquí el que la quiere más del mundo mundial, soy yo —sentenció Malcom.

Nerea se tapó la boca porque sus tíos fingían discutir entre ellos a ver quién la quería más.

—Vaya, Nerea, por lo visto te quieren todos —ironizó Rebeca.

—Sí, mucho, muchísimooooo —susurró a Beca, encantada y feliz.

Amanda no cabía de gozo, la cara de su hija no la olvidaría nunca. Solo tenía una cosa clara, ese momento se lo debía a Javier, estaba convencida, sin necesidad de preguntar, de quién había sido la idea.

—En ese caso —interrumpió

Amparo—. En vista de que todos queréis a Nerea, tendréis que acompañarla los seis.

Nerea agrandó los ojos y aplaudió, estaba eufórica.

—Venga, vámonos, que está el novio esperando —ordenó la matriarca de los Irwin.

La boda se iba a celebrar en los jardines del restaurante El Gran Nido.

Javier esperaba nervioso a su mujer y a su hija.

—Todo va a salir bien, además, están las dos preciosas y más nerviosas que tú —le aseguró Amparo, que era la madrina.

Javier la miró.

—Son preciosas, por lo tanto, de eso no tengo duda —afirmó—. ¿Cómo ha reaccionado Nerea?

La madre se carcajeó, y esa respuesta fue más que suficiente para Javier, su hija estaría entusiasmada.

—Te lo puedes imaginar, no cabe en sí.

—Estará grabado, ¿verdad? —preguntó alarmado, por si se perdía ese gran momento.

Amparo, al notar la premura en su voz, acarició la mejilla de hijo.

—Sí, no te preocupes por nada —lo tranquilizó. Era cierto, ya que los fotógrafos oficiales estaban allí inmortalizando el momento.

La canción del grupo Il Divo, *Por ti seré*, comenzó a sonar anunciando la entrada de la novia.

Amanda, acompañada por Corey, hizo acto de presencia, recorriendo la alfombra plagada de pétalos que la llevaba ante el altar, junto a Javier.

Se miraron a los ojos, y Javier no pudo contenerse, le dio un beso rápido, con cariño y gratitud, por haber convertido su vida en un sueño hecho realidad.

Al escuchar aplausos, ambos ladearon sus cuerpos para no perderse la entrada de su hija.

Amanda suspiró con fuerza para retener las lágrimas; estaba muy

emocionada.

Javier memorizó el rostro angelical de Nerea entrando con la cabeza bien alta, sonriente y contenta.

Víctor y Neill iban, uno a cada lado, abriendo paso; Dallas y Rubén, junto a la pequeña, con los brazos entrelazados a los de ella. Por último, David y Malcom, justo detrás, para acompañarlos hasta que la niña se situara al lado derecho de Javier. De esa manera, su hermano quedaba acompañado a ambos lados por su mujer y por su hija.

Cuando la niña se puso en su lugar, miró a Javier.

—Eres la princesa más guapa que he visto nunca —halagó Javier a su hija.

La niña sonrió encantada.

Cuando Amanda pronunció «acepto», ante la familia Irwin e invitados, ya eran un matrimonio.

El hombre que oficiaba la ceremonia, se dirigió a Nerea.

—Nerea Expósito —la niña lo miró—. ¿Aceptas a Javier Irwin como tu padre?

Ladeó la cabeza y miró a Javier con los ojos brillantes.

—Sí, acepto —contestó, imitando a su madre un momento antes.

—Javier Irwin, ¿aceptas a Nerea como hija?

El mayor de los Irwin acarició la cabeza de la pequeña.

—Sí, acepto.

—Por el poder que me ha sido otorgado, os declaro padre e hija —anunció el hombre—. A partir de este momento, ya sois una familia.

Javier levantó a Nerea y la besó con fuerza, la niña respondió con un abrazo tan fuerte, que el mayor de los Irwin jamás olvidaría.

—Desde este momento, pasas a ser Nerea Irwin Expósito.

Amanda ya no pudo retener más las lágrimas, ver a las dos personas que más amaba abrazadas y con los ojos cerrados fue más fuerte que su templanza.

Javier se dio la vuelta y mientras con

un brazo sostenía a su hija, con el otro rodeó a su mujer. Ahora sí eran una familia.

La pequeña, tan efusiva y con la vitalidad de un niño a la edad de cinco años, sin soltar a su padre, gritó:

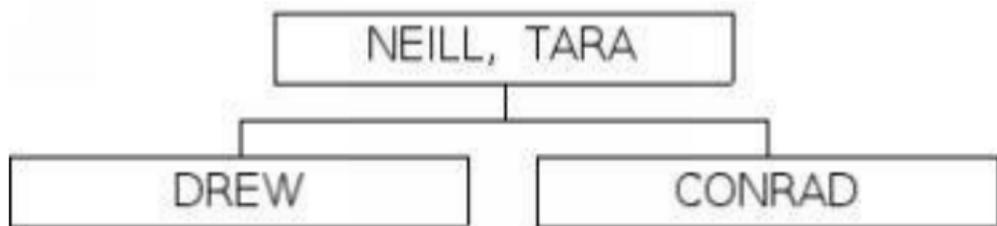
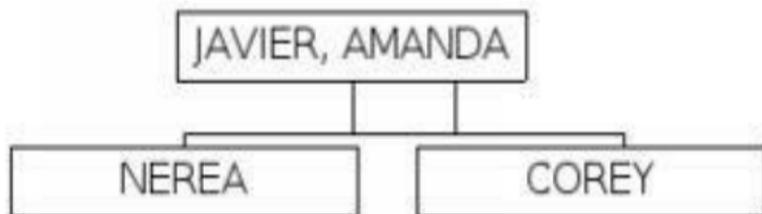
—¡Tía Beca, ya soy una Irwin!



# Epílogo

Amparo y Corey estaban en el salón mirando el árbol genealógico que su hijo Javier había hecho de su familia. Sonrieron al ver cómo había aumentado en diez años. Sus hijos los habían hecho abuelos.





VÍCTOR, SUSANA

DUNCAN

CATH

DALLAS,

NIALL

JORGE

RUBÉN, ANAIS

```
graph TD; A[RUBÉN, ANAIS] --> B[DOUGLAS]; A --> C[LINDSEY]
```

DOUGLAS

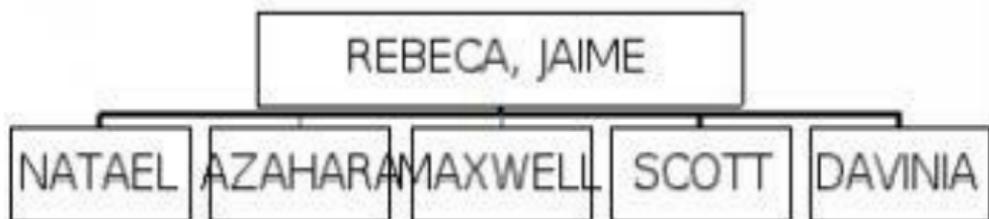
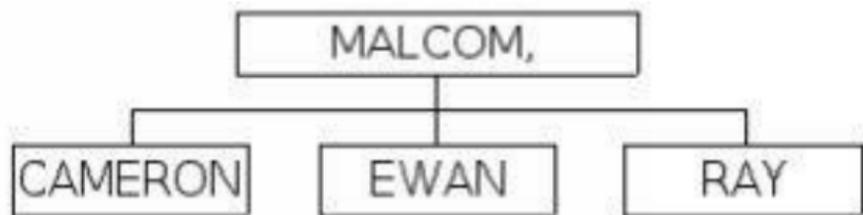
LINDSEY

DAVID, TAMARA

```
graph TD; A[DAVID, TAMARA] --> B[AMPARO]; A --> C[VICTORIA]
```

AMPARO

VICTORIA



—Quién nos lo iba a decir, ¿eh, Amparo? —pronunció con una sonrisa

en los labios.

La matriarca de los Irwin asintió. Tenía razón su marido, jamás hubiese imaginado una familia tan numerosa y, además, unida como siempre. Hoy era una muestra de ello, se reunirían para pasarlo en familia. Su hijo Javier, que desde hacía nueve años, residía en *el gran nido*, recibía a sus hermanos todos los domingos. El que ellos estuviesen allí ese mismo día, se debía a que era el cumpleaños de Corey, por lo tanto, por petición de sus hijos, habían viajado para celebrarlo todos juntos.

\*\*\*

Estrella estaba asomada al balcón mirando a su *abogaducho*; juez desde hacía ocho años. Sonrió contenta porque

estaba junto al rosal de flores blancas explicando a sus dos hijos, Niall y Jorge, que las flores eran muy delicadas.

—¡Mamá, no tardes! —gritó Niall.

Dallas la buscó con la mirada, le guiñó un ojo, y ella le regaló la sonrisa que seguía siendo el motor de su vida.

—Ya voy —anunció.

Sabía que sus hijos estaban impacientes, los domingos se reunían con sus primos.

Mientras salían al exterior, pasó el coche de Malcom tocando el claxon, y los hijos de Dallas y Estrella gritaron y saludaron contentos porque sus primos ya estaban allí y podrían esa tarde jugar al fútbol.

Los tres hijos varones de Malcom confirmaron lo que un día bromeó el cirujano, la herencia familiar de los Irwin había ganado a la de los Ness.

Rebeca y Jaime, al escuchar el alboroto de sus sobrinos, sabían que sus hijos no tardarían en salir corriendo, y justo así fue, salieron disparados como una bala.

Jaime seguía viviendo un sueño, tenía la familia que tanto había deseado y la mujer que amaba a su lado. Cuando Rebeca comentó que quería ser madre de nuevo, dos años después de tener a los mellizos, el mecánico sintió pánico, no quería volver a pasar por ello. Llegó a plantearse en hacerse la vasectomía, pero ella acabó convenciéndolo; la vida

era para vivirla sin tener miedo. Los dos habían soñado con una familia numerosa y no podían rendirse, eran afortunados, puesto que ese sueño era alcanzable.

Se dirigieron todos juntos al *gran nido*, donde Nerea, la prima mayor de quince años, a la que todos respetaban, los recibió dando abrazos.

Amanda saludaba a todos ellos, mientras Javier bajaba las escaleras con su hijo Corey, de cinco años, en brazos.

El matrimonio decidió tener otro hijo, aunque esta vez, el donante fue anónimo.

Neill y Tara entraron riéndose, su hijo pequeño, cada vez que veía a su prima Davinia, se pegaba a ella como una lapa, ya estaban cogidos de la mano y pasando de todo el mundo. Los dos

pequeños de la familia eran inseparables.

Llegó el terremoto de la familia, el hijo mayor de Víctor y Susana; Duncan, rubio como la madre, con ocho años, ya tenía dotes de seductor, llevaba de calle a todas las niñas del colegio. Neill bromeaba diciendo: «Este ligará más que el padre». Y por último, el polo opuesto a su hermano, la niña más tímida y tranquila de la familia; Cath, que era toda una muñequita.

La algarabía cuando entraron los hijos de Anais y Rubén, junto a las gemelas que traían de cabeza a su padre David, fue tremendo. Tamara negaba con la cabeza, las niñas querían convencer a su padre para meterse en la piscina.

La boda de Anais y Rubén fue una sorpresa que la novia nunca olvidaría, sus amigas junto a la familia habían guardado muy bien el secreto. Se casaron junto al mar, lugar favorito de Anais. Una vez más, el profesor (ahora director de la Universidad) le regalaba un poco de felicidad. En diez años, Rubén demostraba a diario que seguía enamorado, dejando atrás aquella absurda idea de que el amor no estaba hecho para él, más bien, todo lo contrario, era un hombre feliz que ahora no podría vivir sin su Anais e hijos.

La gran sorpresa no fue la boda del profesor con su costarricense, fueron David y Tamara, que se casaron unos días después. En el viaje de regreso,

debían hacer escala en Las Vegas, una tormenta obligó a suspender el vuelo. Se alojaron en un hotel, todos juntos. Pasaron la noche de fiesta, habían bebido y la peluquera se empeñó que quería casarse como Marilyn Monroe, y David lo hizo de Elvis Presley. Amparo no se podía creer que esos dos insensatos estuviesen casándose en serio, pero al final y como siempre, disfrutó y celebró la unión del matrimonio.

Los niños se lanzaron a por sus abuelos. A pesar de que de unos años atrás hasta ese día, solían viajar más a menudo para estar cerca de todos sus nietos, seguía siendo insuficiente para los niños.

La comida fue un éxito y cuando terminaron de comer, los menores se marcharon juntos a la zona lúdica de la urbanización.

A las siete de la tarde, entraron los niños corriendo, los mayores se sorprendieron, porque todos formaron una piña, lo que significaba que alguno de ellos se había metido en un buen lío.

Conrad se acercó a su padre, su prima Davinia se puso a su lado y lo cogió de la mano para apoyarlo.

Jaime sonrió, su hija pequeña era idéntica a su madre. No solo físicamente, sus gestos y arrebatos también.

—Papi, he pegado a una niña

—confesó el niño, y Neill lo miró.

—Sabes que a las niñas no se les pega, ¿verdad?

El pequeño asintió.

—Si lo sabes, ¿por qué lo has hecho?

—Porque ha pegado a Davinia, la ha tirado del tobogán, arrancándole el pelo.

La niña asentía con la cabeza y se tocaba la parte donde le habían pegado el tirón para confirmarlo.

David le dio un codazo a Jaime, ese pequeñaja era una actriz fantástica.

—Mi hermana tiene un Goya —comentó divertido—. Davinia algún día recibirá un Oscar.

Jaime asintió encantado y orgulloso, tanto de la madre como de la pequeña.

Cierto era, Rebeca fue galardonada con el Goya al mejor vestuario.

Corey observaba atento, ahí estaba su familia, tan unida como siempre. Esta segunda generación parecía que iba por el mismo camino.

Sonó el timbre de la puerta, y Beca fue a abrir. Tres mujeres, sin pedir permiso, entraron sin vacilar, un gesto que a Rebeca molestó bastante. Claro que, cuando una de ellas, que llevaba cogida de la mano a una niña de siete años habló, molestó al resto de los presentes.

—Vengo a que se le pida una disculpa a mi hija —soltó sin más, intimidando al pequeño Conrad.

Neill levantó una ceja, ¿cómo se

presentaba allí esa mujer por una pelea de niños?

Amparo sonrió al ver el gesto de todos sus nietos. Se pusieron detrás del aludido, en tres filas, para protegerlo.

—¿Cómo dice? —preguntó Rebeca a su lado.

La mujer miró a sus dos amigas, que parecían estar disfrutando de entrar en casa ajena y avasallar a un niño.

—Este mocoso —se refirió al hijo de Neill—, ha pegado a mi hija —informó—. Vengo a que le pida disculpas —ordenó, poniéndose erguida—. No me gustaría saber que vivimos rodeados de salvajes.

Amparo también levantó una ceja.

¿Qué estaba llamando a sus nietos?

El pequeño miró a su padre, este le hizo una seña con la cabeza para que se disculpara.

—Lo siento, no debí pegarte.

Las tres mujeres sonrieron, ya habían conseguido lo que iban a buscar.

—Bien, así aprenderás que esas cosas no se hacen —pronunció con tono triunfal—. Pues ya está, eso era todo.

A los adultos les sentó como una patada en el culo montar semejante numerito con un niño de cinco años.

—No, señora mía —replicó Rebeca con altanería—. Eso es todo, no.

Jaime sonrió, ahí estaba su chica... su amiga... su amante... su esposa... para

dejar claras las cosas.

—¿Cómo dices? —se interesó la madre que había venido a tocar la moral a los Irwin.

Rebeca dio un paso hacia adelante, y su hija Davinia se puso a su lado, consiguiendo que toda la familia sonriera porque las dos, y sin mirarse, torcieron el cuello ligeramente a un lado: Estaban a la defensiva.

—Digo que eso no es todo —sentenció—. No puede presentarse en nuestra casa, insultarnos, exigir una disculpa y marcharse.

—Yo no he hecho tal cosa.

—Para empezar, a mi hija le va a pedir disculpas la suya —ordenó—. A

nosotros no nos gusta que los *salvajes* que viven a nuestro alrededor nos ataquen —comentó con fuerza.

Amparo asintió, su hija no había insinuado como la otra, había afirmado categóricamente.

—Estás insinuando...

—No insinúo. ¡Afirmo! —bramó—. Así que su hija de siete años tendrá que pedirle disculpas a la mía de cuatro —anunció—. Lamento que no le haya enseñado buenos modales... está muy feo pegar a un niño más pequeño.

—Mi hija...

—Su hija es una salvaje, y mi sobrino lo único que ha hecho es defender a su prima. Somos una familia, y eso es lo

que se hace.

Las otras dos madres ya no sonreían tanto, porque la pequeña de los Irwin intimidaba mucho. Al ver que Rebeca cruzaba los brazos y esperaba una respuesta, una de las madres intervino.

—Mara, dile a tu hija que se disculpe y vámonos.

La aludida, al ver el semblante de todos los congregados allí, exigió a su hija que se disculpara, y la niña obedeció.

—Muy bien —comunicó Rebeca—. Ahora que ya han aprendido la lección, señoras mías, ya pueden irse.

—¿Qué lección? —preguntó con rabia Mara.

Y entonces Rebeca, avasallando como ellas habían hecho, mientras ella daba un paso al frente, las otras iban retrocediendo hasta quedar fuera de la casa.

—Que nadie entra en *el gran nido* con la intención de hacer daño a uno de los nuestros —se ofendió por lo que había hecho esa mujer con su sobrino—: Y se marcha de aquí sin saber lo que pensamos.

—¿El qué?

—¡Que se pueden ir a tomar viento!  
—bramó al tiempo que pegó un portazo en las narices de aquellas tres majaderas.

Y como era de esperar, todos rieron y

aplaudieron a Rebeca. Demasiado educada había sido por estar los niños delante.

—Venga, vamos a darle el regalo al abuelo —intervino Javier para que todos se relajasen.

—Yayo, lo hemos hecho nosotros, entre todos —informó Nerea.

Corey sonrió, cogió el paquete y al abrirlo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Te gusta, yayo? —preguntó Davinia.

—Mucho, es precioso.

Amparo, tan emocionada como su marido, se puso en pie.

—Venga, vamos a colgarlo.

—¡Siiiiiii! —bramaron los niños

eufóricos.

El regalo era un placa que los niños habían pintado entre todos, poniendo sus nombres. Y, en el centro, pegado y tallado en madera (hecho por Víctor), unas letras que ponía EL GRAN NIDO.

Salieron todos al exterior de la casa, Javier sacó un taladro y clavos. Y Corey colgó en la entrada, para que todo el mundo lo viera, que ese siempre sería El Gran Nido.



# BIBLIOGRAFÍA

**Noa Pascual** nació en Valencia en 1973 y es Mirandesa por amor, donde vive en la actualidad, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2.012 ve publicada su primera

novela, *Desconocidos en un andén*, y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2.013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin igual* (2.014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo P@nter@s Incomprendid@s en Facebook. Y colaboradora con un relato, en la antología, *El trabajo de cupido* (2.014), más un relato en la antología benéfica *La vida es bella* (2015) y un relato en la antología *Siete vecinos y San Valentín* (2016).

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de

concebir historias maravillosas que llegan a todo tipo de público.

*Los Irving: Dance therapy* (2015), *Desafíos por amor* (2015) y *El gran nido* (2016), abre otra fase de la creativa autora que no dejará de sorprender a sus seguidor@s.

Y un Epílogo especial de regalo para sus seguidores en el grupo de P@nter@s Incomprendid@s en Facebook, de la novela *Desconocidos en un andén*.